NARRACIONES TERRORIFICAS

CADALSO
BESANT-RICE
MACHEN
HOWARD
BRENNAN
RICHTER
BLOCH
JACKSON
HUTCHINS
AROCA
BROWN
RICE
GRAVES
BRADBURY

SEXTA SELECCIÓN

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones terroríficas - Vol. 6

Narraciones terroríficas - 6

ePub r1.0
Titivillus 10.09.16

Narraciones terroríficas ACERVO. Vol. 6
AA. VV., 1965
Selección: Ana Mª Perales
Escaneo: Walter Lombardi
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(SEXTA SELECCIÓN)

Selección de

ANA Mª. PERALES

PRÓLOGO

Para presentar esta sexta selección de NARRACIONES TERRORÍFICAS nos parece lo más indicado dar una noticia sobre los principales autores que la integran y sus respectivas obras.

El coronel José Cadalso, con cuyas Noches Lúgubres se inicia la obra, nació en Cádiz en 1741 y resultó muerto en 1782, durante el sitio de Gibraltar. Noches Lúgubres está inspirada en el gran amor que sintió por la actriz María Ignacia Ibáñez, fallecida súbitamente. Con ocasión de su muerte circuló la leyenda de que el exaltado amante había intentado desenterrar el cadáver de la actriz. El episodio está basado en esta idea.

Arthur Machen, autor inglés (1863-1947) junto con Joseph Payne Brennan y Lovecraft (norteamericanos) son los tres autores más importante de los que, en los años veinte y treinta, cultivaron exclusivamente el tema terrorífico. Entre los varios relatos que aquí se incluyen de Brennan, dos de ellos, La Fiesta en el Bosque y La Cámara de los Horrores, son quizá las más escalofriantes historias de terror que se hayan escrito.

Robert E. Howard es un malogrado autor norteamericano, fallecido en 1936, a los treinta años. De las tres historias recogidas en este volumen, específicamente de terror sólo lo es Palomos del infierno, pues los otros dos, El Hombre Moreno y Los Dioses de Bal-Sagoth son predonimantemente relatos de aventuras, con la originalidad de estar situados en la baja Edad Media, conteniendo, no obstante, siempre, un elemento de misterio. Se ha incluido los tres para dar una visión más completa de la obra de Howard, cuyas grandes posibilidades, desgraciadamente frustradas, resultan bien a la vista.

José M.ª Aroca, como escritor español contemporáneo colabora con dos relatos que muy bien pueden equipararse a los de los mejores especialistas extranjeros.

Entre los autores actuales figuran tres famosos: Robert Bloch, Fredric Brown y Ray Bradbury. Bloch se dio a conocer con la obra Psique, llevada al cine por Hitchcock; de Fredric Brown es notable su imaginación y su forma sintetizada de escribir: Ray Bradbury es un estilista con gran capacidad creadora. Los tres cultivan, además del género de misterio y terror el policíaco, y este otro cada día más en boga de la ciencia-ficción. Como escritores de nuestro tiempo, cuidan siempre el «suspense», quizá la mayor exigencia del hombre de hoy. Y lo logran plenamente, manteniendo con toda fuerza el ánimo del lector absorbido en el desenvolvimiento de sus relatos.

Roy Hutchins y Robert Graves aportan unas deliciosas notas de humor que

distienden el sobrecogimiento producido por unos relatos que no pueden recomendarse a personas excesivamente impresionables.

José Cadalso

NOCHES LÚGUBRES

José Cadalso

NOCHE PRIMERA

Tediato y un sepulturero

TEDIATO: ¡Qué noche! La oscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazón. El cielo también se conjura contra mi quietud, si alguna me quedara. El nublado crece. La luz de esos relámpagos… ¡qué horrorosa! Ya truena. Cada trueno es mayor que el que le antecede, y parece producir otro más cruel. El sueño, dulce intervalo en las fatigas de los hombres, se turba. El lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cría la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos; todo se inunda en llanto… Todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante… ¡Ay si fuese el último de mi vida, cuán grato sería para mí! ¡Cuán horrible ahora! Más lo fue el día, el triste día que fue causa de la escena en que ahora me hallo.
Lorenzo no viene. ¿Vendrá acaso? ¡Cobarde! ¿Le espantará este aparato que la naturaleza le ofrece? No ve lo interior de mi corazón… ¡cuánto más se horrorizaría! Sí, la esperanza del premio le traerá. Sin duda… el dinero… ¡ay, dinero, lo que puedes! Un pecho sólo se te ha resistido… Ya no existe el solo pecho que se te ha resistido. Las dos están al caer… Ésta es la hora de cita para Lorenzo… ¡Memoria! ¡Triste memoria! ¡Cruel memoria! ¡Más tempestades formas en mi alma, que esas nubes en el aire! También ésta es la hora en que yo solía pisar estas mismas calles en otros tiempos muy diferentes de éstos. ¡Cuán diferentes! Desde aquélla a éstos todo ha mudado en el mundo; todo, menos yo. ¿Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? Suya será. ¿Quién sino él y en este lance y por tal premio saldría de su casa? Él es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso; el azadón y pico que trae al hombro, el vestido lúgubre, las piernas desnudas, los pies descalzos que pisan con turbación, todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo, aquel bruto cuyo encuentro horrorizaría a quien le viese. Él es, sin duda, se acerca; desembózome y le enseño mi luz. Ya llega. ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

LORENZO: Yo soy. Cumplí mi palabra, cumple ahora tú la tuya. ¿El dinero que me prometiste?

TEDIATO: Aquí está. ¿Tendrás valor para proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

LORENZO: Sí; porque tú también pagas el trabajo.

TEDIATO: ¡Interés, único móvil del corazón humano!
Aquí tienes el dinero que te prometí. Todo se hace fácil cuando el premio es

seguro. Pero el premio es justo una vez ofrecido.

LORENZO: ¡Cuán pobre seré, cuando me atreví a prometerte lo que voy a cumplir! ¡Cuánta miseria me oprime! Piénsalo tú; y yo… harto haré en llorarla… Vamos.

TEDIATO: ¿Traes la llave del templo?

LORENZO: Sí; ésta es.

TEDIATO: La noche es tan oscura y espantosa…

LORENZO: Y tanto que tiemblo y no veo.

TEDIATO: Pues dame la mano y sigue; te guiaré y te esforzaré.

LORENZO: En treinta y cinco años que soy sepulturero, sin dejar un solo día de enterrar alguno o algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

TEDIATO: Es que en ella me vas a ser útil, por eso te quita el cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Ésta es la puerta.

LORENZO: ¡Que tiemble yo!

TEDIATO: Anímate… imítame.

LORENZO: ¿Qué interés tan grande te mueve a tanto atrevimiento? Paréceme cosa difícil de entender.

TEDIATO: Suéltame el brazo… Como me lo tienes asido con tanta fuerza, no me dejas abrir con esta llave… Ella parece también resistirse a mi deseo… Ya abre… entremos.

LORENZO: Sí, entremos. ¿He de cerrar por dentro?

TEDIATO: No, es tiempo perdido y nos pudieran oír. Entorna solamente la puerta por que la luz no se vea desde fuera si acaso pasa alguien… tan infeliz como yo, pues de otro modo no puede ser.

LORENZO: He enterrado por mis manos tiernos niños, delicias de sus madres; mozos robustos, descanso de sus padres ancianos; doncellas hermosas y envidiadas de las que quedaban vivas; hombres en lo fuerte de su edad y colocados en altos empleos; viejos venerables, apoyos del Estado… Nunca temblé. Puse sus cadáveres entre otros muchos ya corruptos; rasgué sus vestiduras en busca de alguna alhaja de valor; apisoné con fuerza y sin asco sus

fríos miembros; rompíles las cabezas y huesos, cubríles de polvo, ceniza, gusanos y podre, sin que mi corazón palpitase… y ahora al pisar estos umbrales me caigo…, al ver el reflejo de esa lámpara me deslumbro…, al tocar esos mármoles me hielo…, me avergüenzo de mi flaqueza. No la refieras a mis compañeros. Si la supieran, harían mofa de mi cobardía.

TEDIATO: Más harían de mí los míos, al ver mi arrojo. Insensatos, ¡qué poco saben!… ¡Ah!, me serían tan odiosos por su dureza, como yo sería necio en su concepto por mi pasión…

LORENZO: Tu valor me alienta. Mas, ¡ay, nuevo espanto! ¿Qué es aquello? Presencia humana tiene… ¿Qué será?… Volvamos mientras podemos… No desperdiciemos las pocas fuerzas que aún nos quedan… Si aún conservamos algún valor, válganos para huir.

TEDIATO: ¡Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra con la mía, que nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara. Si el otro mundo abortase esos prodigiosos entes a quien nadie ha visto, y de quienes, todos hablan, sería el bien o el mal que nos traerían siempre inevitable. Nunca los he hallado: los he buscado.

LORENZO: ¡Si los vieras!

TEDIATO: Aun no creería a mis ojos. Juzgara tales fantasmas, monstruos producidos por una fantasía llena de tristeza. ¡Fantasía humana, fecunda sólo en quimeras, ilusiones y objetos de terror! La mía que los ofrece tremendos en estas circunstancias… casi bastan a apartarme de mi empresa.

LORENZO: Eso dices, porque no los has visto. Si los vieras, temblarías aún más que yo.

TEDIATO: Tal vez en aquel instante, pero en el de la reflexión me calmara. Si no tuviese miedo de malgastar estas pocas horas, las más preciosas de mi vida y tal vez las últimas de ella, te contaría con gusto cosas capaces de sosegarte… Pero dan las dos… ¡Qué sonido tan triste el de esa campana! El tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

LORENZO: ¿Adónde?

TEDIATO: A aquella sepultura. Sí, a abrirla.

LORENZO: ¿A cuál?

TEDIATO: A aquélla.

LORENZO: ¿A cuál? ¿A aquella humilde y baja? Pensé que querías abrir aquel monumento alto y ostentoso, donde enterré pocos días ha al duque de Tausto, timbrado, que había sido muy hombre de palacio, y según sus criados me dijeron, había tenido en vida el manejo de cosas grandes. Figuróseme que la curiosidad, o interés, te llevaba a ver si encontrabas algunos papeles ocultos, que tal vez se enterrasen con su cuerpo. He oído, no sé dónde, que ni aun los muertos están libres de las sospechas y envidias de los cortesanos.

TEDIATO: Tan despreciables son para mí muertos como vivos; en el sepulcro como en el mundo; podridos como triunfantes; llenos de gusanos como rodeados de aduladores… No me distraigas… Vamos, te digo otra vez, a nuestra empresa.

LORENZO: No, pues al túmulo inmediato a ése y donde yace el famoso Indiano, tampoco tienes que ir, porque aunque en su muerte no se le halló la menor parte del caudal que se le suponía, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver. No se halló siquiera un doblón en su mortaja.

TEDIATO: Tampoco vendría yo de mi casa a su tumba por todo el oro que él trajo de la infeliz América a la tirana Europa.

LORENZO: Sí será. Pero no extrañaría yo que vinieses en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo…

TEDIATO: Poca cantidad, sí, es útil, pues nos alimenta, nos viste y nos da las pocas cosas necesarias a la breve y mísera vida del hombre; pero mucha es dañosa.

LORENZO: ¡Hola! ¿Y por qué?

TEDIATO: Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios y, a fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el orden de la naturaleza; y lo bueno se substrae de su dominio, sin el fin dichoso… con él no pudieron arrancarme mi dicha. ¡Ay! Vamos.

LORENZO: Sí, pero antes de llegar allá, hemos de tropezar en aquella otra sepultura, y se me eriza el pelo cuando paso junto a ella.

TEDIATO: ¿Por qué te espanta ésa más que cualquiera de las otras?

LORENZO: Porque murió de repente el sujeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

TEDIATO: Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantas partes invisibles, sujeto a tan frecuentes movimientos, lleno de tantas inmundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es más, movido por un alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de tantos tiranos… ¿qué puede durar? ¿Cómo puede durar? No sé cómo vivimos. No suena campana que no me parezca tocar a muertos. A ser yo ciego, creería que el color negro era el único de que se visten… ¿Cuántas veces muere un hombre de un aire que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿Cuántas veces de un agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿Cuántas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¿Entre cuántos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro? ¡Cada vez que siento el pie, me parece hundirse el suelo preparándome una sepultura… Conozco dos o tres yerbas saludables… Las venenosas no tienen numero. Sí, sí…, el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga… ¿Y qué? El león, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo e innumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

LORENZO: Ya estamos donde deseas.

TEDIATO: Mejor que tu boca me lo dice mi corazón. Ya piso la losa que he regado tantas veces con llanto, y besado tantas veces con mis labios. Ésta es. ¡Ay, Lorenzo!, hasta que me ofreciste lo que ahora me cumples, ¿cuántas tardes he pasado junto a esta piedra tan inmóvil, como si parte de ella fuesen mis entrañas? Más que sujeto sensible, parecía yo estatua, emblema del dolor. Entre otros días uno se me pasó sobre este banco. Los que cuidan de este templo varias veces me habían sacado del letargo, avisándome ser la hora en que se cerraban las puertas. Aquel día olvidaron su obligación y mi delirio, fuéronse, y me dejaron. Quedé en aquellas sombras rodeado de sepulcros, tocando imágenes de muerte, envuelto en tinieblas, sin respirar apenas, sino los cortos ratos que la congoja me permitían, cubierta mi fantasía, cual si fuera con un manto de densísima tristeza. En uno de estos amargos intervalos, yo vi, no lo dudes, yo vi salir, de un hoyo inmediato a ése, un ente que se movía. Resplandecían sus ojos con el reflejo de esa lámpara, que ya iba a extinguirse. Su color era blanco, aunque algo ceniciento. Sus pasos eran pocos, pausados y dirigidos a mí… Dudé… Me llamé cobarde… Me levanté y fui a encontrarle… El bulto proseguía, y al ir a tocarle yo, él se dirigió hacia mí. Óyeme…

LORENZO: ¿Qué hubo, pues?

TEDIATO: óyeme… Al ir a tocarle yo, y el horroroso bulto a mí, en aquel lance de tanta confusión… apagóse del todo la luz.

LORENZO: ¿Qué dices? ¿Y aún vives?

TEDIATO: Sí, y con grande atención…

LORENZO: ¿En aquel apuro qué hiciste? ¿Qué pudiste hacer?

TEDIATO: Me mantuve en pie sin querer perder el terreno que había ganado a costa de tanto arrojo y valentía. Era invierno; las doce serían cuando se esparció la oscuridad por el templo; oí la una, las dos, las tres, las cuatro, siempre haciendo el oído el mismo oficio de la vista.

LORENZO: ¿Qué oíste? Acaba, que me estremeces.

TEDIATO: Una especie de resuello no muy libre. Procurando tentar conocí que el cuerpo del bulto huía de mi tacto; mis dedos parecían mojados en sudor frío y asqueroso; y no hay especie de monstruo por horrendo, extravagante e inexplicable que sea, que no se me represente. Pero ¿qué es la razón humana, si no sirve para vencer a todos los objetos, y aún a sus mismas flaquezas? Vencí todos estos espantos, pero la primera impresión que me hicieron, el llanto derramado antes de la aparición, la falta de alimento, la frialdad de la noche y el dolor que tantos días antes rasgaba mi corazón, me pusieron en tal estado de debilidad que caí desmayado en el mismo hoyo de donde había salido el objeto terrible. Allí me hallé por la mañana en brazos de muchos concurrentes piadosos, que habían acudido a dar al Creador las alabanzas, y cantar los himnos acostumbrados. Lleváronme a mi casa, de donde volví en breve al mismo puesto. Aquella propia tarde hice conocimiento contigo, y me prometiste lo que ahora vas a finalizar.

LORENZO: Pues esa misma tarde eché de menos en casa (poco te importará lo que voy a decirte, pero para mí es el asunto de más importancia) un mastín que suele acompañarme, y no apareció hasta el día siguiente. ¡Si vieras qué ley me tiene! Suele entrarse conmigo en el templo, y mientras hago la sepultura ni se aparta un instante de mí. Mil veces tardando en venir los entierros, le he solido dejar echado sobre mi capa, guardando la pala, el azadón y demás trastos de mi oficio.

TEDIATO: No prosigas. Me basta lo dicho. Aquella tarde no se hizo el entierro. Te fuiste. El perro se durmió dentro del hoyo mismo. Entrada ya la noche se despertó, nos encontramos solos él y yo en la Iglesia (¡mira qué causa tan trivial para un miedo tan fundado al parecer!), no pudo salir entonces, y lo ejecutaría al abrir las puertas y salir el sol, lo que yo no pude ver por causa de mi desmayo, que ya te he contado. J

LORENZO: Ya he empezado a alzar la losa de la tumba; Pesa infinito. Sí, ¡verás en ella a tu padre! Mucho cariño le lenes, cuando por verle pasas una noche tan dura… ¡Pero amor de hijo mucho merece un padre…!

TEDIATO: ¡Un padre! ¿Por qué? Nos engendran por su gusto, nos crían por obligación, nos educan para que les sirvamos, nos casan para perpetuar sus nombres, nos corrigen por caprichos, nos desheredan por injusticia, nos abandonan por vicios suyos[1].

LORENZO: Será tu madre…, mucho nos debe una madre.

TEDIATO: Aún menos que el padre. Nos engendran también por su gusto, tal vez por su incontinencia. Nos niegan el alimento de la leche, que la naturaleza les dio para este único y sagrado fin. Nos vician con su mal ejemplo, nos sacrifican a sus intereses, nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro o en un pájaro.

LORENZO: ¿Algún hermano tuyo te fue tan unido que vienes a visitar sus huesos?

TEDIATO: ¿Qué hermano conocerá la fuerza de esta voz? Un año más de edad, algunas letras de diferencia en el nombre, igual esperanza de gozar un bien de dudoso derecho, y otras cosas semejantes, imprimen tal odio en los hermanos, que parecen fieras de distintas especies y no frutos de un viento mismo.

LORENZO: Ya caigo en lo que puede ser: aquí yace, sin duda, algún hijo que se te moriría en lo más tierno de su edad.

TEDIATO: Hijos. ¡Sucesión! Éste, que antes era un tesoro con que la naturaleza regalaba a sus favorecidos, es hoy un azote con que no debiera castigar sino a los malvados.
»¿Qué es un hijo? Sus primeros años…, un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, estupidez, molestias y asco… Los siguientes años un dechado de los vicios de los brutos, poseídos en alto grado… lujuria, gula, inobediencia… Más adelante un pozo de horrores infernales…, ambición, soberbia, envidia, codicia, venganza, traición y malignidad. Pasando de ahí…, ya no se mira el hombre como hermanos de los otros, sino como un ente supernumerario en el mundo. Créeme, Lorenzo, créeme. Tú sabrás cómo son los muertos, pues son el objeto de tu trato… Yo sé lo qué son los vivos… Entre ellos me hallo con demasiada frecuencia… Éstos son…, no…, no hay otros…, todos a cual peor… Yo sería peor que todos ellos, si me hubiera dejado arrastrar de sus ejemplos.

LORENZO: ¡Qué cuadro el que pintas!

TEDIATO: La naturaleza es el original. No adulo, pero tampoco lo agravio. No te canses, Lorenzo; nada significan esas voces de padre, madre, hermano, hijo y otras tales; 3 si significan el carácter que vemos en los que así llaman, no quiero ser, ni tener, hijo, hermano, padre, madre, ni me quiero a mí mismo, pues algo he de ser de todo esto.

LORENZO: No me queda que preguntarte más que una cosa, y es, a saber, si buscas el cadáver de algún amigo.

TEDIATO: ¿Amigo? ¿Amigo? ¡Qué necio eres!

LORENZO: ¿Por qué?

TEDIATO: Sí; necio eres y mereces compasión, si crees que esa voz tenga el menor sentido. ¡Amigos! ¡Amistad! Esa virtud sola haría feliz a todo el género humano. Desdichados son los hombres desde el día que la desterraron o que ella les abandonó. Su falta es el origen de todas las turbulencias de la sociedad. Todos quieren parecer amigos; nadie lo es. En los hombres la apariencia de la amistad es lo que en las mujeres el afeite y compostura. Belleza fingida y engañosa… Nieve que cubre un muladar. Darse las manos y rasgarse los corazones, ésta es la amistad que reina. No te canses, no busco el cadáver de persona alguna de las que puedes juzgar Ya no es cadáver.

LORENZO: Pues si no es cadáver, ¿qué buscas? ¿Acaso tu intento sería hurtar las alhajas del templo, que se guardan en algún subterráneo, cuya puerta se te figura ser la losa que empiezo a levantar?

TEDIATO: Tu inocencia te sirva de excusa. Queden en buena hora esas alhajas consagradas a la piedad, y trabaja con más brío.

LORENZO: Ayúdame, mete ese otro pico por allí y haz fuerza conmigo.

TEDIATO: ¿Así?

LORENZO: Sí, de este modo. Ya va en buen estado.

TEDIATO: ¿Quién me diría dos meses ha que me había de ver en este oficio? Pasáronse más aprisa que el sueño, dejándome tormento al despertar, desapareciéronse como humo que deja las llamas abajo y se pierde en el aire. ¿Qué haces Lorenzo?

LORENZO: ¡Qué olor! ¡Qué peste sale de la tumba! No puedo más.

TEDIATO: No me dejes, no me dejes, amigo. Yo solo no soy capaz de mantener esta piedra.

LORENZO: La abertura que forma, ya da lugar para que salgan los gusanos que se ven con la luz de mi farol.

TEDIATO: ¡Ay! ¡Qué veo! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos. ¡Cuánta miseria me anuncian! En éstos, ¡ay! en éstos se ha convertido tu carne. ¡Tu pelo que en lo fuerte de mi pasión llamé mil veces, no sólo más rubio, sino más precioso que el oro, ha producido este podre! ¡Tus blancas manos, tus labios amorosos se han vuelto materia y corrupción! ¡En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver! ¡A qué sentido no ofenderá la misma que fue el hechizo de todos ellos!

LORENZO: Vuelvo a ayudarte; pero me vuelca ese vapor… Ahora empieza. Más, más, más ¿qué lloras? No pueden ser sino lágrimas tuyas las gotas que me caen en las manos… ¡Sollozas! ¡No hablas! Respóndeme.

TEDIATO: ¡Ay! ¡Ay!

LORENZO: ¿Qué tienes? ¿Te desmayas?

TEDIATO: No, Lorenzo.

LORENZO: Pues habla. Ahora caigo en quién es la persona que se ha enterrado aquí… ¿Eres pariente suyo? No dejes de trabajar por eso. La losa está casi vencida, y con poco que ayudes la volcaremos, según vemos. Ahora, ahora, ¡ay!

TEDIATO: Las fuerzas me faltan.

LORENZO: Perdimos lo adelantado…

TEDIATO: Ha vuelto a caer…

LORENZO: Y el sol va saliendo, de modo que estamos en peligro de que vayan viniendo las gentes y nos vean…

TEDIATO: Ya han saludado al Creador algunas campanas de los vecinos templos en el toque matutino. Sin duda lo habrán ya ejecutado los pájaros en los árboles con música más natural y más inocente, y por tanto más digna. En fin, ya se habrá desvanecido la noche. Sólo mi corazón aún permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mí nunca sale el sol. Las horas todas se pasan en igual oscuridad para mí. Cuantos objetos veo en lo que llaman día, son a mi vista fantasmas, visiones y sombras cuando menos… Algunos son

furias infernales.
»Razón tienes; podrán sorprendernos. Esconde ese pico, y ese hazadón. No me faltes mañana a la misma hora y en el propio puesto. Tendrás menos miedo, menos tiempo se perderá. Vete, te voy siguiendo.
»Objeto antiguo de mis delicias… ¡Hoy objeto de horror para cuantos te vean! ¡Montón de huesos asquerosos…! ¡En otros tiempos conjunto de gracias! ¡Oh, tú, ahora imagen de lo que yo seré en breve!, pronto volveré a mi casa, descansarás en un lecho junto al mío; morirá mi cuerpo junto a ti, cadáver adorado, y expirando incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa.

NOCHE SEGUNDA

Tediato, la Justicia y después un carcelero

TEDIATO: ¡Qué triste me ha sido este día! Igual a la noche más espantosa me ha llenado de pavor, tedio, aflicción y pesadumbre. ¡Con qué dolor han visto mis ojos la luz del astro, a quien llaman benigno los que tienen el pecho menos oprimido que yo! El sol, la criatura que dicen menos imperfecta, imagen del Creador, ha sido objeto de mi melancolía. El tiempo que ha tardado en llevar sus luces a otros climas me ha parecido tormento de duración eterna… ¡Triste de mi. Soy el solo viviente a quien sus rayos no consuelan. Aun la noche, cuya tardanza me hacía tan insufrible la presencia del sol, es menos gustosa, porque en algo se parece al día. No está tan oscura como yo quisiera la luna. ¡Luna!, escóndete, no mires en este puesto al más infeliz mortal.

»¡Que no se hayan pasado más que dieciséis horas desde que dejé a Lorenzo! ¡Quién lo creyera! ¡Tales han sido para mí! Llorar, gemir, delirar… Los ojos fijos en su retrato, las mejillas bañadas en lágrimas, las manos juntas pidiendo mi muerte al cielo, las rodillas flaqueando, bajo el peso de mi cuerpo; así desmayado, sólo un corto resuello me distinguía de un cadáver. ¡Qué asustado quedó Virtelio mi amigo al entrar en mi cuarto, y hallarme de esta manera! ¡Pobre Virtelio, cuánto trabajaste para hacerme tomar algún alimento! ¡Ni fuerza en mis manos para tomar el pan, ni en mis brazos para llevarlo a la boca, si alguna vez llegaba! ¡Qué amargos son bocados mojados con lágrimas! Instante…, me mantuve inmóvil. Se fue sin duda cansado… ¿Quién no se cansa de un amigo como yo, triste, enfermo, apartado del mundo, objeto de la lástima de algunos, del menosprecio de otros, de la burla de muchos? ¡Que mucho me dejase! Lo extraño es que me mirase alguna vez. ¡Ah, Virtelio, Virtelio! Pocos instantes más que hubieses permanecido mío, te hubieran dado fama de amigo verdadero. Pero, ¿de qué te servirá? Hiciste bien en dejarme; también te hubiera herido la mofa de los hombres. Dejar a un amigo infeliz, conjurarte con la suerte contra un triste, aplaudir la constancia del mundo, imitar lo duro de las entrañas comunes, acompañar con tu risa la risa universal, que es eco de los llantos de un mísero, sigue…, sigue… Éste es el camino de la fortuna… Adelántate a los otros… Admirarán tu talento. Yo le vi salir; murmuraba de la flaqueza de mi ánimo. La naturaleza sin duda murmuraba de la dureza del suyo. Éste es el menos pérfido de todos mis amigos. Otros ni aun eso hicieron. Tediato se muere, dirían unos; otros repetirían, se muere Tediato. De mi vida o de mi muerte hablarían como del tiempo bueno o malo suelen hablar los poderosos, no como los pobres a quienes tanto importa el tiempo. La luz del sol que iba faltando me sacó del letargo

cruel. La tiniebla me traía el consuelo que siente toda la naturaleza al aparecer el sol, le sentí todo junto al ponerse. Dije mil veces preparándome a salir, bien venida seas, noche, madre de delitos, destructora de la hermosura, imagen del caos de que salimos; duplica tus horrores; mientras más densas, más gustosas me serán tus tinieblas. No tomé alimento, no enjugué las lágrimas, póseme el vestido más lúgubre, tome mi acero que será, ¡ay!, sí, será quien consuele de una vez todas mis cuitas. Vine a este puesto. Espero a Lorenzo.
«Desengañado de las visiones y fantasmas, duendes, espíritus y sombras, me ayudará con firmeza a levantar la losa. Haré el robo…, el robo. ¡Ay!, era mía; sí, mía; yo suyo. No, no la agravio. ¿La mía que era sino la suya… Pero, ¿qué voces se oyen? *Muere, muere*, dice una de ellas. *Que me matan*, dice otra voz. Hacia mí vienen corriendo varios hombres. ¿Qué haré? ¿Qué veo? El uno cae herido al parecer… Los otros huyen retrocediendo por donde han venido. Hasta mis plantas viene batallando con las ansias de la muerte. ¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quiénes son los que te siguen? ¿No respondes? El torrente de sangre que arroja por boca y por herida me mancha todo… Es muerto, ha expirado asido de mi pierna. Siento pasos a este otro lado. Mucha gente llega. El aparato es de ser comitiva de la Justicia.

JUSTICIA: Pues aquí está el cadáver, y ese hombre está ensangrentado, tiene la espada en la mano, y con la otra procura desasirse del muerto, parece indicar no ser otro el asesino. Prended a ese malvado. Ya sabéis lo importante de este caso. El muerto es un personaje cuyas calidades no permiten el menor descuido de nuestra parte. Sabéis los antecedentes de este asesinato que se proponían. Atadle; desde esta noche te puedes contar por muerto, infame. Sí, ese rostro, lo pálido de su semblante, su turbación, todo indica o aumenta los indicios que ya tenemos… En breve tendrás muerte ignominiosa y cruel.

TEDIATO: Tanto más gustosa… Por extraño camino me concede el Cielo lo que le pedí días ha con todas mis veras.

JUSTICIA: ¡Cómo se complace con su delito!

TEDIATO: ¡Delito! Jamás lo tuve. Si lo hubiera tenido, él mismo habría sido mi primer verdugo, lejos de complacerme en él. Lo que me es gustosa, es la muerte… Dádmela cuanto antes, si os merezco alguna misericordia. Si no sois tan benignos, dejadme vivir, ése será mi mayor tormento. No obstante, si alguna caridad merece un hombre que la pide a otro hombre, dejadme un rato llegar más cerca de ese templo, no por valerme de su asilo, sino por ofrecer mi corazón a…

JUSTICIA: Tu corazón en que engendras maldades.

TEDIATO: No injuries a un infeliz. Matadme sin afrentarme. Atormenta mi cuerpo en quien tienes dominio, no insultes un alma que tengo más noble, un corazón más puro, sí, más puro, más digna habitación del Ser Supremo, que el mismo templo en que yo quería… Ya nada quiero… Haz lo que quieras de mí… No me preguntes quién soy…, cómo vine aquí, qué hacía, qué intentaba hacer, y apuren los verdugos sus crueldades en mí. Las verás todas vencidas por mi fineza.

JUSTICIA: Llevadle aprisa, no salgan al encuentro sus compañeros.

TEDIATO: Jamás los tuve; ni en la maldad, porque jamás fui malo, ni en la bondad, porque ninguno me ha igualado en lo bueno. Por eso soy el más infeliz de los hombres Cargad más prisiones sobre mí. Ministros feroces, ligad más esos cordeles con que me arrastráis cual víctima inocente Y tú que en este templo quedas únete a tu espíritu inmortal que exhalaste entre mis brazos, si lo permite quien puede y ven a consolarme en la cárcel, o a desengañar a mis jueces. Salga yo valeroso al suplicio, o inocente al mundo. Pero no. Agraviado o vindicado muera yo, muera yo, y en breve.

JUSTICIA: Su delito le turba los sentidos. Andemos, andemos.

TEDIATO: ¿Estamos ya en la cárcel?

JUSTICIA: Poco falta.

TEDIATO: Quien encuentre a la comitiva de la justicia, llevando a un preso ensangrentado, pálido, mal vestido, cargado de cadenas que le han puesto, y de oprobios que le dicen, ¿qué dirá? Allá va un delincuente. Pronto lo veremos en el patíbulo. Su muerte será horrorosa; pero saludable espectáculo. Viva la justicia. Castíguense los delitos. Arránquense de la sociedad los que turban su quietud. De la muerte de un malvado se asegura la vida de muchos buenos. Así irán diciendo de mí, así irán diciendo. En vano les diría mi inocencia. No me creerían. Si la jurara me llamarán perjuro sobre malvado. Tomaría por testigos de mi virtud a estos astros; darían su giro sin cuidarse del virtuoso que padece, ni del inicuo que triunfa.

JUSTICIA: Ya estamos en la cárcel.

TEDIATO: Sepulcro de vivos, morada de horror, triste descanso en el camino del suplicio, depósito de malhechores, abre tus puertas; recibe a este infeliz.

JUSTICIA: Este hombre quede asegurado. Nadie la hable. Ponedle en el calabozo más apartado; doblad el número y peso de los grillos acostumbrados. Los indicios que hay contra él son casi evidentes. Mañana se le examinará.

Prepáresele el tormento por si es tan obstinado como inicuo. Eres responsable de este preso, tú, carcelero, te aconsejo que no le pierdas de vista, mira que la menor compasión que para con él puedas tener, es tu perdición.

CARCELERO: ¿Compasión, yo? ¿De quién? ¿De un preso que se me encarga? No me conocéis. Años ha que soy carcelero, y en el discurso de este tiempo he guardado los presos que he tenido, como si guardara fieras en las jaulas. Pocas palabras, menos alimento, ninguna lástima, mucha dureza mayor castigo y continua amenaza. Así me temen. Mi voz entre las paredes de esta cárcel es como trueno entre montes. Asombra a cuantos la oyen. He visto llegar facinerosos de todas las provincias, hombres a quienes los dientes y las canas habían salido entre muertes y robos… Los soldados al entregármelos se aplaudían más que de una batalla que hubiesen ganado. Se alegraban de dejarlos en mis manos, más que si de ellas sacaran el más precioso saqueo de plaza sitiada muchos meses; y todo esto no obstante…, a pocas horas de estar bajo mi dominio, han temblado los hombres más atroces.

JUSTICIA: Pues ya queda asegurado, adiós otra vez.

CARCELERO: Sí, sí; grillos, cadenas, esposas, cepo, argolla, y todo le sujetará.

TEDIATO: Y más que todo mi inocencia.

CARCELERO: Delante de mí no se habla; y si el castigo no basta a cerrarte la boca, mordazas hay.

TEDIATO: Haz lo que quieras, no abriré mis labios… Pero la voz de mi corazón…, aquella voz que penetra el firmamento ¿cómo me privarás de ella?

CARCELERO: Este es el calabozo destinado para ti. En breve volveré.

TEDIATO: No me espantan sus tinieblas, su frío, su humedad, su hediondez; no el ruido que han hecho los cerrojos de esa puerta; no el peso de mis cadenas. Peor ocupación me ocupa ahora… ¡Ay, Lorenzo! Habrás ido al lugar señalado, no me habrás hallado, ¡qué habrás creído de mí! Acaso creerás que miedo, inconstancia… ¡Ay! No, Lorenzo, nada de este mundo ni del otro me parece espantoso, y constancia no me puede faltar, cuando no me ha faltado ya sobre la muerte de quien vimos ayer cadáver medio corrompido; me acometieron mil desdichas; ingratitud de mis amigos, enfermedad, pobreza, odio de poderosos, envidia de iguales, mofa de parte de mis inferiores… La primera vez que dormí, figuróseme que veía el fantasma que llaman fortuna. Como suele pintarse la muerte con una guadaña que despuebla el universo, tenía la fortuna una vara con que envolvía a todo el globo. Tenía levantado el brazo contra mí. Alcé la frente, la miré. Ella se irritó. Yo me sonreí, y me dormí. Segunda vez se

venga de mi desprecio. Me pone, siendo yo justo y bueno, entre facinerosos hoy; mañana tal vez entre las manos del verdugo. Éste me dejará entre los brazos de la muerte. ¡Oh, muerte! ¿Por qué dejas que te llamen daño, el mayor de ellos, el último de ellos? ¡Tú, daño! Quien así lo diga no ha pasado lo que yo.
»¡Qué voces oigo, ay, en el calabozo inmediato! Sin duda hablan de morir. ¡Lloran! ¡Van a morir y lloran! ¡Qué delirio! Oigamos lo que dice el mísero insensato que teme burlar de una vez todas sus miserias. No, no escuchemos. Indignas voces de oírse son las que articula el miedo al aparato de la muerte.
»Ánimo, ánimo, compañero. Si mueres dentro del breve espacio que te señalan, poco tiempo estarás expuesto a la tiranía, envidia, orgullo, venganza, y desprecio, traición, ingratitud. Esto es lo que dejas en el mundo; envidiables delicias dejas por cierto a los que se quedan en él; te envidio el tiempo que me ganas; el tiempo que tardaré en seguirte.
»Ha callado el que sollozaba, también dos voces que le acompañaban, una hablándole de… Sin duda fue ejecución secreta. ¿Si se llegaran ahora los ejecutores a mí? ¡Qué gozo! Ya se disipan todas las tinieblas de mi alma. Ven muerte con todo tu séquito. Sí, ábrase esa puerta, entren los verdugos feroces manchados aún con la sangre que acaban de derramar a una vara de mí. Si el ser infeliz es culpa, ninguno más reo que yo. ¡Qué silencio tan espantoso ha sucedido a los suspiros del moribundo! Las pisadas de los que salen de su calabozo, las voces bajas con que se hablan, el ruido de las cadenas que sin duda han quitado al cadáver, el ruido de la puerta, estremece lo sensible de mi corazón, no obstante lo fuerte de mi espíritu. Frágil habitación de un alma, superior a todo lo que la naturaleza puede ofrecer, ¿por qué tiemblas? ¿Ha de horrorizarme lo que desprecio? ¡Si será sueño esta debilidad que siento! Los ojos se me cierran, no obstante la debilidad que en ellos ha dejado el llanto. Sí, reclinóme. Agradable concurso, música deliciosa, espléndida mesa, delicado lecho, gustoso sueño encantarán a estas horas a alguno en el tropel del mundo. No se envanezca, lo mismo tuve yo, y ahora…, una piedra es mi cabecera, una tabla mi cama, insectos mi compañía. Durmamos. Quizá me despertará una voz que me diga: ven al suplicio. ¡Cielos!, si el sueño es imagen de la muerte…, ¡ay!, durmamos.
»¿Qué pasos siento? Una corta luz parece que entra por los resquicios de la puerta. La abren; es el carcelero, y le siguen dos hombres. ¿Qué queréis? ¿Llegó por fin la hora inmediata a la de mi muerte? ¿Me la vais a anunciar con semblante de debilidad y compasión, o con rostro de entereza y dominio?

CARCELERO: Muy diferente es el objeto de nuestra venida. Cuando me aparté de ti, juzgué que a mi vuelta te llevarían al tormento, para que en él declarases los cómplices del asesinato que se te atribuía, pero se han descubierto los autores y ejecutores de aquel delito. Vengo con orden de

soltarte. Ea, quítenle las cadenas y grillos. Libre estás.

TEDIATO: Ni aun en la cárcel puedo gozar del reposo que ella me ofrece en medio de sus horrores. Ya iba yo acomodando los cansados miembros de mi cuerpo sobre esta tarima, ya iba tolerando mi cabeza lo duro de esta piedra, y me vienes a despertar, ¿y para qué? Para decirme que no he de morir. Ahora sí que turbas mi reposo… Me vuelves a arrojar otra vez al mundo, al mundo, de donde se ausentó lo poco bueno que había en él. ¡Ay! decidme, ¿es de día?

CARCELERO: Aún falta una hora de noche.

TEDIATO: Pues me voy. Con tantas contingencias como ofrece la suerte, ¿qué sé yo si mañana nos volveremos a ver?

CARCELERO: Adiós.

TEDIATO: Adiós. Una hora de noche aún falta. ¡Ay! Si Lorenzo estuviese en el paraje de la cita, tendríamos tiempo para concluir nuestra empresa. Se habrá cansado de esperarme.
»Mañana dónde le hallaré. No sé su casa. Acudir al templo parece más seguro. Pasaréme ahora por el atrio. Noche, dilata tu duración. Importa poco que te esperen con impaciencia el caminante para continuar su viaje, y el labrador para seguir su tarea. Domina, noche, domina más y más sobre un mundo que por sus delitos se ha hecho indigno del sol. Quede aquel astro alumbrando a hombres mejores que los de estos climas. Mientras más dura tu oscuridad, más tiempo tendré de cumplir la promesa que hice al cadáver encima de su tumba, en medio de otros sepulcros, al pie de los altares, y bajo la bóveda sagrada del templo. Si hay alguna cosa santa en la tierra, por ella juro no apartarme de mi intento. Si a ello faltase yo, si a ello faltase… ¿Cómo había de faltar?
»Aquella luz que descubro será…, será acaso la que arde alumbrando a una imagen que está fija en la pared interior del templo. Adelantemos el paso. Corazón, esfuérzate. O saldrás en breve victorioso de tanto susto, cansancio, terror, espanto y dolor, o en breve dejarás de palpitar en este miserable pecho. Si aquélla es la luz, el aire la hace temblar, de modo que tal vez se apagara antes de llegar a ella. ¿Pero por eso he de temer la oscuridad? Antes debe serme más gustosa. Las tinieblas son mi alimento. El pie siente algún obstáculo… ¿Qué será? Tentemos. Un bulto, y bulto de hombre. ¿Quién es? Parece como que sale de un sueño. ¡Amigo!, ¿quién eres? Si eres algún mendigo necesitado que de flaqueza ha caído, y duermes en la calle por faltarte casa en que recogerte, y fuerzas para llegarte a un hospital, sígueme, mi casa será tuya. No te espanten tus desdichas, muchas y grandes serán, pero te habla quien las pasa mayores. Respóndeme, amigo… Desahogúese en mi pecho el tuyo; tristes como tú busco yo; sólo me conviene la compañía de los míseros; harto tiempo

viví con los felices. Tratar con el hombre en la prosperidad, es tratarle fuera del mismo. Cuando está cargado de penas, entonces está cual es, cual la naturaleza le entrega a la vida, y cual la vida le entregará a la muerte, cuales fueron sus padres, y cuales serán sus hijos. Amigo, ¿no respondes? Parece joven de corta edad. Niño, ¿quién eres? ¿Cómo has venido aquí?

NIÑO: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

TEDIATO: No llores, no quiero hacerte mal. ¡Dime quién eres! ¿Dónde viven tus padres? ¿Sabes tu nombre, y el de la calle en que vives?

NIÑO: Yo soy… Mire vuestra merced… Vivo… Venga vuestra merced conmigo, para que mi padre no me castigue. Me mandó quedar aquí hasta las dos, y ver si pasaba alguno por aquí muchas veces, y que fuera a llamarle. Me he quedado dormido.

TEDIATO: Pues no temas. Dame la manita. Toma ese pedazo de pan que me he hallado no sé cómo en el bolsillo, y llévame a casa de tu padre.

NIÑO: No está lejos.

TEDIATO: ¿Cómo se llama tu padre? ¿Qué oficio tiene? ¿Tienes madre y hermanos? ¿Cuántos años tienes tú? ¿Y cómo te llamas?

NIÑO: Me llamo Lorenzo como mi padre. Mi abuelo murió esta mañana. Tengo ocho años, y seis hermanos más chicos que yo. Mi madre acaba de morir de parto. Dos hermanos tengo muy malos con viruelas, otro está en el hospital. Mi hermana se desapareció desde ayer de casa. Mi padre no ha comido en todo hoy un bocado de la pesadumbre.

TEDIATO: ¿Lorenzo dices que se llama tu padre?

NIÑO: Sí, señor.

TEDIATO: ¿Y qué oficio tiene?

NIÑO: No sé cómo se llama.

TEDIATO: Explícame lo que es.

NIÑO: Cuando uno se muere y le llevan a la iglesia, mi padre es quien…

TEDIATO: Ya te entiendo. Sepulturero, ¿no es verdad?

NIÑO: Creo que sí. Pero aquí estamos ya en casa.

TEDIATO: Pues llama, y recio.

SEPULTURERO: ¿Quién es?

NIÑO: Abra vuestra merced, padre. Soy yo, y un señor.

SEPULTURERO: ¿Quién viene contigo?

TEDIATO: Abre, que soy yo…

SEPULTURERO: Ya conozco la voz. Ahora bajare a abrir.

TEDIATO: ¡Qué poco me esperabas aquí! Tu hijo te dirá dónde le he hallado. Me ha contado el estado de tu familia. Mañana nos veremos en el mismo puesto para proseguir nuestro intento, y te diré por qué no nos hemos visto esta noche hasta ahora. Te compadezco tanto como a mí mismo, Lorenzo, pues la suerte te ha dado tanta miseria, y te las multiplica en tus deplorables hijos… Eres sepulturero… Haz un hoyo muy grande, y…

NOCHE TERCERA

Tediato y el sepulturero

TEDIATO: Aquí me tienes, fortuna, tercera vez expuesto a tus caprichos. Pero ¿quién no lo está? ¿Dónde, cuándo, cómo sale el hombre de tu imperio? Virtud, valor, prudencia, todo lo atropellas. No está más seguro de tu rigor el poderoso en su trono, el sabio en su estudio, que el mendigo en su muladar, que yo en esta esquina lleno de aflicciones, privado de bienes, con mil enemigos por fuera, y un tormento interior capaz por sí solo de llenarme de horrores, aunque todo el orbe procurase mi felicidad.

»¿Si será esta noche la que ponga fin a mis males? ¿La primera de que me sirvió? Truenos, relámpagos, conversación con un ente que apenas tenía la figura humana, sepulcros, gusanos, y motivos de cebar mi tristeza en los delitos, y flaqueza de los hombres. Si más hubiera sido mi mansión al pie de la sepultura, ¿cuál sería el éxito de mi temeridad? Al acudir al templo el concurso religioso, y hallarme en aquel estado creyendo que… ¿Qué hubiera creído? Gritarían: muera ese bárbaro, que viene a profanar el templo con molestia de los difuntos, y desacato a quien los crió.

»La segunda noche… ¡Ay! Vuelve a correr mi sangre por las venas con la misma turbación que anoche. Si no has de volver a mi memoria para mi total aniquilación, huye de ella. ¡Oh, noche infausta! Asesinato, calumnia, oprobios, cárcel, grillos, cadenas, verdugos, muerte y gemidos…, por no sentir mi último aliento huía de mí un instante la tristeza. Pero apenas se me concede gozar el aire que está libre para las aves y brutos, cuando me vuelve a cubrir con su velo la desesperación. ¿Qué vi? Un padre de familia, pobre, con su mujer moribunda, hijos parvulillos y enfermos, uno perdido, otro muerto aun antes de nacer y que mata a su madre al mismo tiempo. ¿Qué más vi? ¡Qué corazón el mío! ¡Qué inhumano si no se partió al ver tal espectáculo!… Excusa tiene… Mayores son sus propios males, y aún subsiste. ¡Oh, Lorenzo! ¡Oh! ¡Vuélveme a la cárcel, Ser Supremo, si sólo me sacaste de ella para que viese tal miseria en las criaturas!

»Esta noche, ¿qué será? Lorenzo, Lorenzo, ¡infeliz!, ven, si ya no te detiene la muerte de tu padre, la de tu mujer, la enfermedad de tus hijos, la pérdida de tu hija, tu misma flaqueza, ven, hallarás en mí un desdichado, que padece no sólo sus infortunios propios, sino los de todos los infelices a quienes conoce, mirándolos a todos como hermanos. Ninguno lo es más que tú. ¿Qué importa que tú nacieras en la mayor miseria y yo en una cuna más delicada? Hermanos nos hace un superior destino, corrigiendo los destinos de la suerte, que divide en arbitrarias clases a los que somos de una misma especie. Todos lloramos…

Todos enfermamos… Todos morimos.
»El mismo horroroso conjunto de cosas de la noche antepasada vuelve a herir mi vista con aquella dulce melancolía… Aquel que allí viene es Lorenzo…, Lorenzo… ¡Qué rostro! Siglos parece haber envejecido en pocas horas; tal es el objeto del pesar semejante al que padece la alegría, o destruye nuestra débil máquina en el momento que la hiere, o la debilita para siempre al herirnos en un instante.

LORENZO: ¿Quién eres?

TEDIATO: El mismo a quien buscas. El Cielo te guarde.

LORENZO: ¿Para qué? ¿Para pasar cincuenta años de vida como la que he pasado llena de infortunios… Y cuando apenas tengo fuerzas para ganar un triste alimento…, ha liarme con tantas nuevas desgracias en mi mísera familia, expuesta toda a morir con su padre en las más espantosas infelicidades? Amigo, si para eso deseas que me guarde el Cielo, ¡ah!, pídele que me destruya.

TEDIATO: El gusto de favorecer a un amigo debe hacerte la vida apreciable, si se conjuraran en hacértela odiosa todas las calamidades que pasas. Nadie es infeliz, si puede hacer a otro dichoso. Y amigo, más bienes dependen de tu mano, que de la magnificencia de todos los reyes. Si fueras emperador de medio mundo…, con el imperio de todo el universo, ¿qué podrías darme que me hiciese feliz? ¿Empleos, dignidades, rentas? Otros tantos motivos para mi propia inquietud, y para la malicia ajena. Sembrarías en mi pecho zozobras, recelos, cuidados, tal vez ambición y codicia… Y en los de mis amigos…, envidia. No te deseo con corona y cetro para mi bien… Más contribuirás a mi dicha con ese pico, ese azadón… Viles instrumentos a otros ojos…, venerables a los míos… Andemos, amigo, andemos…

NOTA. — El autor de estos diálogos los dejó sin concluirlos (como consta del borrador original) y sin darles la última mano, en que, según su plan, se proponía el reconocimiento de Tediato, detestando su furiosa pasión, y sirviendo de escarmiento a los jóvenes incautos, para que se precaviesen, no dejándose arrebatar de un amor desordenado.

EL CASO DE MR. LUCRAFT

Sir Walter Besant y James Rice

I

A menudo he contado la historia de la única cosa notable que me ha sucedido en el curso de una larga existencia. Nunca he sido creído por nadie. Deseo, sin embargo, dejar detrás de mí un relato veraz, en el cual figuren todos los hechos tal como sucedieron, y tal como los recuerdo. Estoy convencido de que no necesito añadir un solo detalle. Cuanto más pienso en la historia, más cuenta me doy de lo milagroso de mi salvación y de las espantosas consecuencias que un providencial accidente apartó de mi cabeza. Sólo tengo motivos para sentirme agradecido y humilde.

No he leído nada semejante a mi caso. He consultado libros que hablaban de apariciones, de brujerías, y del poder del diablo puesto de manifiesto de modo indubitable, pero no he encontrado absolutamente nada que pueda compararse, en ningún sentido, con mi propio caso. Si existiera algún sucesor de Mr. Grumbelow, poseedor de sus diabólicos poderes, este sencillo relato podría servir de advertencia a los jóvenes que se encuentren en la situación en que yo me encontraba en 1823. En realidad, lo único que me mueve a escribirlo es la posibilidad de que pueda servir de ejemplo moral.

Nunca he sido un hombre rico, pero hubo una época en que era muy pobre, y de esa época precisamente tengo que hablar en mi historia.

Mi ascendencia no es cosa importante; bastará decir que fue de lo más oscura. Mi madre murió cuando yo era niño; y mi padre, que no era un hombre como para enorgullecerse de tenerle por padre, hacía mucho tiempo que nos había abandonado. Era marinero de profesión, y decían de él que tenía una esposa en cada puerto, además de unas cuantas que vivían, como mi madre, tierra adentro. Para variar de ambiente, seguramente. Todas casadas como Dios manda con él, y todas honradas. Nunca he sabido lo que fue de mi padre, ni me he molestado en averiguarlo.

Antes de dedicarme a mi primera profesión «seria», ejercí muchos y variados oficios. Fui compañero de viaje y ayudante de un calderero ambulante, que me trataba con tanta amabilidad como cabía esperar…, cuando estaba sobrio. Cuando estaba borracho, solía utilizar mi cabeza como blanco de sus lanzamientos de ollas y cazuelas. Luego fui grumete, aunque en un solo viaje, en un barco carbonero. El barco pertenecía a un filántropo, el cual estaba demasiado ocupado con los problemas de los negros para pensar en los derechos de sus propios marineros; de modo que sus buques, asegurados muy por encima de su valor real, eran enviados al mar para que sobrenadasen o se hundiesen, según plugiera a la Providencia. Creo que ningún grumete ha recibido nunca en un solo viaje los puntapiés y los pescozones que yo recibí. Sin embargo, el barco me condujo felizmente desde South Shields hasta el puerto de Londres. Allí me escapé, y más tarde me enteré de que en el viaje de regreso el Spanking Sally se había hundido. Entonces me alisté como marinero en un

buque que hacía la travesía del Atlántico. Al llegar a Nueva York, fui amanuense de un falso corredor de bolsa; cajero de una tienda; desempeñé muchos oficios, pero ninguno por mucho tiempo. Luego regresé a Inglaterra, y, no sabiendo qué camino seguir, me uní a una compañía de cómicos de la legua. No era un porvenir brillante, desde luego, pero aquella vida me gustaba; me gustaba el trabajo; me gustaban los aplausos; me gustaba viajar de pueblo en pueblo; incluso me gustaba, siendo como era joven } ligero de cascos, la naturaleza precaria del sueldo. Dios sabe que el mío era bastante reducido. Pero formábamos una alegre compañía, y alguno de sus miembros destacó posteriormente en la escena. Si hubiésemos conocido algo de Historia, cosa que no ocurría, podríamos haber recordado que el propio Moliére fue cómico de la legua, en una época de su vida. Hay gente que opina que en los tiempos difíciles resulta filosófico reflexionar en el hecho de que muchos grandes hombres pasaron también momentos difíciles en su vida. A mí no me hubiese servido de consuelo. En realidad, la pobreza no me molestaba demasiado, excepto en lo que toca a las botas. La mayoría de nosotros compartíamos lo que poseíamos, y siempre había comida abundante, incluso para mi apetito naturalmente voraz. Juliet, que comía como un pajarito, me asignaba siempre la ración de cuatro.

Juliet era la hija del director de la compañía: Juliet Kerrans, en la escena miss Juliet Alvanley. Ella tenía dieciocho años, y yo veintitrés, una edad romántica e inflamable. Y nos llevábamos muy bien, no sólo fuera del escenario sino también dentro de él. Era su pareja en muchas obras. Romeo cuando ella representaba a Julieta, un papel que interpretó su madre hasta que ella misma se dio cuenta de que estaba demasiado gorda para continuar interpretándolo; Juliet era lady Teazle y yo Charles Surface; Juliet era Rosalind y yo Orlando; Juliet era Angelina y yo sir Harry Wildair. En las escenas de amor no quedábamos mal. Mirando desapasionadamente hacia atrás, supongo que éramos unos actores detestables. Nos faltaba lo que en la profesión se llama «tablas», y nos guiábamos por unas cuantas normas anticuadas y convencionales. Juliet había nacido en un teatro y tenía, por lo menos, cierta seguridad en sí misma. Yo, en cambio, me sentía nervioso e inseguro. Además, no disponíamos de decorados ni de vestuario apropiado. Pero contábamos con un par de circunstancias favorables: éramos jóvenes y atractivos. Juliet tenía el más encantador de los rostros y la más deliciosa de las figuras; su voz era muy dulce, y su lozana juventud hacía innecesarios los afeites a que tan apegadas son las actrices. Arrastraba familias enteras a nuestras representaciones. Y en los lugares donde actuábamos, los hombres —especialmente los jóvenes oficiales— la acosaban. Le escribían notitas, le enviaban flores… Sus desvelos eran vanos, desde luego: allí estaba el viejo Kerrans para velar por su hija, y yo, y todos los miembros de la compañía. En cuanto a mi propio aspecto, no podía quejarme. Un hombre de setenta y pico de años puede decirlo sin rubor. Era un joven de buena presencia, y recibía una gran cantidad de cartitas y de billets-doux. Juliet las rompía todas. Me llegaban escritas en papel color de rosa con tinta violeta, y empezaban «Al más guapo y al más noble de los

hombres», para terminar «Tu fiel desconocida, Araminta». Aquellas muestras de admiración femenina me tenían sin cuidado, porque estaba perdidamente enamorado de Juliet.

Juliet solía entregar las no titas que recibía a su padre, el cual se encargaba de localizar a sus autores y les hacía adquirir palcos o asientos de preferencia. De modo que lo único que los admiradores de Juliet obtenían era el privilegio de pagar más que los otros espectadores, ya que la muchacha era tan buena como benita: una mezcla difícil de encontrar en el mundo del teatro de hace cincuenta años. Juliet era alta y, en aquella época, delgada. Más tarde siguió el mismo camino que su madre, a pesar de que su esbeltez no lo hacía presagiar. Tenía los ojos y los cabellos negros: unos ojos que nunca perdían su brillo; y unos cabellos que, si bien en los últimos años se volvieron grises, entonces eran una sedosa red para capturar los corazones de sus admiradores. Desde luego, Juliet sabía que era bonita: ¿acaso hay alguna mujer bonita que lo ignore? Y, al mismo tiempo, ignoraba y no quería comprender el poder de su propia belleza. Y a causa de esa ignorancia, se enamoró de mí.

Su padre lo supo y trató de evitarlo desde el primer momento. Pero era un hombre cargado de experiencia, y sabía que ciertos remedios deben aplicarse en pequeñas dosis, para que hagan el efecto a la larga. De modo que Juliet y yo vivimos una temporada en pleno paraíso, gozando de los besos robados y hablando del instante dichoso en que nos convertiríamos en marido y mujer. Una noche —yo representaba el papel de Romeo—, me sentía tan inflamado por la pasión que, por una vez, mi actuación resultó convincentemente natural. El teatro estaba lleno; y el público se dejó ganar por la emoción hasta el punto de que se olvidó de aplaudir.

Desgraciadamente, el viejo Kerrans se dio cuenta de que Juliet y yo no representábamos un papel, sino que manifestábamos nuestros propios sentimientos, y decidió intervenir sin más dilación.

El día siguiente era sábado. Cuando fui a cobrar mi paga semanal, encontré al padre de Juliet con el rostro enrojecido y una mirada huidiza.

—Mira, muchacho —me dijo, entregándome el dinero—, eres una excelente persona y hay en ti madera de actor. Pero no puedo permitir que manosees descaradamente a mi Juliet delante de todo el mundo. De modo que he decidido prescindir de ti. Creo que no me será difícil encontrar a otro Romeo. Tú puedes marcharte a Londres y buscar otro empleo; como verás, te entrego el sueldo de otra semana, además de la corriente, y cuando Juliet esté casada, o cuando te hayas hecho rico, o cuando ocurra algo que cambie las cosas, todos nos alegraremos mucho de tu regreso. No necesitas despedirte de Juliet, porque ya lo he hecho yo por ti esta mañana. Adiós, muchacho, y buena suerte.

¡Buena suerte! ¡Si hubiese sabido la clase de suerte que me aguardaba!

Acepté el despido con el corazón destrozado, y aquella misma tarde tomé la diligencia para Londres.

Pasé la primera quincena tratando de encontrar un empleo.

En aquella época, en Londres sólo había dos o tres teatros, y no tenían plaza ni siquiera para un meritorio.

A continuación probé en los teatros de Greenwich y de Richmond, pero inútilmente. Luego escribí a los empresarios de varias ciudades, sin que ninguno de ellos me contestara. Entretanto, el escaso dinero que poseía había ido fundiéndose. Y una mañana, después de pagar el alquiler de mi habitación —una semana por anticipado—, me encontré sin un penique.

Tenía algunas cosas que podía empeñar: un reloj, un abrigo, unos cuantos libros… Lo que me dieron por ellas me permitió comer una semana. Y una mañana, después de comprar un panecillo y una salchicha para desayunar, me encontré de nuevo con los bolsillos vacíos, y ahora sin ningún objeto que pignorar.

Muchos jóvenes se han encontrado alguna vez en circunstancias parecidas, pero dudo que ninguno de ellos se haya sentido nunca tan desesperadamente hambriento como yo me sentía aquel día. Recuerdo que, tras haber devorado mi salchicha a las ocho, alrededor de las doce me dio una especie de mareo producido por la debilidad y agravado por el delicioso aroma de la carne asada que surgía por las ventanas de las cocinas de los restaurantes mientras andaba por las calles sin rumbo fijo. A eso de la una, contemplé con envidia a los felices mortales que podían entrar en un restaurante y encargar sabrosas viandas; a eso de las dos contemplé a los mismos felices mortales que salían de los restaurantes, andando más lentamente pero con un aire de indudable satisfacción. A las dos y media comprendí que no podría resistir mucho más tiempo. Había estado andando toda la mañana, visitando oficina tras oficina en busca de un empleo, pero ya no podía andar más. Me recliné contra un poste —me encontraba en Bucklersbury— situado enfrente de una tienda, en cuyos escaparates se amontonaban las liebres, los pollos y los pavos, rodeados de un esplendor de zanahorias, nabos y coliflores, hasta que mis sentidos no pudieron resistir más aquella contemplación. Soñaba despierto en una enorme caldera en la cual poder colocar todo el contenido del escaparate para devorarlo de una vez. Mi apetito, al cual ya he aludido, era hereditario. Una de las pocas cosas que puedo recordar de mi madre son sus constantes quejas acerca de lo que mi padre solía comer en casa y fuera de ella. Y yo… Bueno, como ya he dicho, en la compañía me asignaban la ración de cuatro. ¡Aquellos filetes con cebolla frita que había comido en compañía de la encantadora Juliet! Mi debilidad crecía más y más. Soñaba despierto montones de pescado, carne, queso, budines… ¡Alimentos sólidos, Dios mío, alimentos sólidos! Me entraron deseos de penetrar en el primer restaurante que me saliera al paso, y, después de comer hasta reventar, llamar al camarero e informarle tranquilamente de que no tenía dinero. En cierta ocasión había representado una comedia en la cual el actor cómico, después de haber devorado una opípara comida en un restaurante, le dice al camarero que vaya a buscar al dueño. Cuando este se presenta, el actor cómico le pregunta qué haría en el caso de que un cliente, después de encargar y de devorar una buena comida, se declarase insolvente. «¿Qué haría —exclamaba el dueño—. ¡Enviarle al

otro lado de la calle de un puntapié!» «Entonces —decía el actor cómico, poniéndose en pie y levantándose los faldones de la levita, de cara a la puerta de la calle—, temo que tendré que molestarle». Yo representaba el papel del dueño.

A las tres y media, creí que iba a desmayarme. La contemplación del escaparate había agudizado hasta lo indecible mis sensaciones de hambre, pero estaba demasiado agotado —y al mismo tiempo demasiado fascinado— para moverme de allí.

De pronto vi avanzar por la acera, en dirección al lugar donde yo me encontraba, a un caballero de edad madura que llevaba delante de él, como un Lord Mayor en un cuento francés, su enorme abdomen. Tenía el pelo blanco, las cejas blancas, las patillas blancas y un rostro enrojecido. Andaba muy lentamente, como si un ejercicio violento pudiera provocarle un ataque de apoplejía, y se apoyaba en un pesado bastón. Al pasar por delante de la tienda miró hacia el escaparate y sacudió tristemente la cabeza. En aquel preciso instante proferí un involuntario gruñido. El caballero se volvió hacia mí y se me quedó mirando. Supongo que mi aspecto debía ser de lo más raro, reclinado contra el poste y con una expresión melancólica y desesperada al mismo tiempo en el semblante. Observé que tenía unos grandes ojos saltones surcados de venillas rojas que le conferían una expresión lobuna.

—Joven —me dijo, en tono severo—. ¿Está usted enfermo? ¿Acaso ha abusado de la bebida?

Sacudí la cabeza.

—Lo único que tengo es hambre —dije. No vi la necesidad de ocultarlo—. Un hambre espantosa, descomunal.

El caballero apoyó sus dos manos en el puño de oro del bastón y volvió a sacudir la cabeza con aire de desaprobación. De su garganta brotó un gruñido semejante al chirrido de una sierra.

¡Gruñido! «¡Aquí hay un buen tipo para ti!» ¡Gruñido! «¡Tiene hambre, y se siente desgraciado!» ¡Gruñido! «¡Tiene hambre, y se queja!» ¡Gruñido! «¡Tiene hambre —lo mejor que un hombre puede desear— y se atreve a quejarse!» ¡Gruñido! «Me preguntó adonde irá a parar la clase baja, si continúa así. ¿No se siente avergonzado de sí mismo joven?» ¡Gruñido! «Vive en el país de la abundancia, Londres es una gigantesca caravana, llena de las cosas más deliciosas que un hombre pueda desear comer… ¡Y el desdichado se queja!»

—¿De qué me sirve tanta abundancia, si no tengo dinero? —murmuré.

¡Gruñido!

—¿Tiene usted buen apetito, normalmente, o sólo regular?

—¡Excelente! —respondí—. No es justo que un miserable como yo tenga un apetito tan monstruoso. Pero nací con él y no puedo remediarlo.

—Venga conmigo, joven —gruñó el caballero—. Ande delante de mí. Y no hable, porque esto podría impedir que aumentara su apetito. Ande despacio y no abra la boca.

Echó a andar detrás de mí, sin dejar de gruñir.

—No está mal, no está mal… Un tipo excelente. ¡Qué espacio para el desarrollo del Arco de Alderman! ¡Qué tórax para contener un estómago! ¡Qué hombros para una mesa, y qué piernas para poner debajo de ella! ¡Cielos! ¡Qué cena haría este muchacho, si tuviera dinero! Joven y apetito… Salud y hambre…, desperdiciadas en un pobre. ¡Qué cosas! Por aquí, joven.

Me señalaba una puerta, ante la cual se detuvo. Luego sacó del bolsillo una llave más pequeña que las que solían utilizarse en aquella época y abrió la puerta. Penetramos en un pasadizo que, al cerrarse la puerta detrás de nosotros, quedó oscuro como la pez. Subimos unos cuantos peldaños, y al llegar al primer rellano el caballero, que resoplaba como un buey, abrió otra puerta y entramos en otra habitación. Era una habitación muy amplia, que resplandecía con la luz proyectada por más de una docena de candelabros. El centro estaba ocupado por una mesa enorme, puesta para una sola persona. En el exterior brillaba la luz del día, ya que no eran todavía las cuatro de la tarde.

—Siéntese, joven, siéntese —resopló mi huésped—. ¡Oh, querido! ¡Oh, querido! Siéntesé. Me gustaría tener tanta hambre como usted.

Me senté en la silla más próxima y miré a mi alrededor. Lo primero que observé fue que no podía ver la puerta por la cual habíamos entrado. La habitación era octogonal, y en cada uno de los fados había algún mueble pesado; una mesa con cristalería, una estantería llena de libros, un sofá, pero ninguna puerta. Mientras continuaba mis observaciones, la cabeza empezó a darme vueltas. No había tampoco ninguna ventana ni ningún hogar. Luego me dio un vahído y perdí el conocimiento. En parte a causa de la debilidad provocada por el hambre, en parte a causa del efecto que me habían producido aquella extraña habitación y aquel anciano contemplándome con sus grandes ojos lobunos.

Cuando recuperé el sentido estaba tendido en un sofá, y unos dedos suaves y fríos frotaban mis sienes y acercaban un perfumado pañuelo a mis labios. Abrí los ojos y me incorporé, completamente restablecido. El anciano estaba de pie a mi lado.

—Déjale descansar un momento, Bola de Nieve —dijo—. Tal vez la impresión ha sido demasiado fuerte.

Me volví hacia el otro lado para ver quién era Bola de Nieve. Se trataba de un negro del tipo más negroide, tan viejo y arrugado come un árbol de los bosques tropicales; sus mejillas colgaban en pliegues, sus lanudos cabellos eran blancos y sus encías desdentadas; su nariz estaba tan aplastada por la edad que resultaba casi invisible al mirarle como yo le estaba mirando, de perfil. Sus manos eran tan suaves como las de una mujer, pero frías como el hielo; y sus ojos eran rojizos y fieros.

—¿Qué opinas de él, Bola de Nieve? —inquirió el caballero.

—Un joven muy excelente, *massa*, muy excelente, con un gran apetito. Creo que durar mucho más que el otro joven. ¡*Cluck*! Este joven tener estómago excelente, muy excelente. Y ser fuerte como un toro. ¡Cluck-cluck! ¿Cuánto comer él esta

noche?

—Veremos, Bola de Nieve, veremos. Probaremos primero con la cena, y luego comprobaremos qué tal se le da. Los jóvenes no responden siempre a las esperanzas que se depositan en ellos. Pero éste tiene muy buen aspecto y quizá, Bola de Nieve, quizás… ¡Ah! —suspiró.

—¿A qué hora cenar usted, *massa*?

—No lo sé —respondió el anciano, volviendo a suspirar—. Quizás a las nueve, quizá más tarde… Anda, desvanécete y sirve.

Los suspiros de mi anfitrión tenían algún significado, indudablemente. ¿Desapareció Bola de Nieve a través del suelo? ¿Se hundió la mesa cuando él desapareció y volvió a surgir cargada de platos? Eso me pareció.

Me puse en pie de un salto. La vista y el olor de la comida habían vuelto a excitar mi voraz apetito.

—¡Quiero comer! —grité.

—Comerá, joven, comerá. Pero, antes, un momento, sólo un momento. Cuénteme otra vez y de un modo explícito la naturaleza y la extensión de su apetito. Diga la verdad. «Sé sincero. ¡Oh! ¡Sé sincero! Nuestras pequeñas lenguas no deben mentir por un trozo de carne o por una manzana». ¿Conoce usted el salmo?

—Tengo un hambre de mil diablos. ¿Por qué iba a mentir en una cosa como ésa?

—Mi querido y joven amigo, existen muchas clases de apetitos. El suyo puede ser desmesurado al principio y prometer grandes cosas, y terminar muy pronto. ¿No ha oído usted hablar de los que comen más con los ojos que con la boca? Vamos a ver; su apetito de usted, ¿es duradero? ¿Se mantiene a través de una larga cena? ¿Es regular en su repetición?

—Va usted a comprobar de lo que soy capaz —me jacté, insensato de mí—. Nunca he gozado de una larga cena en toda mi vida. Mi apetito se mantiene a través de muchas libras de carne, y es tan regular como un reloj.

—Ya es algo. La carne es un buen banco de pruebas. Y, dígame: ¿es un apetito que se recupera a sí mismo rápidamente? Esto es muy importante. Quiero decir si se trata de un apetito de día a día o de hora a hora… ¿Es bueno a todas las horas del día?

—¡Ojalá no lo fuera!

—¡No blasfeme, joven! Dígame, si ahora comiera hasta hartarse, son las cuatro y media, ¿cuándo cree que estaría de nuevo en disposición de comer?

Sus ojos brillaban como un par de enormes rubíes a la luz de las velas, y sus manos temblaban.

—Yo diría que alrededor de las ocho. Pero podría tomar un tentempié a eso de las siete. En este momento me siento capaz de comerme una montaña.

—¡Se siente capaz de comerse una montaña! ¡Maravillosos son los dones de la Providencia! Mi querido y joven amigo, me siento profundamente agradecido por haberle encontrado a usted. Siéntese y permítame que le sirva; estoy deseando verle comer. ¡Este es un gran día, un bendito día para mí! ¡Bola de Nieve, desvanécete!

Yo estaba demasiado hambriento para extrañarme de nada, y me senté. Empezó a servirme, sin dejar de hablar mientras lo hacía:

—Huevos escalfados… ¡Se ha comido los seis! Sopa de tortuga… ¡Despacio, mi joven amigo, despacio! ¡Ah, impetuosa juventud! ¿Más? Espere, salsa verde. Saboree, saboree la comida. Es un pecado comer tan aprisa. Se lo traga todo sin saborearlo. No…, basta de sopa. —Apartó la sopera a un lado y acercó otro de los platos—: Salmón…, con pepinillos. Salsa de cangrejos…, ¡es como un sueño maravilloso! Filete de lenguado… Croquetas de gallina… ¡Todo ha desaparecido como una nube del cielo! No devore la comida, amigo mío, saboréela. Costillitas de cordero, muy tiernas… ¿Un poco más de pan para la salsa? Perdices en conserva, fardelillos de col… ¡Se come hasta los huesos! Descanse, mi querido amigo, y beba algo. Aquí hay champaña, vino del Rin y Sauternes; no beba nunca jerez; es un vino artificial, incluso el de mejor calidad. Vamos, un poco de champaña.

—Siempre bebo cerveza, señor —dije modestamente—: Pero, si se empeña, beberé un poco de champaña.

Me bebí tres copas en rápida sucesión, y lo encontré bueno. Entretanto, el caballero asentía y hacía gestos de deleite que yo no acertaba a comprender.

—Ahora, mi París de Troya, mi Nerón, mi Judas Macabeo —mezclaba absurdamente los nombres, aunque a mí me tenía sin cuidado—, aquí hay una espalda de carnero, con patatas, coliflor y pasas de Corinto. ¿Más champaña? Puede pagarse una fortuna por contemplar este espectáculo. ¿Salsa? ¿Más champaña? ¿Un poco más de arroz, Alejandro Magno? ¡Jo, jo, jo! ¡Un poco más de arroz, ha dicho! ¡Es un Goliath! ¡Sí, este joven es un verdadero Goliath!

Estaba tan excitado que pensé que iba a darle un ataque. Pero sus halagos no dejaban de complacerme.

—Escoja: ¿codorniz o becada? ¡Oh, oh, oh! ¡Las dos, como Pompeyo! ¿Más champaña? ¿Mermelada, mi Rehogábalo, mi moderno Caracalla, mermelada de albaricoque? ¿Budín? ¡Mermelada y budín! ¡El rey Salomón en toda su gloria! ¿Más champaña? ¿Un poco de vino del Rin para terminar? Se bebe el vino de un trago, este joven Sansón. Queso…, queso de Brie…, y apio. Un vaso de oporto con el queso. Se lo bebe de un trago, también, como Og, rey de Bashan.

Yo me sentía realmente impresionado con la magnificencia de la cena, la verborrea clásica y bíblica, y el extraordinario placer que mi apetito le producía al anciano caballero. Aplaudía; asentía con la cabeza; daba saltitos de júbilo; parpadeaba y sonreía; chasqueaba los labios; daba muestras de un indescriptible deleite. Cuando hube terminado de comer, me entregó una botella de clarete y me contempló mientras yo daba cuenta de ella. Luego me sirvió una taza de café muy cargado, con una copita de licor. En lo que a mí respecta, espero haber puesto en evidencia que comí extraordinariamente bien: en realidad, nunca había soñado siquiera en una comida como aquélla. Y no era únicamente porque estuviera medio muerto de hambre, sino porque todo lo que me habían servido era muy sabroso.

—¿Cómo se siente ahora? —me preguntó mi anfitrión, mientras una sombra de ansiedad cruzaba por su rostro.

II

Los ojos de mi anfitrión tenían una expresión muy rara: una especie de apasionado anhelo.

—Me siento perfectamente, y más agradecido de lo que soy capaz de expresar.

—¡Olvide la gratitud! ¿Se siente usted demasiado… repleto? ¿Se le sube la sangre a la cabeza? ¿Nota alguna molestia? ¿La lengua pastosa, quizás? Ha sido maravilloso, providencial, haberle encontrado. Precisamente a usted, y en el momento en que más le necesitaba… Desde luego, nuestras bendiciones nos llegan cuando menos las esperamos.

Aquél era un lenguaje muy raro, pero todo había sido tan raro que ya no me asombraba de nada. Además, la comida me había dejado en un estado de ánimo tan beatífico, que lo único que me apetecía era descansar, física y mentalmente.

—Ahora —continuó mi anfitrión—, mientras hace usted la digestión… A propósito, espero que su digestión no se vea turbada por el exceso de comida o de bebida… ¡Claro que no! No esperaba menos de un joven como usted. Ahora, suave y desapasionadamente, para no turbar su digestión, háble me de usted. ¿Qué es lo que ha hecho hasta ahora?

Le conté mi historia, que él interrumpió de cuando en cuando para dirigirme alguna pregunta acerca del crecimiento, la duración y la regularidad de mi apetito. Creo que mis respuestas le dejaron satisfecho. Me pareció que no sentía un gran interés por lo que yo le contaba, y que únicamente estaba ansioso por lo que respecta a mi apetito. Cuando hube terminado mi relato se acercó a la mesa —entonces me di cuenta de que todos los rastros del banquete habían desaparecido— y extendió sobre ella un documento, junto al cual colocó una pluma. Luego cogió una silla, se sentó delante de mí y su expresión se hizo grave.

—Ahora vamos a hablar de negocios —dijo.

Yo no tenía la más leve idea de la clase de negocios que podía querer tratar conmigo, pero asentí y esperé. Quizás iba a ofrecerme un empleo. Visiones de un generoso sueldo, para saciar mi voraz apetito, cruzaron por mi cerebro.

—En el caso de usted —empezó—, la posesión de un apetito tan voraz tiene que tropezar con serios inconvenientes. No tiene usted dinero; dentro de unas horas volverá a estar hambriento; experimentará usted grandes sufrimientos, mayores que los que experimentan los hombres menos favorecidos con la mejor de las bendiciones: me refiero al apetito.

—Sí —dije—, es un verdadero problema para mí, especialmente cuando paso una mala época, como la actual.

Casi saltó de la silla.

—No perdamos el tiempo con palabras inútiles —exclamó—. Ya nos hemos puesto de acuerdo. Joven, voy a librarle de ese problema. Voy a comprarle su apetito.

Le miré fijamente. ¿Se había vuelto loco?

—Es un ofrecimiento raro, lo sé —continuó mi anfitrión—, un ofrecimiento raro, y probablemente le ha cogido por sorpresa. Pero es auténtico. Quiero comprarle su apetito.

—Pero…, pero…, ¿comprar mi…, mi apetito? —tartamudeé.

—Nada hay más fácil. Lea esto.

Me entregó el documento que estaba sobre la mesa, y que había sido redactado para mí, supongo. Decía lo siguiente:

«Yo, Luke Lucraft, encontrándome en plena posesión de mis facultades mentales y gozando de buena salud, hago donación por mi libre voluntad de todo mi apetito a Ebenezer Grumbelow, para que haga de él el uso que estime más conveniente. A cambio, estoy de acuerdo en aceptar una asignación mensual de 30 libras, más una suma de 50 libras que recibiré en el momento de la firma del presente documento. Prometo que conservaré cuidadosamente mis costumbres habituales y que no haré nada que pueda dañar el don de un generoso apetito; que no trabajaré inmoderadamente, ni me acostaré tarde, ni haré nada que pueda alterar la aparición normal de un saludable y vigoroso apetito».

Seguía un espacio para mi firma y para la de un testigo.

—Como puede usted ver —continuó mi anfitrión—, no le impongo ninguna condición desagradable. Me limito a exigirle que lleve una vida normal. ¿Está usted de acuerdo?

—No sé qué decir. Ha sido todo tan repentino…

—Vamos, vamos. —En su voz apareció una nota de dureza que no había observado en ella hasta entonces—: Déjese de tonterías. ¿Está de acuerdo?

Volví a leer el documento.

—Concédame un poco de tiempo —dije—. Permítame pensarlo hasta mañana por la mañana.

—¡Pensarlo! —Su rostro enrojeció, y sus ojos saltones llamearon—: ¡Pensarlo! ¿Qué diablos tendrá que pensar? ¿Acaso tiene un penique, un amigo, o una sola oportunidad en el mundo entero? Le concederé cinco minutos: ni un segundo más.

Se puso en pie y se quedó delante de mí, contemplándome. Al levantar la mirada hasta su rostro mis ojos quedaron cegados por una especie de bruma, y en medio de aquella bruma mi anfitrión pareció disolverse lentamente hasta desaparecer. Cuando le oí hablar de nuevo, su voz me llegó desde muy lejos, aunque muy clara, como si me hablara a través de algún tubo.

—Luke Lucraft —me dijo—, mírese a usted mismo.

Sí, me vi a mí mismo, y a pesar de estar situado *fuera* de lo que veía, experimentaba las mismas emociones que si hubiera sido el actor real de las escenas que contemplaba.

Estaba muerto de hambre, y con indecible vergüenza solicitaba una limosna de los transeúntes. Una mujer me dio un chelín y corrí a comprar algo que comer.

Estaba durmiendo entre la paja y los residuos vegetales del mercado de Covent Garden. Me despertaba hambriento y miserable. Mendigaba de nuevo, y no me daban nada. Luego…, luego…, luego robaba. Nadie me descubría. Pero a la tercera vez era descubierto y detenido. El horror y la vergüenza del momento en que comparecía ante el juez es algo que nunca podré olvidar. Todo ello acompañado de una constante e insoportable sensación de hambre. En la última escena que vi, yo estaba tendido, muerto, muerto de hambre y de frío, en una miserable y desnuda buhardilla.

¿De qué malas artes se había valido el viejo para engañar mis sentidos? Era una mentira, y él lo sabía. Pero yo buscaría un trabajo honrado, por pesado que fuera.

—Éste es su futuro, joven —susurró a mi oído la voz del tentador—. Una triste perspectiva. Una vida miserable, y un desdichado final. Ahora, contemple el otro aspecto.

La escena cambió. Me vi a mí mismo, en otra condición. Mi hambre se había desvanecido por completo.

Iba bien vestido y me sentía alegre y animado. Estaba bailando en un salón lleno de muchachas bonitas. Estaba paseando entre los árboles y las flores; estaba leyendo, tendido al sol; estaba contemplando cuadros: estaba en el teatro; estaba cabalgando en el parqué; estaba siguiendo a los perros de caza; estaba haciéndole el amor a Juliet.

Las escenas cambiaban con la misma rapidez con que mi fantasía pasaba de una cosa a otra. Pero en todas me sentía igual: libre de la necesidad terrena del hambre, libre de la ansiedad, con abundancia de dinero…

Mentiras, también. Pero, ¿en virtud de qué poder conseguía embaucarme así aquel nigromante?

—Unas escenas muy distintas, mi querido y joven amigo, ¿no es cierto? —inquirió el anciano caballero, y su voz estaba cada vez más cerca de mí—. Bueno, ya han transcurrido sus cinco minutos.

La nube que había delante de mis ojos se desvaneció. Me encontré sentado en la habitación octogonal, con el anciano delante de mí, reloj en mano, como si estuviera contando los segundos.

—Cinco minutos y quince segundos —gruñó—. Escoja.

—Ya he escogido —dije—. Acepto su ofrecimiento.

—Bien, muy bien —dijo el anciano, con un suspiro de alivio—. No esperaba menos de usted. ¡Bola de Nieve! ¡Bola de Nieve!

La influencia de las cosas que acababa de ver era demasiado intensa sobre mí. No podía razonar ni reflexionar.

El anciano dio unas palmadas.

Inmediatamente, el horrible negro apareció detrás de la silla de su dueño, como si hubiera brotado del suelo. Y creo que brotó del suelo, efectivamente. Su aspecto era más diabólico que nunca, sonriendo de oreja a oreja y con los ojos brillando a la luz de los candelabros como dos grandes brasas de carbón. La luz caía, también, sobre las hendiduras y las arrugas de su rostro, destacándolas como las colinas y los valles de un mapa en relieve. Todo me desconcertaba, pero aquel viejo criado me producía un efecto más desconcertante que todo lo demás.

—Bola de Nieve nos servirá de testigo —dijo el anciano caballero—. Bola de Nieve, este joven caballero, Mr. Luke Lucraft, está a punto de firmar un pequeño documento, en el cual, por pura fórmula, necesitaremos también tu firma en calidad de testigo.

—¡Cluck! —dijo el negro—. Este joven caballero tener mucha suerte…, tener mucha suerte. ¿A qué hora tener que servirle la cena al *massa*?

—¿Cuándo cree usted que volverá a tener hambre? —me preguntó el anciano—. Contésteme sinceramente, sin absurda vanidad…, porque sería peor para usted. La verdad, sencillamente. Ahora son las seis.

—Yo diría que a eso de las nueve estaré en condiciones de cenar, y a las diez es seguro que volveré a tener hambre. La comida ha sido muy copiosa…

—Bien. —El anciano se volvió hacia Bola de Nieve—: Como puedes ver, este joven es modesto y no promete cosas descabelladas. Cenaré, una cena abundante, a las diez en punto. Ahora, Mr. Lucraft firmará.

Me acerqué a la mesa y cogí la pluma, pero no había tinta.

—¡Cluck! —dijo el infernal negro, sonriendo horriblemente—. ¡Cluck! *Massa* esperar un poco.

Cogió mi mano izquierda con su suave y fría zarpa. Noté un agudo pinchazo en mi muñeca.

—Moje la pluma en la sangre —dijo el anciano caballero—. Es un simple formulismo.

—¡Cluck! —dijo Bola de Nieve.

—Una simple fórmula, porque no tenemos tinta a mano.

—¡Cluck-cluck!

Estampé mi nombre en el documento y, siguiendo las instrucciones del anciano caballero, coloqué mi dedo índice sobre la roja firma, diciendo:

—Declaro que ésta es mi voluntad.

Luego le entregué la pluma a Bola de Nieve. Escribió su nombre debajo del mío. Mientras firmaba, me pareció que las letras formaban la palabra «Belcebú». Le miré con una especie de terror. El negro sonrió, como si adivinara mis pensamientos, y soltó otro de sus espantosos «clucks».

Luego empecé a experimentar la misma debilidad que había sentido al principio. Ascendía lentamente desde mis pies, de modo que oí la voz del anciano caballero, pero no vi nada. Cada vez me sentía más débil.

—La cena a las diez, Bola de Nieve —estaba diciendo—. Ya empiezo a tener hambre. ¿Qué haré hasta las diez? Empiezo a tener hambre, desde luego. Creo que podría cenar a las nueve y media… ¡Oh! ¡Bendito día! Bola de Nieve, me servirás una cena para tres…, para cuatro…, para cinco. Beberé champaña, Perrier Jouet, curasao y ponche. ¡Ponche de curasao! Hace más de tres meses que no lo he probado. ¡Oh! Bendito…, bendito…, bendito…

No oí nada más, porque me sumí en una especie de letargo y su voz se apagó.

Cuando recobré el conocimiento estaba apoyado en el poste en Bucklersbury, donde había encontrado al anciano.

Eché a andar como un sonámbulo. Al pasar por delante de un restaurante, un intenso olor a carne asada hirió mi olfato. Y digo hirió, porque me produjo una extraña sensación de repugnancia.

—¡Puaf! —murmuré—. ¡Carne asada!

Mi hambre había desaparecido, esto era un hecho evidente. Sentía completamente tranquilizadas aquellas zonas, cualesquiera que sean, donde reside el apetito. Andaba sumido en una especie de trance, tratando de poner en claro lo que me había sucedido. Lo primero que descubrí fue que no podía recordar el nombre del anciano caballero. Más tarde diré cuándo y en qué circunstancias volví a recordarlo. Me acordaba perfectamente de todos los acontecimientos de aquella tarde. Veía al anciano caballero, con su rostro enrojecido, sus ojos saltones y su pelo blanco; veía al arrugado negro; veía la habitación octogonal sin puertas ni ventanas; la espléndida comida; a mi anfitrión observando todos mis gestos; me acordaba de todo, excepto del nombre del anciano al cual había vendido…, mi apetito.

Todo aquello era tan raro, que me eché a reír al pensar en ello. Debí emborracharme: el anciano me había proporcionado una buena comida, y había bebido demasiado. Pero, entonces, ¿por qué lo recordaba todo tan claramente, en sus menores detalles?

Sobre la cama de la única habitación que constituía mi alojamiento encontré una carta. Era de una firma de abogados, y había sido echada al correo a las seis y media —media hora después de haber firmado aquel documento—. Me informaban de que un cliente suyo, cuyo nombre no mencionaban, les había comisionado para que me entregaran mensualmente la suma de 30 libras, a partir del día de la fecha. ¿Cómo habían obtenido sus instrucciones con tanta rapidez?

Estaba demasiado cansado con las aventuras del día para pensar más en el asunto; y, a pesar de que sólo eran las nueve, me acosté y me quedé inmediatamente dormido. Al cabo de una hora volví a despertarme, con una rara sensación, como si estuviera comiendo demasiado. Al instante supe lo que estaba sucediendo, por una especie de premonición. El anciano estaba cenando, más de lo conveniente… por mí. Salté de la cama, resoplando. Y en aquel preciso instante el anciano empezó a beber más de la cuenta. La cabeza me daba vueltas. Reí, canté y bailé; y poco después caí sin sentido sobre la alfombra, y no recuerdo nada más.

Me desperté a primera hora de la mañana. Continuaba tendido en el suelo. La cabeza me dolía terriblemente. Al caer había dado de cabeza contra una de las patas de la cama y me había lastimado un ojo. Además, había roto un par de sillas. Estaba helado y temblaba de pies a cabeza. Me metí en cama, y traté de recordar lo que había sucedido. Era evidente que me había emborrachado durante la comida y había regresado a casa con la cabeza llena de fantasías y de sueños; quizá la propia comida fue un sueño y una alucinación; si era así, las punzadas del hambre no tardarían en volver a presentarse. Pero no se presentaron. Luego me quedé dormido y no desperté hasta que el sol estaba muy alto y el reloj daba las diez. Mientras me vestía me sentí enfermo y agotado. Me temblaban las manos y tenía el rostro hinchado y los ojos enrojecidos. Seguramente me había intoxicado. Hasta entonces había sido un hombre de costumbres morigeradas, en parte por lo que a la mayoría de nosotros nos obliga a ser sobrios: la pobreza; pero, desde luego, a los veinticuatro años había visto lo suficientemente del mundo como para poder reconocer las señales del exceso de bebida. Y en aquel momento yo las mostraba todas, sin faltar una. Por desgracia, estaba destinado a familiarizarme demasiado con las malditas señales. Involuntariamente, cuando me hube vestido, puse mis manos en mis bolsillos; en ellos había dinero, oro…, soberanos: mi bolsillo estaba lleno de monedas de oro. Las conté, estupefacto. Cuarenta y nueve, y una que cayó rodando: cincuenta. Era parte de la suma por la cual había vendido mi apetito; y sobre la mesa reposaba la carta de los señores Crackett Charges, anunciándome una asignación mensual de treinta libras.

¡Todo era cierto, entonces!

Me senté y traté de poner en orden mis pensamientos. Todo estaba claro, excepto el nombre del comprador: Mr…, Mr… Me acordaba de Bola de Nieve, de la casa, de la habitación y de la comida, pero no del nombre del anciano, de cuya villanía sólo tenía una ligera idea en aquellos momentos. Y no volví a recordar el nombre hasta que me lo dijeron, mucho más tarde.

Todo era muy raro. Dicen que hay hombres que han vendido su alma al diablo por dinero, renunciando a una eternidad de dicha por unos cuantos años de placer; pero en lo que a mí respecta, había cambiado, al parecer, los inconvenientes de un saludable apetito sin tener nada que comer, por los medios de vivir tranquilamente sin él. En una transacción así no podía haber pecado; era algo muy distinto al trato hecho por Fausto, por ejemplo. Y aquí estaban los hechos de signo positivo, por así decirlo: mi bolsillo lleno de soberanos, y una carta anunciándome una asignación mensual de treinta libras.

Hechos de signo positivo. Ustedes verán. No había cometido ningún pecado con aquella transacción. Ustedes juzgarán. Ningún daño podía derivarse de un asunto tan trivial. Ustedes leerán. Cuando me disponía a salir me encontré con la patrona, la cual me anunció qué debía abandonar su casa al término de aquella semana.

—Pensé que era usted un joven tranquilo y sobrio —me dijo—. Nunca más

volveré a fiarme de las apariencias. Ha tenido usted despiertos a todos los huéspedes hasta las dos de la mañana, con sus cantos y sus bailes, que sólo interrumpía para golpear las sillas contra el suelo. No le permitiré quedarse ni un minuto más en esta casa, aunque me lo pida de rodillas. Los vecinos me amenazaron con llamar a la policía. Hace más de veinte años que vivo en este barrio, y siempre he sido una mujer respetable.

Quedé desolado. Después de todo, quizás había sido yo, y no el anciano caballero, mi amable benefactor, la causa de todo aquel jaleo. Era evidente que había ingerido una gran cantidad de vino. Me disculpé humildemente y salí a la calle.

Eran las once, pero no sentía el menor deseo de desayunar. Esto era una experiencia completamente nueva para mí. Sin embargo, entré en un café, de acuerdo con la costumbre, y encargué una taza de té y un panecillo. Cuando me los sirvieron descubrí, con una horrible premonición de peores desdichas, que mi sentido del gusto había desaparecido. Excepto que una cosa era líquida y la otra sólida, no distinguía nada. Y el sentido del olfato no me ayudaba; como descubrí más tarde, mi nariz estaba afectada agradable o desagradablemente, pero no me servía para nada. El olor a pólvora, a gas y a tabaco ofendían a mi olfato. Lo mismo que ciertos olores culinarios. En cambio, ciertas flores, el té y el clarete me complacían, pero era incapaz de distinguir entre ellos. Y no solamente no podía saborear las cosas, sino que el comerlas no me hacía ningún bien. Comía y bebía maquinalmente, porque sabía que el cuerpo necesita alimentos.

Sin embargo, todos estos conocimientos, y más, me llegaron gradualmente. Después de obligarme a mí mismo a desayunar, decidí hacer una visita a los abogados, que tenían su oficina en Lincoln’s Inn Fields.

Me recibió un joven escribiente vestido de negro que parecía estar muy satisfecho de sí mismo.

—¡Ja! —dijo—. Sabía que no tardaría en presentarse, después de recibir la carta. Firme esto.

Era un recibo, y estaba a punto de preguntarle si tenía que firmarlo con sangre, cuando él zanjó la cuestión acercándome un tintero.

—Aquí, debajo del sello de ocho peniques… No estoy autorizado a contestar ninguna pregunta que pueda usted formularme, Mr. Lucraft, ni a formularle a usted ninguna; de modo que coja su dinero y buenos días. Supongo que, al igual que los otros, desconoce usted el nombre de su bienhechor y que le gustaría conocerlo. Pero puede usted ahorrarse la pregunta. Yo no se la contestaré, y tengo órdenes de no introducirle a la presencia de Mr. Charges ni de mister Crackett. Ya tuvieron bastantes molestias con el último. Entró en su oficina, borracho, y armó un gran escándalo.

Me estremecí.

—Sin embargo, Mr. Lucraft, esperó que será usted más afortunado que sus predecesores.

—¿Dónde están? ¿Quiénes son?

—Ignoro dónde están —respondió el escribiente con una mueca—. Pero lo imagino. Todos muertos y enterrados. Y todos muertos de lo mismo: *delirium tremens*. ¡Pobre caballero! Es demasiado bueno para este mundo, y cuanto más bien hace más desengaños recibe. De todos modos, ha tenido muy mala suerte con sus pensionistas. Cuando desapareció el último dijo que no tendría ninguno más, porque ya estaba cansado de que abusaran de su bondad. Pero su buen corazón le ha traicionado una vez más. Ojalá se hubiera fijado en mí…

—¿Cómo ha dicho que se llama?

El escribiente me dirigió una astuta mirada.

—Si usted no lo sabe, ¿cómo voy a saberlo yo? —dijo—. Aquí está el cheque, Mr. Lucraft, y espero que vendrá a recogerlo durante mucho más tiempo que los otros. Aunque todos los pensionistas parecen predestinados a un final temprano. ¡Santo cielo! ¡Un tipo tan saludable como Tom Kirby! ¡Si le hubiese visto la primera vez que se presentó a recoger el cheque! Fuerte como un toro, y fresco como una lechuga.

—¿Tenía un buen apetito?

—No. No comía apenas nada. Murió de consunción antes de que transcurriera el tercer mes. Nadie le vio beber nunca, pero todas las noches estaba borracho, como los demás. Quizá sea una simple coincidencia. Le deseo más suerte, míster Lucraft.

Esta conversación no me tranquilizó, precisamente, y decidí presentarme en Bucklersbury y visitar al anciano caballero. Encontré el poste contra el cual estaba reclinado cuando él me abordó; no me cabía ninguna duda, ya que las liebres y las coliflores continuaban en el escaparate de la tienda, sólo que su aspecto me resultaba ahora sumamente desagradable. Encontré la calle a la cual me había conducido, y luego…, luego…, no pude encontrar la puerta por la cual habíamos entrado. No sólo no había ninguna puerta, sino que aquél no parecía un lugar donde pudiera existir una puerta como la que yo recordaba. Recorrí la calle arriba y abajo, dos veces. Examiné todas las ventanas. Le pregunté a un guardia si había visto en aquella calle a un anciano caballero como el que le describí, o un negro que respondiera a las señas de Bola de Nieve; pero no pudo darme ninguna información. Sin embargo, mientras caminaba por la acera pude oír claramente —produciéndome una impresión que sol incapaz de describir— el infernal «¡Cluck-cluck!» del negro de manos suaves, piel arrugada y ojos enrojecidos. Estaba riéndose de mí desde algún escondite. Hasta entonces no me había causado ningún daño, que yo supiera, pero desde aquel momento le odié.

Por entonces yo no estaba satisfecho de mi buena suerte. Incluso deseaba ansiosamente recuperar lo que había vendido. Me sentía preocupado, e intuía que iban a presentárseme nuevas dificultades. Pensaba en el destino de aquellos desconocidos y desdichados predecesores, todos muertos a causa de la bebida. ¡Santo cielo! ¿Iba yo a morir miserablemente de *delirium tremens*, después de haber vendido mi sentido del gusto, sin poder distinguir el vino del agua, ni siquiera por el olor?

A la una y media, la hora del almuerzo para los que tienen apetito, experimenté de nuevo la sensación de que me estaban rellenando de comida. Entré en un fumadero del Strand y me quedé profundamente dormido. Cuando me desperté, alrededor de las seis, la opresión se había desvanecido. Y entonces empecé a comprender, en parte, las consecuencias de lo que había hecho: y digo en parte, porque me esperaba algo peor, mucho peor. Estaba condenado, lo veía claramente, a ser la víctima de la glotonería del anciano. Él comería, y yo sufriría las consecuencias. El anciano, tal como me había dicho el escribiente, había matado ya a tres hombres muy fuertes: yo sería el cuarto. Me dirigí de nuevo a Bucklersbury y examiné todas las casas, en busca de algo que pudiera darme una pista. Vagabundeé por las calles de la ciudad, con la esperanza de encontrar a mi verdugo y obligarle a que me devolviera mi libertad. No encontré ninguna pista, no encontré al anciano. Pero *le sentí*. Alrededor de las siete empezó a cenar; comía lentamente, a juzgar por la naturaleza gradual de mis sensaciones; pero ingirió una sorprendente cantidad de comida, y a eso de las ocho él peso de mi estómago era tan grande, que apenas podía respirar. ¡Cómo maldije mi locura! ¡Cuán imponentemente me retorcí bajo el peso que había cargado sobre mis propios hombros! Y luego empezó a beber. ¡El muy bribón! Noté que la cabeza me daba vueltas; no experimentaba ninguna sensación de alegría, ninguna de las agradables gradaciones de excitación, esperanza y confianza a través de las cuales los hombres suelen llegar a la etapa final, al olvido absoluto. Me estaba emborrachando, lenta pero inexorablemente. Luché inútilmente contra aquella sensación; a mi alrededor todo empezó a dar vueltas; traté de hablar, pero la lengua parecía habérseme hinchado monstruosamente; las losas de la acera volaron al encuentro de mi frente y perdí el conocimiento.

III

Por la mañana me encontré tendido en un banco de piedra en una pequeña habitación enjalbegada. La cabeza me dolía horriblemente. En mi cerebro resonaba, con burlona reiteración, el infernal «¡Cluck-cluck!» del negro. No tuve mucho tiempo para meditar; se abrió la puerta y apareció un policía de uniforme.

—¡Vamos! —me ordenó en tono rudo—. ¡Acompáñeme, si es que puede sostenerse en pie!

Inmediatamente comprendí lo que había sucedido; me encontraba en los calabozos de una comisaría, e iba a comparecer ante el juez.

No he olvidado aún aquella ignominia, a pesar de que han transcurrido más de cuarenta años. «Embriaguez y escándalo público». ¿Qué podía decir en mi descargo? Nada, absolutamente nada. Di un nombre falso, pagué la multa y me dejaron marchar.

Regresé a mi alojamiento y traté de enfrentarme con el problema.

Era evidente que el demonio al cual me había vendido era incapaz de la menor consideración hacia mí. Comería y bebería todo lo que se le antojara, sin importarle las consecuencias que pudiera acarrearme. Era evidente, asimismo, que procuraría extraer el mayor jugo posible de su trato, comiendo vorazmente todos los días y emborrachándose como una cuba todas las noches. Y yo me encontraba completamente indefenso. No me cabía ninguna duda de que las consecuencias serían tan graves para mí como si fuera realmente culpable de aquellos excesos. Sólo me quedaba un pequeño consuelo: mi apetito decaería, y mi verdugo sería castigado donde más había de sentirlo. Me tendí a esperar la hora del almuerzo; no experimenté ninguna sensación de hartura; en consecuencia, era indudable que el anciano caballero estaba sufriendo ya un castigo subsidiario, por así decirlo, por su glotonería del día anterior. Por la tarde salí a la calle, temiendo a cada paso encontrarme con alguien que hubiera sido testigo de mi vergüenza de aquella mañana, para ingerir mi ración normal de alimento. Era horrible pensar que los excesos de la noche no afectaban para nada mi capacidad para ingerir alimentos, que se mantenía a un nivel regular. En realidad, yo era una máquina humana que a horas determinadas exigía agua y combustible. Regresé a casa temprano, a fin de evitar una repetición de la desgracia de la última noche, y me encerré en mi habitación.

A las siete empezó la cena; a las ocho me encontraba repleto de comida; a las nueve estaba borracho. Pensé que lo mejor que podía hacer era ocultarme en alguna parte. Alquilé una casita situada al norte de Islington, compré algunos muebles y me retiré a vivir allí, condenándome a mí mismo a la soledad. Entre aquellas cuatro paredes, al menos, estaba seguro. Y allí, noche tras noche, esperé temblando los ataques de glotonería y de embriaguez, ya que mi verdugo no tenía piedad.

En cuanto a mis comidas, las compraba preparadas. Consistían casi exclusivamente en pan y en carnero frío. Para comprender la lamentable condición a que me había reducido la falta del sentido del gusto, les bastará saber que el carnero hervido, frío, era tan agradable para mí como cualquier otra forma de alimento. Descubrí, después de repetidas tentativas, que el carnero constituye el mejor combustible —es mucho mejor que el buey y que el cerdo— para mantener la máquina humana en funcionamiento el mayor tiempo posible. De modo que comía carnero. También descubrí la cantidad exacta de comida que necesitaba, y que sólo una pequeña parte de su composición tenía que ser de procedencia animal, de modo que tenía siempre una buena provisión de patatas hervidas. Me aprovisionaba dos veces al día, a las once de la mañana y a las cinco de la tarde. Así fortalecido, me enfrentaba con las horas de tormento.

Aquel período de mi vida fue tan desdichado, que la mente humana apenas puede concebirlo. Día a día, mi cuerpo se estaba convirtiendo en una auténtica ruina. Por las mañanas me temblaban las manos. Perdía la facultad de pensar de un modo coherente. Un verdadero desastre, en una palabra.

La gente no puede saber, a menos que se haya encontrado en mi situación, cosa muy improbable, la importancia que el comer y el beber tienen en la vida de un hombre. Entre el resto del mundo y yo se había abierto un abismo. Ellos podían disfrutar de lo que a mí me estaba vedado: podían celebrar los acontecimientos felices con algún manjar extraordinario; podían dar a la dicha una forma externa y tangible. Yo, en cambio, no sólo estaba privado de todo eso, sino que ni siquiera podía gozar de una alegría en sí misma. Ya que, si se mira bien, la mayoría de las alegrías o de los sufrimientos humanos están relacionados con los sentidos. Había renunciado a la mitad de mí mismo, y la otra mitad permanecía como amodorrada e incapaz de reaccionar. En lo que respecta a mi pálida y descolorida existencia, era tan monótona como un reloj. Si me olvidaba de alimentarme, me sentía invadido por la habitual debilidad. Pero no gozaba del placer de saborear por anticipado una agradable cena; no disfrutaba con la contemplación de una copa de vino al trasluz, brillando con la pasión del rubí o la dulzura del ópalo…

Como ya he dicho, todas las cosas me sabían igual y el carnero frío constituía mi plato básico. Sólo podía distinguir entre la cerveza, el vino, el café y el té por el aspecto, y en consecuencia bebía agua. Si me decidía, cosa que ocurría muy rara vez, a comer en un restaurante, escogía mi *piéce de résistence* por el aspecto, por algún atractivo en la forma, pero no por el sabor o el olor. El color requemado de la carne asada podía atraerme un día y repugnarme al siguiente. Tres cuartas partes de mi vida habían desaparecido, y con ellas toda mi felicidad.

Aquella época duró alrededor de cuatro meses. El día uno de cada mes me presentaba en las oficinas de los abogados para recibir mi paga —el salario del pecado— de manos del escribiente, el cual me examinaba con aire crítico pero no me dijo nada hasta el día primero del cuarto mes. Entonces, mientras me entregaba el dinero, me susurró en tono confidencial a través de la mesa:

—Mire, amigo, a mí no me importa, pero tiene usted peor aspecto que el pobre Tom Kirby. ¿Por qué no deja usted de beber? ¿Qué placer encuentra emborrachándose de ese modo? El anciano caballero estuvo aquí ayer, y me preguntó qué aspecto tenía usted y si creía que su estado de salud era bueno. Le preocupan mucho sus pensionistas, ¿sabe?

Cogí mi dinero con mano temblorosa y salí de allí a toda prisa. Cuando llegué a mi casa, no me avergüenza confesar que lloré como un chiquillo.

¡*Delirium tremens*! No tardaría en presentarse, y entonces se precipitaría el final. Era demasiado horrible. Piensen en mi situación. Tenía veinticuatro años. No sólo estaba privado del placer —un verdadero placer, se lo aseguro— de comer y beber; yo era el hombre más sobrio del mundo y, sin embargo, llevaba en el rostro y en mi aspecto, y sentía en mi cerebro, todas las huellas y los síntomas de un incurable alcoholismo. Aquel viejo glotón, aquel oculto asesino, no tendría piedad. Debió haber observado la progresiva decadencia de mi apetito, y, al ver que la cosa empeoraba, había decidido matarme bebiendo más desaforadamente que nunca.

Creo que no hubiera tardado ni una semana en morir, de no haberse producido un hecho inesperado, del cual me enteré más tarde: el viejo demonio cayó enfermo con un terrible dolor de garganta que no le permitía tragar nada. ¡Imaginen mi alegría al comprobar qué podía acostarme sobrio, despertar sin que me doliera la cabeza, notar que los síntomas de mi alcoholismo desaparecían lentamente, ver tranquilizados mis nervios! Durante quince días fui feliz…, tan feliz que incluso llegué a creer que la mejora sería definitiva y que el anciano se había arrepentido de su maldad. Un día, después de un par de semanas de verdadero paraíso terrenal, estaba paseando por el Strand, pues no temía ya salir a la calle, y me encontré con mi antiguo director, el padre de Juliet. Me saludó con una afabilidad realmente emotiva, dadas las circunstancias.

—¡Mi querido muchacho! Me he preguntado muchas veces por dónde andarías… Ven y cuéntamelo todo. ¿Has cenado ya? Vamos a cenar juntos.

Me disculpé lo mejor que supe y le pregunté por Juliet.

—Medianamente, muchacho. ¿Sabes, Lucraft? A veces pienso que no me porté demasiado bien contigo. Pero…, no tenías dinero. Reúne un poco de dinero, muchacho, y vuelve con nosotros.

¡Sencillamente maravilloso! Olvidé mis preocupaciones, mis ataduras… Me olvidé de todo, menos de Juliet.

—Yo…, yo…, tengo…, tengo algún dinero —tartamudeé—. Lo conseguí inesperadamente.

—¿De veras? —inquirió Mr. Kerrans, palmeándome el hombro—. Entonces, ven a ver a Juliet. Espera…, no. Pasado mañana damos una función a beneficio de Juliet. Estamos actuando en Richmond. Puedes representar uno de tus antiguos papeles: el de sir Harry Wildair. Modificaré los programas. ¿Seguro que vendrás?

—¡Seguro! —respondí, muy excitado—. Me sé el papel de memoria, de cabo a rabo. Dígale a Juliet que un viejo amigo actuará con ella.

Quedamos de acuerdo y nos separamos. Compré un ejemplar de la obra en Lucy’s y estudié de nuevo el papel.

Al día siguiente me dirigí a Richmond, y encontré a mi Juliet sumida en una impaciencia que me llegó al corazón. Había adelgazado y estaba muy pálida; yo, en cambio, había engordado y tenía el rostro enrojecido, a pesar de que quince días de tranquilidad habían mejorado mi aspecto.

—Estás muy desmejorado —me dijo Juliet—. Mr. Mould —Mr. Mould era el encargado del vestuario— dice que tienes el aspecto de un aficionado a la bebida.

Me eché a reír, pero la procesión me iba por dentro.

Levantamos el Salón a las siete.

Empecé con todo mi antiguo fuego, porque estaba actuando de nuevo con Juliet. Olvidé mis preocupaciones; era realmente feliz, y creo que actué bien. El caso es que me aplaudieron mucho. Durante el primer entreacto, un repentino terror se apoderó de mí. Noté que el viejo estaba comiendo otra vez. La cosa no pasó a mayores,

porque comió muy poco. Pero luego empezó a beber, y a beber aprisa.

Era inútil luchar contra ello. Creo que el diabólico viejo bebió coñac barato, porque al cabo de cinco minutos me había emborrachado. Salí a escena tambaleándome, riendo y cantando como un salvaje, hasta que caí y no pude levantarme. Lo último que recuerdo es el rugido de furor del viejo Kerrans, diciendo a los tramoyistas que sacaran a aquel inmundo borracho del teatro y lo arrojaran a la calle. Más tarde me enteré de que se vieron obligados a suspender la función, y que el beneficio de la pobre Juliet se fue al agua. En lo que a mí respecta, los tramoyistas me sacaron del teatro con la intención de dejarme tirado en medio de la calle, pero uno de ellos se compadeció de mí y me llevó a su propia casa en un carretón.

Quedé completamente aplastado por aquel golpe. Por primera vez se me ocurrió la idea del suicidio para terminar con todo. Torpe de mí, no caí en la cuenta de que mi verdugo no podía comer, *pero podía beber*, y encargó el licor más fuerte que pudo encontrar, con el propósito de matarme de una vez y empezar con otra víctima.

Pero la Providencia había dispuesto que los acontecimientos se desarrollaran de un modo muy distinto.

Una noche, pocos días después de mi desgracia en el teatro de Richmond, estaba sentado en mi solitaria vivienda, en espera de la habitual borrachera, cuando noté una rara agitación dentro de mí, una lucha interna, como si a través de todas mis venas circulara una tormentosa ola. Me tendí en la cama.

«Una nueva diablura del viejo —me dije a mí mismo—. Que haga lo que quiera; al menos, debo tratar de soportarlo con resignación».

Empecé a especular acerca de mi inevitable y cercano fin, y a preguntarme qué proporción del pecado de todas aquellas borracheras me serían cargadas en cuenta.

Asombrado, comprobé que no sucedía nada más. Mi tumulto interior fue apaciguándose lentamente, y me quedé dormido.

A la mañana siguiente me desperté tarde, y noté que la cabeza no me dolía. Esto quería decir que la noche anterior no me había emborrachado… Me levanté con la depresión de costumbre, y quedé estupefacto al descubrir que mis nervios no me fallaban y que mi estado de ánimo mejoraba hasta el punto de barrer toda sombra de depresión.

Maquinalmente, me dirigí a la alacena y saqué mi ración de carnero y de patatas. ¿Cómo describir la alegría que experimenté al comprobar que había recuperado mi sentido del gusto y que el sabor de la carne fría me pareció horrible? Apenas podía creer a mis sentidos; en realidad, los había perdido durante tanto tiempo que resultaba difícil aceptar que volvía a estar en posesión de ellos. Probé las patatas. ¡Santo cielo! Para un paladar normal, no hay nada más espantoso que el sabor de una patata hervida, fría.

Me dirigí a la taberna más cercana y pedí huevos, jamón y té. Lo devoré todo con una pasión casi religiosa. Y luego, convencido de que mi verdugo tenía que estar muerto, me presenté en la oficina de mis abogados.

Me recibió el escribiente.

—¡Ah! —exclamó, en tono compungido—. ¡El anciano caballero ha muerto! Se apagó como el pabilo de una vela. Pasó a mejor vida en veinticuatro horas. Bueno, si alguien se ha ganado el cielo en la tierra, ése fue él.

—¿De qué murió? ¿De un empacho de comida y de bebida?

—¡Mr. Lucraft! —me reprendió el escribiente—. *Usted* es el menos indicado para adoptar ese tono al referirse a su bienhechor, aquel distinguido caballero. Era un verdadero santo. Murió de apoplejía.

—¡Oh! —exclamé, sin importarme lo que el escribiente decía, pero satisfecho al comprobar que el diabólico viejo estaba realmente muerto.

—El jefe de la firma desea verle a usted —me informó el escribiente—. Sígame.

Me condujo a un despacho en el cual se encontraba un caballero de edad madura sentado detrás de un escritorio.

—¿Mr. Lucraft? —inquirió—. Le estaba esperando. Esta mañana he visto al criado negro de su difunto bienhechor. Me dijo que usted vendría aquí.

Le miré en silencio.

—Tengo una comunicación para usted, de parte de nuestro desaparecido amigo, Mr. Ebenezer Grumbelow. Lleva fecha de hace varias semanas, y hace referencia a una suma de dinero que obra en mi poder y que debía entregarle a usted en el caso de que él falleciera.

«Ebenezer Grumbelow —murmuré—. Ebenezer Grumbelow».

Este era el nombre que durante tanto tiempo no había podido recordar.

—Mi pobre amigo —continuó el abogado—, después de subrayar que, a menos que cambie usted de costumbres acabará mal, me entregó personalmente el dinero —aquí está el cheque—, para que la donación no figurase en su testamento.

Cogí el cheque en silencio.

—Bueno… —El abogado me miró con cierta sorpresa—: ¿No tiene usted ninguna observación que hacer respecto a esta muestra de generosidad?

—Ninguna —dije.

—Ignoro —continuó el abogado—, ignoro, firme aquí, por favor, qué motivos tuvo Mr. Grumbelow para hacerle objeto de su generosidad. Pero opino que una expresión de pesar por su muerte no estaría de más…

Me metí el cheque en el bolsillo.

—Mr. Grumbelow era un filántropo, ¿no es cierto? —inquirí.

—En efecto. Un verdadero filántropo, que dedicó su vida a socorrer a los demás. Todo el mundo lo sabe.

—Y era también un hombre religioso, ¿verdad?

—Desde luego, desde luego. Uno de los hombres más profundamente religiosos de nuestro país…

—¡Cluck-cluck!

En la puerta había aparecido el familiar rostro de Bola de Nieve.

—Supongo que ya conoce usted al fiel criado de míster Grumbelow —dijo el abogado.

—En el documento por el cual se me hace donación de esta suma, ¿hay alguna cláusula especial, alguna condición que yo deba cumplir? —pregunté.

—Ninguna. Es una donación completamente libre. Un momento, aquí hay una postdata que tengo que leerle. Tal vez usted la comprenda. En ella, Mr. Grumbelow dice que, en lo que respecta a los servicios que él le prestó a usted, y usted a él, será mejor que los mantenga en secreto, por su propio bien.

Me incliné.

—Ahora puedo decirle a usted, Mr. Lucraft, sin el menor deseo de quebrantar la confianza que pueda haber existido entre el difunto y usted, que un amigo de Mr. Grumbelow —se trata del reverendo Jabez Jumbles, un nombre que usted desconocerá— se propone escribir la biografía de aquel hombre tan notable y tan religioso, como un ejemplo para la juventud. Cualquier ayuda que usted pueda prestar para un fin tan loable, será recibida con la mayor gratitud. Especialmente, Mr. Lucraft, cualquier información acerca de la continua ayuda que prestó a los jóvenes, que habitualmente le decepcionaron y murieron alcoholizados.

Volví a inclinarme y me marché.

En el pasillo fui abordado por el negro.

—¿Qué es lo que tienes que decirme, maldito rufián? —exclamé, blandiendo mi puño delante de su arrugado rostro.

—¡Cluck-cluck! *Massa* no enfurecerse con el pobre viejo Bola de Nieve. ¿Cómo está el joven *massa*? Tener muy buen aspecto. ¿Cómo andar de apetito el joven caballero? ¿Tener el estómago fuerte? ¡Cluck-cluck!

Prudentemente, se mantenía a cierta distancia de mis manos. Creo que en aquel instante le hubiera asesinado sin pensármelo dos veces.

—El anciano *massa* siempre preguntar: «¿Cómo está el joven diablo? Andar a ver, Bola de Nieve». Y yo ir a mirar a la casa del joven *massa*, y regresar. «Él estar muy mal, señor —yo decir—. Él empeorar de prisa, como los otros. La gente decir que beber demasiado, beber demasiado». ¡Cluck-cluck! El anciano *massa* decirme todas las noches: «Traerme el coñac, Bola de Nieve, traerme el coñac; quiero terminar con él». ¡Cluck-cluck!

—Dime, ¿de qué murió tu amo?

—De ape…, de apo…, Bola de Nieve no saber, señor.

—¡A otro con ese cuento! Vamos, dime la verdad.

—Al anciano *massa* le llegó su hora —susurró Bola de Nieve, acercándose más a mí—. Le llegó su hora, y el anciano *massa* tener mucho miedo. ¿*Massa* Lucraft necesita un criado? Bola de Nieve muy buen criado. Cocinar muy bien. Hacer a *massa* rico, como *massa* Grumbelow.

—¡Antes contrataría al diablo! —exclamé.

—¡Cluck-cluck-cluck! —cloqueó el negro; y en aquel momento, parecía

realmente el diablo—. ¡Cluck! *Massa* poder hacerlo, si *massa* querer.

Me marché precipitadamente, demasiado excitado por haber recobrado la libertad para fijarme en lo que el negro acababa de decir.

¡Estaba libre! ¿Qué iba a hacer ahora?

Fui a ver a Mr. Kerrans. Le encontré en aquel estado de ánimo que corresponde al padre severo ultrajado en sus mejores y más tiernos sentimientos. Tuve que invitarle a una generosa ración de coñac; pero finalmente conseguí que aceptara mis puntos de vista, y me permitió hablar con Juliet.

Juliet me perdonó.

Sólo tengo que añadir a esto que, un mes después de nuestra unión, le conté a mi esposa toda la historia.

Juliet me preguntó si la había tomado por una imbécil.

Desde entonces se la he contado a muchas personas, ninguna de las cuales la creyó, con la excepción, quizá, de una anciana dama; una anciana muy respetable en todos los sentidos, con un solo fallo: cree en Joanna Southcott lo mismo que en mi historia, y a veces mezcla la figura de la profetisa con la de mi viejo asesino.

Hasta el día de su muerte, Juliet no me permitió beber una sola gota de alcohol. Nunca se sabe, decía, cuándo un hombre puede volver a las andadas…

LA PIRÁMIDE BRILLANTE

ARTHUR MACHEN

I. El mensaje cuneiforme

OBSESIONADO, dice usted?

—Sí, obsesionado. Cuando nos conocimos, hace tres años, me habló usted de la región donde vivía, con sus antiguos bosques, sus agrestes y majestuosas colinas, y sus ásperas tierras. El cuadro que usted me describió quedó grabado en mi mente, y lo recuerdo siempre, de un modo especial cuando estoy sentado en mi escritorio y oigo el intenso rumor del tránsito de las calles de Londres. Pero, ¿cuándo ha llegado usted?

—La verdad, Dyron, es que he venido directamente desde la estación. He salido esta mañana temprano para tomar el tren de las 10,45.

—Bueno, me alegro mucho de que haya venido a verme. ¿Qué ha sido de su vida desde la última vez que nos vimos? Supongo que no existe ninguna Mrs. Vaughan…

—No —dijo Vaughan—, continúo siendo un eremita, como usted. No he hecho más que vagabundear de un lado para otro.

Vaughan había encendido su pipa y estaba sentado en el brazo del sillón, mirando a su alrededor con una mezcla de asombro y de intranquilidad. Dyson había hecho correr su silla cuando entró su visitante, y tenía un brazo apoyado en su escritorio, lleno de papeles y de libros en desorden.

—Y usted, ¿sigue ocupado en la antigua tarea? —inquirió Vaughan, señalando el montón de papeles y de abultadas carpetas.

—Sí, el sueño de la literatura es tan vano y tan absorbente como el de la alquimia. Bueno, supongo que se quedará algún tiempo en la ciudad. ¿Qué haremos esta noche?

—En realidad, me gustaría convencerle para que viniera a pasar unos días en el oeste. Estoy persuadido de que le sentarían estupendamente.

—Es usted muy amable, Vaughan, pero resulta difícil abandonar Londres en septiembre. Doré no podía haber dibujado nada más maravilloso y místico que la Oxford Street, tal como la vi hace un par de días, al atardecer; el reflejo del sol poniente, la calina azul, transformaban la calle en un sendero que conducía «a la ciudad espiritual».

—A pesar de todo, me gustaría que viniera. Disfrutaría usted paseando por nuestras colinas. Estoy asombrado: me pregunto cómo puede trabajar en medio de este ruido. Creo que gozaría de veras con la tranquilidad de mi viejo hogar entre los bosques.

Vaughan volvió a encender su pipa y miró ansiosamente a Dyson, para comprobar si sus palabras habían producido algún efecto, pero su amigo sacudió la cabeza, sonriendo, y en lo íntimo de su corazón hizo un voto de fidelidad a las calles ciudadanas.

—No puede usted tentarme —dijo.

—Bien, quizá tenga usted razón. Después de todo, tal vez estaba equivocado al

hablar de la tranquilidad del campo. Allí, cuando se produce una tragedia, es como una piedra arrojada en una charca; los círculos que forma el agua se van ensanchando, y parece que no hayan de terminar nunca de agrandarse.

—¿Han tenido ustedes alguna tragedia allí?

—Bueno, no me atrevo a calificarla de tal. Pero, hace cosa de un mes, me preocupó mucho algo que ocurrió; puede o no puede haber sido una tragedia, en el sentido corriente de la palabra.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Verá, el hecho es que desapareció una muchacha de un modo bastante misterioso. Sus padres, que responden al nombre de Trevor, son unos granjeros acomodados, y su hija mayor, Annic, era una especie de belleza local; en realidad, era muy guapa. Una tarde, decidió ir a visitar a su tía, una viuda que cultiva sus propias tierras, y como las dos casas se encuentran solamente separadas por una distancia de cinco o seis millas, Annie les dijo a sus padres que iría por el atajo que pasa por las colinas. No llegó a casa de su tía, ni ha vuelto a ser vista. Se lo cuento a grandes rasgos, desde luego.

—¡Qué cosa más rara! Supongo que en las colinas no habrá minas abandonadas… ¿Cree usted que pudo caerse por algún precipicio?

—No. El camino que tenía que tomar no discurre junto a ningún barranco; no es más que un sendero abierto en plena colina, apartado, incluso, de cualquier camino secundario. Pueden recorrerse millas enteras sin encontrar un alma, pero es absolutamente seguro.

—¿Y qué dice la gente acerca de ello?

—¡Oh! Tonterías… No tiene usted idea de lo supersticiosa que es la gente del campo. Donde yo vivo, son más supersticiosos que los irlandeses, que ya es decir.

—Pero, ¿qué es lo que dicen?

—¡Oh! Suponen que la pobre muchacha «se marchó con las hadas», o fue «raptada por las hadas». ¡Si el caso no fuera tan trágico, habría para echarse a reír!

Dyson pareció algo interesado.

—Sí —dijo—, la palabra «hadas» suena algo rara ¿al oído en la época actual. Pero, ¿qué dice la policía? Supongo que no aceptará la hipótesis del cuento de hadas…

—No. Pero tengo la impresión de que anda completamente despistada. Lo que temo es que Annie Trevor tropezara con algunos facinerosos en su camino. Castletown, como ya sabe, es un importante puerto de mar, y algunos de los peores marinos extranjeros desertan de cuando en cuando de sus barcos y se dedican al bandolerismo. No hace muchos años, un marinero español llamado García asesinó a toda una familia por un botín que no valía seis peniques. Algunos de esos tipos apenas son humanos, y mucho me temo que la pobre muchacha haya tenido un final espantoso.

—¿Vieron merodear por allí a algún marinero extranjero?

No. Y la gente del campo se fija inmediatamente en cualquiera que tenga un aspecto o vista de un modo «anormal». A pesar de todo, parece como si mi teoría fuese la única explicación posible.

—¿No hay ningún dato que pueda servir de punto de partida? —inquirió Dyson pensativamente—. ¿Un asunto amoroso, o algo por el estilo?

—¡Oh, no! Ni pensarlo. Estoy seguro de que si Annie estuviera viva, se lo hubiera hecho saber a su madre.

—Desde luego, desde luego. Pero existe la posibilidad de que esté viva, y no *pueda* comunicarse con sus amigos. Todo esto debe haberle producido muchas preocupaciones.

—En efecto. Aborrezco los misterios, especialmente los que pueden ser el velo del horror. Pero, francamente, Dyson, prefiero no recordarlo; no he venido aquí para hablarle de esto.

—Naturalmente —dijo Dyson, un poco sorprendido por la actitud de Vaughan—. Ha venido para conversar de temas más alegres.

—No, eso tampoco. Lo que acabo de contarle ocurrió hace cosa de un mes, pero en estos últimos días ha sucedido algo que me afecta de un modo más personal, y, para ser absolutamente sincero, he venido a verle con la idea de que podía ayudarme. ¿Recuerda el extraño caso-de que me habló cuando nos vimos por última vez? Algo acerca de un fabricante de gafas…

—¡Oh, sí, lo recuerdo perfectamente! En aquella época estaba muy orgulloso de mi perspicacia; incluso ahora, la policía no tiene la menor idea del motivo de que fueran deseadas aquellas extrañas gafas amarillas. Pero, tiene usted un aspecto realmente preocupado, Vaughan. Espero que no será nada grave.

—No, creo que he estado exagerando, y quiero que usted me tranquilice. Pero lo que ha sucedido es muy raro.

—¿Y qué ha sucedido?

—Estoy convencido de que se reirá de mí, pero ésta es la historia. Como usted ya sabe, hay un camino, un derecho de paso, que cruza mis tierras y, para ser exacto, discurre junto al muro de la huerta. No es utilizado por muchas personas; algún leñador, de cuando en cuando, y cinco o seis chiquillos que van a la escuela del pueblo y pasan por allí dos veces al día. Hace unos días, decidí dar un paseo antes de desayunar, y me detuve a llenar mi pipa al lado mismo de las grandes puertas del muro de la huerta. El bosque se extiende hasta muy cerca del muro, y el camino de que le he hablado discurre a la sombra de los árboles. Soplaba un vientecillo fresco, y aproveché la protección de la pared para encender la pipa. Al hacerlo, incliné la mirada al suelo y vi una cosa que me llamó la atención. Debajo mismo del muro, sobre la corta hierba, había unas piedrecitas que formaban un dibujo; algo así…

Y Mr. Vaughan cogió un lápiz y un trozo de papel y trazó unas cuantas rayas.

—Como puede ver —continuó—, las piedrecitas eran doce, y estaban simétricamente espaciadas. Las piedras eran puntiagudas, y todas las puntas estaban

dirigidas en la misma dirección.

—Sí —dijo Dyson, sin mucho interés—, no cabe duda de que los chiquillos que usted ha mencionado estuvieron jugando cuando regresaban de la escuela. Los niños son muy aficionados a entretenerse haciendo dibujos con piedras, flores, conchas, o cualquier otra cosa que encuentren.

—Eso fue lo que yo pensé; vi aquellas piedras que formaban una especie de dibujo, y me marché. Pero, a la mañana siguiente, volví a pasar por allí, y vi otra vez las piedrecitas, en el mismo lugar. El dibujo, sin embargo, era distinto: las piedras estaban dispuestas como los rayos de una rueda, uniéndose todas en un centro común, y este centro estaba formado por otro dibujo que parecía una copa; todo, desde luego, a base de piedrecitas.

—Sí, la cosa resulta curiosa —dijo Dyson—. Aunque lo más probable es que los responsables de esas fantasías en piedra sean los chiquillos que van a la escuela.

—Intrigado, decidí hacer una prueba. Los niños regresan de la escuela a las cinco y media de la tarde, y fui a aquel lugar a las seis: encontré el dibujo tal como lo había dejado por la mañana. Al día siguiente, repetí la visita a las siete menos cuarto de la mañana, y descubrí que el dibujo había cambiado. Ahora formaba una pirámide. Vi pasar a los chiquillos hora y media más tarde, y no se detuvieron para nada allí. Por la tarde les vi regresar, y tampoco se detuvieron. Y esta mañana, a las seis, el dibujo formaba una especie de media luna.

—De modo que la serie de dibujos es la siguiente: primero, líneas simétricas; luego, los radios y la copa; después la pirámide, y finalmente, esta mañana, la media luna. Ese es el orden, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto. Pero, ¿sabe usted lo que me ha hecho sentirme intranquilo? Supongo que va a parecerle absurdo, pero no puedo evitar la idea de que alguien los utiliza para comunicarse con otros…, o para amenazarme.

—¿Amenazarle? ¿Acaso tiene usted enemigos?

—No. Pero tengo algunas piezas de plata, muy antiguas y valiosas.

—Entonces, ¿piensa usted en los ladrones? —inquirió Dyson, cuyo interés parecía haber aumentado considerablemente—. Conoce usted a todos sus vecinos. ¿Hay algún personaje sospechoso?

—Oue yo sepa, no. Pero recuerde lo que he dicho de los marineros.

—¿Puede usted confiar en sus criados?

—Desde luego. La plata se encuentra en una habitación a prueba de ladrones; el único que sabe dónde está la llave es el mayordomo, un hombre que lleva muchos años al servicio de la familia. Por ese lado no hay problema. Sin embargo, todo el mundo sabe que tengo un montón de plata antigua, y la gente del campo es muy aficionada al comadreo, de modo que la información puede haber llegado a oídos de algún indeseable.

—Es probable, aunque confieso que la teoría de los ladrones me parece algo insatisfactoria. ¿Quién se comunica con quién? Me resisto a aceptar esa explicación.

¿Qué fue lo que le hizo relacionar la plata con aquellos dibujos?

—La figura de la copa —dijo Vaughan—. Da la casualidad de que poseo una ponchera muy grande y muy valiosa de la época de Carlos II. El cincelado es realmente exquisito, y la pieza vale un montón de dinero. El dibujo que le describí a usted, tenía la misma forma de mi ponchera.

—Una extraña coincidencia, desde luego. Pero, ¿y los otros dibujos? ¿Tiene usted algo en forma de pirámide?

—¡Ah! Eso es lo más raro de todo. La ponchera en cuestión, juntamente con un juego de cucharas antiguas, está guardada en un pequeño arcón de caoba, de forma piramidal.

—Confieso que todo esto me interesa muchísimo —dijo Dyson—. Continúe. ¿Qué me dice de los otros dibujos? El Ejército, como podríamos llamar al primero, y la Media Luna…

—No he podido relacionarlos con nada. Sin embargo, creo que admitirá usted que mi curiosidad y mi preocupación están justificadas. Me disgustaría mucho perder alguna de las piezas antiguas de plata; casi todas ellas han pertenecido a mi familia desde hace generaciones. Y no puedo quitarme de la cabeza la idea de que algunos facinerosos tratan de hacerme víctima de un robo, y se comunican unos con otros todas las noches por medio de esos dibujos.

—Sinceramente —dijo Dyson—, no sé qué decirle; estoy tan a oscuras como usted. Su teoría parece la única explicación posible, y, sin embargo, las dificultades que existen son enormes.

Se reclinó hacia atrás en su asiento, y los dos hombres se miraron, con el ceño fruncido, perplejos ante un problema tan raro.

—A propósito —dijo Dyson, después de una larga pausa—, ¿qué formación geológica tienen ustedes allí?

Mr. Vaughan levantó la mirada, muy sorprendido por la pregunta.

—Arenisca y caliza roja, creo —respondió—. Nos encontramos un poco más allá de las capas que contienen carbón mineral.

—Pero, ni en la arenisca ni en la caliza hay piedras, ¿verdad?

—No, nunca he visto piedras en los campos. Y confieso que el hecho me había llamado la atención.

—¡Lo que yo suponía! Es un detalle muy importante. A propósito, ¿qué tamaño tenían las piedras utilizadas en aquellos dibujos?

—Da la casualidad de que me he traído una; la cogí esta mañana.

—¿De la Media Luna?

—Exactamente. Aquí está.

Sacó de uno de sus bolsillos una piedra de forma alargada y terminada en punta, de unas tres pulgadas de longitud.

El rostro de Dyson brilló de excitación al cogerla de manos de Vaughan.

—Desde luego —dijo, después de un breve silencio—, tiene usted unos vecinos

muy raros. Me cuesta trabajo creer que puedan albergar algún propósito acerca de su ponchera. ¿Sabe usted que esto es una piedra cuneiforme antiquísima, y que además tiene forma única? He visto ejemplares que procedían de todas las partes del mundo, pero ninguno como éste, que posee unas características muy especiales.

Dejó su pipa sobre el escritorio y sacó un libro de uno de los cajones.

—Tenemos el tiempo justo para tomar el tren que sale a las 5,45 para Castletown —dijo.

II. Los ojos en el muro

Mr. Dyson aspiró profundamente el aire puro de las colinas y sintió todo el encanto del escenario que le rodeaba. Era por la mañana, temprano, y se encontraba en la terraza de la parte delantera de la casa. Los antepasados de Vaughan la habían construido en la falda de una alta colina, al amparo de un antiguo y tupido bosque que rodeaba el edificio por tres de sus puntos cardinales; por el cuarto, al sudoeste, el terreno descendía suavemente hasta hundirse en el valle, por cuyo fondo discurría un rumoroso riachuelo. En la terraza, perfectamente resguardada, no corría ni un soplo de viento, y los árboles permanecían inmóviles. Un solo rumor turbaba el silencio: el murmullo cantarín del agua al deslizarse entre las rocas. Debajo mismo de la casa, el riachuelo estaba cruzado por un puente de piedras grises, que se remontaba a la Edad Media, y más allá del puente se alzaban de nuevo las colinas, anchas y redondeadas como baluartes, cubiertas aquí y allá de oscuros bosques, aunque las alturas estaban desnudas de árboles. Dyson miró al norte y al sur, y sólo vio la pared de las colinas, y los antiguos bosques, y el riachuelo regateando entre ellos; todo gris y difuso con la niebla matinal, bajo el cielo plomizo.

La voz de Mr. Vaughan rompió el silencio.

—Pensé que estaría usted demasiado cansado para levantarse tan temprano —dijo —. Veo que está admirando el paisaje. Es hermoso, ¿verdad? Aunque supongo que el viejo Meyrick Vaughan no pensó mucho en el escenario cuando edificó la casa. Un hogar antiguo y extraño, ¿no es cierto?

—Sí, pero encaja perfectamente con los alrededores; sus piedras son tan grises como las del puente y como las colinas.

—Temo haberle traído aquí para nada, Dyson —dijo Vaughan—. Esta mañana he estado allí, y no he visto rastro de ningún dibujo.

Echaron a andar a través del césped, hasta llegar a un sendero que pasaba por la parte posterior de la casa. Avanzaron por él, y súbitamente Vaughan se detuvo; estaban junto a la puerta del muro de la huerta.

—Mire, aquí era —dijo Vaughan, señalando el suelo—. La primera mañana que

vi las piedras, estaba en el lugar en que usted se encuentra ahora.

—Ya. Aquella mañana fue el Ejército; luego la Taza, luego la Pirámide, y ayer la Media Luna. ¡Qué piedra más rara! —continuó Dyson, señalando un bloque de piedra caliza que sobresalía del suelo, debajo del mismo muro—. Parece una especie de columna enana, pero supongo que es natural.

—Sí, lo mismo creo yo. Imagino que la trajeron aquí para utilizarla en los cimientos de otro edificio más antiguo que el nuestro.

—Es muy probable.

Dyson miraba a su alrededor atentamente, tendiendo la vista desde el suelo al muro, y desde el muro al profundo bosque que casi colgaba sobre la huerta, oscureciendo el lugar incluso en plena mañana.

—Mire aquí —dijo Dyson, al cabo de un rato—. Desde luego, eso tiene que ser obra de los chiquillos. Mire…

Se había inclinado, y examinaba la roja superficie del muro, que había sido levantado con ladrillos blancos. Vaughan se acercó y miró fijamente el lugar señalado por el dedo de Dyson; apenas pudo distinguir una leve señal en la rojiza superficie.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Apenas puedo distinguirlo.

—Mírelo más de cerca. ¿No le parece una tentativa de dibujar un ojo humano?

—¡Ah! Ahora lo veo. Mi vista no es muy aguda. Sí, han tratado de dibujar un ojo, como usted dice. Creí que a los chiquillos les enseñaban a dibujar en la escuela.

—Bueno, es un ojo bastante raro. Tiene una forma muy extraña; diríase que es el ojo de un chino.

Dyson contempló pensativamente la obra del artista en agraz, y, arrodillándose, examinó de nuevo el muro minuciosamente.

—Me gustaría mucho saber —dijo, finalmente— cómo es posible que un chiquillo de estos andurriales conozca la forma que tienen los ojos mongólicos. La mayoría de los niños tienen una impresión muy distinta del tema; dibujan un círculo, o algo parecido a un círculo, y ponen una manchita en el centro. No creo que ningún chiquillo imagine que el ojo está hecho realmente como ése. Quizá pueda derivar del rostro grabado en una lata de té… Pero no me parece probable.

—Pero, ¿por qué está tan seguro de que lo dibujó un chiquillo?

—Mire la altura. Esos ladrillos tienen unas dos pulgadas de espesor, aproximadamente; desde el suelo hasta el dibujo, hay veinte tongadas de ladrillos; esto nos da una altura de tres pies y medio. Ahora, imagine que va a dibujar algo en ese muro. Exactamente; su lápiz, si tuviera uno, tocaría el muro al nivel aproximado de sus ojos, es decir, a una distancia de más de cinco pies del suelo. Por lo tanto, resulta fácil colegir que ese ojo fue dibujado por un niño de unos diez años.

—Sí, no se me había ocurrido. Desde luego, tiene que haberlo hecho uno de los chiquillos

—Lo mismo creo yo. Sin embargo, como ya le he dicho, en esas dos líneas hay algo muy poco infantil, y el propio globo ocular tiene una forma casi ovalada. Tal y

como yo lo veo, el dibujo tiene un aire antiguo y raro; y, en conjunto, resulta bastante desagradable. No puedo evitar la idea de que si pudiéramos ver toda una cara dibujada por la misma mano, no sería nada agradable. Pero, después de todo, esto es una tontería, que no nos hace avanzar en nuestras investigaciones. Es muy raro que la serie de dibujos a base de piedras haya tenido un final tan brusco.

Los dos hombres emprendieron el camino de regreso a la casa, y en el momento que entraban en el porche se abrió un claro en el cielo gris, y un rayo de sol bañó las grisáceas colinas delante de ellos.

Durante todo el día, Dyson vagabundeó pensativamente por los campos y los bosques que rodeaban la casa. Estaba intrigado por las extrañas circunstancias que se proponía aclarar, y en un momento determinado sacó de su bolsillo la piedra cuneiforme y la examinó con profunda atención. Había algo en ella que la hacía completamente distinta de los ejemplares que había visto en museos y en colecciones particulares; la forma era de un tipo distinto, y alrededor del filo había una línea de puntitos, que tenía toda la apariencia de un adorno. ¿Quién, pensó Dyson, podía poseer tales cosas en un lugar tan apartado? ¿Y quién, poseyendo las piedras, podía haberles dado el fantástico uso de dibujar figuras incomprensibles bajo la tapia de la huerta de Vaughan? Lo absurdo de todo el asunto le molestaba indescriptiblemente; y a medida que su mente rechazaba una teoría tras otra, se sentía fuertemente tentado de tomar el primer tren y regresar a la ciudad. Había visto la plata antigua que poseía Vaughan, y había examinado la ponchera, la gema de la colección, con suma atención; y lo que vio, y su conversación con el mayordomo, le convencieron de que un complot para robar la ponchera tenía muy pocos visos de verosimilitud. El arcón donde estaba guardada la ponchera, una pesada pieza de caoba, que databa evidentemente de principios de siglo, recordaba ciertamente una pirámide, y Dyson se sintió inclinado, en el primer momento, a realizar un trabajo de detective; pero, una reflexión más detenida le convenció de la imposibilidad de la hipótesis del robo. Tenía que encontrar algo más satisfactorio. Le preguntó a Vaughan si había gitanos por aquellos alrededores, y Vaughan le respondió que no habían visto uno desde hacía años. Esto le desanimó bastante, ya que sabía que los gitanos tienen la costumbre de dejar extraños jeroglíficos a su paso, y había depositado ciertas esperanzas en aquella idea, cuando se le ocurrió. Al oír la respuesta de Vaughan, que significaba la destrucción de su teoría, se reclinó hacia atrás en su asiento, con expresión de disgusto.

—Es raro —dijo Vaughan—, pero los gitanos no nos han producido nunca molestias. De vez en cuando, los campesinos encuentran restos de fogatas en la parte más agreste de las colinas, pero nadie parece saber quién las enciende.

—Serán obra de los gitanos.

—¿En aquellos lugares tan apartados? No lo creo. Los gitanos y los vagabundos de todas clases suelen andar por las carreteras y caminos próximos a los lugares habitados.

—Bueno, no sé qué decirle. Esta tarde he visto a los chiquillos cuando regresaban de la escuela, y, como usted dijo, no se han detenido para nada junto al muro. De modo que no tendremos más ojos en la tapia, por lo menos.

—Uno de estos días me dedicaré a espiarles y descubriré quién es el artista.

A la mañana siguiente, cuando Vaughan salió a dar su acostumbrado paseo, encontró a Dyson, que le estaba esperando junto a la puerta de la huerta, y al parecer en un estado de intensa excitación, ya que le hizo señas para que se acercara, gesticulando violentamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Vaughan—. ¿Otra vez las piedras?

—No; pero mire ahí, mire la tapia. ¿Lo ve?

—¡Hay otro ojo!

Exactamente. Dibujado a muy poca distancia del primero, casi al mismo nivel, aunque ligeramente más abajo.

¿Quién diablos será el autor? No pueden haber sido los chiquillos, anoche no estaban ahí, y los niños no pasarán hasta dentro de una hora. ¿Qué significado puede tener?

—Creo que en el fondo de todo esto se encuentra el propio diablo —dijo Dyson —. Desde luego, resulta difícil —no llegar a la conclusión de que esos infernales ojos almendrados han sido dibujados por la misma mano que trazó los dibujos con las piedras cuneiformes; y a dónde puede llevarnos esa conclusión, es más de lo que puedo decir. Por mi parte, he tenido que echarle un freno a mi imaginación, pues de lo contrario se hubiera desbocado.

Los dos hombres permanecieron callados unos instantes. Luego, Dyson continuó:

Vaughan, ¿se ha fijado usted en que existe un detalle, un detalle muy curioso, en común entre las figuras hechas con piedras y los ojos dibujados en el muro?

—¿A qué se refiere? —preguntó Vaughan, sobre cuyo rostro había caído una sombra de indefinido temor.

—A esto: sabemos que los dibujos del Ejército, la Copa, la Pirámide y la Media Luna tienen que haber sido hechos durante la noche. Probablemente, eso significa que estaban destinados a ser vistos también durante la noche. Bueno, el mismo razonamiento es aplicable a esos ojos del muro.

—No acabo de comprenderle, Dyson.

—Verá, las últimas noches han sido muy oscuras, ya que el cielo ha estado cubierto de nubes. Además, los árboles del bosque proyectan una intensa sombra sobre el muro, incluso en las noches más claras.

—¿Y bien?

—Lo que me sorprende es esto: quienquiera que sea el autor, debe tener una vista particularmente aguda para poder dibujar a oscuras.

—He leído que algunas personas encerradas en calabozos oscuros durante muchos años, han adquirido la facultad de ver perfectamente en la oscuridad.

—Sí —dijo Dyson—. El abate Faria, de *El conde de Montecristo*, por ejemplo.

Pero es un detalle muy curioso.

III. La búsqueda de la Ponchera

—¿Quién es el anciano que acaba de saludarle? —preguntó Dyson, cuando llegaban a la curva del sendero próxima a la casa.

—¡Oh! Es el viejo Trevor. Está muy decaído, el pobre.

—¿Quién es Trevor?

—¿No lo recuerda? Le conté la historia el día que fui a su casa…, acerca de una muchacha llamada Annie Trevor, que desapareció de un modo inexplicable hace cinco semanas. Ese anciano es su padre.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo. A decir verdad, lo había olvidado por completo. ¿No se ha sabido nada de la muchacha?

—Absolutamente nada.

—Temo que no presté mucha atención a los detalles que usted me dio. ¿Qué camino seguía la muchacha?

—Un atajo que pasa por las colinas que hay encima de la casa. Se encuentra a unas dos millas de aquí.

—¿Está cerca de aquel caserío que vi ayer?

—¿Se refiere usted a Croesyceiliog? No, está más al norte.

Entraron en la casa, y Dyson se encerró en su habitación, debatiéndose aún en un mar de dudas, pero con la sombra de una sospecha creciendo en su interior, una sospecha vaga y fantástica, que se negaba a tomar una forma definida. Estaba sentado junto a la abierta ventana contemplando el valle, viendo como en un cuadro el intrincado regateo del riachuelo, el puente gris, y las enormes colinas que se erguían más allá; todo difuminado por una niebla blanquecina, que se levantaba del riachuelo. Empezó a oscurecer, y las enormes colinas parecieron más enormes y más vagas, y los oscuros bosques se hicieron más oscuros; y la sospecha que le había asaltado dejó de parecerle imposible. Pasó el resto de la velada sumido en una especie de ensueño, sin apenas oír lo que Vaughan decía; y cuando recogió su candelabro en el vestíbulo, se detuvo un momento antes de darle las buenas noches a su amigo.

—Necesito un buen descanso —dijo—. Mañana va a ser un día de trabajo para mí.

—¿Va a escribir algo, quizá?

—No. Voy a buscar la Ponchera.

—¿La Ponchera? Si se refiere usted a la mía, está segura en el arcón.

—No me refiero a ella. Puedo garantizarle que su plata no ha estado nunca amenazada. No, no voy a importunarle con suposiciones. Creo que no pasará mucho

tiempo sin que tengamos algo más positivo que unas simples suposiciones. Buenas noches, Vaughan.

A la mañana siguiente, Dyson salió de la casa después de desayunar. Tomó el sendero que discurría junto al muro de la huerta, y observó que el número de ojos almendrados dibujados en la tapia ascendía ahora a ocho.

«Seis días más», se dijo a sí mismo. Pero, cuanto más pensaba en la teoría que había elaborado, más le hacía estremecer la posibilidad de que fuera cierta. Siguió andando a través de las densas sombras del bosque, hasta llegar al final de los árboles, y fue trepando cada vez más alto, manteniendo el rumbo norte y ateniéndose a las indicaciones que le había dado Vaughan. A medida que ascendía, le parecía elevarse más y más por encima del mundo de la vida humana y de las cosas acostumbradas; a su derecha, a lo lejos, una columna de humo azulado se erguía hacia el cielo; allí estaba la aldea donde los chiquillos iban a la escuela, y aquél era el único signo de vida, ya que el bosque ocultaba la antigua casa gris de Vaughan. Cuando llegó a lo que parecía ser la cumbre de la colina, se dio cuenta por primera vez de la desolada soledad que le rodeaba por todas partes; allí sólo había cielo gris y grisácea colina, o colina gris y cielo grisáceo, una elevada y amplia llanura que parecía extenderse interminablemente, y la vaga silueta del azulado pico de una montaña, muy lejos y al norte. Al final llegó al sendero, y por su posición y por lo que le había dicho Vaughan, supo que era el camino que había tomado Annie Trevor, la muchacha desaparecida. Dyson avanzó por él, observando las grandes rocas de piedra caliza que surgían del suelo, de un aspecto tan repulsivo como un ídolo de los mares del Sur. Y de repente se detuvo, asombrado, a pesar de que había encontrado lo que estaba buscando. Casi sin transición, el terreno se hundía súbitamente en todas direcciones, y Dyson pudo ver una especie de hoyo circular, que podía haber sido perfectamente un anfiteatro romano. Dyson dio una vuelta completa alrededor del hoyo, observó la posición de las piedras que formaban las paredes y emprendió el camino de regreso.

«Esto —se dijo a sí mismo— es más que curioso. He descubierto la Ponchera, pero, ¿dónde está la Pirámide?».

—Mi querido Vaughan —le dijo a su amigo, cuando llegó a la casa, puedo decirle que he encontrado la Ponchera, y esto es lo único que le diré, de momento. Tenemos seis días de absoluta inactividad ante nosotros; no puede hacerse nada.

IV. El secreto de la Pirámide

—He estado dando la vuelta por la huerta —dijo Vaughan una mañana—, he contado esos infernales ojos y he visto que había catorce. Por el amor de Dios, Dyson, dígame

el significado de todo esto.

—Lamento no estar en condiciones de hacerlo. Puedo haber supuesto esto o aquello, pero siempre me he atenido al principio de guardar mis suposiciones para mí mismo. Además, no vale la pena adelantar los acontecimientos: recordará que le dije que teníamos seis días de inactividad ante nosotros. Bien, el de hoy es el sexto día, y el final de la ociosidad. Propongo que esta noche nos demos un paseo.

—¡Un paseo! ¿Es ésa toda la actividad que piensa usted desarrollar?

—Bueno, puedo mostrarle algunas cosas muy curiosas. Para ser sincero, deseo que esta noche, a las nueve, venga conmigo a las colinas. Tal vez tengamos que pasar toda la noche fuera, de modo que será mejor que se tape bien y que lleve un poco de aquel brandy…

—¿Es una broma? —dijo Vaughan, que estaba desconcertado por la sucesión de extraños acontecimientos.

—No, no creo que tenga nada de broma. A menos que esté muy equivocado, encontraremos una solución muy seria del rompecabezas. Vendrá conmigo, ¿verdad?

—Muy bien. ¿Qué dirección piensa usted seguir?

—La del sendero de que usted me habló; el atajo que se supone tomó Annie Trevor.

Vaughan palideció al oír el nombre de la muchacha.

—No creí que siguiera usted esa pista —dijo—. Pensaba que se estaba usted ocupando del asunto de los dibujos en el suelo y en el muro de la huerta. En fin, le acompañaré.

Aquella noche, a las nueve menos cuarto, los dos hombres salieron de la casa y tomaron el sendero que cruzaba el bosque, hacia la cumbre de la colina. Era una noche muy oscura. El cielo estaba encapotado, y el valle lleno de niebla; parecían andar en un mundo de sombras y de tristeza, sin apenas hablar, temerosos de romper el agobiante silencio. Anduvieron y anduvieron, hasta que, finalmente, Dyson cogió a su compañero por el brazo.

—Nos detendremos aquí —dijo—. Creo que no hay nada todavía.

—Conozco el lugar —dijo Vaughan, al cabo de unos instantes—. He venido a menudo durante el día. Los campesinos temen venir aquí, según creo; suponen que es un castillo encantado, o algo por el estilo. Pero, ¿qué diablos hemos venido a hacer aquí?

—Hable un poco más bajo —dijo Dyson—. No nos favorecería en nada que nos oyeran hablar.

—¡Que nos oyeran hablar! No hay un alma viviente en tres millas a la redonda.

—Posiblemente, no; en realidad, debería decir que desde luego que no. Pero puede haber un cuerpo algo más cerca.

—No comprendo absolutamente nada —dijo Vaughan, bajando el tono de su voz por complacer a Dyson—. Pero, ¿por qué hemos venido aquí?

—Ese hoyo que hay ante nosotros es la Ponchera. Creo que será mejor que no

hablemos, ni siquiera en voz baja.

Se tendieron sobre la hierba. De cuando en cuando, Dyson levantaba ligeramente la cabeza para echar una ojeada y retrocedía inmediatamente, no atreviéndose a mirar durante mucho rato. Volvía a aplicar el oído al suelo para escuchar, y las horas fueron pasando, y la oscuridad pareció hacerse más intensa, y el único sonido audible era el débil suspiro del viento.

La impaciencia de Vaughan iba en aumento a medida que transcurría el tiempo; empezaba a encontrar absurda aquella inútil espera.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —le susurró a Dyson.

Y Dyson, que había estado conteniendo la respiración en la agonía de su vigilia, acercó su boca al oído de Vaughan y dijo, con pausas entre cada sílaba y en el tono de voz que el sacerdote emplea para pronunciar las terribles palabras:

—¿Quiere usted escuchar?

Vaughan pegó el oído al suelo, preguntándose qué era lo que tenía que oír. Al principio no oyó nada; luego, un leve ruido procedente de la Ponchera llegó hasta él, un ruido extraño, indescriptible, como si alguien apoyara la lengua contra el paladar y expeliera la respiración. Vaughan escuchó ávidamente, y de pronto el ruido se hizo más intenso, convirtiéndose en un estridente y horrible silbido, como si la tierra, debajo de él, hirviera de insoportable calor. Incapaz de soportar por más tiempo la tensión, Vaughan alzó la cabeza y miró en dirección a la Ponchera.

Al principio, se negó a dar crédito a sus ojos. La Ponchera hervía realmente como una caldera infernal. Pero hervía de formas vagas que se movían continuamente sin que se oyera el sonido de sus pasos, reuniéndose en grupos aquí y allí, y hablándose unas a otras con un horrible sonido sibilante, como el que emiten las serpientes. Vaughan no pudo apartar su rostro de allí, a pesar de que notó la presión de los dedos de Dyson advirtiéndole para que lo hiciera; por el contrario, aguzó la mirada y vio vagamente algo parecido a rostros y miembros humanos, aunque su corazón se estremeció con la seguridad de que ningún ser humano podía producir aquellos sibilantes y horribles sonidos. Miró y miró, conteniendo una exclamación de terror, y al final las espantosas formas se reunieron más espesas alrededor de algún vago objeto situado en el centro de la cavidad, y los sonidos sibilantes crecieron en intensidad, y Vaughan vio a la incierta claridad los abominables miembros, vagos y, sin embargo, demasiado perceptibles, y creyó oír, muy débilmente, un lamento humano a través del rumor de una charla que no era de hombres. La horrible parodia continuó, mientras el sudor empapaba las sienes de Vaughan y sus manos quedaban heladas.

Luego, la espantosa masa se precipitó hacia los costados de la Ponchera, y por un instante Vaughan vio agitarse unos brazos humanos en el centro de la cavidad. Pero debajo de ellos brilló una chispa, ardió un fuego, y mientras la voz de una mujer profería un alarido de angustia y de terror, una gran pirámide de llamas se elevó hacia el cielo, iluminando toda la montaña. En aquel instante, Vaughan vio lo que pululaba

en la Ponchera; los seres que tenían forma de hombres, pero que eran como niños espantosamente deformes, los rostros de ojos almendrados ardiendo de diabólica concupiscencia, el fantasmal color amarillento de la masa de carne desnuda. Luego, como por arte de magia, el lugar quedó vacío, mientras el fuego rugía y crepitaba, y las llamas seguían iluminando la montaña.

—Ha visto usted la Pirámide —dijo Dyson a su oído—. La Pirámide de fuego.

V. Los enanos

—Entonces, ¿lo reconoce usted?

—Desde luego. Es un broche que Annie Trevor solía ponerse los domingos: recuerdo el dibujo. Pero, ¿dónde lo encontró usted? No irá a decirme que ha descubierto a la muchacha…

—Mi querido Vaughan, me maravilla que no sospeche usted dónde encontré el broche. ¿No habrá olvidado ya la pasada noche?

—Dyson —dijo Vaughan, hablando muy seriamente—, le he estado dando vueltas en mi cerebro esta mañana, mientras usted estaba fuera. He pensado en lo que vi, aunque tal vez debería decir en lo que creí ver, y la única conclusión a que he podido llegar es que mis sentidos sufrieron una aberración. He vivido siempre honradamente, en el santo temor de Dios, y lo único que puedo creer es que fui víctima de una monstruosa alucinación. Usted sabe que regresamos a casa en silencio, que no pronunciamos una sola palabra acerca de lo que imaginé haber visto. ¿No cree que es preferible seguir manteniendo silencio? Esta mañana, cuando he salido a dar mi acostumbrado paseo, he experimentado la sensación de que la tierra estaba llena de paz, y al pasar junto al muro he visto que no había más dibujos, y he borrado los que quedaban. El misterio ha terminado, y podemos volver a vivir en paz. Creo que durante las últimas semanas mi mente estuvo envenenada; he estado al borde de la locura, pero ahora vuelvo a estar cuerdo.

Mr. Vaughan había hablado apresuradamente; cuando terminó, se inclinó hacia adelante y miró a Dyson con expresión suplicante.

—Mi querido Vaughan —dijo Dyson, tras una breve pausa—, ¿qué ganaríamos con eso? Es demasiado tarde para esconder la cabeza debajo del ala; hemos llegado demasiado lejos, Además, usted sabe perfectamente que no ha existido ninguna alucinación; ojalá fuera así. No, debo contarle a usted toda la historia, hasta donde la conozco.

—Muy bien —suspiró Vaughan—. Adelante.

—Si no le importa —dijo Dyson—, empezaremos por el final. He encontrado el broche que usted acaba de identificar en el lugar al que dimos el nombre de la

Ponchera. En el centro de aquella cavidad había un montón de cenizas, como si hubiese ardido una fogata; en realidad, las cenizas estaban aún calientes, y este broche se hallaba en el suelo, en el borde mismo del círculo que debieron formar las llamas. Supongo que se desprendería accidentalmente del vestido de la persona que lo llevaba. No, no me interrumpa; ahora podemos pasar al principio; retrocedamos al día en que vino usted a verme a Londres. Por lo que recuerdo, poco después de su llegada mencionó usted un desgraciado y misterioso accidente que se había producido aquí; una muchacha llamada Annie Trevor había ido a ver a una tía suya, y había desaparecido. Confieso sinceramente que lo que usted dijo apenas me interesó; existen demasiados motivos que pueden hacer conveniente para un hombre, y más especialmente para una mujer, desvanecerse del círculo de sus parientes y amigos. Si fuéramos a consultar a la policía, descubriríamos que en Londres se produce una desaparición misteriosa una semana sí y otra también, y los oficiales se encogerían de hombros y nos dirían que, de acuerdo con la ley de los promedios, no puede menos de suceder. De modo que no presté demasiada atención a su historia; además, existía otro motivo para mi falta de interés: su historia era inexplicable. Usted sólo pudo sugerir la intervención de un marinero desertor, pero yo rechacé inmediatamente la explicación. Por muchos motivos, pero principalmente porque un criminal ocasional, un aficionado que comete un crimen brutal, siempre es descubierto, especialmente si escoge el campo como escenario de sus operaciones. Recordará usted el caso de aquel García que mencionó; se dirigió a una estación de ferrocarril el día después del asesinato, con los pantalones manchados de sangre y su mezquino botín en un hatillo. De modo que al rechazar su única sugerencia, la historia se convertía, como ya he dicho, en inexplicable y, en consecuencia, carente de interés. Sí, es una conclusión perfectamente válida. ¿Ha perdido usted nunca el tiempo dándole vueltas en su cerebro a problemas que sabía que eran insolubles? ¿Se ha devanado usted los sesos con el antiguo rompecabezas de Aquiles y la tortuga? Desde luego que no, porque sabía que era perder el tiempo. Por eso, cuando me contó usted la historia de una muchacha campesina que había desaparecido, me limité a clasificar el caso como insoluble, y no pensé más en el asunto. Estaba equivocado, ahora lo sé; pero, si lo recuerda, inmediatamente pasó usted a otro asunto que le interesaba más profundamente, porque era de tipo personal. No necesito repetirle lo extraño que me pareció su relato acerca de los dibujos a base de piedras cuneiformes; al principio, creí que se trataba de un simple juego de chiquillos; pero cuando me enseñó usted aquella piedra, sentí que se despertaba mi interés. Allí había algo que se salía de lo corriente, un motivo de verdadera curiosidad; y en cuanto llegué aquí empecé a trabajar para encontrar la solución, repitiéndome a mí mismo una y otra vez los dibujos que usted me había descrito. En primer lugar, el dibujo al que dimos el nombre de Ejército; una serie de piedras simétricamente alineadas, apuntando todas en la misma dirección. Luego las líneas, como los radios de una rueda, todos convergiendo hacia la figura de una Ponchera, luego el triángulo de una Pirámide, y

finalmente la Media Luna. Confieso que agoté todas las conjeturas en mis esfuerzos para desvelar el misterio, y como usted comprenderá era un problema doble, o más bien triple. Ya que no tenía que limitarme a preguntarme a mí mismo: «¿Qué significan esas figuras?», sino también: «¿Quién puede ser el responsable de ellas?». Además, quedaba el problema de saber quién podía poseer unas piedras tan valiosas, y, conociendo su valor, utilizarlas para lo que parecía un pasatiempo y dejarlas abandonadas. Esto último me condujo a suponer que la persona o personas en cuestión desconocían el valor de aquellas piedras cuneiformes, aunque la conclusión no me permitió avanzar más, ya que incluso un hombre culto puede ignorar lo que es una piedra cuneiforme. Luego se presentó la complicación del ojo en el muro, y, como usted recordará, llegamos a la conclusión de que su autor o autores eran los mismos que habían hecho los dibujos con las piedras. La posición de los ojos en el muro me hizo investigar si había algún enano por estos alrededores, pero descubrí que no había ninguno, y sabía que los chiquillos que pasan por allí camino de la escuela no tenían nada que ver con el asunto. Sin embargo, estaba convencido de que la persona que dibujó los ojos no podía tener más de tres pies y medio de estatura, ya que, como le indiqué cuando lo encontramos, cualquiera que dibuje sobre una superficie perpendicular escoge instintivamente un lugar que quede al nivel de su rostro. Luego se presentó el problema de la forma de los ojos; aquel acusado carácter mongólico del cual un campesino inglés no podía tener noción, y, como remate, el hecho evidente de que el dibujante o dibujantes tenían que ser capaces de ver prácticamente en la oscuridad. Tal como usted observó, un hombre que ha estado encerrado durante muchos años en un oscuro calabozo puede adquirir aquella característica; pero, desde la época de Edmundo Dantés, ¿dónde podría encontrarse una cárcel así en Europa? Un marinero, que hubiera permanecido largo tiempo en una mazmorra china, parecía ser el individuo a localizar, y aunque ello parecía improbable, no era absolutamente imposible que un marinero, o, digamos, un hombre empleado en un barco, fuera un enano. Pero, ¿cómo explicar el hecho de que mi marinero estuviera en posesión de unas piedras cuneiformes prehistóricas? Y, aceptada la posesión, ¿cuál era el significado y objeto de aquellos misteriosos dibujos a base de piedras primero, en el muro después? Desde el primer momento me di cuenta de que su teoría acerca de un proyectado robo era insostenible. Y confieso que lo que me puso sobre la verdadera pista fue una simple casualidad. Cuando nos cruzamos con el viejo Trevor, y usted mencionó su nombre y la desaparición de su hija, recordé la historia que había olvidado. Aquí, me dije a mí mismo, hay otro problema, falto de interés, es cierto, por sí mismo; pero, ¿y si estuviera relacionado con los enigmas que me atormentan? Me encerré en mi habitación, aparté de mi mente toda clase de prejuicios, y repasé todo lo sucedido; partiendo de la base de que la desaparición de Annie Tre-vor estaba relacionada con los dibujos de piedras y los ojos del muro. Esta suposición no me condujo muy lejos, y estaba a punto de renunciar definitivamente al asunto, cuando se me ocurrió un posible significado de

la Ponchera. Como usted sabe, en Surrey existe una «Ponchera del Diablo», y me di cuenta de que el símbolo podía referirse a alguna característica de la región. Entonces decidí buscar la Ponchera cerca del camino que había recorrido la muchacha cuando desapareció, y ya sabe usted que la encontré. Traducí los dibujos de acuerdo con lo que sabía, y leí el primero, el Ejército, así: «Habrá una reunión o asamblea…, en la Ponchera… dentro de quince días (cuarto creciente de la luna)…, para ver la Pirámide o para construir la Pirámide». Los ojos, dibujados uno a uno, día por día, señalaban evidentemente fas fechas a transcurrir, y yo sabía que no habría más que catorce. No me preocupé preguntándome cuál sería la naturaleza de la asamblea, ni quién iba a reunirse en el paraje más solitario y más temido de esas agrestes colinas. En Irlanda, en China o en el Oeste americano, la pregunta hubiera tenido una fácil respuesta: rebeldes, miembros de una sociedad secreta, «vigilantes»… Pero en este tranquilo rincón de Inglaterra, habitado por gentes tranquilas, tales suposiciones no eran posibles. Pero yo sabía que tendría la oportunidad de presenciar aquella reunión, y no quise perder el tiempo en inútiles pesquisas. De pronto, recordé lo que la gente había comentado a raíz de la desaparición de Annie Trevor, diciendo que se la habían llevado «las hadas». Le aseguro, Vaughan, que soy un hombre tan cuerdo como usted, y que suelo controlar mi cerebro para que no se pierda en divagaciones ni en fantasías. Pero aquella alusión a las hadas me llevó a recordar a los «enanos» del bosque, una creencia que representa una tradición de los prehistóricos habitantes turamos de la región, que vivían en cuevas: y entonces me di cuenta de que estaba buscando a un ser de menos de cuatro pies de estatura, acostumbrado a vivir en la oscuridad, poseedor de instrumentos de piedra y familiarizado con los rasgos mongólicos… Confieso que me avergonzaría hablarle de una cosa tan fantástica, tan increíble, si no fuera por lo que usted vio con sus propios ojos anoche, y diría que puedo dudar de la evidencia de mis sentidos, si no estuvieran corroborados por los de usted. Pero usted y yo no podemos mirarnos a la cara y pretender que fue una alucinación; cuando usted estaba tendido en la hierba, a mi lado, noté que se estremecía, y vi sus ojos a la luz de las llamas. Y por eso puedo decirle sin avergonzarme lo que había en mi mente anoche, cuando cruzamos el bosque, trepamos a la colina y nos ocultamos junto a la Ponchera.

»Había una cosa, que hubiera tenido que ser la más evidente y que me intrigó hasta el último instante. Ya le he dicho a usted cómo leí el dibujo de Pirámide; la asamblea iba a ver una Pirámide, y el verdadero significado del símbolo se me escapó hasta el último momento. El antiguo derivado de πυρ, fuego, me hubiera puesto sobre la pista, pero no se me ocurrió.

»Creo que eso es todo lo que puedo decir. Usted sabe que estábamos completamente indefensos, aun en el caso de que hubiéramos previsto lo que iba a suceder. ¡Ah! ¿El lugar donde aparecieron los dibujos? Sí, es una pregunta muy curiosa. Pero esta casa, por lo que he podido observar, se encuentra en el centro exacto de las colinas; y, posiblemente, aquella extraña y antigua columna de piedra

caliza que hay junto a su huerta era un lugar de reunión antes de que los celtas pusieran el pie en Inglaterra. Pero hay una cosa que debo añadir: no lamento nuestra incapacidad para rescatar a la muchacha. Usted vio la aparición de aquellos seres que pululaban en la Ponchera; puede estar seguro de que lo que había en medio de ellos no era ya apto para la tierra.

—De modo que… —empezó a decir Vaughan.

—De modo que ella se hundió en la Pirámide de Fuego —dijo Dyson—, y ellos volvieron a hundirse en el mundo subterráneo, en sus hogares situados debajo de las colinas.

PALOMOS DEL INFIERNO
EL HOMBRE MORENO
LOS DIOSES DE BAL-SAGOTH

Robert E. Howard

PALOMOS DEL INFIERNO

I

El silbador en la oscuridad

GRISWELL despertó repentinamente, con todos sus nervios vibrando con una premonición de inminente peligro. Miró a su alrededor con aire aturdido, incapaz al principio de recordar dónde estaba o qué hacía allí. La luz de la luna se filtraba a través de las polvorientas ventanas, y la enorme estancia vacía con su altísimo techo y el negro boquete de su hogar resultaba espectral y desconocida. Luego, a medida que emergía de las telarañas de su reciente sueño, recordó dónde se encontraba y qué estaba haciendo allí. Volvió la cabeza y miró a su compañero, que dormía en el suelo, cerca de él. John Branner no era más que una alargada forma en la oscuridad que la luna apenas griseaba.

Griswell trató de recordar lo que le había despertado. En la casa no se oía ningún sonido; fuera, todo estaba igualmente silencioso: el siseo de la lechuza llegaba de muy lejos, del bosque de pinos. Finalmente, Griswell capturó al huidizo recuerdo. Lo que le había asustado hasta el punto de despertarle era una pesadilla espantosa. El recuerdo fluyó ahora a raudales, reproduciendo como en un aguafuerte la abominable visión.

Aunque, ¿había sido un sueño? *Tenía* que haberlo sido, desde luego, pero se había mezclado tan extrañamente con recientes acontecimientos reales, que resultaba difícil saber dónde terminaba la realidad y dónde empezaba la fantasía.

Soñando, le había parecido revivir sus últimas horas de vigilia, con todo detalle. El sueño había empezado, brusca mente, cuando John Brenner y él llegaban a la vista de la casa donde ahora se encontraban. Habían llegado por un camino vecinal lleno de baches que discurría entre los numerosos pinares, John Brenner y él, procedentes de Nueva Inglaterra, en viaje de vacaciones. Habían divisado la antigua casa con sus galerías cubiertas alzándose en medio de una jungla de arbustos y malas hierbas, en el momento en que el sol se ocultaba detrás de ella.

Estaban agotados, mareados por el traqueteo del automóvil sobre aquellos infames caminos. La antigua casa desierta excitó su imaginación con su aspecto de pasado esplendor y definitiva ruina. Dejaron el automóvil junto al camino, y mientras avanzaban a través de una maraña de maleza, unos cuantos palomos se alzaron de las balaustradas de la casa y se alejaron con un leve batir de alas.

La puerta de madera de encina estaba abierta. Una espesa capa de polvo cubría el suelo del amplio vestíbulo y los peldaños de la escalera que conducía al piso superior.

Cruzaron otra puerta que se abría al vestíbulo y penetraron en una habitación vacía, grande, polvorienta, llena de telarañas. Las cenizas del hogar estaban cubiertas de polvo.

Discutieron la conveniencia de salir a buscar un poco de leña y encender fuego, pero decidieron no hacerlo. A medida que el sol se hundía en el horizonte, la oscuridad llegaba rápidamente, la oscuridad negra, absoluta, de los terrenos poblados de pinos. Los dos amigos sabían que en los bosques meridionales abundaban las culebras y las serpientes de cascabel, y no les sedujo la idea de salir a buscar leña a oscuras. Abrieron unas latas de conservas, cenaron frugalmente, luego se enrollaron en sus mantas delante del vacío hogar e inmediatamente se quedaron dormidos.

Esto, en parte, era lo que Griswell había soñado. Vio de nuevo la maltrecha casa irguiéndose contra los arreboles de la puesta de sol; vio la bandada de palomos que emprendían el vuelo mientras Branner y él se acercaban a la casa. Vio la sombría habitación donde ahora se encontraban, y vio las dos formas que eran su compañero y él mismo, envueltos en sus mantas y tendidos en el polvoriento suelo. A partir de este punto su sueño se modificó sutilmente, pasando de lo real a lo fantástico. Griswell estaba asomado a una estancia sombría, iluminada por la grisácea luz de la luna que penetraba por algún lugar ignorado, ya que en aquella estancia no había ninguna ventana. Pero a la grisácea claridad Griswell vio tres formas silenciosas que colgaban suspendidas en hilera, y su inmovilidad despertó un helado terror en su alma. No se oía ningún sonido, ninguna palabra, pero Griswell intuía una presencia terrible agazapada en un oscuro rincón… Bruscamente volvió a encontrarse en la estancia polvorienta, de techo alto, delante del gran hogar.

Estaba tendido en el suelo, envuelto en sus mantas, mirando fijamente a través del sombrío vestíbulo, hacia un lugar bañado por un rayo de luna, en la escalera que ascendía al piso superior. Allí había algo, una forma inclinada, completamente inmóvil bajo el rayo de luna. Pero una sombra borrosa y amarillenta que podría haber sido un rostro estaba vuelta hacia él, como si *alguien* agachado en la escalera les estuviera contemplando. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y en aquel momento se despertó…, si es que en realidad había estado durmiendo.

Parpadeó varias veces. El rayo de luna caía sobre la escalera, en el lugar exacto donde había soñado que lo hacía; pero Griswell no vio ninguna figura acechante. Sin embargo, su cuerpo seguía temblando a causa del miedo que le había inspirado el sueño o la visión que acababa de tener; sus piernas estaban heladas, como si las hubiera sumergido en agua fría.

Griswell hizo un movimiento involuntario para despertar a su compañero, cuando un repentino sonido le dejó paralizado.

Era un silbido procedente del piso superior. Suave y fantasmal, iba subiendo de tono, sin desgranar ninguna melodía determinada. Aquel sonido, en una casa supuestamente desierta, resultaba bastante alarmante; pero lo que heló la sangre en las venas de Griswell fue algo más que el simple miedo a un invasor físico. No

hubiera podido definirse a sí mismo el terror que se apoderó de él. Pero las mantas de Branner se movieron, y Griswell vio que su compañero estaba sentado. La forma de su cuerpo se dibujaba vagamente en la oscuridad, con la cabeza vuelta hacia la escalera, como si escuchara con mucha atención. El misterioso silbido aumentó todavía más en intensidad.

—¡John! —susurró Griswell, con la boca seca.

Hubiera querido gritar…, decirle a Branner que arriba había alguien, alguien cuya presencia podía resultar peligrosa para ellos; que tenían que marcharse inmediatamente de la casa. Pero la voz murió en su garganta.

Branner se había puesto en pie. Sus pasos resonaron en el vestíbulo mientras lo cruzaba en dirección a la escalera. Empezó a subir los peldaños, una sombra más entre las sombras que le rodeaban.

Griswell continuó tendido, incapaz de moverse, en medio de un verdadero torbellino mental. ¿Quién estaba silbando arriba? Vio a Branner pasar por el lugar iluminado por el rayo de luna, vio su cabeza extrañamente erguida, como si estuviera mirando algo que Griswell no podía ver, encima y más allá de la escalera. Pero su rostro era tan inexpresivo como el de un sonámbulo. Cruzó la zona iluminada y desapareció de la vista de Griswell, a pesar de que este último trató de gritarle que regresara.

Pero de su garganta sólo salió un ahogado susurro.

El silbido fue desvaneciéndose hasta morir del todo. Griswell oyó crujir los peldaños bajo las botas de Branner. Ahora había alcanzado el rellano superior, ya que Griswell oyó resonar sus pasos por encima de su cabeza. Repentinamente, los pasos se detuvieron, y la noche entera pareció contener la respiración. Luego, un espantoso grito rompió el silencio, y Griswell se incorporó, gritando a su vez.

La extraña parálisis que le impidió moverse había desaparecido. Dio un paso hacia la escalera, y luego se detuvo. Volvían a sonar los pasos. Branner estaba de regreso. No corría. Andaba incluso con más lentitud que antes. Los peldaños de la escalera volvieron a crujir. Una mano, moviéndose a lo largo de la barandilla, quedó iluminada por el rayo de luna; luego la otra, y un escalofrío de terror recorrió el cuerpo de Griswell al ver que esta segunda mano empuñaba un hacha…, un hacha de la cual goteaba un líquido oscuro. ¿*Era* Branner el que estaba descendiendo la escalera?

¡Sí! La figura había cruzado ahora el rayo de luna, y Griswell la reconoció. Luego vio el rostro de Branner, y una ahogada exclamación brotó de sus labios. El rostro de Branner estaba pálido, cadavérico; unas gotas de sangre se desprendían de él; sus ojos, vidriosos, tenían una fijeza obsesionante; y la sangre manaba también de la herida claramente visible en su cabeza.

Griswell no recordó nunca exactamente cómo consiguió salir de aquella maldita casa. Más tarde conservó un recuerdo confuso de haber saltado a través de una polvorienta ventana llena de telarañas, de haber corrido ciegamente a través de la

maleza, aullando de terror. Vio la negra barrera de los pinos, y la luna flotando en una neblina roja como la sangre.

Al ver el automóvil aparcado junto al camino recobró parte de su cordura. En un mundo que había enloquecido de repente, aquél era un objeto que reflejaba una prosaica realidad; pero en el momento en que se disponía a abrir la portezuela, un espantoso chirrido resonó en sus oídos, y una forma ondulante avanzó la cabeza hacia él desde el asiento del conductor, mostrando una lengua ahorquillada a la luz de la luna.

Con un aullido de terror, Griswell echó a correr hacia el camino, como corre un hombre en una pesadilla. Corría a ciegas. Su aturdido cerebro era incapaz de ningún pensamiento consciente. Se limitaba a obedecer al instinto primario que le impulsaba a correr…, correr…, correr hasta caer exhausto.

Las negras paredes de los pinos surgían interminablemente a su lado, hasta el punto de que Griswell tenía la sensación de no moverse de sitio. Pero súbitamente un sonido penetró la niebla de su terror: el inexorable rumor de unos pasos que le seguían. Volviendo la cabeza, vio a *alguien* que avanzaba detrás de él…, lobo o perro, no hubiera podido decirlo, pero sus ojos ardían como bolas de fuego verde. Griswell aumentó la velocidad de su carrera, dio la vuelta a una curva del camino y oyó relinchar a un caballo; vio la grupa del animal y oyó maldecir al jinete que lo montaba; vio un brillo azulado en la mano levantada del hombre.

Griswell se tambaleó y tuvo que agarrarse al estribo del jinete para no caer al suelo.

—¡Por el amor de Dios, ayúdeme! —jadeó—. ¡La cosa! ¡Ha asesinado a Branner…, y me está persiguiendo! ¡*Mire*!

Dos bolas de fuego ardían entre los arbustos en la revuelta del camino. El jinete volvió a maldecir y disparó tres veces consecutivas. Las bolas de fuego se desvanecieron y el jinete, librando su estribo del agarrón de Griswell, hizo avanzar su caballo hacia la revuelta. Griswell dio unos pasos vacilantes, temblando como un azogado. El jinete desapareció unos instantes de su vista; luego regresó al galope.

—Ha desaparecido —dijo—. Supongo que era un lobo, aunque nunca oí que persiguieran a un hombre. ¿Sabe usted lo que era?

Griswell se limitó a sacudir débilmente la cabeza.

El jinete, recostándose contra la luz de la luna, le miraba desde lo alto, empuñando aún en su mano derecha el humeante revólver. Era un hombre robusto, de mediana estatura, y su ancho sombrero y sus botas le señalaban como un nativo de la región tan claramente como el atuendo de Griswell revelaba en él al forastero.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó el jinete.

—No lo sé —respondió Griswell—. Me llamo Griswell John Branner, el amigo que viajaba conmigo, y yo nos detuvimos en la casa abandonada que hay al otro lado del camino para pasar allí la noche. Algo… —el recuerdo le hizo estremecerse de horror—. ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Debo de estar loco! Alguien se asomó por

encima de la barandilla de la escalera…, alguien que tenía el rostro amarillento. Creí que estaba soñando, pero tiene que haber sido real. Luego, alguien silbó en el piso de arriba, y Branner se levantó y subió la escalera como un sonámbulo, o un hombre hipnotizado. Oí un grito; luego, Branner volvió a bajar con un hacha ensangrentada en la mano, y… ¡Dios mío! ¡*Estaba muerto*! Le habían abierto la cabeza. Vi sus sesos a través de la herida, y la sangre que manaba por ella, y su rostro era el de un cadáver. ¡*Pero bajó la escalera*! Pongo a Dios por testigo de que John Branner fue asesinado en aquel oscuro rellano, y de que su cadáver descendió luego la escalera con un hacha en la mano…, ¡para asesinarme!

El jinete no hizo ningún comentario; permaneció sentado sobre su caballo como una estatua, recortándose contra las estrellas, y Griswell no pudo leer en su expresión, ya que su rostro estaba ensombrecido por el ala de su sombrero.

—Piensa usted que estoy loco —murmuró Griswell—. Tal vez lo esté.

—No sé qué pensar —respondió el jinete—. Si no se tratara de la antigua casa de los Blassenville… Bueno, veremos. Me llamo Buckner. Soy el *sheriff* de este condado. Vengo de llevar a un negro al condado vecino y se me ha hecho un poco tarde.

Se apeó de su caballo y se quedó en pie junto a Griswell, más bajo que él pero mucho más fornido. De su persona se desprendía un aire de decisión y de seguridad en sí mismo, y no resultaba difícil imaginar que sería un hombre peligroso en cualquier clase de lucha.

—¿Teme usted regresar a la casa? —preguntó.

Griswell se estremeció, pero sacudió la cabeza: revivía en él la obstinada tenacidad de sus antepasados puritanos.

—La idea de enfrentarme de nuevo con aquel horror me pone enfermo —murmuró—. Pero, el pobre Branner… Tenemos que encontrar su cadáver. ¡Dios mío! —exclamó, desalentado por el abismal horror de la cosa—. ¿Qué es lo que encontraremos? Si un hombre muerto anda…

—Veremos.

El *sheriff* ató las riendas alrededor de su brazo izquierdo y empezó a llenar los cilindros de su enorme revólver mientras andaban.

Cuando llegaron a la revuelta del camino, la sangre de Griswell estaba helada ante el pensamiento de lo que podían encontrar en el camino, pero sólo vieron la casa irguiéndose espectralmente entre los pinos.

—¡Dios mío! —susurró Griswell—. Parece mucho más siniestra ahora que cuando llegamos a ella y vimos aquellos palomos que volaban del porche…

—¿Palomos? —inquirió Buckner, dirigiéndole una rápida mirada—. ¿Vio usted a los palomos?

—Desde luego. Una bandada, que salió volando del porche.

Caminaron unos instantes en silencio, hasta que Buckner dijo con cierta brusquedad:

—He vivido en esta región desde que nací. He pasado por delante de la antigua casa de los Blassenville centenares de veces, a todas las horas del día y de la noche. Pero nunca he visto un solo palomo, ni en la casa ni en los bosques de los alrededores.

—Había una verdadera bandada —repitió Griswell, sorprendido.

—He conocido a hombres que juraron haber visto una bandada de palomos posados en el porche de la casa, a la puesta del sol —dijo Buckner lentamente—. Todos ellos eran negros, excepto uno. Un trampero. Estaba encendiendo una fogata en el patio, dispuesto a pasar allí aquella noche. Le vi al atardecer y me habló de los palomos. A la mañana siguiente volví a la casa. Las cenizas de su fogata estaban allí, y su vaso de estaño, y la sartén en la cual frió su tocino, y sus mantas, extendidas como si hubiera dormido en ellas. Nadie volvió a verle. Eso ocurrió hace doce años. Los negros dicen que ellos pueden ver a los palomos, pero ningún negro se atreve a pasar por este camino después de la puesta del sol. Dicen que los palomos son las almas de los Blassenville, que salen del infierno cuando se pone el sol. Los negros dicen que el resplandor rojizo que se ve hacia el oeste es la claridad del infierno, porque a aquella hora las puertas del infierno están abiertas para dar paso a los Blassenville.

—¿Quiénes eran los Blassenville? —preguntó Griswell, estremeciéndose.

—Eran los propietarios de todas estas tierras. Una familia franco-inglesa. Llegaron procedentes de las Indias Occidentales, antes de la evacuación de Luisiana. La Guerra Civil les arruinó, como a otros tantos. Algunos de sus miembros resultaron muertos en la guerra; la mayoría de los otros murieron fuera de aquí. Nadie vivió en la casa solariega a partir de 1890, cuando miss Elisabeth Blassenville, la última del linaje, desapareció una noche de la casa y nunca regresó… ¿Es ése su automóvil?

Se detuvieron al lado del vehículo, y Griswell contempló morbosamente la antigua mansión. Sus polvorientos ventanales estaban vacíos y oscuros; pero Griswell experimentaba la desagradable sensación de que unos ojos le acechaban con expresión hambrienta a través de los cristales.

Buckner repitió su pregunta.

—Sí —respondió Griswell—. Tenga cuidado. Hay una serpiente en el asiento…, o por lo menos estaba ahí.

—Ahora no hay ninguna —gruñó Buckner, atando su caballo y sacando una linterna de las alforjas—. Bueno, vamos a echar un vistazo.

Echó a andar hacia la casa con la misma tranquilidad que si se dirigieran a efectuar una visita de cumplido a unos amigos. Griswell le siguió, pegado a sus talones, respirando agitadamente. La leve brisa llevaba hasta ellos un hedor a corrupción y a vegetación podrida, y Griswell experimentó una intensa sensación de náusea, en la cual se mezclaban el malestar físico y la angustia mental que provocaban aquellas antiguas mansiones que ocultaban olvidados secretos de esclavitud, de orgullo de raza, y de misteriosas intrigas. Se había imaginado el Sur

como una tierra lánguida y soleada, acariciada por suaves brisas que transportaban cálidos aromas a flores y a especias, donde la vida discurría plácidamente al ritmo de los cantos que los negros entonaban en los campos de algodón bañados por el sol. Pero ahora acababa de descubrir otro aspecto, completamente inesperado: un as pecto oscuro, impregnado de misterio. Y el descubrimiento le resultaba repulsivo.

Cruzaron la pesada puerta de madera de encina. La negrura del interior quedaba intensificada ahora por el haz luminoso proyectado por la linterna de Buckner. Aquel haz se deslizó a través de la oscuridad del vestíbulo y trepó por la escalera, y Griswell contuvo la respiración, apretando los puños. Pero ninguna forma demencial se reveló allí. Buckner avanzó con la ligereza de un gato, la linterna en una mano, el revólver en la otra.

Mientras proyectaba la luz de su linterna en la habitación que se abría al pie de la escalera, Griswell lanzó un grito…, y volvió a gritar, a punto de desmayarse con el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Un rastro de gotas de sangre cruzaba la habitación, pasando por encima de las mantas que Branner había ocupado, las cuales estaban extendidas entre la puerta y las del propio Griswell. Y las mantas de Griswell tenían un terrible ocupante. John Branner estaba tendido en ellas, boca abajo, con una horrible herida en la parte posterior de la cabeza. Su mano extendida seguía empuñando el mango de un hacha, y la hoja estaba profundamente clavada en la manta y en el suelo que se extendía debajo, en el lugar exacto donde había reposado la cabeza de Griswell cuando dormía allí.

Griswell no se dio cuenta de que se tambaleaba ni de que Buckner le cogía, impidiendo que cayera al suelo. Cuando recobró el conocimiento, la cabeza le dolía terriblemente y todo parecía dar vueltas a su alrededor.

Buckner proyectó el haz luminoso de su linterna sobre su rostro, haciéndole parpadear. La voz del *sheriff* llegó desde más allá de la brillante claridad:

—Griswell, me ha contado usted una historia muy difícil de creer. Vi algo que le perseguía a usted, pero aquello era un lobo, o un perro salvaje.

»Si está ocultando algo, será mejor que lo escupa ahora. Lo que me ha contado a mí es insostenible ante cualquier tribunal. Va usted a enfrentarse con la acusación de haber asesinado a su compañero. Tengo que detenerle. Si es usted sincero conmigo, las cosas serán mucho más fáciles. Ahora dígame, ¿mató usted a este hombre, Griswell?

«Supongo que ocurriría algo parecido a esto: discutieron ustedes por algo, la discusión se agrió, Branner empuñó un hacha y le atacó, pero usted consiguió desarmarle, le abrió la cabeza de un hachazo y volvió a dejar el arma en sus manos… ¿Me equivoco?

Griswell ocultó la cara entre sus manos, sacudiendo la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Yo no maté a John! ¿Por qué iba a hacer una cosa así? John y yo éramos amigos de la infancia. Le he dicho a usted la verdad. No puedo reprocharle a usted que no me crea. Pero juro por Dios que es la verdad.

La luz volvió a iluminar la abierta cabeza de Branner, y Griswell cerró los ojos.

Oyó que Buckner gruñía:

—Creo que le mataron con el hacha que tiene en la mano. Hay sangre y sesos pegados a la hoja, y unos cuantos cabellos del mismo color que los suyos. Eso empeora las cosas para usted, Griswell.

—¿Por qué? —preguntó Griswell con voz temblorosa.

—Elimina toda posibilidad de alegar defensa propia. Branner no pudo atacarle con ese hacha después de que usted le abrió la cabeza con ella. La herida es mortal de necesidad. Debió usted arrancar el hacha de su cabeza, clavarla en el suelo y colocar sus dedos alrededor del mango para que pareciera que él le atacaba. Una maniobra muy hábil…, si hubiera utilizado usted otra hacha.

—Pero, yo no lo maté —gimió Griswell—. No tengo la menor intención de alegar defensa propia.

—Eso es lo que me intriga —admitió Buckner francamente—. ¿Qué asesino sería tan estúpido como para contar una historia tan descabellada como la que usted me ha contado, para demostrar su inocencia? Cualquier asesino habría inventado una historia que fuera lógica, al menos. ¡Hum! El rastro de sangre procede de la puerta. El cadáver fue arrastrado…, no, no pudo ser arrastrado. El suelo está lleno de polvo y se verían las huellas. Tuvo usted que transportarle hasta aquí, después de haberle matado en otro lugar. Pero, en ese caso, ¿por qué no hay sangre en sus ropas? Desde luego, puede usted haberse cambiado la ropa. Pero ese individuo no lleva muerto mucho tiempo.

—Bajó la escalera y cruzó la habitación —murmuró Griswell—. Venía a matarme. Supe que venía a matarme cuando le vi acechando por encima de la barandilla. Descargó el golpe donde yo hubiera estado, de no haberme despertado. Mire aquella ventana… Está rota: salté a través de ella.

—Sí, lo veo. Pero, si andaba entonces, ¿por qué no anda ahora?

—¡No lo sé! Estoy demasiado trastornado para pensar cuerdamente. Temí que se levantara del suelo y saliera en mi persecución. Cuando oí aquel lobo corriendo detrás de mí, creí que era John que me perseguía… ¡John, corriendo a través de la noche con su hacha ensangrentada y su ensangrentada cabeza!

Sus dientes castañetearon mientras revivía aquel espantoso horror.

Buckner paseó por el suelo el haz luminoso de su linterna.

—Las gotas de sangre proceden del vestíbulo. Vamos. Las seguiremos.

Griswell se estremeció.

—Proceden del piso superior —murmuró.

Buckner le miraba fijamente.

—¿Teme usted subir al piso, conmigo?

El rostro de Griswell estaba gris.

—Sí. Pero voy a subir, con usted o sin usted. La cosa que mató al pobre John puede estar todavía oculta allí.

—Suba detrás de mí —ordenó Buckner—. Si algo salta sobre nosotros, yo me ocuparé de ello. Pero, por su propio bien, le advierto que disparo con más rapidez de la que emplea un gato en saltar, y que rara vez fallo un tiro. Si se le ha ocurrido la idea de atacarme por detrás, olvídela.

—¡No sea estúpido! —exclamó Griswell.

El furor había barrido momentáneamente sus temores, y aquella enojada exclamación pareció tranquilizar a Buckner mucho más que todas sus protestas de inocencia.

—Deseo ser justo —dijo—. No puedo acusarle y condenarle sin pruebas. Si es verdad la mitad solamente de lo que me ha contado, ha vivido usted un verdadero infierno y no quiero ser demasiado duro. Pero debe comprender lo difícil que me resulta creerle.

Griswell no respondió, limitándose a indicarle con un gesto que estaba dispuesto a acompañarle arriba. Cruzaron el vestíbulo y se detuvieron al pie de la escalera. Un rastro de gotas de sangre, claramente visibles en los polvorientos peldaños, señalaba el camino.

—Hay pisadas de hombre en el polvo —gruñó Buckner—. Hay que subir despacio. Tenemos que fijarnos bien en lo que vemos, ya que al subir borraremos estas huellas. Hay un rastro de pisadas que suben y otras que bajan. Del mismo hombre. Y no son de usted. Branner era un hombre mucho más alto que usted. Hay gotas de sangre en todo el camino…, sangre en la barandilla, como si un hombre hubiera posado en ella su mano ensangrentada…, una mancha de algo que parecen…, *sesos*. Me pregunto…

—Bajaba la escalera, y estaba muerto —se estremeció Griswell—. Agarrándose con una mano a la barandilla, y empuñando con la otra el hacha que le mató.

—Pudieron transpórtale —murmuró el *sheriff*—. Pero, si alguien le transportó, *¿dónde están sus huellas*?

Llegaron al rellano superior, un amplio y vacío espacio de polvo y sombras donde las ennegrecidas ventanas rechazaban la claridad de la luna y el haz luminoso de la linterna de Buckner parecía inadecuado. Griswell temblaba como una hoja. Aquí, en la oscuridad y el horror, había muerto John Branner.

—Alguien silbaba aquí arriba —murmuró—. John subió, como si le llamaran.

Los ojos de Buckner brillaban extrañamente.

—Las pisadas bajan al vestíbulo —murmuró—. Igual que las de la escalera: unas van y otras vienen. Las mismas huellas… ¡*Judas*!

Detrás de él, Griswell ahogó un grito, ya que acababa de ver lo que había provocado la exclamación de Buckner. A unos pies de distancia del último peldaño, las huellas de las pisadas de Branner se detenían bruscamente y luego daban la vuelta, casi pisando las huellas anteriores. Y en el lugar donde se había detenido había una gran mancha de sangre en el polvoriento suelo…, y otras huellas que llegaban hasta allí, huellas de pies descalzos, pequeños pero de pulgares muy anchos. También

aquellas huellas retrocedían a partir de aquel punto.

Buckner se inclinó sobre ellas, gruñendo.

—¡Las huellas se encuentran! ¡Y en el lugar donde se encuentran hay sangre y sesos en el suelo! Aquí mataron a Branner, descargándole un hachazo. Unos pies descalzos procedentes de la oscuridad se encuentran con unos pies calzados; luego, ambos dan la vuelta. Los pies calzados bajan la escalera, los descalzos retroceden por el rellano.

Proyectó la luz de su linterna a lo largo del rellano; las pisadas se desvanecían en la oscuridad, más allá del alcance de la luz. A un lado y a otro, las cerradas puertas de otras tantas estancias eran secretos portales de misterio.

—Supongamos que su descabellada historia fuera cierta —murmuró Buckner, medio para sí mismo—. Esas huellas no son de usted. Parecen las de una mujer. Supongamos que alguien silbó, y Branner subió aquí a investigar. Supongamos que alguien le atacó aquí, en la oscuridad, abriéndole la cabeza. En tal caso, las huellas hubieran sido tal como son, en realidad. Pero, suponiendo que fuera eso lo que había ocurrido, ¿por qué no se quedó Branner tendido aquí, donde encontró la muerte? ¿Pudo haber vivido el tiempo suficiente para arrancar el hacha de manos del que le asesinó, y bajar la escalera con ella?

—¡No, no! —exclamó Griswell—. Yo le vi en la escalera. Estaba muerto. Ningún hombre podría vivir un minuto después de recibir tal herida.

—Lo creo —murmuró Buckner—. Pero es una locura. O un plan diabólicamente hábil… Sin embargo, ningún hombre en su sano juicio elaboraría un plan tan descabellado para escapar al castigo de su crimen, cuando un simple alegato de defensa propia sería mucho más eficaz. Ningún tribunal aceptaría esa historia. Bueno, vamos a seguir esas otras huellas. Avanzan por el rellano… ¡Un momento! ¿Qué es esto?

Con un estremecimiento de terror, Griswell vio que la luz de la linterna empezaba a amortiguarse.

—Esta batería es nueva —murmuró Buckner, y por primera vez Griswell captó una nota de temor en su voz—. ¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí inmediatamente!

La luz se había amortiguado hasta quedar reducida a un débil brillo rojizo. La oscuridad parecía acercarse a ellos, deslizándose con el paso silencioso de un gato. Buckner retrocedió, hacia la escalera, llevando a Griswell pegado a sus talones. En la creciente oscuridad, Griswell oyó un sonido como el de una puerta que se abría lentamente, y al mismo tiempo las negruras que les rodeaban vibraron con una oculta amenaza. Griswell supo que Buckner experimentaba la misma sensación que le había invadido a él, ya que el cuerpo del *sheriff* se tensó como el de una pantera dispuesta a saltar.

Pero continuó retrocediendo, sin prisas, luchando contra el pánico que le impulsaba a gritar y a emprender una loca huida. Una terrible idea hizo brotar un sudor helado de su frente. ¿*Y si el muerto se estaba deslizando detrás de ellos en la*

oscuridad, empuñando el hacha ensangrentada, presto a descargarla sobre ellos?

Aquella posibilidad le abrumó hasta el punto de que apenas se dio cuenta de que sus pies alcanzaban el vestíbulo inferior, y sólo entonces tuvo conciencia de que la luz se había hecho más brillante a medida que descendían, hasta recobrar toda su fuerza. Pero cuando Buckner proyectó el haz luminoso hacia la parte superior de la escalera, no consiguió iluminar más que oscuridad que colgaba como una tangible niebla sobre el rellano superior.

—Esta maldita linterna estaba embrujada —murmuró Buckner—. La cosa no tiene otra explicación. No puede atribuirse a causas naturales.

—Ilumine la habitación —suplicó Griswell—. Vea si John…, si John está…

No consiguió traducir en palabras su horrible idea, pero Buckner comprendió.

Griswell no hubiera sospechado nunca que la vista del espantoso cadáver de un hombre asesinado pudiera inspirarle tal sensación de alivio.

—Todavía está ahí —gruño Buckner—. Si anduvo después de ser asesinado, no ha vuelto a hacerlo desde entonces. Pero, aquella cosa…

Proyectó de nuevo la luz de la linterna hacia la parte superior de la escalera, mordiéndose el labio y rezongando en voz baja. Por tres veces había levantado su revólver. Griswell leyó en su pensamiento. El *sheriff* se sentía tentado de volver a subir aquella escalera, de medir sus fuerzas con lo desconocido. Pero el sentido común le retenía.

—A oscuras, no tendría ninguna posibilidad —murmuró—. Y, si subo, la luz volverá a apagarse.

Se volvió hacia Griswell.

—Sería inútil intentar nada. En esta casa hay algo diabólico, y creo que puedo adivinar lo que es. No creo que asesinara usted a Branner. Lo que le asesinó está allá arriba…, ahora. En su historia hay muchos puntos que resultan descabellados; pero, ¿acaso no es descabellado que una linterna se apague sin más ni más? No creo que lo que hay allá arriba sea humano. Hasta ahora, nunca me había asustado la oscuridad, pero no voy a subir a ese piso hasta que se haga de día. No tardará en amanecer. Esperaremos fuera, en aquella galería.

Las estrellas empezaban a palidecer cuando salieron al amplio porche. Buckner se sentó en la barandilla, de cara a la puerta de la casa, empuñando su revólver. Griswell tomó asiento junto a él y se reclinó contra los restos de una columna. Cerró los ojos, acogiendo con placer la leve brisa que parecía refrescar su enfebrecido cerebro. Experimentaba una extraña sensación de irrealidad. Era un forastero en una región desconocida, una región que parecía haberse llenado repentinamente de negro horror. La sombra del patíbulo planeaba encima de él, y en aquella sombría mansión yacía John Branner, con la cabeza destrozada… Como las ficciones de un sueño, aquellos hechos giraban en su cerebro hasta que se fundieron en un crepúsculo gris mientras el sueño se apoderaba compasivamente de su alma.

Despertó a un frío amanecer y al recuerdo de los horrores de la noche. La niebla

se arrastraba en jirones por las copas de los pinos. Buckner le estaba sacudiendo.

—¡Despierte! Ya es de día.

Griswell se puso en pie, frotándose los ojos. Su rostro aparecía viejo y gris.

—Estoy dispuesto. Vamos arriba.

—¡Ya he estado allí! —dijo Buckner, con los ojos llameantes—. No quise despertarle. Subí en cuanto amaneció. No encontré nada.

—Pero, las huellas de los pies descalzos…

—Han desaparecido.

—¿*Desaparecido*?

Sí, desaparecido. El polvo del rellano ha sido removido, desde el punto donde terminaban las huellas de los pasos de Branner; ha sido barrido hacia los rincones. Ahora no existe ninguna posibilidad de seguir las huellas de nadie. Alguien barrió el polvo mientras estábamos aquí sentados, y no oí ningún sonido. He recorrido toda la casa. No he visto absolutamente nada.

Griswell se estremeció al imaginarse a sí mismo durmiendo solo en el porche mientras Buckner llevaba a cabo su exploración.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó, desalentado—. Aquellas huellas eran mi única posibilidad de demostrar la veracidad de mi historia.

Llevaremos el cadáver de Branner al Ayuntamiento del condado —respondió Buckner—. Yo explicaré los hechos. Si las autoridades se enteran de la versión que usted puede darles, insistirán en acusarle de asesinato. Yo no creo que usted matara a Branner…, pero ningún fiscal de distrito, ningún juez ni ningún jurado creería lo que usted me ha contado, ni lo que nos sucedió anoche. Déjeme manejar este asunto a mi modo. No pienso detenerle a usted hasta que haya agotado todas las demás posibilidades.

«Cuando lleguemos a la ciudad, no diga nada de lo que ha ocurrido aquí. Yo me limitaré a informar al fiscal del distrito que John Branner fue asesinado por una persona o personas desconocidas, y que estoy trabajando en el caso.

»¿Está usted dispuesto a regresar conmigo a esta casa y a pasar la noche aquí, en la habitación donde usted y Branner durmieron anoche?

Griswell palideció, pero respondió con la misma obstinación con que sus antepasados habían expresado su decisión de plantar sus cabañas en las sierras de los *Pequots*:

—Estoy dispuesto.

—Entonces, vámonos; ayúdeme a trasladar el cadáver de Branner a su automóvil.

Griswell se estremeció a la vista del ensangrentado rostro de su amigo a la luz grisácea del amanecer. La niebla extendía unos viscosos tentáculos alrededor de sus pies mientras transportaban su macabra carga a través de la maleza.

II

El Hermano de la Serpiente

De nuevo las sombras se alargaban sobre los pinares, y de nuevo dos hombres llegaron por el antiguo camino en un automóvil con matrícula de Nueva Inglaterra.

Buckner conducía. Los nervios de Griswell estaban demasiado alterados para permitirle empuñar el volante. Su rostro estaba aún muy pálido, y todo su aspecto revelaba un gran cansancio. La tensión del día pasado en la capital del condado había venido a añadirse al horror que planeaba sobre su alma como la sombra de un buitre de alas negras. No había dormido, apenas había comido.

—Prometí hablarle de los Blassenville —dijo Buckner—. Era una gente orgullosa, altiva, y sin el menor escrúpulo cuando se trataba de imponer su voluntad. No tenían para con sus negros las consideraciones que en mayor o menor escala les guardaban los otros plantadores; supongo que seguían aferrados a las costumbres de las Indias Occidentales. Había una vena de crueldad en todos ellos…, y especialmente en miss Celia, la última de la familia que llegó a esta región. Vino mucho después de que los esclavos fueran declarados hombres libres, pero miss Celia seguía azotando con su látigo a su doncella mulata, lo mismo que cuando era una esclava, según dicen los viejos del lugar… Los negros decían que cuando moría un Blassenville, el diablo le estaba esperando siempre en los pinares que rodean la casa.

»Una vez terminada la Guerra Civil, los Blassenville fueron desapareciendo con bastante rapidez. Vivían pobremente de su plantación, que cada día rendía menos. Finalmente, sólo quedaron cuatro muchachas, hermanas, que habitaban en la antigua mansión. La plantación era cultivada por unos cuantos negros que seguían viviendo en sus chozas y trabajaban en calidad de aparceros. Las muchachas, muy orgullosas, se avergonzaban de su pobreza y no se relacionaban con nadie. A veces pasaban meses enteros sin salir de casa. Cuando necesitaban provisiones, enviaban a un negro a comprarlas.

»Pero la gente empezó a hablar de las Blassenville cuando miss Celia vino a vivir con ellas. Procedía de algún lugar de las Indias Occidentales, de donde era originaria la familia. Dicen que era una mujer elegante, bella, de poco más de treinta años. Tampoco ella se relacionó con la gente. Se había traído a una doncella mulata, y la trataba de un modo que hacía honor a la tradicional crueldad de los Blassenville. Conocí a un viejo negro, hace muchos años, que juraba haber visto a miss Celia atar a la doncella a un árbol, completamente desnuda, y azotarla con un látigo. Cuando la mulata desapareció, el hecho no constituyó una sorpresa para nadie. Todo el mundo imaginó que se había fugado, desde luego.

»Un día de la primavera de 1890, miss Elisabeth, la más joven de las muchachas, se presentó en el pueblo por primera vez en un año, quizás. Iba en busca de

provisiones. Dijo Que todos los negros habían abandonado la plantación. Añadió que miss Celia se había marchado también sin decir nada. Sus hermanas creían que había regresado a las Indias Occidentales, pero ella estaba convencida de que su tía *estaba aún en la casa*. No aclaró el sentido de estas palabras. Se limitó a recoger sus provisiones y regresar a la casa.

»Al cabo de un mes se presentó un negro en el pueblo y dijo que miss Elisabeth vivía completamente sola en la antigua mansión. Dijo que sus tres hermanas ya no estaban allí, que se habían marchado una detrás de otra sin dar ninguna explicación. Miss Elisabeth ignoraba adonde se habían marchado, y tenía miedo de vivir sola en la casa, pero no sabía adonde ir. No tenía parientes ni amigos. Pero estaba mortalmente asustada de algo. El negro dijo que permanecía encerrada continuamente en su habitación, con unas velas encendidas toda la noche…

»Una noche tormentosa miss Elisabeth se presentó en el pueblo montando el único caballo que poseía, medio muerta de miedo. Al llegar a la plaza se cayó del caballo; cuando pudo hablar, dijo que había descubierto una habitación secreta en la casa, olvidada durante un centenar de años. Y dijo que en aquella habitación se encontraban sus tres hermanas, muertas, colgadas del techo por el cuello. Añadió que *alguien* la persiguió con un hacha, y ella huyó de la casa montando en el único caballo que poseía. Pero estaba mortalmente asustada, y no sabía quién la había perseguido. Dijo que parecía una mujer con un rostro amarillento.

Inmediatamente, medio centenar de hombres se presentaron aquí y registraron la casa de arriba abajo. Pero no encontraron ninguna habitación secreta, ni los cadáveres de las tres hermanas. Lo que sí encontraron fue un hacha en el rellano superior, con algunos cabellos de miss Elisabeth pegados al filo, lo cual confirmaba lo que miss Elisabeth había contado. Pero ella se negó a regresar a la casa y mostrarles dónde se encontraba la habitación secreta; casi enloqueció cuando se lo sugirieron.

»Cuando estuvo en condiciones de viajar, la gente del pueblo reunió algún dinero y se lo prestaron —era demasiado orgullosa para aceptar limosnas—. Se marchó a California. No regresó nunca, pero más tarde se supo —cuando envió el dinero que le prestaron— que se había casado.

»Nadie quiso comprar la casa. Quedó tal como miss Elisabeth la había dejado, y con el paso de los años la gente fue robando los muebles hasta vaciarla del todo.

—¿Qué opinó la gente de la historia que contó miss Elisabeth? —preguntó Griswell.

—La mayoría opinó que el vivir sola en esta casa la había desquiciado. Pero algunos creyeron que la doncella mulata, Joan, no había huido, como se dijo. Opinaban que estaba oculta en el bosque, y saciaba su odio hacia los Blassenville asesinando a los miembros de la familia. Dieron una batida por todos los pinares con varios perros, pero no encontraron ni rastro de la mulata. Si había una habitación secreta en la casa, tenía que estar oculta allí…, suponiendo que la teoría fuese cierta.

—No puede haber estado oculta en la casa todos estos años —murmuró Griswell

—. Y, de todos modos, lo que ahora hay en la casa no es humano.

Buckner hizo girar el automóvil, para dejar la carretera y adentrarse en un camino vertical que discurría entre los pinos.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Griswell.

—Hay un viejo negro que vive al final de este camino, a unas cuantas millas de aquí. Quiero hablar con él. Nos enfrentamos con algo que requiere algo más que el sentido común de un blanco. Los negros saben más que nosotros acerca de algunas cosas. El viejo al que vamos a visitar tiene casi cien años, si es que no los ha cumplido ya. Su dueño le proporcionó cierta educación cuando era un muchacho, y al convertirse en un hombre libre viajó más de lo que suelen viajar la mayoría de blancos. Dicen que es un hombre *voodoo*, un brujo.

Griswell se estremeció, contemplando con inquietud los verdes árboles que les rodeaban por todas partes. La fragancia de los pinos llegaba a su olfato mezclada con el perfume de plantas desconocidas. Pero, dominándolo todo, se percibía un indefinible hedor de materia en descomposición. Una desagradable sensación puso un nudo en la boca de su estómago.

—¡Un *voodoo*! —murmuró—. Me había olvidado de eso…

Nunca se me había ocurrido relacionar la magia negra con el Sur. Para mí, la brujería siempre estuvo asociada con antiguas y tortuosas calles de ciudades portuarias, que ya eran antiguas cuando en Salem colgaban a las brujas… Para mí, la brujería se relacionó siempre con las antiguas ciudades de Nueva Inglaterra…, pero todo esto es más terrible que cualquier leyenda acerca de Nueva Inglaterra. Esos pinos sombríos, esas antiguas mansiones abandonadas, las plantaciones perdidas, los misteriosos negros, las viejas leyendas de locura y horror… ¡Dios mío! ¡Qué espantosos terrores antiguos hay en este continente que los estúpidos llaman «Nuevo»!

—Ahí está la choza del viejo Jacob —anunció Buckner, deteniendo el automóvil.

Griswell vio un claro y una pequeña cabaña agazapada a la sombra de los enormes árboles. Allí, los pinos daban paso a las encinas y los cipreses, llenos de un musgo grisáceo, y más allá de la cabaña se extendía una ciénaga poblada de una lujurienta vegetación. De la chimenea de barro de la cabaña surgía una leve espiral de humo azulado.

Griswell siguió a Buckner hasta la diminuta vivienda. El *sheriff* empujó la puerta y penetró en la cabaña. Al encontrarse en la relativa oscuridad del interior, Griswell parpadeó. Una sola ventana, muy pequeña, daba paso a la luz del día. Un viejo negro estaba agazapado junto al hogar de tierra, contemplando una olla que hervía al fuego. Miró hacia ellos cuando entraron, pero no se levantó. Parecía increíblemente viejo. Su rostro era una masa de arrugas, y sus ojos, negros y vivaces, se velaban de cuando en cuando como si su mente vacilara.

Buckner hizo un gesto a Griswell para indicarle que se sentara en la única silla que había en la cabaña, mientras él se instalaba junto al fuego en una banqueta

toscamente labrada, enfrente del anciano.

—Jacob —dijo bruscamente—, ha llegado el momento de que hables. Sé que conoces el secreto de Blassenville Manor. Nunca te interrogué acerca de ello, porque no era de mi competencia. Pero anoche fue asesinado un hombre allí, y pueden colgar al hombre que me acompaña por el asesinato, a menos que me digas qué es lo que alberga la antigua casa de los Blassenville.

Los ojos del anciano brillaron para volver a apagarse inmediatamente, como si los achaques de la edad le impidieran concentrarse durante mucho tiempo en una idea.

—Los Blassenville —murmuró, y su voz era suave y cultivada. Se expresaba en un inglés perfecto, que no recordaba en nacía las formas dialectales de los de su raza —. Eran una gente orgullosa, caballeros…, orgullosa y cruel. Algunos murieron en la guerra…, otros resultaron muertos en duelos… Algunos murieron en la antigua casa…

Sus palabras se convirtieron en una serie de ininteligibles murmullos.

—¿Qué ocurrió en la casa? —preguntó Buckner pacientemente.

—Miss Celia era la más orgullosa de todos —murmuró el anciano—. La más orgullosa y la más cruel. Los negros la odiaban; especialmente Joan. Joan llevaba sangre blanca en sus venas, y también era orgullosa. Miss Celia la azotaba como a una esclava.

—¿Cuál es el secreto de Blassenville Manor? —insistió Buckner.

La niebla se desvaneció de los ojos del anciano; unos ojos tan oscuros como pozos iluminados por la luna.

—¿Qué secreto, caballero? No comprendo.

—Sí, me comprendes perfectamente. Durante años y años, la casa se ha erguido allí, solitaria, con su misterio. Tú conoces la clave para descifrarlo.

El anciano removió el contenido de la olla. Ahora parecía en posesión de todas sus facultades mentales.

—Caballero, la vida es dulce, incluso para un viejo negro.

—¿Significa eso que alguien te mataría si me revelaras el secreto?

Pero el anciano estaba murmurando de nuevo, con los ojos cerrados.

—Alguien, no. Ningún humano. Ningún ser humano. Los dioses negros de la ciénaga. Mi secreto permanece inviolado, guardado por la Gran Serpiente, el dios que está por encima de todos los dioses. Enviaría a un pequeño hermano para que me besara con sus fríos labios…, un pequeño hermano con un cuarto creciente en la cabeza. Le vendí mi alma a la Gran Serpiente, cuando me convirtió en creador de *zuvembies*…

Buckner se puso rígido.

—He oído esa palabra antes de ahora —dijo suavemente— de labios de un negro moribundo, cuando yo era un niño. ¿Qué significa?

El miedo llenó los ojos del viejo Jacob.

—¿Qué es lo que he dicho? No, no he dicho nada.

—*Zuvembies* —le apremió Buckner.

—*Zuvembies* —repitió maquinalmente el anciano, con ojos inexpresivos—. Una *zuvembie* era una mujer…, en la Costa de los Esclavos las conocían. Los tambores que susurran por la noche en las colinas de Haití hablan de ellas. Los creadores de *zuvembies* son honrados por la gente de Damballah. Hablar de ello a un hombre blanco significa la muerte…, es uno de los secretos prohibidos del dios Serpiente.

—Estabas hablando de las *zuvembies* —dijo Buckner suavemente.

—No debía hablar de ellas —murmuró el anciano, y Griswell se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta—. Ningún hombre blanco debe saber que yo bailé en la Ceremonia Negra del *voodoo*, y fui convertido en creador de *zombies* y *zuvembies*. La Gran Serpiente castiga con la muerte a las lenguas que hablan demasiado.

—¿Una *zuvembie* es una mujer? —le apremió Buckner.

—*Era* una mujer —murmuró el anciano—. *Ella* sabía que yo era un creador de *zuvembies*… Se presentó en mi choza y me pidió el horrible brebaje…, el brebaje compuesto con huesos de serpientes, y sangre de murciélago, y garras de esparavel, y otros elementos que no pueden ser nombrados. Ella había danzado en la Ceremonia Negra…, estaba madura para convertirse en una *zuvembie*…, lo único que necesitaba era el Brebaje Negro…, era muy hermosa…, no podía negárselo.

—¿A quién? —preguntó Buckner ansiosamente, pero el anciano hundió la cabeza en su pecho y no respondió. Parecía dormitar. Buckner le sacudió—. Le diste un brebaje a una mujer para convertirla en una *zuvembie*… ¿Qué es una *zuvembie*?

El anciano murmuró, con voz soñolienta:

—Una *zuvembie* deja de ser humana. No reconoce ni a parientes ni a amigos. Es un miembro más del Mundo Negro. Tiene a su mando los demonios naturales: lechuzas, murciélagos, serpientes y hombres-lobo, y puede manejar la oscuridad de modo que apague una pequeña luz. Puede ser asesinada por medio del plomo o del acero, pero a menos que muera así, vive eternamente, y no come el alimento que comen los humanos. Mora como un murciélago en una caverna o en una casa antigua. El tiempo no significa nada para la *zuvembie*; una hora, un día, un año, todo es lo mismo. No puede hablar palabras humanas, ni pensar como piensa un humano, pero puede hipnotizar a un ser viviente con el sonido de su voz, y cuando mata a un hombre, puede dar órdenes a su cuerpo sin vida hasta que la carne está fría. Mientras fluye la sangre, el cadáver es esclavo suyo. Su mayor placer consiste en asesinar seres humanos.

—¿Y por qué quería ella convertirse en una *zuvembie*? —preguntó Buckner suavemente.

—Odio —susurró el anciano—. Odio —susurró el anciano—. ¡Odio! ¡Venganza!

—¿Se llamaba Joan? —murmuró Buckner.

El nombre pareció desvanecer las nieblas de senilidad que envolvían la mente del *voodoo*. Sus ojos se aclararon una vez más, convirtiéndose en dos círculos duros y brillantes como húmedo mármol negro.

—¿Joan? —dijo lentamente—. No he oído ese nombre por espacio de una generación. Al parecer me he quedado dormido, caballeros; no recuerdo nada… les ruego que me perdonen. Los hombres viejos se quedan dormidos ante el fuego, como los perros viejos. ¿Me preguntaban ustedes por Blassenville Manor? Caballeros, si les dijera por qué no puedo contestar a su pregunta, atribuirían mi actitud a simple superstición. Sin embargo, pongo al Dios del hombre blanco por testigo de que…

Mientras hablaba, extendió el brazo hacia un montón de leña que había junto al hogar, con la intención de añadir un tronco al fuego. Pero inmediatamente contrajo el brazo, profiriendo un horrible grito. Cuando el reflejo de las llamas iluminó el brazo del *voodoo*, los dos hombres blancos vieron que tenía enrollada una pequeña serpiente, que dejaba caer su puntiaguda cabeza sobre la carne negra, una y otra vez, con silencioso furor.

El anciano se desplomó, gritando, al tiempo que Buckner entraba en acción: poniéndose en pie de un salto, cogió un troncó y aplastó con él la cabeza del reptil. El viejo Jacob, entretanto, había cesado de gritar y estaba tendido en el suelo, boca arriba, completamente inmóvil.

—¿Está muerto? —susurró Griswell.

—Tan muerto como Judas Iscariote —respondió secamente Buckner contemplando al reptil, que continuaba retorciéndose en el suelo—. Esa infernal serpiente le inyectó en las venas el veneno suficiente para matar a una docena de hombres de su edad. Pero creo que lo que en realidad le mató fue la impresión.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Griswell, estremeciéndose.

—Dejaremos el cadáver en aquel catre. Nadie entrará aquí, si tenemos la precaución de cerrar la puerta de modo que no pueda entrar ningún cerdo salvaje, ni ningún gato. Mañana lo llevaremos al pueblo. Esta noche tenemos trabajo. Manos a la obra.

A Griswell le repugnaba la idea de tener que tocar el cadáver, pero ayudó a Buckner a instalarlo en el catre y luego salió apresuradamente de la choza. El sol estaba hundiéndose en el horizonte, y las llamas rojas del crepúsculo encendían las negras copas de los árboles.

Subieron al automóvil en silencio y regresaron por el mismo camino que habían seguido al venir.

—El viejo dijo que la Gran Serpiente enviaría a uno de sus hermanos —murmuró Griswell.

—¡Tonterías! —replicó Buckner—. A las serpientes les gusta el calor, y esta región pantanosa esta infestada de ellas. La que mordió al viejo estaba oculta entre la leña, al calor del fuego. El viejo Jacob la importunó, y el animal se defendió. No hay nada de sobrenatural en esto.

Permaneció unos instantes en silencio y luego añadió, en tono distinto:

—Ha sido la primera vez que veo a una serpiente que ataca sin silbar; y la primera vez que vea a una serpiente con una *cresta blanca en forma de cuarto*

creciente.

Al cabo de un rato, Griswell preguntó:

—¿Cree usted que la mulata Joan ha permanecido oculta en la casa durante todos estos años?

—Ya oyó lo que dijo el viejo Jacob —respondió Buckner—. El tiempo no significa nada para una *zuvembie*.

Cuando llegaron a la vista de la casa, Griswell se mordió el labio superior para reprimir un estremecimiento. Volvió a sentirse poseído por una indescriptible sensación de horror.

—¡Mire! —susurró, en el preciso instante en que Buckner detenía el automóvil. Buckner gruñó.

Desde las balaustradas de la galería se alzó una nube de palomos que emprendieron un rápido vuelo, recortándose contra la roja claridad del crepúsculo.

III

La llamada de Zuvembie

Cuando los palomos hubieron desaparecido, los dos hombres permanecieron unos instantes en sus asientos, en silencio.

—Bueno, por fin los he visto —murmuró finalmente Buckner.

—Tal vez los únicos que pueden verlos son los hombres marcados —susurró Griswell—. Aquel trampero los vio…

—Bueno, veremos —replicó el *sheriff* tranquilamente, mientras se apeaba del automóvil, pero Griswell se dio cuenta de que la mano que empuñaba el revólver temblaba un poco.

Al entrar en el amplio vestíbulo, Griswell vio la hilera de huellas que se extendían por el suelo, señalando el paso de un hombre muerto.

Buckner había traído unas mantas. Las extendió delante del hogar.

—Yo me acostaré junto a la puerta —dijo—. Y usted lo hará donde lo hizo anoche.

—¿Vamos a encender una fogata? —preguntó Griswell, temblando a la idea de la oscuridad que lo invadiría todo cuando se apagara el breve crepúsculo.

—No. Tiene usted una linterna, lo mismo que yo. Nos acostaremos a oscuras, y veremos lo que sucede. ¿Puede usted utilizar el revólver que le he dado?

—Supongo que sí. Nunca he disparado un revólver, pero conozco su funcionamiento.

—Bueno, a ser posible deje los disparos de mi cuenta.

El *sheriff* se sentó con las piernas cruzadas sobre sus mantas y vació el cilindro de su «Colt», revisando minuciosamente cada uno de los cartuchos antes de volver a colocarlos.

Griswell paseó nerviosamente arriba y abajo, lamentando la lenta desaparición de la luz como un avaro lamenta la desaparición de su oro. Se apoyó con una mano en la repisa del hogar, mirando fijamente las cenizas recubiertas de polvo. El fuego que había producido aquellas cenizas fue encendido por Elisabeth Blassenville, hacía más de cuarenta años. La idea resultaba deprimente. Griswell removió las polvorientas cenizas con el pie. Algo se hizo visible entre los carbonizados restos: un trozo de papel, manchado y amarillento. Griswell se inclinó y lo sacó de las cenizas. Era un cuaderno de notas, con tapas de cartón.

—¿Qué ha encontrado usted? —preguntó Buckner, inclinando el reluciente cañón de su revólver.

—Un antiguo cuaderno de notas. Parece un diario. Las páginas están cubiertas de escritura, pero la tinta se ha borrado y no puede leerse nada. ¿Cómo supone que fue a parar al fuego, sin que ardiera?

—Lo tirarían ahí cuando el fuego estaba apagado —sugirió Buckner—. Probablemente lo tiró alguien que entró en la casa con el propósito de robar muebles. Alguien que no sabía leer, probablemente.

Griswell hojeó el cuaderno, forzando la vista para distinguir algo a la escasa luz. Súbitamente, su cuerpo se puso rígido.

—¡Aquí hay una anotación que resulta legible! ¡Escuche!

Leyó:

«Sé que en la casa hay alguien, además de mí misma. Puedo oír a alguien que merodea por la noche cuando el sol se ha puesto y en el exterior reina la oscuridad. A menudo, durante la noche, oigo que alguien araña la puerta de mi habitación. ¿Quién es? ¿Una de mis hermanas? ¿Tía Celia? Si es una de ellas, ¿por qué merodea de ese modo por la casa? ¿Por qué araña la puerta de mi habitación, y huye cuando la llamo? ¡No, no! ¡No me atrevo! Tengo miedo. ¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? No me atrevo a permanecer aquí…, pero, ¿adónde voy a ir?».

—¡Santo cielo! —exclamó Buckner—. ¡Ese debe ser el diario de Elisabeth Blassenville! ¡Continúe!

—Las páginas que siguen no son legibles —respondió Griswell—. Pero unas páginas más adelante puedo leer algunas líneas.

Leyó:

«¿Por qué huyeron todos los negros cuando desapareció tía Celia? Mis hermanas están muertas. Se que están muertas. Y tengo la impresión de que murieron horriblemente, en medio de una espantosa agonía. Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Si alguien asesinó a tía Celia, ¿por qué tenía que asesinar a mis pobres hermanas? Ellas fueron siempre amables con los negros. Joan…».

Griswell interrumpió la lectura.

—Un trozo de la página está arrancado. Aquí hay otra anotación con otra fecha… Bueno, supongo que es una fecha, aunque no puedo asegurarlo.

«… la cosa terrible que la vieja negra sugirió? Citó a Jacob Blount, y a Joan, pero no se atrevió a hablar claramente; quizá temía…».

—Aquí también falta un trozo de página —explicó Griswell. Luego prosiguió la lectura:

«¡No, no! ¡Es imposible! *Ella* está muerta…, o muy lejos de aquí. Sin embargo, nació y se crió en las Indias Occidentales, y por algunas alusiones que dejó caer, supe que había sido iniciada en los misterios del *voodoo*. Creo que incluso bailó en una de sus horribles ceremonias… ¿Cómo pudo haber descendido a tal grado de bestialidad? Y este…, este horror. ¡Dios mío! ¿Pueden ser posibles tales cosas? No sé qué pensar. Si es *ella* la que merodea por la casa, la que araña la puerta de mi habitación, la que silba tan espantosa y dulcemente… ¡No! Me estoy volviendo loca. Si continúo aquí sola, moriré tan horriblemente como debieron morir mis hermanas. Estoy completamente segura de eso».

La incoherente crónica terminaba tan bruscamente como había empezado. Griswell estaba tan absorto en su tarea de descifrar los borrosos rasgos de aquella escritura, que ni siquiera se había dado cuenta de que había anochecido y Buckner sostenía en alto su linterna a fin de que él pudiera leer. Despertando de su abstracción, dirigió una rápida mirada al oscuro rellano.

—¿Qué conclusión ha sacado usted? —preguntó Griswell.

—Lo que había sospechado desde el primer momento —respondió Buckner—. Aquella doncella mulata, Joan, se convirtió en *zuvembie* para vengarse de miss Celia. Probablemente odiaba a toda la familia tanto como a su dueña. Había tomado parte en las ceremonias del *voodoo* en su tierra natal, y estaba «madura», como dijo el viejo Jacob. Lo único que necesitaba era el Brebaje Negro…, y el viejo Jacob se lo proporcionó. Asesinó a miss Celia y a las otras tres muchachas, y no asesinó a Elisabeth por pura casualidad. Ha permanecido oculta en esta casa durante todos estos años, como una serpiente en unas ruinas.

—Pero, ¿por qué tenía que asesinar a un desconocido?

—Ya oyó usted lo que dijo el viejo Jacob —le recordó Buckner—. Una *zuvembie* siente un gran placer al asesinar a un ser humano. Llamó a Branner desde lo alto de la escalera, le abrió la cabeza, colocó el hacha en su mano y le ordenó que bajara a asesinarle a usted. Ningún tribunal creería esto, pero si podemos presentar su cadáver, será una prueba más que suficiente para demostrar que es usted inocente. Aceptarán mi palabra de que ella asesinó a Branner. Jacob dijo que una *zuvembie* puede ser asesinada… Desde luego, al informar de este caso, no tendré que mostrarme demasiado exacto en los detalles.

—Vi que nos acechaba por encima de la barandilla de la escalera —murmuró Griswell—. Pero, ¿por qué no encontramos sus huellas en la escalera?

—Tal vez lo soñó usted. Tal vez una *zuvembie* puede proyectar su espíritu…

¡Diablo! ¿Por qué tratar de razonar acerca de algo que se encuentra más allá de las fronteras de la razón? Vamos a empezar nuestra vela.

—¡No apague la luz! —exclamó Griswell involuntariamente. Luego añadió—: Desde luego. Apáguela. Tenemos que estar a oscuras, como —vaciló—, como estábamos Branner y yo.

Pero en cuanto la estancia quedó sumida en la oscuridad, el miedo se apoderó de él con fuerza incontenible. Se tumbó sobre sus mantas, temblando, tratando de contener los tumultuosos latidos de su corazón.

—Las Indias Occidentales deben ser el lugar más horrible del mundo —murmuró Buckner una mancha borrosa sobre sus mantas—. Había oído hablar de *zombies* ignoraba lo que era una *zuvembie*. Evidentemente alguna droga preparada por los *voodoos* para provocar la locura en las mujeres. Aunque esto no explica las otras cosas: los poderes hipnóticos, la anormal longevidad, la capacidad de controlar cadáveres… No, una *zuvembie* no puede ser una simple loca. Es un monstruo, algo que está por encima y por debajo de un ser humano, creado por la magia que brota en los pantanos y las selvas negras… Bueno, veremos.

Su voz cesó de sonar, y en el silencio que siguió, Griswell oyó los latidos de su propio corazón. En el exterior, en los negros bosques, un lobo aulló y la lechuzas sisearon. Luego, el silencio volvió a caer como una niebla negra.

Griswell se obligó a sí mismo a permanecer inmóvil sobre sus mantas. El tiempo parecía haberse detenido. Y la espera se estaba haciendo insoportable. El esfuerzo que hacia para dominar sus alterados nervios bañaba en sudor todos sus miembros. Apretó los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas, y clavó las uñas en las palmas de sus manos.

No sabía lo que estaba esperando. El espantoso ser volvería a atacar. Pero, ¿cómo? ¿Sería un horrible y melodioso silbido, unos pies descalzos deslizándose por los crujientes peldaños, o un repentino hachazo en la oscuridad? ¿Le escogería a él, o a Buckner? *Tal vez Buckner estaba muerto ya*… En la oscuridad que le rodeaba no podía ver nada, pero oía la respiración regular del hombre. El meridional tenía unos nervios de acero. ¿Era que Buckner respiraba junto a él, separado por una angosta franja de oscuridad? ¿O acaso el monstruo había atacado ya en silencio, y ocupado el lugar del *sheriff*?

Así de descabelladas eran las ideas que cruzaban rápidamente por el cerebro de Griswell.

Experimentaba la sensación de que iba a volverse loco si no se ponía en pie de un salto, gritando, y huía frenéticamente de aquella maldita casa. Ni siquiera el temor a la horca podía retenerle tendido allí en la oscuridad por más tiempo. De repente, el ritmo de la respiración de Buckner se rompió, y Griswell se sintió como si acabaran de echarle un cubo de agua helada. Desde algún lugar situado encima de ellos empezó a oírse un melodioso silbido…

Griswell notó que le faltaban las fuerzas, que su cerebro se hundía en una

oscuridad más profunda que la negrura física que le rodeaba. Siguió un período de absoluta confusión mental, pasado el cual su primera sensación fue la de *movimiento*. Estaba corriendo, por un camino increíblemente escabroso. A su alrededor todo era oscuridad, y corría ciegamente. Se dijo a sí mismo que debió de huir de la casa y haber corrido varias millas, quizás, antes de que su agotado cerebro empezara a funcionar. No le importaba; morir en la horca por un asesinato que no había cometido no le aterrorizaba ni la mitad que la idea de regresar a aquella mansión de horror. Estaba dominado por el ansia de correr…, correr…, correr como estaba corriendo ahora, ciegamente, hasta agotar sus fuerzas. La niebla no se había disipado del todo de su cerebro, pero tenía conciencia de que no podía ver las estrellas a través de las negras ramas de los árboles. Deseó vagamente saber hacia dónde se dirigía. Supuso que estaba trepando por una colina, y el hecho le extrañó, ya que sabía que no había ninguna colina en un radio de varias millas alrededor de la casa de los Blassenville. Luego, encima y delante de él, notó un leve resplandor.

Avanzó hacia aquel resplandor como si le empujara una fuerza irresistible. Luego se estremeció al darse cuenta de que un extraño sonido chocaba contra sus oídos: *un silbido melodioso y burlón al mismo tiempo*. El silbido barrió todas las nieblas. ¿Qué significaba aquello? ¿*Dónde estaba*? El despertar llegó como el golpe aturdidor de una maza de matarife. No estaba corriendo a lo largo de un camino, ni trepando por una colina; estaba subiendo una escalera. ¡Se encontraba aún en Blassenville Manor! ¡Y estaba subiendo la escalera!

Un grito inhumano brotó de sus labios. Y, dominando aquel grito, el fantasmal silbido adquirió un tono de diabólico triunfo. Griswell intentó detenerse…, retroceder…, incluso arrojarse por encima de la barandilla. Pero su fuerza de voluntad estaba reducida a jirones. No existía ya. Griswell no tenía voluntad. Había dejado caer su linterna, y había olvidado el revólver en su bolsillo. No podía dominar a su propio cuerpo. Sus piernas, moviéndose rígidamente, funcionaban como piezas de un mecanismo independiente de su cerebro, obedeciendo a una voluntad exterior. Subiendo metódicamente, le transportaban al rellano superior, hacia el resplandor que ardía encima de él.

—¡Buckner! —gritó—. ¡Buckner! ¡Auxilio, por el amor de Dios!

Su voz se estranguló en su garganta. Había llegado al último peldaño. Empezó a avanzar por el rellano. El silbido había cesado, pero su impulso seguía conduciéndole hacia adelante. No podía ver la fuente de la que procedía el resplandor. No parecía emanar de ningún foco central. Pero Griswell vio una vaga figura que avanzaba hacia él. Parecía una mujer, pero ninguna mujer humana era capaz de andar con aquel paso ingrávido, ninguna mujer humana había tenido nunca aquel rostro de horror, aquella borrosa expresión demencial… Griswell intentó gritar a la vista de aquel rostro, al brillo del acero que esgrimía la mano en forma de garra, pero su lengua estaba helada.

Luego oyó un sonido que parecía arrastrarse silenciosamente detrás de él; las sombras fueron hendidas por una lengua de fuego que iluminó una espantosa figura

cayendo hacia atrás. Al mismo tiempo resonó un aullido inhumano.

En medio de la oscuridad que siguió al inesperado fogonazo, Griswell cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos. No oyó la voz de Buckner. La mano del meridional sobre su hombro le despertó de su estupor.

Una luz proyectada directamente sobre sus ojos le cegó. Parpadeó, sombreó sus ojos con una mano y alzó la mirada hacia el rostro de Buckner, que se encontraba en el mismo borde del círculo de luz. El *sheriff* estaba pálido.

—¿Está usted herido? —preguntó ansiosamente Buckner—. ¿Está usted herido? En el suelo hay un cuchillo de matarife…

—No estoy herido —murmuró Griswell—. Ha disparado usted en el momento preciso… ¡El monstruo! ¿Dónde ésta? ¿Adónde ha ido?

—¡Escuche!

En alguna parte de la casa resonaba un horrible aleteo, como de alguien que se arrastrara y luchara en medio de las convulsiones de la muerte.

—Jacob estaba en lo cierto —dijo Buckner en tono sombrío—. El plomo puede matarlas. La acerté de lleno, desde luego. No me atreví a encender la linterna, pero había suficiente claridad. Cuando empezó aquel fantasmal silbido, casi tropezó usted conmigo. Andaba usted como si estuviera hipnotizado. Le seguí por la escalera. Iba detrás de usted, aunque muy agachado para que ella no pudiera verme y huir. Estuve a punto de disparar demasiado tarde, pero confieso que el verla me dejó casi paralizado… ¡Mire!

Proyectó el haz luminoso de su linterna a lo largo del rellano, hasta detenerlo en una abertura visible en la pared en un lugar donde antes no había ninguna puerta.

—¡La entrada secreta que descubrió miss Elisabeth! —exclamó Buckner—. ¡Vamos!

Echó a correr a través del rellano y Griswell le siguió con aire aturdido. Los sonidos que acababan de oír procedían de algún lugar situado más allá de aquella misteriosa puerta, y ahora habían cesado.

La luz reveló un angosto pasadizo en forma de túnel que evidentemente conducía a través de una de las recias paredes de la casa. Buckner penetró en el pasadizo sin la menor vacilación.

—Tal vez no fuera capaz de pensar como un ser humano —murmuró, iluminando el camino delante de él—, pero tuvo la astucia suficiente para borrar sus huellas, a fin de que no pudiéramos seguirlas y descubrir, quizá, la abertura secreta. Allí hay una habitación… ¡La estancia secreta de los Blassenville!

Y Griswell exclamó:

—¡Santo cielo! ¡Es la cámara sin ventanas que anoche vi en mi sueño, con los tres cadáveres colgados del techo!

La luz que Buckner paseaba por la estancia de forma circular se inmovilizó repentinamente. Dentro del amplio anillo luminoso aparecieron tres figuras, tres formas resecas, encogidas, momificadas, ataviadas con unos vestidos muy antiguos.

Sus pies no tocaban el suelo, ya que estaban colgadas del cuello a unas cadenas suspendidas del techo.

—¡Las tres hermanas Blassenville! —murmuró Buckner—. Miss Elisabeth no estaba loca, después de todo.

—¡Mire! —susurró Griswell con voz apenas audible—. ¡Allí, en aquel rincón!

La luz se movió, volvió a detenerse.

¿Fue aquello una mujer en otros tiempos? —inquirió Griswell, como si se interrogara a sí mismo—. ¡Dios mío!

Mire ese rostro, incluso en la muerte. Mire esas manos en forma de garras, con las uñas renegridas como las de una fiera. Sí, era humana… Lleva aún los harapos de un antiguo vestido de baile, muy lujoso. ¿Por qué llevaría una doncella mulata un vestido como ése?

—Éste ha sido su cubil durante más de cuarenta años —murmuró Buckner, sin responder a la pregunta, inclinándose sobre el horrible cadáver tendido en el rincón de la estancia—. Bueno, Griswell, esto le exonera a usted: una mujer loca con un hacha… Es lo único que las autoridades necesitan saber. ¡Dios mío! ¡Qué venganza! ¡Qué horrible venganza! Aunque, pensándolo bien, tuvo que tener una naturaleza bestial. Lo prueba el hecho de que se iniciara en los misterios del *voodoo* cuando no era más que una jovencita…

—¿Se refiere usted a la mulata? —susurró Griswell.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, como si intuyera un horror que superaba a todos los horrores que había experimentado hasta entonces.

Buckner sacudió la cabeza.

—Interpretamos equivocadamente las palabras del viejo Jacob y lo que miss Elisabeth escribió en su diario —dijo—. *Ella* debía estar enterada, pero el orgullo familiar selló sus labios. Ahora veo claro, Griswell; la mulata se vengó, aunque no del modo que suponíamos. No ingirió el Brebaje Negro que el viejo Jacob le había preparado. Lo quería para suministrárselo subrepticiamente a otra persona, mezclándolo en su comida o en su café. Luego, Joan huyó de esta casa, dejando sembrada en ella la semilla del infierno.

—¿Ese cadáver no… no es el de la mulata? —susurró Griswell.

—Cuando la vi allá afuera, en el rellano, supe que no era mulata. Y aquellos rasgos contraídos seguían reflejando un parecido familiar. He visto su retrato y no puedo equivocarme. Ese cadáver es el del ser que en otros tiempos fue Celia Blassenville.

EL HOMBRE MORENO

Ya que ésta es la noche del desenvainar de
[espadas,
Y la pintada torre de las hordas infernales Oscila ante nuestras mazas, fuegos y cuerdas, Oscila un poco y cae.

CHESTERTON

UN fuerte viento arrastraba la nieve a medida que iba cayendo. La rompiente se estrellaba una y otra vez contra el acantilado, y, más allá, las encrespadas olas gemían incesantemente. A través del grisáceo amanecer que se extendía sobre la costa de Connacht, apareció un pescador andando a lo largo de la playa, un hombre tan áspero como la tierra sobre la cual asentaba los pies. Llevaba las piernas envueltas en una especie de polainas de cuero toscamente curtido; su único atuendo era una piel de venado que apenas cubría su cuerpo. Mientras andaba, tan insensible al frío como si fuera el animal salvaje que parecía a simple vista, se detuvo. Otro hombre acababa de surgir del velo de nieve y de bruma marina. Turlogh Dubh estaba en pie delante de él.

Este último hombre era casi una cabeza más alto que el pescador, y todo en él revelaba al luchador. Esto no podía apreciarse en una sola mirada, pero cualquier hombre o mujer cuyos ojos se posaran en Turlogh Dubh los mantendría allí largo rato. Medía seis pies y una pulgada, y la primera impresión de delgadez se desvanecía al examinarle con más atención. Era ancho de hombros y estrecho de cintura, y combinaba la fuerza de un toro con la agilidad de una pantera. El más leve de sus movimientos ponía de relieve aquella elástica coordinación que revela al superluchador. Turlogh Dubh —el Negro Turlogh— había pertenecido al Clan de los O'Brien. Y negro era su pelo, y morena su tez. Debajo de unas pobladas cejas negras ardían como un volcán unos ojos de un cálido azul. Y en su rostro completamente afeitado había algo que lo hacía tan sombrío como las oscuras montañas, como el océano a medianoche. Al igual que el pescador, formaba parte de aquella agreste región occidental.

Se tocaba con un yelmo sin visera, cresta ni emblema de ninguna clase. Desde el cuello hasta la cintura estaba protegido por una cota de malla de color negro. La falda que llevaba debajo de la armadura y que le llegaba a las rodillas era de tela burda. Sus piernas se envolvían en un cuero tan duro que podía mellar el filo de una espada, y sus zapatos estaban gastados de tanto andar.

Un ancho cinturón rodeaba su cintura, sosteniendo un largo puñal en una vaina de cuero. En su brazo izquierdo llevaba un pequeño escudo, redondo, confeccionado con

una madera tan dura como el hierro y reforzado con láminas de acero. De su muñeca izquierda colgaba un hacha, y esta característica fue la que intrigó al pescador. El arma, con su mango de tres pies de longitud y su esbelta línea, parecía muy ligera comparada con las enormes hachas que llevaban los nórdicos. Sin embargo, apenas habían transcurrido tres años desde que aquellas armas aparentemente frágiles habían obligado a los invasores del Norte a emprender una precipitada fuga, acabando para siempre con el poderío pagano.

El hacha, lo mismo que su propietario, tenía personalidad. Era distinta a todas las que el pescador había visto hasta entonces. De un solo filo, con una púa de tres filos detrás y otra en la parte alta de la hoja. Al igual que el que la portaba, era más pesada de lo que parecía. Con su mango ligeramente curvado y la artística gracia de la hoja, parecía el arma de un experto: rápida, mortal, eficaz. La hoja era de la mejor artesanía irlandesa, lo cual significaba, en aquella época, la mejor artesanía del mundo. El mango, labrado con la mÉdula de un roble centenario, endurecido especialmente al fuego y reforzado con abrazaderas de acero, era tan irrompible como una barra de hierro.

—¿Quién eres? —preguntó el pescador, con la brusquedad del oeste.

—Y tú, ¿quién eres para preguntármelo? —respondió el otro.

Los ojos del pescador se posaron en el único adorno que llevaba el guerrero: un pesado brazalete de oro en la muñeca izquierda.

—Afeitado y casi rapado a la moda normanda —murmuró—. Y moreno… Tienes que ser Negro Turlogh, el proscrito del Clan de los O’Brien. Viajas mucho… La última vez que oí hablar de ti estabas en las colinas de Wicklow, saqueando a los O’Reilly y a los Oastmen al mismo tiempo.

—Un hombre, proscrito o no, tiene que comer —gruñó el dalcasiano.

El pescador se encogió de hombros. Un rebelde… Un caminó difícil para un hombre. En aquella época de clanes, cuando los de su propia sangre proscribían a un hombre, le convertían en un hijo de Ismael. Todas las manos se alzaban contra él. El pescador había oído hablar de Turlogh Dubh, un hombre raro y amargado, un terrible guerrero y un hábil estratega, cuyos repentinos estallidos de locura hacían de él un hombre marcado, incluso en aquel país y en aquella época de locos.

—Hace un tiempo de perros —dijo el pescador, sin venir a cuento.

Turlogh contempló con aire sombrío la enmarañada barba y los revueltos cabellos del pescador.

—¿Tienes una embarcación? —preguntó.

El otro asintió y señaló hacia una pequeña cueva delante de la cual estaba anclada una barca construida con la habilidad de un centenar de generaciones de hombres que habían extraído su sustento del obstinado mar.

—No parece muy navegable —dijo Turlogh.

—¿Navegable? Tú que has nacido y crecido en la costa occidental debieras conocer mejor una embarcación. He navegado con ella hasta la bahía de Drumcliff y

he regresado, con todos los vientos en contra.

—En aquel mar no puedes coger un solo pez…

—¿Crees que sólo los jefes arriesgan la vida por puro deporte? Yo he navegado hasta Ballinskellings en plena tormenta, y he regresado… por el simple placer de hacerlo.

—Bien —dijo Turlogh—. Me llevaré tu embarcación.

—¡Te llevarás un cuerno! ¿Qué modo de hablar es ése? Si deseas marcharte de Erín, vete a Dublín y embárcate con tus amigos daneses.

El rostro de Turlogh se contrajo amenazadoramente.

—Más de un hombre ha muerto por menos de eso.

—¿Acaso no intrigas con los daneses? ¿No es por eso que tu clan te expulsó de su seno para que te murieras de hambre en los infiernos?

—Los celos de un primo y el despecho de una mujer —gruñó Turlogh—. Mentiras…, todo mentiras. Pero, basta. ¿Has visto una larga serpiente navegando hacia el norte en estos últimos días?

—Sí. Hace tres días avistamos un barco con una cabeza de dragón en la proa. Pero no se detuvo: los piratas saben que no pueden obtener de los pescadores occidentales más botín que unos cuantos muertos que hagan compañía a los suyos.

—Ése debía ser el barco de Thorfel el Justo —murmuró Turlogh, engarfiando su mano en el mango de su hacha—. Lo conozco.

—¿Ha habido algún saqueo en el sur? —preguntó el pescador.

—Una pandilla de piratas asaltó durante la noche el castillo de Kilbaha. Se produjo una breve lucha… y los filibusteros se llevaron a Moira, la hija de Murtagh, un jefe de los dalcasianos.

—Sí, he oído hablar de ella —murmuró el pescador—. Y también de los suyos. No les marchan bien las cosas, a lo que parece.

—Su hermano Dermod quedó inválido a consecuencia de una herida en la pierna. Y las tierras de su clan son acosadas por los MacMurrough desde el este y por los O’Connor desde el norte. No pueden prescindir de muchos hombres, empeñados en la defensa de la tribu, ni siquiera para rescatar a Moira: el clan está luchando por su supervivencia. Todo Erín se tambalea bajo el trono dalcasiano desde que cayó el gran Brian. A pesar de todo, Cormac O’Brien se ha embarcado para perseguir a los raptores de Moira, pero sigue un rastro equivocado, ya que cree que los piratas eran daneses procedentes de Coningberg. En realidad, los proscritos tenemos nuestros propios medios de información, los filibusteros iban al mando de Thorfel el Justo, que domina la isla de Slyne, llamada Helni por los nórdicos, en las Hébridas. Allí se ha llevado a Moira… y hasta allí voy a seguirle. Préstame tu embarcación.

—¡Estás loco! —exclamó el pescador—. ¿Qué estás diciendo? ¿Desde Connacht a las Hébridas en una barca? ¿Con este tiempo? Te repito que estás loco.

—Quiero intentarlo —dijo Turlogh con aire ausente—. ¿Me prestas tu embarcación?

—No.

—Puedo matarte y cogerla —dijo Turlogh.

—Puedes hacerlo, desde luego —replicó tranquilamente el pescador.

—¡Miserable gusano! —exclamó el proscrito con repentina pasión—. Una princesa de Erín languidece en poder de un pirata de barba roja del norte, y tú regateas como un sajón.

—¡Tengo que vivir! —replicó el pescador con el mismo apasionamiento—. ¡Llévate mi barca y me moriré de hambre! ¿Dónde podré encontrar otra semejante? ¡Es la crema de las de su clase!

Turlogh se quitó el brazalete de la muñeca izquierda.

—Te pagaré —dijo—. Este brazalete me lo colocó Brian con sus propias manos delante de Clontarf. Tómalo: con él podrás comprar un centenar de barcas. Me duele muchísimo desprenderme de él, pero en estos momentos la necesidad es desesperada.

Pero el pescador sacudió la cabeza, con la extraña falta de lógica de los celtas ardiendo en sus ojos.

—¡No! Mi choza no es un lugar apropiado para una joya que tocaron las manos del rey Brian. Consérvalo…, y llévate la embarcación, en nombre de los santos, si significa tanto para ti.

—Te la devolveré a mi regreso —prometió Turlogh—, y tal vez una cadena de oro que ahora adorna el cuello de algún pirata del norte.

El día era melancólico y plomizo. El viento gemía sin cesar, y el murmullo monótono del mar era como la pena que nace en el corazón del hombre. El pescador contempló desde el acantilado cómo la frágil embarcación se deslizaba y serpenteaba entre las rocas hasta que el mar abierto la zarandeó como si fuera una pluma. El viento hinchó la vela y la embarcación avanzó velozmente, brincando sobre las olas, hasta que no fue más que un oscilante puntito a los ojos del pescador. Luego, incluso aquel puntito desapareció detrás de una cortina de nieve.

Turlogh se daba cuenta de lo descabellado de su empresa. Pero estaba habituado a enfrentarse con el peligro. El frío y el hielo que hubieran helado a un hombre más débil, le impulsaban a redoblar sus esfuerzos. Era tan duro y tan elástico como un lobo. Entre una raza de hombres cuya fortaleza asombraba incluso a los rudos nórdicos, Turlogh Dubh era un caso aparte. Al nacer le habían sumergido en agua helada para poner a prueba su derecho a sobrevivir. Había pasado su infancia y su adolescencia en las montañas, costas y marismas del oeste. Hasta que fue adulto, nunca llevó sobre su cuerpo una tela tejida por la mano del hombre; una piel de lobo había sido el único atuendo de aquel hijo de un jefe dalcasiano. Antes de su proscripción podía reventar a un caballo corriendo todo el día a su lado. Nunca se había fatigado nadando. Ahora, desde que las intrigas de los envidiosos le habían empujado a la vida del lobo, su rudeza llegaba hasta un punto que no puede ser concebido por un hombre civilizado.

La nieve cesó, el tiempo aclaró, el viento amainó. Turlogh bordeó necesariamente

la línea de la costa, evitando los arrecifes contra los cuales parecía que su embarcación iba a estrellarse una y otra vez. Trabajó incansablemente con el timón, la vela y los remos. Ni un solo hombre, entre un millar de navegantes, lo hubiera realizado, pero Turlogh lo hizo. No necesitaba dormir; mientras atendía al timón, comía las frugales provisiones que el pescador le había proporcionado. Cuando avistó Malin Head, el tiempo había mejorado notablemente. El mar continuaba revuelto, pero el viento racheado se había convertido en una fuerte brisa, aprovechable por la vela de la embarcación. Se sucedieron los días y las noches; Turlogh navegó siempre hacia el este. Sólo una vez amaró en la playa para recoger agua potable y dormir unas cuantas horas.

Mientras atendía al timón, recordaba las últimas palabras del pescador: «¿Por qué tienes que arriesgar la vida por un clan que ha puesto precio a tu cabeza?».

Turlogh se encogió de hombros. La sangre era más espesa que el agua. El simple hecho de que los suyos le hubieran expulsado de su seno para que muriera como un lobo acosado, no modificaba la realidad de que eran los suyos. La pequeña Moira, hija de Murtagh y de Kilbaha, no tenía nada que ver con él. La recordaba —había jugado con ella cuando Moira era un niñita y él un muchacho—. Recordaba el color gris de sus ojos, el brillo azulado de su pelo negro y la blancura de su piel. Ya de niña había sido muy hermosa… bueno, Moira continuaba siendo una niña, ya que él, Turlogh, era joven aún, y le llevaba muchos años. Ahora, Moira era conducida al norte contra su voluntad, para convertirla en esposa de un pirata septentrional. Thorfel el Rubio…, el Guapo… Turlogh juró por unos dioses que no conocían la Cruz. Una bruma rojiza cubrió sus ojos, hasta el punto de que el ondulante mar que le rodeaba se convirtió en un lago rojo. Una muchacha irlandesa cautiva en el *skalli* de un pirata nórdico… Con un gesto rabioso, Turlogh dirigió la embarcación hacia el mar abierto. En sus ojos había una terrible expresión.

Desde Malin Head hasta Helni hay un largo trayecto. Turlogh pensaba dirigirse a una pequeña isla que se encuentra, con otras muchas islas pequeñas, entre Mull y las Hébridas. Un marino de nuestros días, provisto de cartas de navegar y de compases, podría haber tropezado con dificultades para localizarla. Turlogh no tenía cartas de navegar ni compases. Navegaba por instinto y por experiencia. Conocía aquellos mares del mismo modo que un hombre conoce su hogar. Los había recorrido como pirata y como vengador, y en cierta ocasión los había recorrido como cautivo, encadenado en la cubierta de una nave danesa. Y seguía un rastro rojo. El humo que se alzaba de los promontorios, los restos que flotaban en el mar, le demostraban que Thorfel continuaba saqueando a medida que avanzaba hacia el norte. Turlogh gruñó con salvaje satisfacción; se estaba acercando cada vez más al vikingo, a pesar de la delantera que le llevaba: Thorfel incendiaba y saqueaba las playas a su paso, en tanto que la ruta que Turlogh seguía era recta como una flecha.

Se encontraba aún a mucha distancia de Helni cuando divisó una pequeña isla que se apartaba ligeramente de su ruta. La conocía de antiguo y sabía que estaba

deshabitada, pero allí podría encontrar agua potable. De modo que se dirigió hacia ella. Era conocida con el nombre de isla de las Espadas, nadie sabía por qué. Y mientras se acercaba a la playa, vio algo que interpretó correctamente: dos embarcaciones encalladas en la arena. Una era de construcción muy tosca, parecida a la que el propio Turlogh manejaba, aunque considerablemente mayor. La otra era una pequeña nave de proa baja, indiscutiblemente vikinga. Las dos estaban desiertas. Turlogh tendió el oído esperando oír el entrechocar de armas, los gritos de los combatientes, pero reinaba un gran silencio. Pescadores, pensó, procedentes de las islas de Escocia; habían sido avistados por una banda de piratas a bordo de una nave o desde alguna otra isla, y habían sido perseguidos por la pequeña nave. Pero Turlogh estaba convencido de que la caza fue más larga de lo que los piratas habían previsto; de otro modo, no la hubieran emprendido en una embarcación abierta. Pero, cegados por el ansia homicida, los piratas no vacilaban en seguir a su presa a través de cien millas de mar embravecido, en cualquier clase de embarcación.

Turlogh se dirigió hacia la playa, dejó caer la piedra que servía de ancla y saltó a la arena, empuñando el hacha. Avanzó cautelosamente, y al llegar a lo alto de una pequeña elevación del terreno contempló un espectáculo asombroso: quince daneses de barba rojiza estaban tendidos en el suelo, formando círculo, muertos. Y dentro de aquel círculo, mezclados con los cadáveres de sus asesinos, yacían otros hombres cuyo aspecto resultaba completamente desconocido para Turlogh. Eran de corta estatura y muy morenos; sus ojos, vidriados por la muerte, eran los ojos más negros que Turlogh había visto nunca. Llevaban unas armaduras muy elementales, y sus manos aferraban aún espadas y dagas rotas. Aquí y allá veíanse flechas que se habían quebrado contra los petos de los daneses, y Turlogh observó con sorpresa que muchas de ellas tenían la punta de pedernal.

«Una lucha espantosa —murmuró Turlogh—. Sí, tuvo que ser una lucha espantosa. ¿Quiénes son esos hombres? En todas las islas no había visto nunca a nadie parecido a ellos. Siete en total. ¿Dónde están los compañeros que les ayudaron a matar a los daneses?».

No pudo localizar ninguna huella que se alejara del macabro círculo. Turlogh frunció el ceño:

«No había más: siete contra quince… Y, sin embargo, los asaltantes murieron contra los asaltados. ¿Qué clase de hombres son esos que matan a una partida de vikingos que les dobla en número? Son unos hombres pequeños…, apenas llevan armadura. Y, sin embargo…».

Se le ocurrió otra idea. ¿Por qué no se habían desperdigado y huido, ocultándose en los bosques? Creía conocer la respuesta. Allí, en el centro del silencioso círculo, había un extraño objeto. Una estatua de alguna sustancia oscura, que tenía la forma de un hombre. De unos cinco pies de longitud —o de altura—, estaba labrada con una apariencia de vida que impresionó a Turlogh. Medio caído sobre la estatua veíase el cadáver de un anciano, con el cuerpo materialmente acribillado de heridas. Uno de

sus brazos estaba encogido alrededor de la estatua; el otro, extendido, con la mano empuñando una daga de pedernal hundida hasta el mango en el pecho de un danés. Turlogh observó las espantosas heridas que desfiguraban a todos los hombres morenos. Había resultado difícil matarles; habían luchado hasta caer literalmente destrozados, y antes de morir habían conseguido acabar con sus asesinos. En los rostros sin vida de aquellos desconocidos seguía reflejándose una terrible desesperación. Turlogh notó que sus manos muertas continuaban aferradas a las barbas de sus enemigos. Uno de ellos yacía debajo del cadáver de un gigantesco danés, y Turlogh no pudo ver ninguna herida en el cuerpo del danés en cuestión; hasta que le miró más de cerca y vio que los dientes del hombre moreno estaban hundidos, como los de un lobo, en la garganta de toro del otro.

Se inclinó y tiró de la figura. El brazo del anciano estaba engarfiado a su alrededor, y Turlogh se vio obligado a emplear toda su fuerza para arrancarlo de allí. Era como si, incluso después de muerto, el anciano se aferrara a su tesoro; ya que Turlogh experimentaba la sensación de que aquellos hombres morenos habían muerto por aquella imagen. Podían haber huido y burlado a sus perseguidores, pero ello hubiera significado abandonar su imagen. Y prefirieron morir junto a ella. Turlogh sacudió la cabeza; su odio a los nórdicos era un sentimiento ardiente, casi una obsesión, que a veces le arrastraba a la locura. En su corazón no había lugar para la misericordia; el espectáculo 'de aquellos daneses, muertos a sus pies, le llenaba de una salvaje satisfacción. Sin embargo, en aquellos silenciosos desconocidos presentía una pasión más fuerte que la suya. Actuaban movidos por un impulso más profundo que su odio. Sí… y más antiguo. Aquellos hombres le parecieron muy viejos, no como individuos, sino como raza. Incluso sus cadáveres parecían rodeados de una intangible aureola primigenia. Y la imagen…

El celta se inclinó y la agarró, para levantarla. Esperaba encontrarse con un gran peso, y quedó asombrado. No era más pesada que si hubiera sido confeccionada con madera muy liviana. La golpeó, y sonó a macizo. Al principio creyó que era de hierro; luego decidió que era de piedra, pero de una piedra que le resultaba desconocida; y tuvo la impresión de que aquella clase de piedra no podría encontrarse en las Islas Británicas ni en ninguna parte del mundo que él conocía. Al igual que los hombrecillos muertos, parecía muy vieja. Estaba tan lisa y tan brillante como si la hubieran labrado el día anterior, pero, a pesar de todo, Turlogh supo que era un símbolo de antigüedad. Representaba la figura de un hombre muy parecido a los hombrecillos morenos que yacían a su alrededor. Pero con una sutil diferencia. Turlogh intuyó que se trataba de la imagen de un hombre que había vivido hacía mucho tiempo, ya que el desconocido escultor había tenido, seguramente, un modelo vivo. Y había conseguido insuflar un hálito de vida en su obra. Se apreciaban perfectamente la curva de los hombros, la anchura del pecho, la fuerza de los brazos; la severidad de las facciones era evidente. La mandíbula firme, la nariz aquilina, la frente despejada, todo indicaba una poderosa inteligencia, un valor a toda prueba, una

inflexible voluntad. Seguramente, pensó Turlogh, aquel hombre era un rey… o un dios. Sin embargo, no llevaba ninguna corona; su único atuendo era una especie de taparrabos, reproducido con gran realismo en todos sus pliegues y arrugas por el artista.

«Éste era su dios —murmuró Turlogh, mirando a su alrededor—. Huyeron ante los daneses… pero al final murieron por su dios. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿De dónde llegaron?».

Se incorporó, apoyándose en su hacha, y una extraña sensación inundó su alma. Una sensación de poderosos abismos de tiempo y espacio abiertos ante él; de las interminables mareas de humanidad que iban y venían como van y vienen las olas del mar. La vida era una puerta que se abría a dos mundos oscuros, desconocidos. ¿Y cuántas razas de hombres, con sus esperanzas y sus temores, con sus afectos y sus odios, habían pasado a través de aquella puerta, en su peregrinaje de la oscuridad a la oscuridad? Turlogh suspiró. En las profundidades de su espíritu despertaba la mística melancolía del celta.

«En otra época fuiste un rey, Hombre Moreno —le dijo a la silenciosa imagen—. Tal vez fuiste un dios y reinaste, sobre todo el mundo. Tu pueblo murió… como está muriendo el mío. Seguramente fuiste un rey del Pueblo del Pedernal, la raza que fue destruida por mis antepasados celtas. Bueno… también nosotros tuvimos nuestra época, y también para nosotros ha sonado la hora de la decadencia. Ahora, los conquistadores son esos daneses tendidos a tus pies. En el reloj de la historia ha sonado su hora… pero también ellos pasarán. Pero tú vendrás conmigo, Hombre Moreno, rey, dios o diablo. Sí, vendrás conmigo, porque presiento que me traerás suerte, y voy a necesitarla cuando aviste Helni, Hombre Moreno».

Turlogh ató la imagen a su embarcación, y se dispuso a reemprender la marcha. Ahora, el cielo tenía un color plomizo y la nieve caía en grandes copos. Las olas se encrespaban, grisáceas y amenazadoras, y los vientos azotaban la pequeña embarcación. Pero Turlogh no sentía ningún temor. Y su barca navegaba como no había navegado antes. A través de la rugiente galerna y de la nieve que caía sin cesar, el dalcasiano avanzaba íntimamente convencido de que el Hombre Moreno le prestaba su ayuda. Sin un auxilio sobrenatural, seguramente se hubiera perdido un centenar de veces. A pesar de toda su habilidad en el manejo de una embarcación, le parecía que una mano invisible gobernaba el timón, manteniendo el rumbo deseado mientras él ajustaba la vela.

Y cuando todo el mundo era un oscilante velo blanco en el cual se había perdido incluso el sentido de la dirección del celta, le pareció que manejaba el timón obedeciendo a una voz silenciosa que le hablaba en las oscuras profundidades de su conciencia. No le sorprendió lo más mínimo, cuando la nieve hubo cesado de caer y las nubes se alejaron para dejar paso a una fría luna plateada, ver que delante de él se dibujaba la línea de una costa y que aquella costa era la de la isla de Helni. Es más, supo que inmediatamente detrás de la lengua de tierra que se adentraba en el mar,

muy cerca del lugar donde se encontraba, se abría la bahía donde reposaba de sus correrías la nave de Thorfel, y que un centenar de metros más allá de la bahía se alzaba el skalli del nórdico.

Turlogh sonrió orgullosamente. Toda la habilidad del mundo no hubiera podido conducirle a este preciso lugar. Había tenido mucha suerte… No, algo más que suerte. Aquí estaba el mejor lugar posible para desembarcar: a media milla de distancia de su enemigo, pero oculto a la vista de cualquier centinela por el saliente promontorio. Miró de soslayo al Hombre Moreno, inmóvil, inescrutable como la esfinge. Una extraña sensación invadió al celta: la de que todo esto era obra suya, la de que él, Turlogh, era un simple peón en el juego. ¿Qué era este fetiche? ¿Qué espantosos secretos guardaban aquellos ojos sin vida? ¿Por qué habían luchado tan terriblemente por él los hombrecillos morenos?

Turlogh acercó su embarcación a la playa, haciéndola penetrar en una pequeña ensenada. Dejó caer la piedra que le servía de ancla y desembarcó. Una última mirada al Hombre Moreno, y se alejó apresuradamente en dirección a la cima del promontorio, aumentando sus precauciones a medida que avanzaba. Una vez en lo alto del promontorio, miró al otro lado. La nave de Thorfel estaba anclada a menos de media milla de distancia. Y más allá, señalado por las fogatas que ardían en su interior, estaba el *skalli* del pirata. Ruidosos brindis llegaban hasta Turlogh a través del aire repentinamente inmóvil. El celta rechinó los dientes. ¡Brindis! Sí, estaban celebrando las ruinas y la desolación que habían dejado detrás de ellos: los hogares incendiados, los hombres asesinados, las muchachas raptadas. Aquellos vikingos eran dueños del mundo: todas las tierras meridionales yacían indefensas bajo sus espadas Y la gente que habitaba aquellas tierras sólo vivía para proporcionarles diversión… y esclavas. Turlogh se estremeció violentamente. La sed de sangre era en él como un dolor físico, pero luchó contra la bruma de pasión que nublaba su cerebro. No estaba aquí para luchar, sino para rescatar a la muchacha que los vikingos habían raptado.

Estudió cuidadosamente el terreno, como un general antes de disponer el orden en que han de moverse sus tropas. Observó que los árboles se espesaban inmediatamente detrás del *skalli*; que las casas más pequeñas, las tiendas y las chozas de los sirvientes se encontraban entre el edificio principal y la bahía. Junto a la playa ardía una enorme fogata, y unos cuantos guerreros rugían y bebían a su alrededor, pero el intenso frío había inducido a la mayoría de ellos a refugiarse en la entrada del edificio principal.

Turlogh descendió la ladera opuesta del promontorio, penetrando en el bosque que se extendía en una amplia curva desde la playa. Procuró mantenerse a la sombra de sus árboles, acercándose al *skalli* por una ruta más bien indirecta, a fin de eludir en lo posible la vigilancia de los centinelas de Thorfel. ¡Oh! ¡Si tuviera a su espalda a los guerreros de Clare, como los había tenido en otros tiempos! ¡No se vería obligado a deslizarse como un lobo entre los árboles! Su mano se engarfió en el mango de su hacha mientras visualizaba la escena: la carga, los gritos, la sangre, el centelleo de las hachas dalcasianas… Suspiró. Era un proscrito solitario; nunca más conduciría a la

batalla a los guerreros de su clan.

Se dejó caer repentinamente en la nieve detrás de un arbusto y permaneció inmóvil. Se acercaban unos hombres procedentes de la misma dirección que él había seguido: unos hombres que gruñían en voz alta y andaban pesadamente. Se hicieron visibles: dos gigantescos guerreros nórdicos, cuyas plateadas armaduras brillaban a la luz de la luna. Transportaban algo con grandes dificultades, y Turlogh quedó asombrado al comprobar que se trataba del Hombre Moreno. Su consternación al darse cuenta de que habían descubierto su embarcación quedó paliada por una sorpresa mayor. Aquellos hombres eran gigantes; parecían tallados en hierro. Sin embargo, se tambaleaban como si acarrearan un peso enorme. En sus manos, el Hombre Moreno parecía pesar centenares de libras. ¡Y Turlogh lo había levantado como si fuera una pluma! Ahogó una exclamación de sorpresa. Seguramente, aquellos hombres estaban borrachos. Uno de ellos habló, y los cortos pelos de la nuca de Turlogh se erizaron al sonido del acento gutural, como se eriza un perro a la vista de un enemigo.

—Vamos a descansar. ¡Por la muerte de Thor, esto pesa una tonelada!

El otro gruñó una respuesta ininteligible, y se dispusieron a dejar la imagen en el suelo. De repente, uno de ellos soltó su carga, y el Hombre Moreno cayó pesadamente sobre la nieve. El hombre que había hablado en primer lugar aulló:

—¡Imbécil! ¡La has dejado caer sobre mi pie! ¡Maldita sea! ¡Tengo la pierna rota!

—¡Se retorció entre mis manos! —exclamó su compañero—. ¡Te digo que está vivo!

—Entonces, yo lo mataré —aseguró el furioso vikingo, y desenvainando su espada golpeó salvajemente a la postrada figura.

Se desprendió una lluvia de chispas mientras la hoja se rompía en mil pedazos, y el nórdico aulló al notar que se clavaba en su mejilla un trozo de acero.

—¡Está embrujado! —gritó, arrojando lejos la empuñadura de su espada—. ¡Ni siquiera lo he arañado! Vamos, se lo llevaremos a Thorfel y él sabrá cómo tratarlo.

—Será mejor que lo dejemos aquí —murmuró el otro—. Podemos regresar y decirle a Thorfel que no hemos visto ninguna nave por los alrededores de la isla. Nos envió a eso, ¿no?

—¿Y qué me dices de la embarcación donde encontramos esto? —replicó el otro —. Algún pescador escocés apartado de su ruta por la tormenta y ocultándose en los bosques como una rata, supongo. Vamos, echa una mano: ídolo o demonio, le llevaremos esto a Thorfel.

Gruñendo por el esfuerzo, levantaron la imagen una vez más y prosiguieron lentamente su marcha, maldiciendo sin cesar.

Turlogh se incorporó y les contempló mientras se alejaban. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Aquellos dos hombres eran tan fuertes como él, y sin embargo les costaba lo indecible transportar lo que él había manejado fácilmente. Sacudió la cabeza y reemprendió la marcha.

Al fin llegó al lugar del bosque más próximo al *skalli*. Había llegado el momento crucial. Tenía que acercarse al edificio e introducirse en él sin que le vieran. El cielo estaba lleno de nubes. Esperó hasta que una de ellas cubrió la luna, y en la semioscuridad que siguió corrió rápida y silenciosamente a través de la nieve, agazapado. Parecía una sombra surgida de las sombras. Los gritos y los cantos procedentes del interior del edificio eran ensordecedores. Turlogh estaba ahora aplastado contra los troncos de una de sus paredes laterales. La vigilancia era escasa. ¿Qué peligro podía temer Thorfel? Era amigo de todos los piratas nórdicos y no podía esperar que nadie más se atreviera a aventurarse en el mar en una noche como aquélla.

Una sombra entre las sombras, Turlogh se deslizó a lo largo de la pared de troncos. Vio una puerta y se acercó cautelosamente a ella. Inmediatamente volvió a aplastarse contra la pared. Alguien estaba hurgando en el cerrojo desde dentro. Luego, la puerta se abrió de par en par y un gigantesco guerrero salió al exterior, cerrando la puerta detrás de él. Al volverse, vio a Turlogh. Sus barbudos labios se entreabrieron, pero en aquel instante las manos del celta se cerraron alrededor de su garganta como un par de tenazas de acero. El peligroso grito murió antes de nacer. Una mano voló hacia la muñeca de Turlogh, la otra empuñó una daga y golpeó hacia delante. Pero el hombre estaba ya inconsciente; la daga chocó débilmente contra el peto del proscrito y cayó sobre la nieve. El nórdico se relajó entre las manos de su matador, con la garganta literalmente aplastada. Turlogh le dejó caer sobre la nieve y escupió en su rostro muerto antes de volverse de nuevo hacia la puerta.

Estaba abierta. Turlogh miró al interior y vio una habitación llena de barriles de cerveza. Entró silenciosamente, cerrando la puerta pero sin echar el cerrojo. Pensó en ocultar el cadáver de su víctima, pero no sabía cómo hacerlo. Tenía que confiar en su buena estrella y en que nadie lo encontrara. Cruzó la habitación y vio que conducía a otra paralela con la pared exterior. También era un almacén, y estaba vacío. Una abertura sin puerta, provista de una cortina de pieles, daba paso al vestíbulo principal, a juzgar por los sonidos que llegaban desde el otro lado. Turlogh miró cautelosamente a través de la cortina.

Vio, en efecto, el gran vestíbulo que el jefe del *skalli* utilizaba como sala de banquetes y de juntas. La estancia, con sus vigas ennegrecidas por el humo, sus rugientes fuegos y sus mesas repletas de viandas, era escenario de una fantástica orgía. Gigantescos guerreros de barbas rubias y ojos salvajes estaban sentados o acostados en los toscos bancos, paseaban de un lado para otro o permanecían tendidos en el suelo. Bebían espumosa cerveza y tragaban grandes trozos de pan de centeno y enormes tajadas de carne que cortaban con sus dagas de los bueyes asados enteros. Era una escena de extraña incongruencia, ya que en contraste con aquellos bárbaros y sus rudas canciones y gritos, las paredes aparecían adornadas con objetos que revelaban un alto grado de civilización. Hermosos tapices tejidos por las mujeres normandas; armas lujosamente cinceladas que pertenecieron a príncipes de Francia y

de España; armaduras y vestidos de seda procedentes de Bizancio y de Oriente…, ya que las naves vikingas extendían sus correrías hasta muy lejos. Al lado de aquellos trofeos colgaban los despojos de la caza, para demostrar que el vikingo dominaba a los animales lo mismo que a los hombres.

El hombre moderno apenas puede concebir los sentimientos que Turlogh O'Brien experimentaba hacia aquellos hombres. Para él eran diablos: ogros que moraban en el norte únicamente para caer sobre los pacíficos pueblos del sur. Todo el mundo era su presa para coger y escoger, para tomar sin escrúpulos lo que complacía a sus bárbaros instintos. Turlogh les odiaba como sólo un celta puede odiar. Odiaba su espléndida arrogancia, su orgullo y su poderío, su desprecio hacia todas las otras razas, sus repulsivos ojos… Por encima de todo odiaba aquellos ojos que parecían mofarse y amenazar a todo el mundo. Los celtas eran crueles, pero tenían raros momentos de sentimentalismo y de ternura. En los nórdicos no había ninguna clase de sentimiento.

La vista de aquella orgía fue como una bofetada en pleno rostro de Turlogh, y sólo era necesaria una cosa para que su locura fuera completa. Y *la vio*. A la cabecera de la mesa estaba sentado Thorfel el Rubio, joven, guapo, arrogante, enrojecido por el vino y el orgullo. El joven Thorfel *era* guapo. En su estructura física se parecía mucho al propio Turlogh, excepto que era más ancho en todos los sentidos, pero ahí terminaba la semejanza. En tanto que Turlogh era excepcionalmente moreno entre un pueblo moreno, Thorfel era excepcionalmente rubio entre un pueblo esencialmente rubio. Sus cabellos y sus bigotes eran como oro finamente hilado, y sus ojos de color gris claro despedían centelleantes reflejos. A su lado… Turlogh hundió las uñas en las palmas de sus manos. Moira, de los O'Brien, estaba muy fuera de lugar entre aquellos gigantescos hombres rubios y aquellas rollizas mujeres de cabellos amarillentos. Moira era menuda, frágil, y sus cabellos eran negros con reflejos cobrizos. Pero su piel era tan blanca como la de los vikingos, con un delicado tono rosado del cual no podían ufanarse las más hermosas entre las mujeres nórdicas. Ahora, sus labios gordezuelos estaban pálidos de miedo, y la ruidosa algazara la hacía encogerse hasta parecer aún más menuda. Turlogh la vio temblar cuando Thorfel la abrazó insolentemente. Una niebla rojiza cubrió los ojos de Turlogh, y el celta tuvo que realizar un esfuerzo sobrehumano para dominarse.

«El hermano de Thorfel, Osric, a su derecha —murmuró para sí—. Al otro lado se encuentra Tostig, el danés, que puede partir un buey por la mitad con su gran espada…, eso dicen, al menos. Y allí están Halfgar, y Sweyn, y Oswick, y Atheltane, el sajón: el único *hombre* entre una manada, de lobos marinos. Y, por todos los diablos… ¿qué es esto? ¿Un sacerdote?».

Era un sacerdote, sentado entre la vociferante chusma, pálido e inmóvil, pasando silenciosamente las cuentas de su rosario, mientras sus ojos contemplaban de cuando en cuando con expresión compasiva a la muchachita irlandesa que se encontraba en la cabecera de la mesa. Luego, Turlogh vio algo más. Sobre una pequeña mesa de caoba, cuyo trabajo de marquetería revelaba que era parte de un botín meridional,

estaba el Hombre Moreno. Los dos maltrechos nórdicos lo habían traído hasta aquí, desde luego. Al verlo, Turlogh experimentó una extraña sensación que atemperó su excitación. ¿Sólo cinco pies de estatura? Ahora parecía mucho mayor. Se erguía por encima de la algazara, como un dios que medita en profundas materias más allá del zumbido de los insectos humanos que revolotean a sus pies. Como siempre que miraba al Hombre Moreno, Turlogh se sintió invadido por la sensación de que acababa de abrirse una puerta al espacio exterior y al viento que sopla entre las estrellas. Esperando…, esperando… ¿qué? Quizá los ojos inmóviles del Hombre Moreno veían más allá de las paredes del *skalli*, más allá de la extensión nevada, más allá del promontorio. Quizás aquellos ojos estaban viendo las cinco embarcaciones que se deslizaban silenciosamente a través de las aguas oscuras y tranquilas. Pero Turlogh Dubh no sabía nada de esto; nada de las embarcaciones ni de sus silenciosos ocupantes; unos hombres de baja estatura, morenos, de ojos inescrutables.

La voz de Thorfel acalló el griterío:

—¡Eh, amigos! —El joven rey del mar se puso en pie—. ¡Esta noche voy a tomar una esposa!

Le respondió un coro de rugidos de aprobación. Turlogh maldijo en voz baja.

—¿No es una esposa adecuada para un vikingo? —gritó Thorfel—. Es un poco tímida, desde luego, pero no podía esperarse otra cosa de ella dadas las circunstancias.

—¡Todos los irlandeses son cobardes! —gritó Oswick.

—¡Como lo demuestra la cicatriz que Clontarf dejó en tu mejilla! —ironizó Athelstane.

Un estallido de carcajadas acogió las palabras del sajón, en tanto Oswick fruncía el ceño.

—Ten cuidado con ella, Thorfel —advirtió una joven Juno de ojos saltones sentada entre los guerreros—. Las muchachas irlandesas tienen zarpas, como los gatos.

Thorfel se echó a reír con la confianza en sí mismo del hombre acostumbrado a mandar.

—La educaré con una buena vara de abedul —dijo—. Pero, basta ya. Se está haciendo tarde. ¡Cásanos, sacerdote!

—Hija mía —dijo el clérigo, poniéndose en pie—, estos paganos me han traído aquí a la fuerza para que celebre unas nupcias cristianas en una morada impía. ¿Aceptas a este hombre como esposo voluntariamente?

—¡No! ¡No! ¡Dios mío, no! —gritó Moira con salvaje desesperación, mientras la frente de Turlogh se perlaba de sudor—. ¡Oh, Señor! ¡Sálvame de este destino! ¡Ellos me arrancaron de mi hogar…, hirieron al hermano que podía haberme salvado! ¡Este hombre me obligó a seguirle como si yo fuera un objeto…, una bestezuela sin alma!

—¡Silencio! —rugió Thorfel, golpeándola en la boca con el dorso de la mano, ligeramente, aunque con la fuerza suficiente como para hacer brotar un hilillo de

sangre de sus delicados labios—. No quiero oírte hablar. Estoy decidido a tener una esposa, y los chillidos de una mujerzuela como tú no me detendrán. ¿Qué más puede desear una pécora como tú? ¿No me caso contigo al modo de los cristianos, sólo a causa de tus estúpidas supersticiones? ¡Ten cuidado! ¡No vaya a ser que me ahorre la ceremonia y te tome por esclava, y no por esposa!

—Hija mía —murmuró el sacerdote, temiendo, no por sí mismo, sino por ella—, recapacita. Este hombre te ofrece más de lo que muchos hombres te ofrecerían. Tu unión, al menos, estará legalizada a los ojos de Dios.

—Sí —se burló Athelstane—, sé buena chica, cásate con él y saca el mejor partido que puedas de la situación. Sabes perfectamente que no todas las mujeres meridionales han tenido tu misma suerte…

«¿Qué puedo hacer?». La pregunta torturaba el cerebro de Turlogh. Pero sólo podía hacer una cosa: esperar hasta que la ceremonia hubiera terminado y Thorfel se retirara en compañía de su esposa. Y luego idear algún medio de llegar hasta ella. Después…, pero no se atrevió a mirar más adelante. Había hecho y haría todo lo que estuviera a su alcance. Lo que hiciera, tendría que hacerlo solo; un rebelde no tiene amigos, ni siquiera entre los rebeldes. Y no existía la posibilidad de advertir a Moira de su presencia. Moira tendría que someterse a la boda sin la leve esperanza de recobrar la libertad que el conocimiento de su presencia podía infundirle. Instintivamente, los ojos de Turlogh se posaron en la sombría imagen del Hombre Moreno. A sus pies, lo antiguo libraba batalla con lo nuevo: lo pagano contra lo cristiano. Y, en aquel momento, Turlogh intuyó que lo antiguo y lo nuevo eran igualmente jóvenes para el Hombre Moreno.

¿Oían acaso las orejas de piedra del Hombre Moreno los pasos que se deslizaban cautelosamente a través de la oscuridad nocturna, el sibilante sonido de la hoja de un cuchillo al hundirse en una garganta, el gorgoteo que acompaña al cercenamiento de un cuello? Los hombres y las mujeres que estaban en el *skalli* oían únicamente sus propios ruidos, y los que velaban junto a las fogatas del exterior cantaban, ignorantes de las silenciosas espirales de muerte que se cerraban a su alrededor.

—¡Basta! —gritó Thorfel—. ¡Murmura tus letanías, sacerdote! ¡Ven aquí y cásate, pécora!

Cogió a la muchacha brutalmente por un brazo y la derribó al suelo, a sus pies. Moira volvió a levantarse de un salto, con los ojos llameantes: su ardiente sangre celta estaba reaccionando.

—¡Asqueroso cerdo de pelo amarillo! —gritó—. ¿Crees que una princesa de Clare, que lleva sangre de Brian Boru en sus venas, se convertirá en la concubina de un bárbaro ladrón del norte? ¡No! ¡Nunca me casaré contigo!

—¡Entonces te tomaré como esclava! —rugió Thorfel, agarrándola de nuevo por la muñeca.

—¡Nunca seré tu esclava, cerdo! —exclamó Moira, olvidados todos sus temores.

Con la velocidad del rayo arrancó una daga del cinto de Thorfel y, antes de que él

pudiera impedirlo, hundió la aguda hoja en su propio pecho. El sacerdote gritó como si acabaran de herirle a él, y, saltando hacia delante, recogió a la muchacha entre sus brazos antes de que cayera al suelo.

—¡Caiga sobre ti la justicia del Todopoderoso, Thorfel! —gritó, con una voz que sonó como un toque de clarín, mientras tendía a Moira sobre un banco.

Thorfel quedó estupefacto. Reinó un momentáneo silencio, y en aquel instante Turlogh enloqueció.

—¡*Lamb Laidir Abu*!

El grito de guerra de los O'Brien rasgó el silencio como el alarido de muerte de una pantera herida, y el celta se precipitó en el interior de la estancia como un viento surgido del propio infierno. Estaba poseído por la negra furia céltica, al lado de la cual palidecía el asombrado furor de los vikingos. Con los ojos llameantes y los labios cubiertos de espuma, arrolló a los hombres que se interponían en su camino. Sus terribles ojos estaban posados en Thorfel, al otro extremo de la estancia, pero avanzó golpeando a derecha e izquierda. Avanzó como un furioso vendaval, dejando un rastro de muertos y de moribundos detrás de él.

Los bancos volaron por los aires, los hombres aullaron, la cerveza se derramó de las volcadas jarras. Por rápido que fuera el ataque del celta, dos hombres bloquearon su camino con las espadas desenvainadas antes de que pudiera acercarse a Thorfel: Halfgar y Oswick. Los dos cayeron con los cráneos destrozados antes de que tuvieran tiempo de levantar sus armas.

En la estancia reinaba una confusión indescriptible. Los hombres empuñaban sus armas para atacar al celta, el cual se erguía en medio de ellos como un dios vengador y terrible. En su locura, Turlogh Dubh era como un tigre herido. Sus movimientos eran una explosión de fuerza dinámica. Saltó sobre el cadáver de Halfgar para continuar su avance hacia Thorfel, que había desenvainado su espada y permanecía inmóvil, como desconcertado. Pero un grupo de guerreros se interpuso entre ellos. Las espadas se alzaron y cayeron, y el hacha dalcasiana centelleó como el rayo en verano. Turlogh sintió planear sobre él la sombra de la Muerte, sabiendo que ni siquiera su sobrehumana rapidez podría salvarle del ataque combinado de tantos enemigos. Por el rabillo del ojo vio que Dañe Tostig blandía con las dos manos su enorme espada, y se inclinó a tiempo para esquivar el terrible mandoble. La sibilante hoja chocó contra el Hombre Moreno, que continuaba sobre la mesa, y el acero se rompió en un millar de trozos. Tostig se tambaleó, medio perdido el equilibrio, asiendo todavía la inútil empuñadura. Turlogh se lanzó contra él, y la púa de la parte superior de su hacha se hundió en un ojo del danés, penetrando hasta el cerebro.

Y en aquel preciso instante, el aire se llenó de unos extraños aullidos y cánticos. Un gigantesco guerrero se lanzó contra el celta con el hacha enarbolada, para desplomarse inmediatamente con la garganta traspasada por una fecha con punta de pedernal. La estancia parecía estar llena de centelleantes rayos de luz que zumbaban como abejas y transportaban una rápida muerte. Turlogh arriesgó su vida para dirigir

una rápida mirada a la gran puerta que se abría al otro extremo de la estancia. Una extraña horda penetraba a través de ella. Una horda de hombres de baja estatura, morenos, de brillantes ojos negros y rostros inmóviles. No llevaban apenas armadura, pero empuñaban espadas, lanzas y arcos. A tan corta distancia, las flechas que disparaban alcanzaban inexorablemente sus blancos, y los guerreros vikingos caían a racimos.

La confusión en el interior del *skalli* había aumentado, si cabe. Un vendaval de locura aplastaba mesas y bancos, arrancaba las colgaduras y los trofeos de las paredes y manchaba el suelo con un lago de sangre. Los desconocidos eran inferiores en número a los vikingos, pero la sorpresa del ataque y la primera lluvia de flechas habían equilibrado las fuerzas, y ahora, en la lucha cuerpo a cuerpo, los pequeños guerreros demostraban que no eran inferiores en ningún sentido a sus gigantescos enemigos. Desconcertados por la sorpresa y medio ebrios por la cerveza que habían ingerido, los nórdicos no resultaban, como pudiera suponerse, un adversario fácil: luchaban con la indomable ferocidad de su raza. Pero la primitiva furia de sus atacantes oscurecía su propio valor, y en el otro extremo de la estancia, donde un pálido sacerdote atendía a una muchacha moribunda, Negro Turlogh luchaba con un frenesí que convertía en igualmente vulgares a la furia y al valor.

Y por encima de todo se erguía el Hombre Moreno. Las ocasionales miradas de Turlogh, entre el centelleo de espadas y hachas, le daban la impresión de que la imagen había crecido, se había hecho más ancha, más alta; que planeaba como un gigante sobre la batalla; que su cabeza sobresalía hasta alcanzar las vigas ennegrecidas por el humo de la estancia; que se extendía como una oscura nube mortal sobre aquellos insectos que, a sus pies, se degollaban mutuamente. Turlogh intuyó que la lucha y la carnicería eran el elemento adecuado del Hombre Moreno. Él mismo transpiraba violencia y furia. El acre olor de la sangre recién vertida era incienso para sus fosas nasales de piedra, y los cadáveres de cabellos rubios que caían a sus pies eran como sacrificios que le fueran ofrecidos.

La lucha había alcanzado su apogeo. Los hombres resbalaban en los charcos de sangre, y al resbalar encontraban una muerte segura. Las cabezas saltaban de los hombros y rebotaban varias veces en el suelo antes de inmovilizarse definitivamente. Las puntas de las lanzas se hundían en los corazones interrumpiendo para siempre sus latidos. Las dagas abrían los vientres dejando las entrañas al descubierto. El griterío y el entrechocar de los aceros se habían hecho ensordecedores. Nadie pedía ni daba cuartel. Un vikingo herido se había aferrado al cuello de uno de los hombres morenos y le estrangulaba implacablemente, sin importarle la daga que su víctima hundía una y otra vez en su cuerpo.

Uno de los hombres morenos agarró a un chiquillo que salió gritando de una habitación interior y, cogiéndolo por las dos piernas, le aplastó la cabeza contra la pared. Otro aferró a una mujer nórdica por sus dorados cabellos, la obligó a arrodillarse delante de él y le cercenó el cuello, mientras ella le escupía a la cara. Un

oyente interesado en captar algún grito de temor o alguna petición de clemencia no hubiera oído ninguno; hombres, mujeres o niños, morían con un alarido de rabia o una exclamación de odio en los labios.

Y alrededor de la mesa donde se encontraba el Hombre Moreno, inamovible como una montaña, rugían las olas rojas de la carnicería. Los combatientes de uno y otro lado caían a sus pies. ¿Cuántos rojos infiernos de matanza y de locura han contemplado tus extraños ojos de piedra, Hombre Moreno?

Sweyn y Thorfel luchaban hombro con hombro. El sajón Athelstane, su dorada barba erizada con el ardor de la batalla, había apoyado su espalda contra la pared y a cada mandoble de su enorme espada caía un hombre. Turlogh se lanzó impetuosamente contra él, esquivando con un rápido quiebro el primer golpe. La superioridad de la ligera hacha irlandesa quedó demostrada entonces, ya que antes de que el sajón pudiera levantar de nuevo su pesada arma, el hacha dalcasiana se hundió en el peto de Athelstane, penetrando hasta las costillas. Otro golpe, y el sajón se derrumbó, mientras en su sien se abría un surtidor de sangre.

Ahora, nadie bloqueaba el camino que había de conducir a Turlogh hasta Thorfel, a excepción de Sweyn, pero antes de que el celta se lanzara como una pantera hacia la terrible pareja, alguien se le adelantó. El jefe de los hombres morenos se deslizó como una sombra por debajo del mandoble de la espada de Sweyn, y su propia daga se hundió en la cota de malla del vikingo. Thorfel se enfrentó con Turlogh completamente solo. Thorfel no era cobarde; incluso se rió en el momento de iniciar su ataque, pero en el rostro de Negro Turlogh no se reflejaba la menor alegría, sólo una frenética rabia que crispaba sus labios y convertía sus ojos en dos carbones encendidos.

En el primer choque de los aceros, la espada de Thorfel se rompió. El joven rey del mar saltó como un tigre contra su enemigo, empuñando los restos de la hoja. Turlogh rió salvajemente mientras la destrozada espada rozaba su mejilla, y en aquel mismo instante cercenó el pie izquierdo de Thorfel. El nórdico se desplomó pesadamente, y luego trató de ponerse de rodillas, buscando a tientas su daga. Sus ojos estaban nublados.

—¡Acaba de una vez, maldito seas! —aulló.

Turlogh se echó a reír.

—¿Dónde están tu poder y tu gloria? —se mofó—. Tú, que pretendías desposarte a la fuerza con una princesa irlandesa…, tú…

Súbitamente, el odio estranguló su voz, y con un alarido semejante al de una pantera enloquecida hundió su hacha en el hombro del nórdico, haciéndola penetrar hasta el esternón. Otro golpe cercenó la cabeza, y con el ensangrentado trofeo en sus manos se acercó al banco donde estaba tendida Moira O’Brien. El sacerdote había alzado ligeramente la cabeza de la muchacha y sostenía un cubilete lleno de vino contra sus pálidos labios. Los nublados ojos grises de Moira se posaron en Turlogh sin dar muestras de reconocerle…, aunque finalmente pareció darse cuenta de quién

estaba delante de ella, e incluso trató de sonreírle.

—¡Moira, sangre de mi corazón! —murmuró el proscrito—. Vas a morir en tierra extranjera. Pero los pájaros de las colinas de Cullane llorarán por ti, y los brezos suspirarán en vano por las pisadas de tus menudos pies. Pero no serás olvidada; las hachas sembrarán la muerte por ti, y por ti se hundirán naves y se incendiarán ciudades. Y para que tu fantasma no se marche desasosegado al reino de Tir-nan-Oge, toma esta prenda de venganza.

Y acercó a ella la ensangrentada cabeza de Thorfel.

—En nombre de Dios, hijo mío —murmuró el sacerdote, horrorizado—. No turbes sus últimos momentos con… Es inútil: ha muerto. Quiera Dios, en su infinita justicia, tener piedad de su alma, ya que si se quitó la vida con sus propias manos, murió tal como había vivido, pura e inocente.

Turlogh clavó la punta de su hacha en el suelo e inclinó la cabeza. Todo el fuego de su locura le había abandonado y sólo quedaba en él una oscura melancolía, una intensa sensación de amargura y de cansancio. En la estancia no se oía ningún sonido. Los heridos no gemían, ya que los cuchillos de los hombres morenos habían rematado su obra, y, a excepción de los suyos, no había ningún herido. Turlogh se dio cuenta de que los supervivientes se habían reunido alrededor de la estatua y le estaban contemplando con ojos inescrutables. El sacerdote murmuraba sus rezos inclinado sobre el cadáver de la muchacha. En una de las paredes del *skalli* habían prendido las llamas, pero nadie se molestaba en apagarlas. Súbitamente, de entre los muertos tendidos en el suelo, se incorporó trabajosamente una gigantesca figura. Athelstane, el sajón, pasado por alto a los encargados de rematar a las víctimas, se apoyó contra la pared y miró a su alrededor aturdidamente. La sangre continuaba brotando de las heridas que Turlogh le había infligido en el pecho y en la cabeza.

El celta se acercó a él.

—No siento ninguna clase de odio hacia ti, sajón —murmuró en tono pesaroso—, pero la sangre reclama sangre y debes morir.

Athelstane se le quedó mirando, sin responder. Sus ojos grises tenían una expresión grave, pero no reflejaban el menor temor. También él era un bárbaro: más pagano que cristiano. También él comprendía el derecho del vencedor a cobrarse en sangre el precio de su victoria. Pero, en el instante en que Turlogh levantaba su hacha, el sacerdote se interpuso de un salto entre los dos hombres, con los brazos extendidos y una mirada de horror en los ojos.

—¡Basta! —exclamó—. ¡En nombre de Dios, basta! ¿No se ha vertido ya suficiente sangre durante esta espantosa noche? ¡En nombre del Todopoderoso, reclamo la vida de este hombre!

Turlogh dejó caer su hacha.

—Es tuyo. No por los hábitos que llevas, sino porque también tú eres un hombre e hiciste todo lo que estaba a tu alcance por la pobre Moira.

Alguien le tocó en el brazo y Turlogh se volvió. El jefe de los hombres morenos

le estaba mirando con ojos inescrutables.

—¿Quién eres? —preguntó el celta, por decir algo. No le importaba quién pudiera ser aquel hombre. No le importaba nada. Lo único que sentía era cansancio.

—Soy Brogar, jefe de los pictos, amigo del Hombre Moreno.

—¿Por qué me llamas así? —preguntó Turlogh.

—Él viajó en tu embarcación y te guió hasta Helni a través del viento y de la nieve. Él salvó tu vida cuando rompió la gran espada del danés.

Turlogh miró de soslayo al Hombre Moreno. Experimentó la sensación de que detrás de aquellos ojos de piedra había una inteligencia humana o sobrehumana. ¿Fue por simple casualidad que la espada de Tostig se rompió contra la imagen cuando trataba de asestarle un golpe mortal?

—¿Qué significa esa imagen? —preguntó el celta.

—Es el único dios que nos queda —respondió el otro en tono sombrío—. Es la imagen de nuestro rey más poderoso, Bran Mak Morn, el que reunió a las tribus pictas en una sola nación, el que mandaba a las tropas nórdicas y britanas que derrotaron a las legiones de Roma, hace muchos siglos. Un brujo labró esta estatua cuando el gran Morni aún vivía y reinaba, y cuando murió en la última gran batalla, su espíritu entró en ella. Es nuestro dios.

»Hace muchos siglos éramos un gran pueblo. Antes que los daneses, antes que los celtas, antes que los britanos, antes que los romanos, reinamos en las islas occidentales. Nuestros círculos de piedra se erguían al sol. Trabajábamos el pedernal y las pieles y éramos felices. Luego llegaron los celtas y nos empujaron hacia el norte, en tanto que ellos dominaban el sur. Pero todavía éramos fuertes. Roma venció a los britanos y se lanzó contra nosotros. Pero entonces surgió el gran Bran Mak Mora, descendiente de Brule el Alanceador, el amigo del rey Kull de Valusia, que reinó hace millares de años, antes de que la Atlántida se hundiera. Bran se convirtió en rey de toda Caledonia. Derrotó a los romanos y obligó a las legiones a refugiarse en el sur, detrás de su muralla.

»Bran Mak Morn cayó en la lucha; y con él cayó la nación. Las guerra civiles la destrozaron. Los celtas edificaron el reino de Dalriadia sobre las ruinas del de Cruithni. Cuando el escocés Kenneth MacAlpine derrotó al reino de Galloway, los últimos restos del imperio picto, se disolvieron como la nieve en las montañas. Ahora vivimos como los lobos entre las dispersas islas, y en las agrestes colinas de Galloway. Somos un pueblo que muere. Pero el Hombre Moreno perdura, el gran rey Bran Mak Morn, cuyo fantasma mora para siempre en su imagen de piedra.

Como en un sueño, Turlogh vio que un anciano picto muy parecido a aquél entre cuyos brazos muertos había encontrado al Hombre Moreno levantaba la imagen de la mesa. Los brazos del anciano eran tan delgados como ramas resecas, y su piel se pegaba a su cráneo como la de una momia, pero levantó con la mayor facilidad la imagen que dos gigantescos vikingos habían transportado con muchos apuros.

Como si leyera sus pensamientos, Brogar dijo:

—Sólo un amigo puede manejar con seguridad la imagen del Hombre Moreno. Sabemos que eras un amigo, porque el Hombre Moreno viajó en su embarcación y no te causó ningún daño.

—¿Cómo sabes esto?

—El anciano Gonar —dijo Brogar, señalando al viejo de barba blanca—, sumo sacerdote del Hombre Moreno, me lo ha dicho: el fantasma de Bran se le aparece en sueños. Grok, un sacerdote inferior, y su pueblo robaron la imagen y se hicieron a la mar. Gonar les siguió en sueños; sí, mientras dormía envió su espíritu con el fantasma de Mom, y vio la persecución de los daneses, la batalla y la matanza en la isla de las Espadas. Te vio llegar y encontrar al Hombre Moreno, y vio que el fantasma del gran rey estaba complacido contigo. ¡Ay de los enemigos de Mak Morn! Pero a sus amigos les acompañará la buena suerte.

Turlogh volvió en sí como si despertara de un trance. El calor de las llamas ardía en su rostro: las mismas llamas que iluminaron el rostro del Hombre Moreno mientras sus adoradores lo sacaban del edificio, infundiéndole una extraña vida. ¿Era cierto, realmente, que el espíritu de un rey muerto hacía muchísimo tiempo continuaba morando en aquella fría piedra? Bran Mak Morn amaba a su pueblo con un amor salvaje; odiaba a sus enemigos con un odio terrible. ¿Era posible insuflar en una piedra inanimada un amor y un odio que latieran a través de los siglos?

Turlogh alzó el cadáver de Moira entre sus brazos y lo sacó de la estancia envuelta en llamas. En la playa había cinco embarcaciones ancladas, y caídos alrededor de los restos de las fogatas que los vikingos habían encendido veíanse los cadáveres de los centinelas que habían muerto silenciosamente.

—¿Cómo pudisteis llegar hasta ellos sin ser descubiertos? —preguntó Turlogh—. ¿Y de dónde procedíais, navegando en esas embarcaciones?

—El que vive como las fieras adquiere la astucia y la agilidad de las fieras —respondió el picto—. Y esos hombres estaban borrachos. En cuanto a tu segunda pregunta, vinimos desde la isla del Altar, que se encuentra cerca de la costa de Escocia. Allí fue donde Grok robó el Hombre Moreno.

Turlogh no conocía ninguna isla de aquel nombre, pero se dio cuenta del valor demostrado por aquellos hombres al aventurarse a navegar por los mares en unas embarcaciones tan rudimentarias. Pensó en su propia embarcación y pidió a Brogar que enviara a algunos de sus hombres por ella. El picto le complació. Mientras esperaba, vio que el sacerdote estaba vendando las heridas de los supervivientes. Silenciosos, inmóviles, no pronunciaban una sola palabra, ni para quejarse ni para dar las gracias.

Los hombres de Brogar regresaron con la embarcación del pescador en el preciso instante en que los primeros rayos del sol naciente enrojecían las aguas. Los pictos empezaron a embarcar, cargados con sus muertos y heridos. Turlogh subió a su embarcación y dejó cuidadosamente en el suelo el cadáver de la princesa Moira O’Brien.

—Descansará en su propia tierra —murmuró el celta en tono sombrío—. No se quedará en esta fría isla extranjera. ¿Adónde vais ahora, Brogar?

—Devolveremos el Hombre Moreno a su isla y a su altar —respondió el picto—. Por boca de su pueblo, te da las gracias. Ahora nos une un lazo de sangre, celta, y quizás algún día podamos acudir en tu ayuda otra vez, del mismo modo que Bran Mak Morn, gran rey de los pictos, acudirá de nuevo junto a su pueblo algún día, en los tiempos a venir.

—¿Y tú, buen Jerome? ¿Vendrás conmigo?

El sacerdote sacudió la cabeza y señaló a Athelstane. El herido sajón reposaba sobre un improvisado lecho de pieles amontonadas sobre la nieve.

—Me quedaré aquí para cuidar a este hombre. Está gravemente herido.

Turlogh miró a su alrededor. Las paredes del *skalli* se habían derrumbado bajo la acción del fuego. Los hombres de Brogar habían incendiado también los almacenes y la nave pirata, y el humo y las llamas rivalizaban con la creciente claridad del alba.

—Te morirás de hambre y de frío. Ven conmigo.

—Ya encontraré con qué sustentarnos los dos. No trates de convencerme, hijo mío.

—Ese hombre es un pagano y un pirata.

—No importa. Es un ser humano… Y no le dejaré morir

—Como quiera.

Turlogh se dispuso a abandonar la isla. Las embarcaciones de los pictos daban va la vuelta al promontorio. El rítmico chocar de sus remos contra el agua llegó claramente a oídos del celta. Los pictos no miraron hacia atrás, atentos únicamente a tu tarea.

Turlogh contempló los cadáveres tendidos sobre la playa, los chamuscados restos del *skalli* y la nave pirata envuelta en llamas. A su resplandor, la figura del sacerdote tenía un aspecto ultraterrenal, como las de esos santos que se ven en los antiguos manuscritos iluminados. En su pálido rostro había algo más que tristeza humana, algo más que humano agotamiento.

—¡Mira! —exclamó súbitamente, señalando mar adentro—. El océano es de sangre! ¡Mira cómo enrojece al sol naciente! ¡Oh, pueblo mío, pueblo mío, la sangre que has vertido tiñe de rojo al propio mar! ¿Cómo podrás cruzarlo?

—Llegué aquí a través de la nieve y del viento —dijo Turlogh, sin comprender el significado de las palabras del sacerdote—. Me iré tal como llegué.

El sacerdote sacudió la cabeza.

—Se trata de algo más que de un mar mortal. Tus manos están rojas de sangre y siguen un sendero enrojecido, pero la culpa no es del todo tuya. Dios Todopoderoso, ¿cuándo cesará el reino de la sangre?

—Nunca, mientras perdure la raza humana —respondió Turlogh.

La brisa matinal hinchó su vela. Turlogh Dubh empezó a alejarse de la orilla. El sacerdote le contempló, de pie sobre la arena, hasta que la embarcación no fue más

que un puntito apenas perceptible sobre la inmensidad del mar azul.

LOS DIOSES DE BAL-SAGOTH

I

Acero en la tormenta

La cegadora claridad de un relámpago deslumbró los ojos de Turlogh O'Brien, y sus pies resbalaron en un charco de sangre mientras avanzaba tambaleándose sobre la oscilante cubierta. El entrechocar de los aceros rivalizaba con el retumbar del trueno, y los gritos de muerte se mezclaban con el rugido de las olas y el viento. Los incesantes relámpagos iluminaban los cadáveres tendidos en el suelo, ensangrentados, las gigantescas figuras encornadas que rugían y golpeaban como enormes demonios de la tormenta de medianoche, la picuda proa que asomaba por encima.

La lucha era rápida y desesperada; a la momentánea claridad, un rostro barbudo y feroz brilló ante Turlogh, y su hacha salió disparada hacia arriba, para incrustarse en aquella mandíbula. En la breve oscuridad que siguió al relámpago, un golpe invisible arrancó el yelmo de la cabeza de Turlogh, el cual golpeó ciegamente hacia atrás, notando que su hacha se hundía en carne y oyendo aullar a un hombre. Zigzaguearon de nuevo los rayos de los enfurecidos cielos, iluminando para el celta el círculo de rostros salvajes, el anillo de reluciente acero que le rodeaba.

Apoyando la espalda en el palo mayor, Turlogh esquivó y golpeó; luego, dominando el estrépito de la lucha, tronó una gran voz, y a la luz de un relámpago el celta captó una forma gigante…, un rostro extrañamente familiar. Inmediatamente después, el mundo se disolvió en una insondable negrura.

La conciencia retornó lentamente. La primera sensación que experimentó Turlogh fue la de que todo su cuerpo oscilaba y se mecía sin que él pudiera evitarlo. Luego sintió un agudo dolor en la parte posterior de la cabeza y trató de llevarse las manos allí. Entonces comprobó que estaba atado de pies y manos…, un hecho que en realidad no era nuevo para él. Vio que estaba atado al mástil de la nave-dragón cuyos guerreros le habían capturado. Lo que no comprendía era que le hubiesen dejado con vida, ya que si le conocían, tenían que saber que era un fuera de la ley, un proscrito de su clan, el cual no pagaría ningún rescate ni siquiera para salvarle de los tormentos del infierno.

El viento había amainado mucho, pero unas olas enormes zarandeaban la alargada nave como si fuera una cáscara de nuez. Una luna redonda, atisbando a través de las desgarradas nubes, bañaba de plata el agitado mar. El celta, criado en la borrascosa costa occidental de Irlanda, supo que la nave-dragón estaba desarbolada. La galerna desencadenada en aquellas aguas meridionales había tenido la fuerza suficiente para

herir incluso a una de las maravillas de la arquitectura naval construidas por los vikingos.

La misma galerna había atrapado, a la nave francesa en la cual viajaba Turlogh, apartándola de su ruta y arrastrándola hacia el sur. Los días y las noches habían sido un ciego y rugiente caos, y en medio de él la nave había volado como un pájaro herido ante la tormenta. Y en lo más rudo de la tempestad, una proa picuda surgió repentinamente a su lado y los garfios de hierro habían hecho presa en uno de los costados de la embarcación. Seguro que aquellos nórdicos eran lobos y el ansia de sangre que ardía en sus corazones no era humana. En medio del terror y del rugido de la tormenta habían saltado a cubierta, aullando, y mientras los enfurecidos cielos gritaban a pleno pulmón encima de ellos, y cada golpe de las frenéticas olas amenazaba con engullir a las dos embarcaciones, aquellos lobos de mar alcanzaban el paroxismo de su furia: verdaderos hijos del mar, cuyos furores más salvajes encontraban eco en sus propios pechos. Había sido una matanza más bien que una lucha: el celta era el único guerrero que iba a bordo de la averiada embarcación.

Y ahora recordaba la extraña familiaridad del rostro que entrevió unos segundos antes de perder el conocimiento. ¿Quién…?

—¡Mis saludos, osado dalcasiano! Hacía mucho tiempo que no nos veíamos…

Turlogh se quedó mirando al hombre que estaba en pie delante de él, con las piernas ampliamente separadas para contrarrestar el balanceo de la cubierta. Era de enorme esta tura, media cabeza más alto que Turlogh, a pesar de que este último medía más de seis pies. Sus piernas eran como columnas, sus brazos como troncos de encina. Su barba tenía el color del oro viejo, haciendo juego con los macizos brazaletes que adornaban sus muñecas. El yelmo encornado parecía aumentar su estatura. Pero en los tranquilos ojos grises que contemplaban al celta no había la menor animosidad.

—¡Athelstane, el sajón!

—Sí…, ha pasado mucho tiempo desde el día en que me hiciste este regalo —el gigante señaló una fina cicatriz blanca en su sien—. Parece que estemos destinados a encontrarnos en noches de tormenta. La primera vez que cruzamos los aceros fue la noche que incendiaste el *skalli* de Thorfel. Entonces yo caí ante tu hacha, y tú me salvaste de los pictos de Brogar. Fui el único superviviente de todos los hombres que seguían a Thorfel. Esta noche he sido yo el que te he derribado a mis pies.

Dio un par de significativos golpes a la enorme espada que colgaba de sus hombros, y Turlogh profirió una maldición.

—No me guardes rencor —dijo Athelstane con una expresión apenada—. Pude haberte partido en dos… Te golpeé con la hoja plana; aunque sabiendo lo dura que tenéis la cabeza los irlandeses me aseguré y golpeé con todas mis fuerzas. Has estado varias horas sin sentido. Lodbrog quiso asesinarte con el resto de la tripulación del barco mercante pero yo reclamé tu vida. Los vikingos accedieron, a condición de atarte al mástil. Saben quién eres, Turlogh.

—¿Dónde estamos?

—No me lo preguntes. La tormenta nos ha desviado de nuestra ruta. Íbamos a saquear las costas de España. Cuando la casualidad nos hizo tropezar con vuestra nave, aprovechamos la ocasión, pero el botín fue muy escaso. Ahora navegamos sin rumbo, empujados por las olas. El timón está roto, y toda la nave quedó magullada a consecuencia de la fuerte galerna. Jura unirte a nosotros, y te soltaré.

—¿Unirme a los huéspedes del infierno? —rugió Turlogh—. Prefiero hundirme con la nave y dormir para siempre bajo las verdes aguas, atado a este mástil. Mi único pesar es que no puedo enviar más lobos de mar a reunirse con los centenares que he enviado ya al Purgatorio.

Bueno, bueno —dijo Athelstane, en tono conciliador—. Un hombre tiene que comer… Mira, soltaré tus manos, por lo menos. Ahora, hinca tus dientes en este trozo de carne.

Turlogh inclinó su cabeza hacia el enorme trozo de carne y lo atacó vorazmente. El sajón le contempló unos instantes en silencio, luego dio media vuelta y se marchó. «Un hombre extraño», pensó Turlogh, aquel renegado sajón que se había unido a los lobos del Norte. Un guerrero implacable en la batalla, pero con rasgos de bondad que le situaban aparte de todos los hombres que Turlogh había conocido.

La nave daba ciegos bandazos en la noche, y Athelstane, regresando con un gran cuerno de espumosa cerveza, señaló el hecho de que las nubes estaban reagrupándose, oscureciendo la agitada superficie del mar. Dejó desatadas las manos del celta, pero Turlogh continuaba amarrado sólidamente al mástil con unas cuerdas que rodeaban sus piernas y su cuerpo. Los piratas no prestaban la menor atención a su prisionero, estaban demasiado ocupados, tratando de evitar que la averiada nave se hundiera bajo sus pies.

Finalmente, Turlogh creyó percibir a intervalos un profundo rugido por encima del fragor de las olas. El rugido aumentó en intensidad, hasta el punto de que incluso aquellos nórdicos, tan duros de oído, lo percibieron, y la nave saltó como un caballo encabritado, con un alarmante crujido de todos sus ensamblajes. Como por obra de magia, las nubes se encendieron con los esplendores del alba, y a su pálida claridad pudo verse una larga hilera de arrecifes, defendiendo la entrada a una extensión de tierra firme, al parecer una isla. El rugido aumentó hasta alcanzar espantosas proporciones, en tanto que la nave, en medio del embate de las corrientes, avanzaba implacablemente hacia su propia destrucción.

Turlogh vio que Lodbrog corría de un lado para otro, con su larga barba flotando al viento, blandiendo sus puños y aullando inútiles órdenes. Athelstane se acercó de nuevo al prisionero.

—Nos quedan pocas posibilidades de salvación —gruño mientras cortaba las ataduras del galés—, pero tú tendrás las mismas que el resto de nosotros.

Turlogh quedó libre.

—¿Dónde está mi hacha?

—Detrás del mástil, a tu espalda. Pero, por la sangre de Thor —se maravilló el sajón—, no irás a cargarte ahora…

Turlogh había empuñado el hacha y la confianza fluyó como vino a través de sus venas al familiar contacto del esbelto mango. Su hacha formaba tanta parte de él mismo como su mano derecha: si tenía que morir, deseaba morir empuñándola. Se la colgó rápidamente al cinto. Al capturarle le habían despojado de toda armadura.

—En esas aguas hay tiburones —advirtió Athelstane, disponiéndose a quitarse su cota de malla—. Si tenemos que nadar…

Súbitamente, la nave sufrió un choque espantoso y pareció deshacerse en mil pedazos. Turlogh, que estaba junto a la borda, consiguió saltar al mar antes de que la nave se hundiera. Con un esfuerzo sobrehumano se alejó nadando del peligroso remolino, luchó furiosamente contra las olas, hasta que pudo agarrarse a una tabla —resto de algún naufragio indudablemente— que los arrecifes devolvían obstinadamente al mar. Mientras se encaramaba a la tabla, una forma chocó contra sus piernas hundiéndole de nuevo en el agua. Turlogh sumergió profundamente su brazo, agarró un cinto de espada y tiró de él hasta que surgió el rostro de Athelstane, el sajón, cargado aún con la armadura que no había tenido tiempo de quitarse. Turlogh le izó hasta la improvisada balsa.

Lo que siguió a continuación fue una caótica pesadilla. La corriente les rechazaba una y otra vez, hundiendo su frágil balsa en las profundidades para levantarla a continuación hasta el cielo. Lo único que podía hacerse era agarrarse y confiar en la suerte. Y Turlogh se agarró, aferrando al sajón con una mano y la balsa con la otra, luchando contra el creciente dolor que entumecía sus dedos. Luego, en virtud de algún milagro, se encontraron flotando en aguas relativamente tranquilas, y Turlogh vio una aleta de color plomizo que cortaba la superficie a unos metros de distancia. Al llegar a la altura de la balsa, la aleta giró en redondo, mientras Turlogh empuñaba su hacha y descargaba un golpe con todas las fuerzas que le quedaban. Las aguas se tiñeron inmediatamente de rojo, y una bandada de formas sinuosas se reunió alrededor de la mancha. Mientras los tiburones devoraban a su hermano, Turlogh, utilizando las manos como remos, hizo avanzar la improvisada balsa hacia la playa, hasta que encalló en la arena. Tras arrastrar al sajón hasta dejarlo fuera del alcance de las olas, Turlogh O’Brien, a pesar de ser de hierro, se desplomó, exhausto, y no tardó en quedarse profundamente dormido.

II

Los dioses de los abismos

Turlogh no durmió mucho rato. Cuando se despertó, el sol empezaba a asomar por el horizonte. El celta se puso en pie, sintiéndose tan descansado como si hubiera dormido toda la noche, y miró a su alrededor. La ancha playa ascendía suavemente desde el agua hasta una ondulante extensión de árboles gigantescos. No parecía haber ninguna maleza, pero los enormes troncos estaban tan juntos, que la mirada de Turlogh no pudo penetrar en la selva. Athelstane se encontraba en pie a cierta distancia, sobre una duna de arena. Apoyado en su espada, contemplaba los arrecifes.

Aquí y allá, sobre la playa, yacían unas figuras inmóviles que la marea había depositado en la arena. Un repentino gruñido de satisfacción brotó de los labios de Turlogh: aquí, a sus mismos pies, había un presente de los dioses; un vikingo muerto, llevando un yelmo y una cota de malla que no había tenido tiempo de quitarse cuando la nave se hundió y que Turlogh reconoció como suyos. No se detuvo a preguntarse cómo era posible que todas sus pertenencias hubieran ido a parar a un solo hombre, sino que despojó al muerto de ellas y se encasquetó el redondeado yelmo y la negra cota de malla. Luego echó a andar hacia Athelstane, con un desagradable brillo en los ojos.

Al oír que se aproximaba, el sajón se volvió.

—¡Mis saludos, celta! —exclamó—. Somos los únicos hombres de la nave de Lodbrog que hemos quedado con vida. El hambriento mar verde se los ha tragado a todos. ¡Por Thor, te debo la vida! Con el peso de mi armadura y el golpe que recibí antes de caer al agua, me habrían devorado los tiburones a no ser por ti. Ahora, todo parece como un sueño.

—Tú salvaste mi vida —gruñó Turlogh— y yo he salvado la tuya. Estamos en paz, de modo que empuña tu espada y defiéndete.

Athelstane le miró fijamente, con una expresión de asombro.

—¿Quieres luchar conmigo? ¿Por qué? ¿Qué…?

—¡Odio a tu raza como al mismo Satán! —rugió el celta, con un brillo de locura en sus ojos—. ¡Sois unos lobos que habéis saqueado a mi pueblo durante quinientos años! ¡Las humeantes ruinas de los pueblos meridionales reclaman venganza! ¡Los gritos de un millar de muchachas raptadas resuenan en mis oídos, noche y día! ¡Lástima que el Norte ofrezca un solo pecho al filo de mi hacha!

—¡Pero, yo no soy nórdico! —protestó el gigante, abrumado.

—¡Mayor vergüenza para ti, renegado! —aulló el enloquecido celta—. ¡Defiéndete, si no quieres que te parta en dos a sangre fría!

—Lo haré, aun en contra de mi voluntad —dijo Athelstane, empuñando su poderosa espada, los ojos grises muy serios pero sin revelar el menor temor—. Los hombres que afirman que hay locura en ti dicen la verdad.

Las palabras cesaron mientras los hombres se disponían a entrar en acción. El celta se acercó a su presa, agachado como una pantera, con los ojos llameantes. El sajón aguardaba la embestida con las piernas muy separadas, sosteniendo la espada

con ambas manos. El hacha de Turlogh contra la espada de doble filo de Athelstane: cualquiera de los dos podía decidir la lucha con un solo golpe. Como dos grandes bestias de la selva, se contemplaban fijamente al acecho de una oportunidad favorable. De repente…

¡En el preciso instante en que los músculos de Turlogh se tensaban para el salto mortal, un espantoso sonido rompió el silencio! Los dos hombres alzaron la cabeza al mismo tiempo, asombrados. Desde las profundidades del bosque que se extendía detrás de ellos acababa de surgir un alarido inhumano y fantasmal. Al principio fue sólo una especie de susurro, que aumentó en intensidad hasta convertirse en un horrendo grito, el grito de triunfo de un demonio o de un ogro que acaba de dar alcance a su presa humana.

—¡Por la sangre de Thor! —murmuró el sajón, inclinando la punta de su espada —. ¿Qué ha sido eso?

Turlogh sacudió la cabeza. Incluso sus nervios de acero habían experimentado una sacudida.

Alguna fiera del bosque. Ésta es una extraña tierra en un mar extraño. Tal vez el propio Satán reina aquí, y ese bosque es la antesala del infierno.

Athelstane parecía estar desconcertado. Era más pagano que cristiano, y sus diablos eran diablos gentiles. Pero no por ello resultaban menos temibles.

—Bueno —dijo—, vamos a suspender nuestra querella hasta que averigüemos qué ha sido eso. Hombre o diablo, cuatro brazos valen más que dos…

En aquel momento se oyó un grito salvaje. Esta vez era una voz humana, que helaba la sangre con su horror y desesperación. Simultáneamente, llegó hasta ellos un rápido rumor de pasos y el sonido que producía un pesado cuerpo al avanzar entre los árboles. Los guerreros se volvieron hacia el lugar de donde procedían los sonidos, a tiempo de ver surgir de las profundas sombras a una mujer semidesnuda que corría con la ligereza de una gacela. Sus cabellos sueltos se extendían detrás de ella como una llama de oro, sus blancos miembros relucían al sol matinal, sus ojos ardían de frenético terror. Y detrás de ella…

Incluso los cabellos de Turlogh se erizaron. La cosa que perseguía a la muchacha no era un hombre ni una fiera. Su forma recordaba la de un ave, pero un ave que el resto del mundo no había visto durante toda una era. Su estatura alcanzaba los doce pies, y su horrible cabeza, con los malvados ojos de color rojizo y el cruel pico curvado, era tan grande como la de un caballo. El cuello, largo y arqueado era más recio que la cintura de un hombre, y sus patas en forma de garra podían haber apresado a la fugitiva con la misma facilidad con que un águila apresa a un gorrión.

Eso fue lo que Turlogh vio de una ojeada, mientras corría a interponerse entre el monstruo y su presa, la cual se había dejado caer sobre la arena de la playa, sollozando. El monstruo se irguió delante de él como una montaña de muerte, y el horrible pico descendió con la rapidez del rayo. Turlogh dio un salto de costado, salvando su vida de verdadero milagro; al mismo tiempo golpeó con su hacha, pero el

filo del arma se hundió inofensivamente en una masa de plumas. El pico se disponía a descender de nuevo cuando Athelstane, que se había acercado corriendo, descargó su espada con ambas manos y con toda su fuerza contra una de las patas del monstruo. La afilada hoja partió limpiamente la pata en dos y el monstruo, profiriendo un horrible alarido, cayó de costado, agitando salvajemente sus cortas alas. Turlogh hundió su hacha entre los dos ojos rojizos, y la gigantesca ave se estremeció convulsivamente y quedó inmóvil.

—¡Por la sangre de Thor! —exclamó Athelstane—. Realmente, hemos llegado a la orilla del mundo…

—No pierdas de vista el bosque, por si sale otro —advirtió Turlogh, volviéndose hacia la mujer, la cual se había puesto en pie, jadeante, con los ojos abiertos por el asombro. Era una joven espléndida, alta, esbelta y bien formada. Su único atavío era un trozo de tela de seda colgando descuidadamente alrededor de sus caderas. Pero, aunque lo sucinto de su atavío sugería un estado salvaje, su piel era blanca como la nieve, sus cabellos dorados y sus ojos grises. Rompió a hablar con el idioma de los nórdicos, lentamente, como si llevara muchos años sin utilizarlo.

—Tú…, vosotros…, ¿quiénes ser vosotros? ¿De dónde llegar vosotros? ¿Qué hacer vosotros en la Isla de los Dioses?

—¡Por la sangre de Thor! —exclamó el sajón—. ¡Es de nuestra propia raza!

—¡De la mía, no! —protestó Turlogh, incapaz, incluso en aquel momento, de olvidar su odio hacia la gente del Norte.

La muchacha les contempló con una expresión de curiosidad.

—El mundo tiene que haber cambiado mucho desde que yo lo dejé —dijo, expresándose con más corrección idiomática: era evidente que había recobrado el dominio de sí misma—. De otro modo, ¿cómo podrían cazar juntos el lobo y el toro salvaje? Por tu pelo negro, tú eres celta, y tú, hombre grande, tienes un acento en tu habla que sólo puede ser sajón.

—Somos dos proscritos —respondió Turlogh—. ¿Ves todos esos cadáveres tendidos en la arena y flotando sobre las aguas? Eran la tripulación de la nave-dragón que nos trajo aquí, empujada por la tormenta. Este hombre, Athelstane, era un guerrero de aquella nave y yo era un cautivo. Soy Turlogh Dubh, en otra época jefe del clan de los O’Brien. ¿Quién eres tú, y qué tierra es ésta?

—Ésta es la tierra más antigua del mundo —respondió la muchacha—. Roma, Egipto, Catai, son como niños al lado de ella. Y yo soy Brunhild, hija del hijo de Rane Thorfin, de los Orkneys, y hasta hace unos días, reina de este antiguo dominio.

Turlogh miró a Athelstane con aire indeciso. Aquello sonaba como brujería.

—Después de lo que acabamos de ver —gruñó el gigante—, estoy dispuesto a creer cualquier cosa. Pero, ¿eres realmente la niña robada del hijo de Rane Thorfin?

—¡Sí! —exclamó la muchacha—. ¡Soy yo! Fui raptada cuando Tostig el Loco asaltó los Orkneys e incendió la granja de Rane en ausencia de su dueño…

—Y luego Tostig se desvaneció de la faz de la tierra…, o del mar —interrumpió

Athelstane—. Era realmente un loco. Navegué con él hace muchos años, cuando yo no era más que un adolescente.

—Y su locura me condujo a esta isla —continuó Brunhild—, ya que después de saquear las costas de Inglaterra, el fuego de su cerebro le empujó hacia mares desconocidos: al sur, al sur y más al sur, hasta que incluso los lobos salvajes que le seguían empezaron a murmurar. Luego, una tormenta nos arrastró hasta estas playas, aunque en otra parte; la nave quedó destrozada, Tostig y sus hombres perecieron, pero yo conseguí agarrarme a una tabla y los dioses me arrojaron sobre la playa, medio muerta. Eso ocurrió hace diez años. Yo tenía quince.

«Descubrí que este lugar estaba habitado por una gente horrible, de piel oscura y que conocía muchos secretos de la magia negra. Me encontraron tendida en la playa, sin conocimiento, y como era el primer ser humano blanco que habían visto, sus sacerdotes afirmaron que yo era una diosa que les enviaba el mar, al cual adoraban. De modo que me colocaron en el templo, con el resto de sus extraños dioses, y me prestaron reverencia. Y su Sumo Sacerdote, el viejo Gothan —¡maldito sea su nombre!—, me enseñó muchas cosas extrañas y terribles. No tardé en aprender su lenguaje y muchos de los misterios íntimos de sus sacerdotes. Y a medida que me hacía mujer, el ansia de poder despertó-en mí; ya que la gente del Norte ha nacido para gobernar al mundo, y la hija de un rey del mar no podía conformarse con permanecer sentada en un templo, aceptando los presentes de frutos y flores y sacrificios humanos.

Hizo una breve pausa, con los ojos llameantes. Realmente, su aspecto no desmentía al de su orgullosa raza.

—Bueno —continuó Brunhild—, había alguien que me amaba: Kotar, un joven jefe. Conspiré con él y al final conseguí acabar con el poder del viejo Gothan. Fue una época de intrigas, de rebeliones y de carnicerías. Hombres y mujeres murieron como moscas, y las calles de Bal-Sagoth se tiñeron de sangre. ¡Pero al final triunfamos, Kotar y yo! La dinastía de los Angar quedó aniquilada una noche de sangre y furor, y me senté en el trono de la Isla de los Dioses, como reina y como diosa.

Brunhild se había erguido en toda su estructura, su hermoso rostro encendido de fiero orgullo, su seno palpitante. Turlogh se sintió fascinado y repelido al mismo tiempo. Había visto encumbrarse y caer a muchos gobernantes, y entre las líneas de la breve narración de Brunhild había leído el homicidio y la matanza, la crueldad y la traición…, intuyendo la insensibilidad de aquella muchacha-mujer.

—Pero, si eres reina —preguntó—, ¿cómo es que te hemos encontrado perseguida a través de los bosques de tu dominio por este monstruo, como una esclava fugitiva?

Brunhild se mordió el labio y un intenso rubor cubrió sus mejillas.

—¿Qué es lo que pierde a una mujer, cualquiera que sea su condición? Confié en un hombre…, en Kotar, mi amante, con el cual compartí mi trono. Me traicionó;

después de haberle convertido en el personaje más poderoso del reino, descubrí que me engañaba con otra mujer. ¡Les maté a los dos!

Turlogh sonrió fríamente:

—¡Eres una verdadera Brunhild! ¿Qué sucedió después?

—Kotar era amado por el pueblo. Y el viejo Gothan no había cesado de conspirar. Mi mayor error consistió en dejar a aquel viejo con vida. Pero no me atreví a matarle. Bueno, Gothan se alzó contra mí, del mismo modo que yo me había alzado contra él, y los guerreros se sublevaron, asesinando a los que me guardaron fidelidad. Me hicieron cautiva, pero no se atrevieron a matarme; ya que, después de todo, creían que era una diosa. De modo que antes del amanecer, temiendo que el pueblo pudiera cambiar de idea y colocarme de nuevo en el trono, Gothan me llevó a la laguna que separa esta parte de la isla de la otra. Los sacerdotes me condujeron a través de la laguna y me abandonaron a mi suerte, desnuda e indefensa.

—¿Y tu suerte era… ésta? —Athelstane tocó el cadáver del monstruo con el pie.

Brunhild se estremeció.

—La leyenda dice que hace muchos siglos abundaban en la isla los monstruos como ése. Caían sobre los habitantes de Bal-Sagoth y los devoraban por centenares. Pero al fin fueron exterminados todos en la parte principal de la isla, y en este lado de la laguna murieron todos, menos éste, que ha habitado aquí durante siglos. Acudieron muchos hombres a luchar contra él, pero era el mayor de todos los monstruos de su clase y nadie consiguió vencerle. De modo que los sacerdotes le convirtieron en un dios y le cedieron esta parte de la isla. Nadie viene aquí, excepto los que están destinados al sacrificio…, como yo. Y el monstruo no podía llegar a la isla principal, porque la laguna está llena de grandes tiburones que le habrían devorado incluso a él.

«Durante un tiempo pude eludirle, ocultándome entre los árboles. Pero al final me vio…, y ya conocéis el resto. Os debo la vida. Ahora, ¿qué vais a hacer conmigo?

Athelstane miró a Turlogh, y Turlogh se encogió de hombros.

—¿Qué podemos hacer, salvo morirnos de hambre en ese bosque?

—¡Yo os lo diré! —exclamó la muchacha con voz vibrante, el rostro encendido ante la idea que acababa de ocurrírsele—. Entre esta gente existe una antigua leyenda: la de que unos hombres de hierro llegarán del mar, y la ciudad de Bal-Sagoth será destruida. Con vuestros yelmos y vuestras cotas de malla, seréis hombres de hierro para esta gente que desconoce las armaduras. Habéis matado a Groth-golka, el ave-dios…, habéis venido del mar, lo mismo que yo…, la gente os considerará como dioses. ¡Venid conmigo y ayudadme a recuperar mi trono! ¡Seréis mis hombres de confianza y os cubriré de honores! ¡Lujosos vestidos, espléndidos palacios, bellas muchachas…, todo será vuestro!

Aquellas promesas no impresionaron lo más mínimo a Turlogh, pero el loco esplendor de la proposición le intrigó. Deseó intensamente contemplar aquella extraña ciudad de que hablaba Brunhild, y la idea de dos guerreros y una muchacha luchando contra toda una nación por una corona hizo vibrar las fibras más recónditas

de su alma céltica de caballero andante.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué opinas tú, Athelstane?

—Mi estómago está vacío —gruñó el gigante—. Conducidme a un lugar donde haya comida y me abriré camino hasta ella a través de una horda de sacerdotes y guerreros.

—¡Condúcenos a esa ciudad! —dijo Turlogh.

—¡Salve! —exclamó Brunhild, agitando sus blancos brazos con salvaje excitación—. ¡Que tiemblen Gothan, y Ska, y Gelka! ¡Con vosotros a mi lado, recuperaré la corona que me arrancaron, y esta vez no perdonaré a mi enemigo! ¡Arrojaré al viejo Gothan al vacío desde la torre más alta, aunque los aullidos de sus demonios sacudan las mismas entrañas de la tierra! Y veremos si el dios Golgoroth sobrevive a la espada que cortó la pata de Groth-golka. Ahora, cortadle la cabeza al monstruo, para que la gente vea que habéis vencido al ave-dios. ¡Seguidme! ¡El sol empieza a ascender en el cielo, y esta noche quiero dormir en mi propio palacio!

Los tres penetraron en las sombras del inmenso bosque. Las ramas entrelazadas, a centenares de pies por encima de sus cabezas, apenas permitían filtrarse la luz del sol. No se veía ninguna señal de vida, a excepción de un ocasional pájaro de alegre plumaje o un enorme mono. Aquellos animales, dijo Brunhild, eran supervivientes de otra era, inofensivos excepto cuando eran atacados. De repente, la vegetación cambió de aspecto, los árboles se hicieron más pequeños y más delgados, y entre sus ramas asomaron frutos de muchas clases. Brunhild les dijo a los guerreros que cogieran de aquellos frutos y los comieran mientras avanzaban. Turlogh quedó completamente satisfecho, pero Athelstane, a pesar de que ingirió cantidades enormes, no consiguió aplacar su hambre. La fruta era un alimento muy ligero para un hombre acostumbrado a los sólidos manjares que componían su dieta habitual. Incluso entre los voraces daneses, la capacidad del sajón para almacenar buey y cerveza en su estómago era un motivo de asombro.

—¡Mirad! —exclamó repentinamente Brunhild, deteniéndose y extendiendo el brazo—. ¡Las torres de Bal-Sagoth!

A través de los árboles, los guerreros divisaron un resplandor, blanco y rielante, y al parecer muy lejano. Torres que se erguían muy altas en el aire, con nubes algodonosas colgando a su alrededor. El espectáculo despertó extraños sueños en las místicas profundidades del alma del celta, e incluso Athelstane permaneció en silencio, como si también él estuviera impresionado por la belleza pagana y el misterio de la escena.

Continuaron avanzando a través del bosque, ora perdiendo de vista la ciudad oculta por las copas de los árboles, ora viéndola de nuevo. Y finalmente salieron del bosque y se encontraron a orillas de una amplia laguna de aguas azules, y la belleza del paisaje les dejó mudos por unos instantes. En la orilla opuesta, el terreno ascendía en suaves ondulaciones que morían como grandes olas al pie de una cordillera de azules colinas, a unas cuantas millas de distancia. Y entre aquellas colinas se erguía la

legendaria ciudad de Bal-Sagoth, con sus blancas murallas y sus torres de zafiro recortándose claramente contra el cielo matinal. La impresión de lejanía había sido un espejismo.

—¿No es ése un reino por el que vale la pena luchar? —inquirió Brunhild, con voz vibrante—. De prisa, ahora…, vanaos a atar esas maderas secas para construir una balsa. No Podríamos cruzar a nado esas aguas: están infestadas de tiburones.

En aquel instante, una figura saltó detrás de la alta hierba de la otra orilla: un hombre desnudo, de piel morena, que los contempló un momento, boquiabierto. Luego, mientras Athelstane profería un grito y sostenía en alto la horrible cabeza de Groth-golka, el individuo lanzó una exclamación, dio media vuelta y huyó corriendo como un antílope.

—Un esclavo que Gothan dejó ahí para comprobar si yo trataba de cruzar la laguna a nado —dijo Brunhild, en tono de rabiosa satisfacción—. Ahora se presentará en la ciudad y contará lo que ha visto… Pero, tenemos que darnos prisa y cruzar la laguna antes de que llegue Gothan dispuesto a impedirnos el paso.

Turlogh y Athelstane estaban ya en plena tarea. En el suelo había varios árboles caídos: los despojaron de sus ramas y ataron los troncos con unas largas lianas. Así construyeron una balsa, muy rudimentaria, pero capaz de transportarles a la otra orilla de la laguna. Brunhild suspiró, aliviada, cuando se encontraron al otro lado.

—Vamos a ir directamente a la ciudad —dijo—. El esclavo habrá llegado ya allí y nos estarán contemplando desde las murallas. El único camino a seguir es el de la audacia. ¡Me gustaría ver la cara que pone Gothan cuando el esclavo le diga que Brunhild regresa con dos extraños guerreros y la cabeza del dios al cual la había entregado como sacrificio!

—¿Por qué no mataste a Gothan cuando detentabas el poder? —preguntó Athelstane.

Brunhild sacudió la cabeza, y sus ojos se nublaron con una expresión muy parecida al temor.

—No es tan sencillo como parece. La mitad del pueblo odia a Gothan, la otra mitad le ama, y todos le temen. Los hombres más ancianos de la ciudad dicen que Gothan ya era viejo cuando ellos andaban a gatas. La gente le considera más un dios que un sacerdote, y yo misma le he visto hacer cosas terribles y misteriosas, más allá del poder de un hombre ordinario.

»Cuando yo no era más que una muñeca en sus manos, llegué únicamente al borde exterior de sus misterios, pero así y todo vi cosas que me helaron la sangre. He visto extrañas sombras deslizándose a lo largo de las murallas a medianoche, y en los negros pasillos subterráneos he oído indescriptibles sonidos y he sentido la presencia de seres espantosos. Y en cierta ocasión oí los aullidos suplicantes de la cosa sin nombre que Gothan ha encadenado en las entrañas de las colinas sobre las cuales descansa la ciudad de Bal-Sagoth.

Brunhild se estremeció.

—En Bal-Sagoth hay muchos dioses, pero el mayor de todos es Gol-goroth, el dios de la oscuridad que mora para siempre en el Templo de las Sombras. Cuando derroqué a Gothan, prohibí a los hombres adorar a Gol-goroth, y obligué a los sacerdotes a entronizar, como única deidad verdadera, a A-ala, la hija del mar: es decir, yo. Hice que unos hombres muy fuertes empuñaran pesados martillos y destruyeran la imagen de Gol-goroth, pero sus golpes mellaron los martillos y produjeron extrañas heridas a los hombres que los empuñaban. Gol-goroth era indestructible. De modo que desistí y cerré las puertas del Templo de las Sombras, que sólo volvieron a abrirse cuando fui derrocada, y Gothan, que había estado conspirando en los lugares secretos de la ciudad, recuperó el poder. Entonces, Gol-goroth volvió a reinar en todo su terror y los ídolos de A-ala fueron derribados en el Templo del Mar, y los sacerdotes de A-ala murieron aullando en el altar teñido de sangre del dios negro. ¡Pero ahora, veremos!

—Desde luego, eres una verdadera walkiria —murmuró Athelstane—. Pero tres contra una nación es una proporción muy desigual…, especialmente contra una nación que debe estar compuesta de brujos y hechiceras.

—¡Bah! —exclamó Brunhild desdeñosamente—. Hay muchos brujos, es cierto, pero la gente es igual que la de todas las otras naciones. Cuando Gothan me paseó cautiva por las calles, la gente me escupía. Ahora, cuando vean que mi estrella asciende de nuevo en el cielo, le escupirán a Ska, el rey que Gothan les ha dado. Pero, cuidado, nos estamos acercando a las puertas de la ciudad. ¡Valor y prudencia!

En efecto, se encontraban ya a poca distancia de las murallas, inmensamente altas. Aquella ciudad, pensó Turlogh, tenía que haber sido construida por unos dioses paganos. Las murallas parecían de mármol, y con sus afiligranadas almenas y sus esbeltas torretas, oscurecía el recuerdo de ciudades tales como Roma, Damasco y Bizancio. Un ancho camino conducía desde los niveles inferiores hasta la llanura que se extendía delante de las puertas, y mientras los tres aventureros recorrían aquel camino, sabían que centenares de ojos ocultos les espiaban con fiera intensidad. Las murallas parecían estar desiertas; hubiérase dicho que eran las murallas de una ciudad muerta. Pero el impacto de aquellos ojos acechantes era evidente.

Se detuvieron ante las macizas puertas, que a los asombrados ojos de los guerreros parecían ser de plata cincelada.

—¡Aquí hay el rescate de un emperador! —murmuró Athelstane, con los ojos llameantes—. ¡Por la sangre de Thor, si dispusiéramos de unos cuantos hombres y de una nave para llevarnos esas puertas…!

—Llama a la puerta y retrocede, a no ser que quieras que caiga algo sobre tu cabeza —dijo Brunhild, y el trueno del hacha de Turlogh al chocar contra la puerta despertó los ecos en las dormidas colinas.

Los tres retrocedieron unos pasos, y repentinamente las enormes puertas se abrieron hacia adentro, dejando visible a un extraño grupo de personas. Los dos guerreros blancos pudieron contemplar una manifestación impresionante de bárbara

grandeza. Una multitud de hombres altos, esbeltos, de piel oscura, estaban de pie junto a las puertas. Se cubrían con unos taparrabos de seda, cuyo frío dibujo contrastaba extrañamente con la semidesnudez de los que lo llevaban. Adornaban sus cabezas con plumas de vivos colores, y sus brazos y tobillos con brazaletes y ajorcas de oro y plata, con incrustaciones de piedras preciosas. No llevaban ninguna armadura, pero cada uno de ellos portaba un ligero escudo en el brazo izquierdo, confeccionado con madera dura, muy pulimentada, y reforzado con aros de plata. Sus armas eran lanzas de hoja muy fina y dagas ligeras, confeccionadas con acero de excelente calidad. Evidentemente, aquellos guerreros dependían más de la rapidez y de la habilidad que de la fuerza bruta.

Al frente de aquel grupo había tres hombres que atraían inmediatamente la atención. Uno de ellos era un guerrero, de rostro de halcón, casi tan alto como Athelstane, que llevaba alrededor del cuello una gruesa cadena de oro de la cual pendía un extraño símbolo de jade. Otro de los hombres era joven y tenía una expresión malévola; de sus hombros coleaba un manto de plumas de papagayo de impresionante colorido. El tercer hombre no tenía nada que le distinguiera del resto, excepto su propia y desconcertante personalidad. No llevaba manto, ni armas. Su único atavío era un sencillo taparrabos. Era muy viejo; era también el único del grupo que llevaba barba, una barba tan blanca como los largos cabellos que caían alrededor de sus hombros. Alto y delgado, sus grandes ojos negros ardían con la llama de un intenso fuego interior. Sin necesidad de que se lo dijeran, Turlogh supo que aquel hombre era Gothan, sacerdote del Dios Negro. El anciano parecía estar rodeado de un nimbo de vejez y de misterio. Sus grandes ojos eran como ventanas de algún templo olvidado, detrás de las cuales pasaban como fantasmas sus oscuros y terribles pensamientos. Turlogh experimentó la sensación de que Gothan había profundizado demasiado en secretos prohibidos para continuar siendo humano. Había cruzado puertas que le separaron de los sueños, deseos y emociones de los mortales ordinarios. Al mirar aquellas negras pupilas Turlogh se estremeció, como si acabara de asomarse a los ojos de una gran serpiente.

Una mirada hacia arriba les permitió comprobar que las murallas estaban atestadas por una multitud silenciosa. El escenario se encontraba preparado; todo estaba a punto para que empezara el drama. Turlogh notó que su pulso latía con febril excitación, y los ojos de Athelstane brillaron ferozmente.

Brunhild avanzó con osadía, la cabeza erguida, la espléndida figura vibrante. Los guerreros blancos no pudieron entender lo que hablaban entre ellos, excepto lo que leían en sus gestos y expresiones, pero más tarde Brunhild les repitió la conversación casi palabra por palabra.

—Bien, pueblo de Bal-Sagoth —dijo Brunhild, lentamente—» ¿Qué tenéis que decirle a vuestra diosa, a la que habéis escarnecido y repudiado?

¿Qué podemos decirle a una farsante como tú? —exclamó el hombre alto, Ska, el rey escogido por Gothan—. Tú eres la que ha escarnecido las costumbres de nuestros

antepasados, la que ha desafiado las leyes de Bal-Sagoth, más antiguas que el mundo, la que ha asesinado a su amante y repudiado a Gol-goroth. La ley te condenó a ser trasladada al oscuro bosque más allá de la laguna…

Y yo, que soy una diosa más poderosa que cualquier otro dios —respondió Brunhild burlonamente—, he regresado del reino del horror con la cabeza de Groth-golka.

Obedeciendo a un gesto de Brunhild, Athelstane sostuvo en alto la enorme cabeza del ave, y un murmullo recorrió las murallas, un murmullo impregnado de temor y de asombro.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Ska, mirando a los dos guerreros blancos con el ceño fruncido.

—¡*Son hombres de hierro que han llegado del mar*! —respondió Brunhild con voz clara y vibrante—. Los seres que han llegado en respuesta a la antigua profecía, para destruir la ciudad de Bal-Sagoth, cuyos habitantes son traidores y cuyos sacerdotes son falsos…

Aquellas palabras renovaron el murmullo de temor a lo largo de todas las murallas, hasta que Gothan alzó su cabeza de buitre y la gente guardó un súbito silencio ante la helada expresión de sus terribles ojos.

Ska libraba una dura lucha entre su ambición y sus supersticiosos temores.

Turlogh, observando atentamente a Gothan, creyó leer debajo de la inescrutable máscara del rostro del anciano sacerdote. A pesar de su inhumana sabiduría, Gothan tenía sus limitaciones. El repentino regreso de alguien a quien creía muerta, y la aparición de los gigantes de piel blanca que la acompañaban, habían cogido por sorpresa a Gothan, pensó Turlogh, acertadamente. No había dispuesto de tiempo para prepararles un recibimiento adecuado. La gente había empezado ya a murmurar en las calles contra la severidad del breve gobierno de Ska. Siempre habían creído en la divinidad de Biunhild; ahora que regresaba con dos gigantescos hombres de su propia raza, portando el trofeo que señalaba la conquista de otro de sus dioses, la gente vacilaba. El suceso más nimio podía inclinar la balanza a uno u otro lado.

—¡Pueblo de Bal-Sagoth! —gritó repentinamente Brunhild, alzando los brazos hacia los rostros que la miraban desde las murallas—. ¡He venido a evitar vuestra ruina antes de que sea demasiado tarde! Me habéis repudiado y escupido; habéis vuelto al culto de dioses más oscuros que yo. Pero estoy dispuesta a olvidarlo todo, a perdonarlo todo, si volvéis a prestarme obediencia. Me repudiasteis…, me llamasteis sanguinaria y cruel. Es cierto, fui una reina dura. Pero, ¿acaso Ska ha sido un rey blando? Dijisteis que azotaba a la gente con látigos de cuero. Pero, ¿acaso Ska os ha azotado con plumas de papagayo?

»Una virgen murió sacrificada en mi altar cada plenilunio. Pero jóvenes y doncellas mueren diariamente ante Gol-goroth, en cuyo altar late siempre un corazón humano recién arrancado. ¡Ska no es más que una sombra! ¡Vuestro verdadero señor es Gothan, posado encima de la ciudad como un buitre! En otros tiempos fuisteis un

pueblo poderoso; vuestras naves llenaban los mares. Ahora sois un pueblo mísero, en pleno crepúsculo. ¡Estúpidos! ¡Moriréis todos en el altar que Gothan ha levantado a Gol-goroth, y él paseará solo por las silenciosas ruinas de Bal-Sagoth!

»¡Miradle! —Su voz había subido de tono hasta convertirse en un apasionado grito, e incluso Turlogh, para quien las palabras eran incomprensibles, se estremeció —: ¡Miradle! ¡Parece un espíritu maligno surgido del pasado! ¡Ni siquiera es humano! Yo os digo que es un fantasma maldito, cuya barba está manchada con la sangre de un millón de asesinatos. ¡Un demonio encarnado, surgido de la niebla de los siglos para destruir al pueblo dé Bal-Sagoth!

«¡Decidid ahora! Alzaos contra ese viejo demonio y sus sacrílegos dioses, aceptad de nuevo a vuestra verdadera reina y diosa, y recobraréis parte de vuestra antigua grandeza. Negaos, y la antigua profecía se cumplirá inexorablemente y el sol alumbrará las silenciosas ruinas de Bal-Sagoth…

Enardecido por sus dinámicas palabras, un joven guerrero con el emblema de jefe saltó al parapeto y gritó:

—¡Viva A-ala! ¡Abajo los dioses sanguinarios!

El grito fue coreado por otros hombres, y no tardó en oírse el entrechocar de aceros: había empezado la lucha. La multitud que llenaba las murallas y las calles se convirtió en un mar azotado por una furiosa tempestad, mientras Ska apretaba con fuerza la empuñadura de su lanza, aturdido y rabioso al mismo tiempo. Brunhild, conteniendo a sus compañeros, ávidos de entrar en acción, gritó:

—¡Alto! ¡Que nadie descargue un golpe todavía! ¡Pueblo de Bal-Sagoth! Desde los tiempos más remotos ha sido una tradición que un rey luche por su corona. ¡Dejad que Ska cruce el acero con uno de estos guerreros! Si vence Ska, me arrodillaré ante él y dejaré que corte mi cabeza. Si resulta vencido, tendréis que aceptarme como vuestra verdadera reina y diosa.

Un gran rugido de aprobación surgió de la multitud, que cesó de luchar, satisfecha de que la responsabilidad de la decisión final recayera sobre sus gobernantes.

—¿Lucharás, Ska? —preguntó Brunhild burlonamente—. ¿O me entregarás tu cabeza sin más discusión?

—¡Perra! —aulló Ska, enloquecido—. ¡Haré pedazos a esos dos imbéciles, y luego te arrancaré el corazón con mis propias manos!

Gothan posó una mano en su brazo y le dijo algo al oído, pero Ska estaba sordo para todo lo que no fuera su rabia. Había ambicionado ser rey, y al cumplirse su ambición descubrió que era un simple muñeco movido por los hilos que manejaba Gothan; ahora, pretendían desposeerle incluso de su ilusoria sensación de poder, y aquella perra se burlaba de él en su cara y delante de su pueblo. Para todos los efectos prácticos, Ska había perdido la razón.

Brunhild se volvió hacia sus dos aliados.

—Uno de vosotros tiene que luchar con Ska.

—¡Lucharé yo! —se apresuró a afirmar Turlogh, en tono excitado—. Ska tiene el

aspecto de un hombre rápido como un gato montés, y Athelstane, aunque tiene la fuerza de un toro, es demasiado lento…

—¿Lento? —le interrumpió Athelstane, furioso—. Mira, Turlogh, para un hombre de mi peso…

—¡Basta! —medió Brunhild—. Que escoja el propio Ska.

Habló con Ska, el cual extendió el brazo señalando a Athelstane. El sajón sonrió alegremente, dejó en el suelo la cabeza del ave y empuñó su espada. Turlogh retrocedió unos pasos, rezongando. El rey había decidido que tendría más posibilidades de vencer a un rival que por su corpulencia tenía que ser lento, que al guerrero de cabellos negros y aspecto fino, cuya agilidad era evidente.

—Ese Ska no lleva armadura —gruñó el sajón—. Voy a quitarme el yelmo y la cota de malla, para luchar en igualdad de condiciones…

—¡No! —exclamó Brunhild—. ¡Tu armadura es tu única posibilidad de vencer! Te aseguro que este falso rey se mueve con la rapidez del rayo. Te será muy difícil vencerle, incluso con la armadura.

—Bueno —asintió Athelstane de mala gana—. Te obedeceré. Pero insisto en que no va a ser una lucha equitativa.

El enorme sajón avanzó pesadamente hacia su contrincante, el cual se movió a su alrededor agachado como una pantera. Athelstane sostenía su espada con ambas manos delante de él, con la punta hacia arriba, la empuñadura ligeramente debajo del nivel de su barbilla, en posición de descargar un golpe a derecha o a izquierda, o parar un ataque repentino.

Ska había soltado su ligero escudo, intuyendo que resultaría inútil ante un golpe de aquella terrible hoja. Su mano derecha empuñaba la lanza como un dardo arrojadizo, en tanto que la izquierda aparecía armada con una pequeña destral de agudísimo filo. Se proponía imprimir a la lucha toda la rapidez posible, y su táctica era buena. Pero Ska, desconocedor de lo que era una armadura, cometió un error fatal al suponer que se trataba de un simple elemento decorativo que sus armas podrían traspasar.

Saltó hacia adelante, apuntando al rostro de Athelstane con su lanza. El sajón paró el golpe fácilmente y replicó con un terrible mandoble dirigido a las piernas de Ska. El rey botó como un gamo, eludiendo la silbante hoja, y aprovechó el salto para descargar su destral sobre la inclinada cabeza de Athelstane. La hachuela se hizo pedazos contra el yelmo del vikingo, y Ska retrocedió para ponerse fuera del alcance de su rival, profiriendo un aullido en el que se mezclaban la rabia y el asombro.

Athelstane se movió con inesperada rapidez, embistiendo como un toro, cogiendo desprevenido a Ska, el cual no se había repuesto aún del asombro que le produjo la destrucción de su destral. Al ver que la gigantesca mole del gigante se precipitaba contra él, saltó hacia adelante, en vez de retroceder o de apartarse a un lado. Aquel error fue el último. Su lanza chocó inofensivamente contra la cota de malla del sajón, y en aquel instante la enorme espada descargó un golpe que el rey no pudo esquivar.

La fuerza de aquel golpe le envió a una docena de pies de distancia, convertido en un horrible amasijo de sangre y entrañas. El rey de Bal-Sagoth había muerto. La multitud quedó boquiabierta, reducida al silencio por el impresionante espectáculo.

—¡Córtale la cabeza! —gritó Brunhild con los ojos llameantes—. ¡Clávala en la punta de tu espada, para que podamos pasearla por las calles de la ciudad como un símbolo de victoria!

Pero Athelstane sacudió la cabeza, limpiando su espada.

—No. Era un hombre valiente, y no quiero mutilar su cadáver. Lo que he hecho no ha sido ninguna hazaña, ya que él estaba desnudo y yo llevaba armadura.

Turlogh alzó la mirada hacia las murallas. La multitud se había recobrado de su asombro y profería rugidos de entusiasmo.

—¡A-ala! ¡Salve a la verdadera diosa!

Los guerreros se dejaron caer de rodillas e inclinaron sus frentes hasta el suelo delante de Brunhild, la cual permanecía orgullosamente erguida, con una expresión de triunfo en sus hermosos ojos.

«Realmente —pensó Turlogh—, es más que una reina: es una mujer-escudo, una walkiria, como dijo Athelstane».

Brunhild avanzó hacia el cadáver de Ska, arrancó de su cuello la cadena de oro con su símbolo de jade, la sostuvo en alto y gritó:

—¡Pueblo de Bal-Sagoth! ¡Acabas de presenciar la muerte de tu falso rey a manos de este gigante de barba dorada, el cual, siendo como es de hierro, no ha sufrido un simple rasguño! ¡Decide ahora! ¿Me aceptas por tu libre voluntad?

—¡Sí! ¡Te aceptamos! —gritó la multitud, enardecida—. ¡Vuelve a tu pueblo, oh todopoderosa reina!

Brunhild sonrió sardónicamente.

—Vamos —les dijo a los guerreros—. Están sumidos en un verdadero frenesí de amor y de lealtad, olvidada totalmente su traición. ¡La multitud olvida pronto!

«Sí —pensó Turlogh, mientras avanzaba al lado de Brunhild a través de hileras de postrados guerreros—; sí, la multitud olvida pronto». Habían transcurrido muy pocos días desde que aullaban como posesos reclamando el trono para Ska, el libertador. Habían transcurrido muy pocas horas desde que Ska se sentó en el trono, señor de la vida y de la muerte, y la multitud se arrodillaba a sus pies. Ahora… Turlogh miró de soslayo el cadáver que yacía olvidado ante las puertas de plata. La sombra de un planeante buitre cayó sobre él. El clamor de la multitud llenó los oídos de Turlogh, el cual sonrió amargamente.

Las grandes puertas se cerraron detrás de los tres aventureros y Turlogh vio una amplia avenida que se extendía delante de él. Los dos guerreros percibieron una caótica impresión de grandes edificios de piedra blanca, pegados el uno al otro; de torres que se erguían contra el cielo y amplias escalinatas que daban entrada a hermosos palacios. Turlogh sabía que tenía que existir un sistema ordenado, de acuerdo con el cual estaba trazada la ciudad, pero él no veía más que un derroche de

piedra, metal y madera pulimentada, sin ritmo ni motivo. Sus desconcertados ojos recorrieron de nuevo la calle.

Estaba ocupada por una enorme masa de gente. Millares de hombres y mujeres desnudos, con penachos de plumas de alegres colores, arrodillados, inclinados hacia delante para tocar las losas de mármol con sus frentes, incorporándose luego con los brazos extendidos, moviéndose al unísono como tallos de hierba agitados por el viento, y acompañándose de un canto monótono: daban la bienvenida a la diosa A-ala.

El joven jefe que había lanzado el primer grito de rebeldía en las murallas, se acercó a Brunhild y se arrodilló delante de ella, diciendo:

—¡Oh gran reina y diosa! ¡Zomar te ha sido siempre fiel! ¡Por lealtad a ti, he estado a punto de acabar en el altar de Gol-goroth!

—Sé que me has sido fiel, Zomar —respondió Brunhild, en el ampuloso lenguaje que la ocasión requería—. Y tu fidelidad no quedará sin recompensa. A partir de este momento, quedas nombrado jefe de mi guardia personal. —Luego, en voz baja, añadió—: Reúne un grupo de hombres de confianza y llévalos a palacio. ¡No confío demasiado en la plebe!

Súbitamente, Athelstane, que no entendía aquella conversación, inquirió:

—¿Dónde está el viejo de la barba?

Turlogh miró a su alrededor, sobresaltado. Casi había olvidado al hechicero. No le había visto marcharse…, pero había desaparecido.

Brunhild sonrió amargamente

—Ha huido para seguir conspirando en la sombra. Gelka y él se desvanecieron cuando Ska cayó. Tiene medios secretos para ir y venir, y nadie puede impedírselo. ¡No tardaremos en tener noticias suyas!

Se acercaron los jefes con un palanquín lujosamente adornado y transportado por dos fuertes esclavos, y Brunhild subió a él, diciendo a sus compañeros:

—Tienen miedo a tocaros, pero si lo deseáis os transportarán. Aunque será mejor que vayáis andando, uno a cada lado.

—¡Por la sangre de Thor! —exclamó Athalstane, acariciando su enorme espada —. ¡No soy ningún niño! ¡Le partiré el cráneo al hombre que pretenda acarrearme!

Así avanzó por la amplia calle Brunhild, hija del hijo de Rane Therfin, de los Orkneys, diosa del mar, reina de la antigua Bal-Sagoth. Transportada por dos fuertes esclavos, con un gigante blanco a cada uno de los lados del palanquín, seguida por un grupo de jefes, mientras la multitud se abría a derecha e izquierda, dejando un amplio pasillo. Las doradas trompetas emitían sus notas de triunfo, los tambores redoblaban y los cánticos de adoración ascendían hasta el cielo. Y en medio de aquella bárbara manifestación de esplendor, el alma orgullosa de la muchacha nórdica bebía ávidamente hasta embriagarse de gloria imperial.

Los ojos de Athelstane brillaban de ingenuo deleite ante aquella llama de magnificencia pagana, pero para el luchador de cabellos negros del oeste, los más

resonantes clamores de triunfo, las trompetas, los tambores y los cánticos se desvanecían en el olvidado polvo de la eternidad. Los reinos y los imperios se desvanecen con la niebla en el mar, pensaba Turlogh; en pleno festín de Baltasar, los medas derribaron las puertas de Babilonia. Incluso ahora, la sombra del desastre planeaba sobre la ciudad de Bal-Sagoth, y las lentas mareas del olvido lamían los pies de sus desprevenidos moradores.

Con el rostro ensombrecido por estos pensamientos, Turlogh O'Brien andaba al lado del palanquín, con la sensación de que Athelstane y él avanzaban por una ciudad muerta, a través de grupos de espectros que aclamaban a una reina fantasma.

III

La caída de los dioses

La noche había caído sobre la antigua ciudad de Bal-Sagoth. Turlogh, Athelstane y Brunhild estaban sentados, solos, en una estancia del palacio. La reina medio reclinada en un diván con almohadones de seda, en tanto que los hombres ocupaban unas sillas de caoba, devorando las viandas que unas jóvenes esclavas les habían servido en platos de oro. Las paredes de la estancia, al igual que todas las del palacio, eran de mármol, con incrustaciones de oro. El techo era de lapislázuli, y el suelo estaba enlosado con baldosas de mármol veteadas de plata. Pesadas colgaduras de terciopelo adornaban las paredes; abundaban los divanes y las mesas y sillas de caoba.

—Daría cualquier cosa por un cuerno de cerveza, pero este vino no está nada mal —dijo Athelstane, vaciando de un trago una jarra de oro—. Nos has engañado, Brunhild. Nos diste a entender que tendríamos que luchar duramente para reconquistar tu corona…, pero sólo he tenido ocasión de descargar un golpe y mi espada está sedienta, lo mismo que el hacha de Turlogh. Llamamos a la puerta y la gente se postró a tus plantas, sin más. Y hasta hace unos instantes hemos estado de pie junto a tu trono en el gran salón del palacio, mientras tú hablabas con los grupos de hombres que entraban y se arrodillaban delante de ti. ¡Por la sangre de Thor, nunca oí tanta cháchara! Aún me zumban los oídos… ¿Qué es lo que decían? ¿Y dónde está el viejo Gothan?

—Tu espada no tardará en saciar su sed, sajón —respondió la muchacha en tono sombrío, apoyando la barbilla en sus manos y contemplando a los guerreros con expresión pensativa—. Si hubierais jugado con ciudades y coronas como yo, sabríais que apoderarse de un trono puede resultar más fácil que conservarlo. Nuestra repentina aparición con la cabeza de Groth-golka, la muerte de Ska, impresionaron

profundamente a la multitud. En cuanto a las audiencias que me has visto conceder, todos esos hombres han venido a asegurarme su inquebrantable lealtad. ¡Ja! Les he perdonado generosamente a todos, pero no soy estúpida. Cuando tengan tiempo para pensar, volverán a murmurar. Gothan está oculto en alguna parte, conspirando contra nosotros. Esta ciudad está minada de pasadizos subterráneos, cuyo secreto sólo los sacerdotes conocen. Ni siquiera yo, que crucé algunos de ellos cuando era un títere de Gothan, sé dónde están las puertas secretas, ya que Gothan siempre me conducía a través de ellas con los ojos vendados.

»De lo que no cabe duda es de que el pueblo está impresionado. Y vosotros le inspiráis más temor que yo. Cree que vuestros yelmos y vuestras armaduras forman parte de vuestros cuerpos, y que sois invulnerables. ¿No os habéis fijado cómo tocaban tímidamente vuestras cotas de malla mientras pasábamos a través de la multitud, y el asombro que se reflejaba en sus rostros al notar la dureza del hierro?

—Parece mentira que una gente tan lista en algunos aspectos sea tan tonta en otros —dijo Turlogh—. ¿Quiénes son, y de dónde proceden?

—Su origen es tan remoto —respondió Brunhild—, que ni siquiera las más antiguas de sus leyendas aluden a él. Hace muchos siglos, formaban parte de un gran imperio que se extendía por numerosas islas de este mar. Pero algunas de las islas se hundieron y desaparecieron con sus ciudades y sus habitantes. Luego, los salvajes de piel roja les invadieron, e isla tras isla cayó en su poder. Al final sólo quedó esta isla sin conquistar, y la gente se hizo más débil y olvidó muchas de las antiguas artes. Por falta de puertos, sus naves dejaron de navegar y se pudrieron en el agua. No queda el recuerdo de ningún hijo de Bal-Sagoth que haya navegado. A intervalos irregulares, los hombres de piel roja bajan a la Isla de los Dioses, cruzando el mar en sus grandes canoas de guerra adornadas con cráneos humanos. Más allá del alcance de la vista se encuentran las islas habitadas por esos hombres de piel roja que hace siglos asesinaron a la gente que moraba aquí. Siempre les hemos rechazado; no pueden escalar las murallas, pero vienen una y otra vez y el temor de su presencia planea continuamente sobre la isla.

»Pero no son ellos los que me inspiran miedo, sino Gothan, que en estos momentos se estará deslizando como una serpiente por sus negros pasadizos, o forjando planes diabólicos en una de sus cámaras secretas. Sus pasadizos conducen a cavernas abiertas en las entrañas de las colinas, donde se entrega a horribles prácticas. En ellas emplea animales: serpientes, arañas y grandes monos; y hombres: cautivos rojos y desventurados de su propia raza. En aquellas misteriosas cavernas convierte a los hombres en animales y a los animales en medio-hombres, mezclando lo bestial con lo humano en espantosa creación. Ningún hombre se atreve a sospechar los horrores que han cobrado vida en la oscuridad, ni las formas de terror y de sacrilegio que han sido engendradas durante los siglos que Gothan lleva entregado a sus abominaciones; ya que él no es como los otros hombres, y ha descubierto el secreto de la vida eterna. Ha dado existencia a un ser al que incluso él teme, a la aullante

Cosa sin nombre que guarda encadenada en la más profunda de las cavernas, una caverna cuyo suelo no ha sido pisado por ningún pie humano, salvo los del propio Gothan. Si se atreviera, lo soltaría contra mí…

»Pero, se está haciendo tarde y quiero dormir. Dormiré en la habitación contigua a ésta; no tiene más abertura que esta puerta. No me llevaré ninguna esclava, ya que no confío en nadie. Vosotros os quedaréis en esta habitación, y aunque la puerta exterior está asegurada con gruesos cerrojos, será mejor que uno de vosotros monte guardia mientras el otro duerme. Zomar y sus hombres patrullan por los pasillos exteriores, pero me sentiré más segura con dos hombres de mi propia raza entre mí misma y el resto de la ciudad.

Se puso en pie y, tras dirigir una extraña mirada a Turlogh, entró en su dormitorio y cerró la puerta detrás de ella.

Athelstane se desperezó y bostezó.

—Bueno, Turlogh —dijo, perezosamente—. La fortuna de los hombres es tan inestable como el mar. Anoche, yo era miembro de una tripulación de piratas y tú eras un cautivo. Este amanecer eramos dos náufragos dispuestos a rebanarse mutuamente el pescuezo. Ahora somos hermanos de armas y hombres de confianza de una reina. Y creo que tú estás destinado a convertirte en rey.

—¿Qué estupidez es ésa?

—¿Acaso no has notado cómo te miraba esa Brunhild? En sus ojos hay algo más que amistad cuando los posa en tus negros rizos. Te aseguro…

—¡Basta! —exclamó Turlogh—. No sigas por ese camino. Las mujeres que detentan el poder son lobos de afilados colmillos. El despecho de una mujer me…

Se interrumpió.

—Bueno, bueno —replicó Athelstane, sin darse por vencido—. Abundan más las mujeres buenas que las malas. Sí, sé que las intrigas de una mujer te convirtieron en un proscrito. En esto podemos darnos la mano: también yo soy un fuera de la ley. Si apareciera por Wessex, no tardaría en colgar de la rama de una encina.

—¿Qué fue lo que te hizo unirte a los vikingos? —preguntó Turlogh—. Los sajones habían olvidado los caminos del mar, hasta el punto de que el rey Alfredo se vio obligado a reclutar marinos frisones para construir y tripular su flota cuando luchó contra los daneses.

Athelstane encogió sus poderosos hombros.

—Yo había sentido la llamada del mar desde que era niño. Siendo muy joven maté a un hombre y tuve que huir para que no me alcanzara la venganza de los suyos. Encontré refugio en los Orkneys, y las costumbres de los vikingos me gustaron más que las costumbres de mi propio pueblo. Pero regresé para luchar contra Canuto, y alcancé el grado de jefe de la guardia real. El honor concedido a un sajón que había luchado contra ellos enfureció a los daneses, y los sajones recordaron que yo había tenido que huir de Wessex en circunstancias poco favorables para mí y criticaron el favor que me otorgaban los conquistadores. Una noche, en un festín, un noble sajón y

un jefe danés me insultaron gravemente, y yo perdí la cabeza y les maté a los dos.

»De modo que Inglaterra… volvió… a ser… tierra prohibida… para… mí. Me uní de… nuevo… a… los… vikingos…

Turlogh miró a su compañero, sin comprender aquel repentino arrastrar de las palabras. Athelstane dejó caer la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos.

—Demasiado vino —murmuró Turlogh—. Dejémosle dormir; yo montaré guardia.

Pero, al tiempo que pronunciaba aquellas palabras, el celta se dio cuenta de que le invadía una extraña lasitud. Los Párpados empezaron a pesarle terriblemente y el sueño veló su cerebro, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse despierto. Y mientras dormía, le asaltó una horrible pesadilla. Una de las pesadas colgaduras que adornaban la pared se apartó bruscamente y dio paso a una espantosa figura que se arrastró baboseando a través de la habitación. Turlogh la contempló pasivamente, convencido de que estaba soñando y maravillándose, al mismo tiempo, de la rareza del sueño. La figura tenía la forma de un hombre grotescamente contrahecho, pero su rostro era bestial. Se arrastraba silenciosamente hacia él mostrando unos afilados colmillos amarillentos, y sus rojizos ojos relucían con un fulgor demoníaco. Y, sin embargo, había algo humano en su aspecto; no era un mono ni un hombre, sino un ser artificial, una monstruosa mezcla de ambos.

La espantosa aparición se detuvo delante de él, y mientras los retorcidos dedos se aferraban a su garganta, Turlogh adquirió repentina conciencia de que aquello no era un sueño, sino una horrible realidad. Con un desesperado esfuerzo de su voluntad rompió las invisibles cadenas que le sujetaban y saltó de la silla. Los dedos soltaron su garganta, pero a pesar de la rapidez con que se movió Turlogh no pudo evitar el verse atrapado por los peludos brazos del monstruo, y un instante después se encontraba dando tumbos por el suelo en estrecho abrazo con el diabólico ser, cuyos tendones tenían la fortaleza del acero.

La lucha se desarrollaba en silencio: lo único que se oía era la agitada respiración de los combatientes. El brazo izquierdo de Turlogh se incrustó debajo de la barbilla del monstruo, manteniendo los pavorosos colmillos apartados de su garganta, alrededor de la cual se habían cerrado los dedos de la fiera. Athelstane seguía dormido en su silla, con la cabeza caída sobre el pecho. Turlogh trató de llamarle, pero aquellas implacables manos le habían dejado sin voz…, y le estaban dejando rápidamente sin vida. Una roja neblina empezó a extenderse ante sus ojos. Su mano derecha, convertida en un mazo de hierro, golpeó desesperadamente el rostro inclinado hacia él; el monstruo escupió dientes y sangre, pero sus dedos continuaron hundiéndose más y más en la garganta de Turlogh, hasta que un zumbido en los oídos del celta anunciaron la inminencia de su muerte.

Al tiempo que se hundía en la inconsciencia, la mano de Turlogh cayó sobre algo que su nublado cerebro reconoció como la daga que Athelstane había dejado caer al suelo en el momento de quedarse dormido. Ciegamente, con las últimas fuerzas que

le quedaban, Turlogh descargó un golpe y notó que los dedos hundidos en su garganta aflojaban su presión. Notando que retornaban a él la vida y la energía, se arrodilló en el suelo, con su atacante debajo de él. A través de la niebla rojiza que iba aclarándose lentamente, vio al hombre-mono, ensangrentado, que se agitaba delante de sus rodillas. Entonces hundió la daga una y otra vez hasta que el monstruo se quedó completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos.

El celta se puso en pie, jadeante y tembloroso. Se apoyó en el respaldo de la silla, aspirando grandes bocanadas de aire, hasta que su respiración se normalizó. La sangre brotaba con abundancia de las heridas de su garganta. Observó con asombro que el sajón continuaba durmiendo. Y repentinamente empezó a notar de nuevo las mareas de una debilidad y una lasitud anormales, como las que antes le habían reducido a la indefensión. Empuñando su hacha, avanzó tambaleándose hacia el cortinaje por el cual había aparecido el hombre-mono. Una fuerza sutil procedente de aquellas colgaduras chocó contra él como una ola invisible, dificultando su avance. Al llegar delante del cortinaje sintió el poder de una maligna voluntad dirigida contra la suya y que amenazaba esclavizar su cuerpo y su alma. Por dos veces levantó la mano, y las dos veces cayó inerte a su costado. Volvió a intentarlo, y con un poderoso esfuerzo arrancó el cortinaje de la pared. Durante un brevísimo instante captó una extraña figura semidesnuda que llevaba un manto de plumas de papagayo colgado de los hombros y una especie de birrete, también de plumas, en la cabeza. Al notar el impacto hipnótico de aquellos llameantes ojos, Turlogh cerró los suyos y golpeó a ciegas. Notó que su hacha se hundía profundamente; luego abrió los ojos y contempló la inmóvil figura que yacía a sus pies, en medio de un charco de sangre.

En aquel preciso instante Athelstane se irguió repentinamente, espada en mano, y miró a su alrededor con asombro.

—¿Qué…, qué ha pasado? —tartamudeó—. ¡Por la sangre de Thor! ¿Qué es lo que ha pasado, Turlogh? Allí veo a un sacerdote; pero, ¿qué es esa cosa muerta?

—Uno de los diablos de esta maldita ciudad —respondió Turlogh—. Creo que Gothan ha fracasado de nuevo. Este individuo estaba detrás de los cortinajes, y desde allí envió el sueño sobre nosotros…

—Sí, me quedé dormido —asintió el sajón, desconcertado—. Pero, ¿cómo llegaron hasta aquí?

—Tiene que haber una puerta secreta detrás de esos cortinajes, aunque no puedo encontrarla…

—¡Sssst! ¡Escucha!

Desde la habitación donde dormía la reina llegaba un rumor de lucha.

—¡Brunhild! —gritó Turlogh.

Le respondió un extraño estertor. Turlogh se lanzó contra la puerta. Estaba cerrada. Levantó su hacha con la intención de descargarla contra la madera, pero Athelstane le apartó bruscamente a un lado y se dejó caer con todo su peso sobre el obstáculo que les cerraba el paso. La puerta se hizo astillas y Athelstane se precipitó

en el interior de la habitación. Un rugido salió de sus labios. Por encima del hombro del sajón, Turlogh contempló una visión de pesadilla. Brunhild, reina de Bal-Sagoth, se agitaba impotente en el aire, apresada por la zarpa de un monstruoso ser. Luego, cuando la negra sombra se volvió hacia ello§ con ojos llameantes, Turlogh comprobó que, a pesar de su forma humana, no era un hombre, ni tampoco un animal. Aquello, intuyó Turlogh, era el horror que incluso Gothan había vacilado en soltar sobre sus presas; el supremo monstruo que el diabólico sacerdote había elaborado en sus ocultas cavernas de horror. ¿Qué espantosos conocimientos habían sido necesarios, qué horribles cruces de cosas humanas y animales con indescriptibles formas procedentes de los vacíos exteriores del espacio?

Indefensa como un niño de pecho, Brunhild se agitaba inútilmente en manos del monstruo, con los ojos inundados de terror, y cuando la Cosa apartó una mano de su cuerpo para defenderse a sí mismo, un espantoso alarido surgió de sus pálidos labios. Athelstane, que había sido el primero en entrar en la habitación, estaba delante del celta. La negra forma se abalanzó sobre el gigantesco sajón, empequeñeciéndole con su tamaño, pero Athelstane, aferrando su espada con las dos manos, le lanzó una terrible estocada. La espada se hundió hasta la mitad en el negro cuerpo y volvió a salir de él teñida de rojo, mientras el monstruo retrocedía, profiriendo espantosos alaridos que resonaron en todo el palacio y ensordecieron a los dos guerreros. Turlogh se disponía a saltar, el hacha en alto, cuando el diabólico ser soltó a Brunhild y emprendió una veloz huida, desapareciendo por la negra abertura ahora visible en la pared. Athelstane, enloquecido por la rabia, corrió detrás de él.

Turlogh se disponía a seguirle cuando Brunhild, poniéndose en pie de un salto, le rodeó el cuello con los brazos con increíble fuerza.

—¡No! —gritó, en un paroxismo de terror—. ¡No te metas en ese horrible pasadizo! ¡Debe conducir al propio infierno! ¡El sajón no regresará nunca! ¡No permitiré que corras su misma suerte!

—¡Suéltame, mujer! —rugió Turlogh, luchando por librarse del abrazo de Brunhild sin lastimarla—. ¡Mi camarada puede estar en peligro de muerte!

—¡Espera hasta que avise a la guardia! —gritó Brunhild.

Pero Turlogh había conseguido soltarse y cruzaba ya la abertura secreta. Brunhild golpeó el gong de jade hasta que sus ecos resonaron en todo el palacio. Alguien golpeó fuertemente la puerta de la otra habitación, y la voz de Zomar gritó:

—¡Oh, reina! ¿Estás en peligro? ¿Quieres que derribe la puerta?

—¡De prisa! —gritó Brunhild, mientras corría hacia la puerta y la abría de par en par.

Turlogh, avanzando a saltos por el oscuro pasadizo, oía delante de él los agónicos aullidos del monstruo y los enfurecidos gritos del vikingo. Luego, aquellos ruidos se debilitaron en la distancia mientras el celta penetraba en un pasadizo más angosto débilmente iluminado con antorchas colgadas de las paredes. En el suelo, boca abajo, yacía un hombre de piel oscura, envuelto en plumas de alegres colores, con el cráneo

aplastado como una cáscara de huevo.

Turlogh O'Brien no supo nunca cuanto tiempo anduvo por las innumerables revueltas del sombrío pasadizo. Al fin cruzó una abertura en forma de arco y se encontró en una estancia enorme.

Unas macizas columnas se erguían hasta el techo, situado a una altura imposible de calcular. Turlogh se dio cuenta de que se encontraba en un templo. Detrás de una piedra negra manchada de sangre se alzaba una siniestra forma negra. ¡El dios Gol-goroth! Tenía que ser él. Pero Turlogh sólo dedicó una breve mirada a la colosal figura que surgía de las sombras. Delante de él había un extraño cuadro: Athelstane, apoyado sobre su enorme espada, contemplaba a las dos formas tendidas en medio de un charco de sangre a sus pies. Fuera cual fuese la espantosa magia que había dado vida a la Cosa Negra, había bastado una estocada de un acero inglés para enviarla de nuevo al reino de las sombras de donde seguramente procedía. El monstruo yacía medio atravesado sobre su última víctima: un anciano de barba blanca cuyos ojos tenían una expresión diabólica, incluso después de muerto.

—¡Gothan! —balbució el asombrado celta.

Sí, el sacerdote… Eché a correr detrás del monstruo, a lo largo del pasadizo, pero a pesar de su tamaño avanzaba con la ligereza de un gamo. Un hombre con un manto de plumas trató de detenerle, pero el monstruo aplastó su cabeza sin disminuir la velocidad de su carrera. Finalmente llegamos a este templo. Yo llevaba la espada en alto para descargar el golpe de gracia. Pero, ¡por la sangre de Thor! Cuando el monstruo vio al viejo de pie junto al altar, profirió un espantoso aullido y se lanzó contra él, destrozándole y muriendo después, sin darme tiempo a intervenir.

Turlogh contempló al caído monstruo, sin conseguir formarse una idea de su verdadera naturaleza. Sólo obtuvo una caótica impresión de gran tamaño e inhumana maldad. Ahora yacía como una enorme sombra sobre el suelo de mármol, arrojadas de su cuerpo las almas de los innumerables demonios que habían morado en él.

En aquel momento, Brunhild penetró en el templo seguida de Zomar y sus hombres. Y por las puertas y aberturas secretas penetraron otros: guerreros y sacerdotes con mantos de plumas, hasta que una gran multitud llenó el Templo de las Sombras.

Cuando vio lo que había sucedido, la reina profirió un alarido de triunfo. Sus ojos ardieron con un terrible fuego, y fue asaltada por una extraña locura.

—¡Al fin! —exclamó, posando uno de sus pies descalzos sobre el cadáver de Gothan—. ¡Al fin soy la verdadera dueña de Bal-Sagoth! ¡Los secretos de los caminos ocultos son ahora míos, y la barba del viejo Gothan está empapada en su propia sangre!

Levantó los brazos triunfalmente, y echó a correr hacia el espantoso ídolo, insultándole como una loca. ¡Y en aquel instante el templo se estremeció! La colosal imagen se tambaleó hacia adelante, y luego se desplomó repentinamente. Turlogh echó a correr en dirección al altar, pero era demasiado tarde: el dios Gol-goroth

acababa de aplastar a la mujer que estaba de pie ante el altar y que al primer estremecimiento del templo se había quedado inmóvil, paralizada por el terror. La enorme imagen se desintegró en un millar de grandes fragmentos, ocultando para siempre a la vista de los hombres a Brunhild, hija del hijo de Rane Thorfin, reina de Bal-Sagoth.

De debajo de las ruinas empezó a fluir un arroyuelo de color escarlata.

Guerreros y sacerdotes permanecieron inmóviles, ensordecidos por el estrépito de aquella caída, asombrados por la espantosa catástrofe. Una mano helada tocó la espina dorsal de Turlogh. Aquella inmensa mole, ¿había sido empujada por la mano de un hombre muerto? Mientras la imagen del dios se derrumbaba, el celta tuvo la fugaz impresión de que los inhumanos rasgos adquirían por un instante una extraña semejanza con los del difunto Gothan.

El acólito Gelka, en medio de la estupefacción general, creyó llegada su oportunidad y la aprovechó.

—¡Gol-goroth ha hablado! —exclamó—. ¡Ha aplastado a la diosa! No era más que una malvada mujer de carne y hueso! ¿Yesos extranjeros también son mortales! ¡Mirad cómo sangra!

El dedo del sacerdote señalaba a la garganta de Turlogh, manchada de sangre seca, y un rugido salvaje brotó de la multitud. Asombrados por la rapidez y la magnitud de los últimos acontecimientos, aquellos hombres eran como lobos enloquecidos dispuestos a librarse de dudas y temores por medio de un baño de sangre. Gelka saltó sobre Turlogh, lanza en ristre, y un cuchillo empuñado por un satélite se hunció en la espalda de Zomar. Turlogh no había comprendido las palabras de Gelka, pero se había dado cuenta de que la atmósfera estaba cargada de amenazas para Athelstane y para él. Recibió a Gelka con un hachazo que se abrió camino a través del penacho de plumas y del cráneo que había debajo. Inmediatamente, media docena de lanzas chocaron contra su cota de malla y una oleada de cuerpos le empujó contra una gran columna. Athelstane, más lento de ideas, tardó un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo fue con espantosa furia. Profiriendo un ensordecedor rugido hizo describir un amplio arco a su espada. La sibilante hoja cercenó una cabeza, pasó a través de un torso y se hundió profundamente en una espina dorsal. Los tres cadáveres cayeron uno encima del otro, e incluso en la locura del instante los hombres gritaron de asombro ante aquella demostración.

Pero, como una enloquecida marea de furor el pueblo de Bal-Sagoth cargó contra sus presas. Los guardianes de la reina muerta, atrapados en el centro de la corriente murieron sin poder descargar un solo golpe. Pero acabar con los dos guerreros blancos no resultaba tan fácil. Espalda contra espalda, se defendían como demonios; la espada de Athelstane era un rayo de muerte; el hacha de Turlogh era el relámpago. Rodeados por un mar de rostros contraídos y relucientes aceros, se abrían camino lentamente hacia una de las aberturas del templo, dejando detrás de ellos un montón de cadáveres. Sus pesadas armas daban buena cuenta de los desnudos guerreros de

Bal-Sagoth, en tanto que sus armaduras protegían sus propias vidas. Pero sus brazos piernas y rostros estaban llenos de heridas, y la situación podía hacerse muy peligrosa si no alcanzaban pronto la salida.

Afortunadamente, la abertura que habían escogido y a la que finalmente consiguieron llegar, estaba guardada por unas pesadas puertas de bronce, abiertas ahora de par en par. Athelstane y el celta penetraron en el pasadizo y cerraron las puertas en las mismas narices de los guerreros que habían saltado para impedirlo. Luego, mientras Athelstane se apoyaba con todas sus fuerzas contra las pesadas hojas, conteniendo la presión de los que empujaban desde el interior del templo, Turlogh encontró y corrió el cerrojo.

—¡Thor! —exclamó el sajón, pasándose una mano por el ensangrentado rostro—. ¡La función ha terminado! ¿Qué hacemos ahora, Turlogh?

—¡Correr, y a toda velocidad! —respondió el celta—. Hemos de evitar que nos corten la retirada. ¡Quedaríamos atrapados como ratas en este pasadizo! La ciudad entera debe de estar en pie. ¡Escucha sus rugidos!

En efecto, mientras corrían por el oscuro pasadizo, les pareció que todo Bal-Sagoth hervía en rebelión y guerra civil. Desde todos los lados llegaban los gritos de los hombres, los chillidos de las mujeres y el entrechocar de los aceros.

No tardaron en divisar una leve claridad, signo evidente de que se acercaban al final del pasadizo. Éste desembocaba en una especie de patio, al aire libre. Pero en el preciso instante en que Turlogh, que iba en cabeza, ponía pie en el patio, un hombre saltó sobre él, empuñando un arma más pesada que las que había visto hasta entonces en manos de los guerreros de Bal-Sagoth. El celta botó a un lado con la rapidez del rayo, descargando al mismo tiempo su hacha contra su atacante, el cual se desplomó sin proferir un gemido. Al resplandor que lo iluminaba todo, Turlogh vio que su víctima no tenía el menor parecido con los habitantes de Bal-Sagoth que había visto hasta entonces. Era un hombre de fuerte musculatura, y su piel tenía un tono rojizo. Iba completamente desnudo. La caída mandíbula y lo angosto de la frente no revelaban ninguna inteligencia, sólo una brutal ferocidad. Empuñaba una pesada clava de guerra, toscamente labrada.

—¡Por la sangre de Thor! —exclamó Athelstane—. ¡La ciudad está ardiendo!

Turlogh alzó la mirada. Se encontraban en las afueras de la ciudad, sobre una pequeña elevación del terreno, y desde aquel ventajoso mirador pudieron contemplar el terrible final de Bal-Sagoth. Las llamas eran cada vez más altas, y a su resplandor veíanse innumerables figuras que corrían de un lado para otro, como muñecos manejados por los hilos invisibles de los dioses negros. A través del rugido de las llamas y del estrépito de las paredes al derrumbarse, oíanse alaridos de muerte y aullidos de triunfo. La ciudad estaba llena de diablos desnudos, de piel rojiza, que incendiaban, y saqueaban y asesinaban en un carnaval de locura.

¡Los hombres rojos de las islas! Habían descendido a millares sobre la Isla de los Dioses, aprovechando las sombras de la noche, y gracias a la cautela o a la traición

habían conseguido salvar las murallas. Y ahora saqueaban la ciudad, asesinando a sus habitantes. Éstos intentaron una defensa desesperada, pero abrumados por el número de sus enemigos y cogidos por sorpresa, su valerosa reacción estaba condenada al fracaso. Los hombres rojos eran como tigres hambrientos.

¡Esto es el fin del mundo, Turlogh! —exclamó Athelstane, excitado por la escena que se desarrollaba ante sus ojos—. ¡Vamos a unirnos a la fiesta y a saciar nuestros aceros antes de morir! ¿De parte de quién nos ponemos, de los rojos o de los morenos?

¡Quieto! —gruñó Turlogh—. Unos y otros nos rebanarían el pescuezo. Tenemos que encontrar el modo de salir de aquí, y que el diablo cargue con todos ellos. Aquí no tenemos ningún amigo. ¡Vamos! Creo que podré localizar una de las puertas.

Los dos guerreros blancos echaron a correr en la dirección que Turlogh señaló. A su alrededor todo era muerte y desolación. Una espesa humareda lo velaba todo. Era como una pesadilla en la cual surgían figuras diabólicas para desvanecerse con la misma rapidez con que habían aparecido. Las llamas chamuscaban ahora los cabellos de los dos cama radas. Los tejados se desplomaban con un espantoso estrépito, poniendo en peligro la vida a cada paso. Y a cada paso eran atacados por hombres que surgían súbitamente del humo, y los dos guerreros pasaban sobre sus cadáveres sin enterarse de si sus pieles eran oscuras o rojizas.

La catástrofe adquiría ahora un nuevo aspecto. Cegados por el humo, confundidos por la topografía de la ciudad, los hombres rojos habían quedado atrapados en la red que ellos mismos habían tendido. El fuego es imparcial; puede quemar al incendiario del mismo modo que a la pretendida víctima; y una pared que se derrumba es ciega. Los hombres rojos abandonaron su presa y corrieron de un lado para otro, aullando, buscando un camino de escape; muchos de ellos, ante la inutilidad de sus esfuerzos, enloquecían del todo y convertían los últimos momentos de su vida en una orgía de sangre.

Turlogh, con el agudo sentido de orientación que distingue a los hombres que viven una existencia de lobo, corría hacia el lugar donde suponía que había una puerta; pero en más de una ocasión se sentía asaltado por serias dudas. De pronto, una muchacha desnuda cayó a sus pies, sus mutilados pechos convertidos en dos surtidores de sangre. Detrás de ella apareció un diablo rojo, aullando como una fiera, que degolló a la muchacha un segundo antes de que el hacha de Turlogh le cercenara la cabeza. Y en aquel segundo, una ráfaga de viento barrió el humo y los dos guerreros vieron la puerta abierta delante de ellos, atestada de diablos rojos. Un alarido salvaje, una loca carrera, un instante de volcánica ferocidad que sembró de cadáveres el umbral, y los dos camaradas se encontraron fuera de las murallas de Bal-Sagoth, corriendo hacia el lejano bosque y la playa que se extendía más allá. Delante de ellos, el cielo enrojecía con los arreboles del amanecer; detrás de ellos se alzaba el espantoso tumulto de la ciudad condenada.

Corrían como gamos perseguidos, ocultándose de cuando en cuando en alguna

hendidura del terreno para eludir a los grupos de salvajes que corrían hacia la ciudad. Se habían presentado en número incalculable: las islas en cien millas a la redonda debieron quedar vacías.

Finalmente, los dos camaradas llegaron al bosque, y después a la playa, que encontraron abandonada a excepción de numerosas canoas de guerra adornadas con cráneos humanos

Athelstane se sentó en la arena, respirando fatigosamente ¡Por la sangre de Thor! ¿Qué vamos a hacer ahora? ——preguntó. Y él mismo se dio la respuesta—: ¿Qué podemos hacer, sino ocultarnos en ese bosque hasta que los diablos rojos nos den caza?

—Ayúdame a botar esta canoa —dijo Turlogh—. Probaremos suerte en el…

—¡Mira! —exclamó Athelstane, extendiendo el brazo—. ¡Por la sangre de Thor! ¡Una nave!

El sol empezaba a ascender por el cielo, derramando su luz dorada sobre la tranquila superficie del mar. Y recortándose contra el sol veíase una nave de alta popa. Los dos camaradas saltaron a la canoa más próxima y remaron como locos, gritando y agitando sus remos en el aire para atraer la atención de los tripulantes de la nave. No tardaron en comprender que les habían visto: la nave se detuvo, permitiendo que la canoa se acercara a su costado.

Unos hombres de rostros morenos, enfundados en cotas de malla, les contemplaba por encima de la borda.

—¡Españoles! —murmuró Athelstane—. Si me reconocen, creo que habré hecho un mal negocio marchándome de la isla.

Pero trepó por la cadena del ancla sin vacilar, y los dos aventureros no tardaron en verse delante de un hombre de rostro sombrío, cuya armadura era la de un caballero de Asturias. Se dirigió a ellos en castellano, y Turlogh le respondió, ya que el celta, como muchos de su raza, tenía una gran facilidad para los idiomas y había viajado mucho y hablado muchos lenguajes. Con pocas palabras, contó su historia y explicó la gran columna de humo qué ascendía de la isla.

—Dile que puede ganar el rescate de un rey —susurró Athelstane—. Cuéntale lo de las puertas de plata, Turlogh.

Pero cuando el celta habló del enorme botín que había en la ciudad destruida, el caballero español sacudió la cabeza.

—No dispongo de tiempo ni de hombres para dedicarlos a una empresa de esa clase —dijo—. Esos diablos rojos que usted describe no darían nada, aunque fuera inútil para ellos, sin combatir, y ni mi tiempo ni mis hombres me pertenecen. Soy don Rodrigo Cortés de Castilla, y esta nave, *La Franciscana*, forma parte de la flota que zarpó para perseguir a los piratas berberiscos. Hace unos días quedamos separados del resto de la flota a causa de una tempestad que nos arrastró fuera de nuestro rumbo. Ahora trataremos de unirnos a la flota, si podemos encontrarla; si no, lucharemos contra los infieles en la medida de nuestras fuerzas. Servimos a Dios y al

rey, y no podemos detenernos por un botín material. Pero les ofrezco la hospitalidad de mi barco. Además, tenemos necesidad de buenos luchadores, y ustedes tienen aspecto de serlo. Únanse a nosotros, y pongan la fuerza de su brazo al servicio de la cristiandad contra los musulmanes.

En la nariz aquilina y en los profundos ojos negros, en el magro y ascético rostro, Turlogh reconoció al fanático, al hombre sin tacha, al caballero andante. Se volvió hacia Athelstane:

—Ese hombre está loco, pero hay buenos golpes que dar, y extrañas tierras que conocer. Y, de todos modos, no podemos escoger.

—Un lugar es tan bueno como otro para los hombres independientes y trotamundos —respondió filosóficamente el sajón—. Dile que le seguiremos al mismo infierno y le cortaremos el rabo al diablo si hay posibilidad de un buen botín.

IV

Imperio

Turlogh y Athelstane estaban apoyados en la borda, contemplando la cada vez más lejana Isla de los Dioses, desde la cual continuaba surgiendo una columna de humo, cargado con los fantasmas de un millar de siglos y las sombras y los misterios de un olvidado imperio. Athelstane maldijo como sólo un sajón puede hacerlo.

—El rescate de un rey…, y después de toda aquella escabechina…, ¡sin botín!

Turlogh sacudió la cabeza.

—Hemos visto caer un antiguo reino. Hemos visto los últimos restos del imperio más antiguo del mundo hundirse en las llamas y en los abismos del olvido, mientras la barbarie asentaba su planta sobre las ruinas. Así terminan la gloria y el esplendor y la púrpura imperiales: en rojas llamas y humo amarillo.

—Pero, ni siquiera un trozo de metal… —insistió el vikingo—. Ni una piedra preciosa…

Turlogh sacudió de nuevo la cabeza.

—Te equivocas. Me he traído la gema más rara de la isla…, algo por lo cual han muerto hombres y mujeres y ha corrido la sangre a raudales.

Sacó de su cinto un pequeño objeto: un símbolo de jade curiosamente labrado.

—¡El emblema de la realeza! —exclamó Athelstane.

—Sí. Mientras Brunhild luchaba conmigo para impedirme seguirte por el pasadizo, esto quedó enganchado en mi cota de malla y se desprendió de la cadena de oro que lo sostenía.

—Quien lo lleve es rey de Bal-Sagoth —murmuró el sajón—. ¡Tal como predije,

Turlogh, eres un rey!

Turlogh se echó a reír, pero en su risa no había la menor alegría. Extendió el brazo, señalando la gran columna de humo que ascendía lentamente hacia el cielo.

—Sí, de un reino de la muerte, de un imperio de fantasmas y humo. Soy el rey Turlogh de Bal-Sagoth, y mi reino está desvaneciéndose en el cielo matutino. En esto es como los otros imperios del mundo: sueño, fantasmas y humo.

EL PABELLÓN
LA FIESTA EN EL BOSQUE
EL HOMBRE QUE TEMÍA LAS MÁSCARAS
LA CÁMARA DE LOS HORRORES LOS INQUILINOS

Joseph Payne Brennan

EL PABELLÓN

DURANTE los meses de verano, el pabellón de la playa estaba lleno de gente. Hombres, mujeres y niños que correteaban por su acera de tablas, entraban y salían de las pequeñas casetas de baño que se alineaban sobre pilastras en la longitud de una manzana de casas, invadiendo cada pie cuadrado de la enorme estructura.

Pero durante los meses fríos, el inmenso edificio, así como la playa contigua, aparecía completamente desierto. Los helados vientos invernales, llegando desde el mar abierto, gemían a través de su oscuro interior. A veces, unas grandes olas barrían la acera de tablas y remolineaban a lo largo de la base de las pilastras. Aunque sólo había luz eléctrica en unas cuantas casetas de la parte delantera, durante el verano los luminosos rayos de sol penetraban por el techo de tablillas sin unir, creando una penumbra que resultaba muy agradable. En los días nublados del invierno, en cambio, apenas pasaba luz a través del techo. El interior del pabellón se convertía en un lugar lleno de sombras, frío, húmedo y tristón: el último lugar del mundo al que una persona cuerda desearía ir.

Niles Glendon era la excepción. Cuando entró en el pabellón una fría y nublada tarde de últimos de febrero, estaba completamente cuerdo. Tenía un buen motivo para ir allí.

Había efectuado una visita al pabellón cuatro meses antes, en circunstancias más bien anormales. Había ido al pabellón con su viejo amigo Kurt Resinger. Kurt no había tenido ocasión de opinar acerca de la conveniencia de aquella visita. Durante el trayecto hacia la playa, había permanecido tendido en el compartimiento posterior del automóvil de Niles, con el rostro abotargado y la huella de los dedos de Niles en la garganta.

Kurt había sido lo bastante estúpido como para negarle a Niles un pequeño préstamo de quinientos dólares. Una cantidad insignificante, opinaba Niles, después de todos los favores que Kurt había aceptado en el pasado. Una cantidad insignificante, después de las docenas de veces que Niles le había sacado de apuros. Cuando Niles se vio perseguido por una racha de mala suerte, en vez de prestarle ayuda, Kurt se había ido apartando de él. Y aquel día de finales de octubre terminó todo.

Kurt aceptó, finalmente, entrevistarse con Niles en un cruce de carreteras situado a poca distancia de la playa y que resultaba conveniente para los dos, ya que se hallaba a media distancia de sus respectivos hogares. Sin embargo, una vez allí se negó en redondo a prestar un solo centavo a Niles, añadiendo que, por su parte, daba por terminada su amistad.

Niles, pálido de rabia, se había dominado mediante un gran esfuerzo de voluntad. Y luego, cuando se disponían a separarse, el automóvil de Kurt se negó a ponerse en marcha. Disimulando su furor, Niles se ofreció a llevar a Kurt a su casa. Una vez en la solitaria carretera que discurría paralela a la playa, Niles repitió su petición. Kurt

volvió a negarse, y entonces la rabia de Niles estalló de un modo salvaje. Chirriaron los frenos, el coche se detuvo y Niles agarró a Kurt por su delgado cuello y apretó y apretó hasta arrancarle la vida.

Después de apoderarse de la cartera de Kurt, que contenía unos aprovechables ochenta dólares, colocó el cuerpo en el compartimiento posterior de su automóvil y se dirigió hacia el pabellón de la playa. Era un día frío y lluvioso de finales de octubre, y el pabellón estaba desierto. Tampoco en la playa había nadie. Cogiendo una pequeña pala de su automóvil, Niles arrastró el cadáver de su amigo hasta el pabellón y lo enterró en la arena, entre las pilastras. Sabía que cuando llegara el verano la gente discurriría por los pasillos de madera, situados cinco o seis pies encima del cadáver, pero no temía que lo descubrieran. ¿A quién podía ocurrírsele saltar desde el pasillo y empezar a cavar en la húmeda arena, en la base de las pilastras?

Sin embargo, durante el invierno que siguió varios temporales habían azotado el litoral. Niles había leído en los periódicos que unas enormes olas habían barrido las playas, causando graves daños en algunos edificios costeros. Indudablemente, pensó, una gran cantidad de agua del mar había inundado el pabellón, barriendo la base de las pilastras. Cabía la posibilidad de que hubiera arrastrado algo de arena… Incluso era posible que su viejo amigo Kurt hubiera visto interrumpido su eterno descanso.

Mientras conducía en dirección a la playa, aquella tarde de últimos de febrero, no estaba realmente preocupado. En primer lugar, nadie sospechaba de él. A raíz de la desaparición de Kurt había sido interrogado, lo mismo que todos los otros amigos de Kurt, pero el interrogatorio fue completamente formulario, una simple rutina. Nadie le había visto con Kurt en el cruce de carreteras, y nadie le había visto cerca de la playa. Después de una minuciosa investigación, la policía empezó a inclinarse por la teoría del suicidio, y, desde luego, Niles también estaba convencido de que Kurt se había suicidado, aunque su convencimiento tenía unas raíces distintas a las de la opinión de los dignos representantes de la ley.

Y aun en el caso de que la tumba de arena de su amigo *hubiera* sido afectada por los temporales, Niles estaba seguro de poder reparar el daño con bastante facilidad. Nadie se detenía en el pabellón hasta primeros de abril. Era más que improbable encontrar a alguien por allí en un desapacible día de febrero.

Se adentró en la carretera de la playa sin cruzarse con un solo automóvil, y cuando aparcó el coche cerca del pabellón, no había a la vista un alma viviente.

Mientras se apeaba del automóvil y echaba a andar hacia la playa, quedó sorprendido por la fuerza del viento. Era un viento húmedo y penetrante que le hacía tiritar bajo sus ropas.

La playa era un espectáculo de desolación. Hasta donde alcanzaba la vista, enormes olas de color plomizo chocaban contra las vacías arenas. Estremeciéndose ligeramente, Niles se dirigió al pabellón.

Mientras avanzaba a lo largo de la acera exterior, se dio cuenta de que muchas de las tablas habían sido arrancadas por el viento y las olas. Algunas estaban sujetas por

un solo clavo, y otras se habían soltado del todo. Entró en el sombrío edificio con cierta aprensión, pareciéndole que el eco de sus pasos sobre los pasillos de madera resonaba siniestramente.

A medida que se adentraba en el edificio aumentaba su aprensión. Parecía más oscuro, más húmedo y más frío que el exterior. Se le ocurrió la idea de que en aquella época del año, el pabellón semejaba una enorme tumba.

Dirigiendo nerviosas ojeadas a las crujientes y entreabiertas puertas de las casetas de baño a medida que pasaba por delante de ellas, se detuvo repentinamente, conteniendo la respiración, al ver un par de zapatos de lona asomando debajo de una de las casetas. Los zapatos estaban vacíos, desde luego, abandonados por algún bañista el verano anterior, y Niles se enfureció consigo mismo por su estúpido temor.

Continuó avanzando, y no tardó en darse cuenta que varios de los pasillos de madera se habían derrumbado. Esto significaba que las olas empujadas pop el viento habían penetrado, efectivamente, en el interior del pabellón.

Mirando por encima de la frágil barandilla, contempló las hundidas pilastras que sostenían el edificio. Parecían bastante seguras, pero Niles observó que el lecho de arena estaba húmedo y lleno de charcos. En algunos lugares, la arena formaba pequeños montones; en otros había sido arrastrada por el agua.

Francamente preocupado ahora, Niles salió apresuradamente del edificio y regresó al automóvil en busca de su pala, maldiciéndose a sí mismo por rio haberla cogido antes. De camino hacia el pabellón a lo largo de la playa, las salpicaduras de las enormes olas chocaron contra su rostro. Refunfuñando entre dientes, Niles se frotó la mejilla con la manga de la americana.

De nuevo en el edificio, miró a su alrededor para tratar de situarse. Había cinco pasillos paralelos que iban de punta a punta del pabellón. Cuando enterró a su viejo amigo Kurt, Niles procuró fijarse en el emplazamiento exacto de la improvisada tumba…, por si acaso. Kurt estaba enterrado en la arena cerca de la base de la undécima pilastra, debajo del segundo pasillo a la izquierda, mirando hacia la parte trasera del edificio.

Felicitándose a sí mismo por haber previsto la posible utilidad de recordar aquellos datos, avanzó por el segundo pasillo hasta llegar a la undécima pilastra. Entonces se deslizó por debajo de la barandilla y se dejó caer sobre la húmeda arena.

Estaba muy fría. Tan fría, que a Niles no le molestó en absoluto el tener que cavar. Era una tontería, probablemente, ya que en aquel lugar la arena no parecía haber sufrido demasiado los efectos de las olas invernales. Sin embargo, para tranquilizarse a sí mismo, cavaría hasta que su pala chocara con el cadáver. Una vez convencido de que continuaba allí, volvería a llenar el hoyo, apretando bien la arena con la pala, y se marcharía.

Cavó enérgicamente, y el hoyo no tardó en tener una profundidad de dos pies. La húmeda arena resultaba muy fácil de extraer. Otro pie más, y la pala chocaría contra algo que ofrecería más resistencia.

Lleno de confianza, Niles cavó otro pie. Empezó a manejar la pala con precaución, esperando el choque contra los restos que él sabía que se encontraban allí. Pero el choque no se produjo. El agua del mar empezó a filtrarse lentamente en el hoyo, y eso fue todo.

Niles tenía el rostro empapado en sudor. Se apoyó en la pilastra y contempló el oscuro agujero. Tal vez, se dijo a sí mismo, el cadáver había ido hundiéndose en la húmeda arena durante los meses invernales. Su propio peso lo habría empujado hacia abajo; la arena suelta habría cedido a la presión, y ahora el cadáver se encontraría unas pulgadas más hondo. Sí, ésa tenía que ser la explicación.

Niles empezó a cavar de nuevo. Pero, después de haber ahondado el hoyo otro pie, no descubrió nada más que arena, y ahora el agua empezaba a llenar el agujero con más rapidez. Niles notó una extraña sensación de malestar en la boca del estómago y miró a su alrededor con una expresión de desconcierto. Si el cadáver no se encontraba en el lugar donde lo había enterrado, ¿dónde estaba? Comprendía que las olas podían haber arrastrado cierta cantidad de arena, pero era más que improbable que hubieran desenterrado por completo el cadáver. ¿O no?

Agarrando fuertemente la pala, empezó a andar alrededor de las pilastras, mirando a derecha e izquierda. En un momento determinado se detuvo, con el corazón palpitante: en alguna parte detrás de él acababa de producirse un ruido. Pero se trataba de una tabla suelta que de cuando en cuando chocaba contra una de las pilastras, movida por el viento.

Niles empezó a pensar que había cometido un error. Quizás había sido en el *tercer* pasillo a la izquierda, en vez del segundo, o posiblemente era la décima pilastra, en vez de la undécima.

Bueno, valía la pena probar. Dado que era más fácil que se hubiera descontado con las pilastras que con los pasillos, regresó al segundo pasillo y empezó a cavar en la base de la décima pilastra.

Cavó un hoyo de cuatro pies de profundidad sin encontrar nada. Temblando, salió del agujero que iba llenándose de agua y se quedó en pie, con una sensación de creciente pánico. O bien había cometido un gran error al fijarse en el lugar donde enterraba a su amigo, o bien…

Con un supremo esfuerzo de voluntad dominó el histerismo que empezaba a apoderarse de él y volvió a rellenar sistemáticamente los dos hoyos que había cavado. Probaría en la undécima pilastra del *tercer* pasillo, se dijo a sí mismo. Posiblemente, en la oscuridad del pabellón aquella tristona tarde de octubre, había contado tres pasillos como dos.

Cavó otra vez, sin encontrar más que arena y agua. Al final, sudoroso y jadeante, una nueva y fantástica idea le asaltó, llenándole de terror. ¿Era *posible* que su viejo amigo Kurt no estuviera completamente muerto cuando Niles le enterró en la húmeda arena? ¿Habría revivido con el frío y la humedad? Tal vez se había abierto camino a través de la arena… Se decía que otras personas en situación parecida habían

adquirido la repentina fuerza de los locos. Y la arena no era compacta como la tierra; tenía mucha más permeabilidad…

Helado de horror ante aquella idea, Niles echó a correr de un lado para otro entre las hileras de pilastras. El terror, paradójicamente, provocó en él un furor demencial. Empezó a gritar el nombre de su amigo, maldiciéndole, retándole a que se hiciera visible.

Mientras corría como un poseso entre las pilastras, una fuerte ráfaga de viento azotó el pabellón, sacudiendo las puertas de las casetas, haciendo crujir las barandillas, aullando lúgubremente a través del techo. Al mismo tiempo, las olas marinas, encrespándose sobre el creciente de la marea, barrieron la acera exterior.

Al cabo de unos instantes el húmedo suelo de arena del pabellón empezó a cubrirse de agua, en tanto que el viento aumentaba su furia.

Niles, hundido en agua hasta las caderas, apenas se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Avanzaba con lentitud bajo los pasillos, en la semioscuridad, como un monstruoso hurón a la caza de una ilusoria liebre. Agitaba los brazos como un loco, golpeando a las sombras con su pala, atisbando entre las pilastras como si viera enemigos acercándose a él por todos lados.

«¡Estás escondido, maldito seas! —gritó—. ¡Sé que estás aquí! ¡Yo encontraré tu asquerosa carroña! ¡Sé que estás aquí! ¡*Sé que estás aquí*!».

Mientras se agitaba y gritaba, perdida la razón, la marea continuaba subiendo. Finalmente se detuvo, agotado, y se apoyó en una pilastra.

En aquel momento lo vio. Llegaba flotando plácidamente desde el rincón más apartado del pabellón, empujado por la marea. Avanzaba hacia él sin prisa, boca arriba, levemente fosforescente, con los protuberantes ojos muy hundidos en sus cuencas.

Unos minutos antes, Niles estaba dispuesto a aplastarlo con su pala. Ahora que lo veía realmente, deslizándose hacia él con su rostro medio descarnado y su espantosa sonrisa sin labios, un indescriptible terror anuló todas sus otras emociones. Su único impulso fue el de huir.

Trató de saltar y agarrarse a uno de los pasillos que discurrían sobre su cabeza, pero el agua mantuvo sus pies pegados a la arena. Loco de terror, repitió el intento: esta vez cayó hacia atrás, y en la caída su pierna chocó violentamente contra una pilastra, rompiéndose la tibia. El hueso crujió audiblemente. El dolor que experimentó fue tan intenso, que ahogó incluso su terror. Gritó, debajo del agua, y su boca se llenó de un limo salobre.

Arrastrándose como un pez arponeado en las profundidades, consiguió sacar la cabeza fuera del agua. Sentía un dolor indescriptible en la pierna, pero cuando superó la cegadora primera impresión, se dio cuenta de lo desesperado de su situación.

Era incapaz de moverse sin gritar, y el agua subía ahora rápidamente de nivel. Y aquel espantoso bulto empezaba a flotar de nuevo hacia él.

A medida que el bulto se acercaba, el terror de Niles alcanzaba su paroxismo.

Olvidó momentáneamente el insoportable dolor de su pierna, olvidó el agita que continuaba subiendo a su alrededor, pulgada a pulgada. Su único pensamiento era el de evitar que el monstruoso bulto le tocara.

Cuando el bulto estuvo a unas pulgadas de distancia, Niles trató de saltar hacia arriba. El violento esfuerzo sólo consiguió derribarle de espaldas, como si acabaran de golpearle con una maza.

Se hundió, semiinconsciente, aplastado por una repentina debilidad. Cuando se dio cuenta de que se estaba ahogando, era demasiado tarde. En un momento determinado casi consiguió sacar la cabeza fuera del agua, pero le fallaron las fuerzas y cayó de nuevo de espaldas. Durante unos segundos se retorció y giró debajo del agua. Finalmente, aparecieron unas cuantas burbujas en la superficie, que no tardaron en desvanecerse.

Poco después, Niles flotaba al lado del cadáver de su viejo amigo Kurt, desenterrado por los temporales y arrastrado ahora por la marea desde el lugar donde se encontraba, en el rincón más apartado del pabellón, entre dos pilastras.

La oscuridad lo invadió todo; el viento gimió; la marea creció más alta aún. Y dos formas grotescas, dos viejos amigos, se deslizaron y entrechocaron entre las pilastras, en el fondo, negro como una tumba, del pabellón.

LA FIESTA EN EL BOSQUE

ROGER de Briquetou, conde de Autain, señor del castillo más fuerte de Bretaña, estaba acostumbrado a mandar. Pero ahora se encontraba solo, perdido en el agreste bosque de Malemort, y allí no había nadie para obedecerle.

Mirando con ceño a través de las negras ramas que se extendían por encima de su cabeza, tiró de las riendas de su caballo, alzó su cuerno de caza y sopló en él con toda la fuerza de sus pulmones. Pero el viento pareció apoderarse del sonido y esparcirlo en pequeños fragmentos. El conde permaneció unos instantes completamente inmóvil sobre la silla de su caballo, escuchando, pero hasta sus oídos no llegó ninguna respuesta.

Maldiciendo al esquivo jabalí que había provocado su separación del resto de la partida de caza, se resignó a pasar una noche en el tupido bosque. Incluso ahora las sombras se espesaban rápidamente a su alrededor; era poco probable que pudiera localizar a sus compañeros hasta el día siguiente.

Siguió cabalgando, envuelto en su capa, helado, hambriento y furioso. Aquella noche debía celebrar un festín en su castillo, seguido de unas horas de placer con una joven campesina de una aldea próxima. Sonrió, olvidando momentáneamente sus preocupaciones, al recordar a la muchacha. ¡Una criatura espléndida!

Levantó la mirada, sorprendido, mientras una débil luz parpadeaba a lo lejos. ¿Lo habría imaginado? Deteniendo de nuevo su montura, el conde atisbó a través de las ramas. ¡Por los dioses negros, allí *había* una luz! Después de todo, quizá no estaba destinado a pasar la noche al raso.

Espoleando a su caballo, avanzó con toda la rapidez que permitían las enmarañadas matas de arbustos. Aparecieron más luces; al final el conde vio el difuso perfil de una gran edificación delante de él.

Había anochecido. El viento rugía a través de los árboles y empezaba a llover. Su descubrimiento resultaba muy oportuno.

Finalmente, su caballo localizó un camino y galopó rápidamente hacia las luces. Unos metros antes de llegar al primero de los arcos de iluminación, una forma negra surgió de la oscuridad y se plantó en medio del camino. El caballo se encabritó, relinchando de terror.

Frunciendo el ceño, Briquetou miró hacia abajo. Un enano feo y jorobado, con los protuberantes ojos de un enorme sapo, bloqueaba el camino.

El enano extendió uno de sus brazos, agarrando las riendas del caballo de Briquetou.

—No siga adelante, mi señor —graznó—. Se lo advierto por la salvación de su alma. —Miró al conde con sus inescrutables ojos—. Y también por la salvación de su carne —añadió.

Una fría cólera inundó el pecho de Briquetou. Delante de él oíanse sonidos de música y de francachela. ¿Iba a permitir que un impertinente enano le obligara a

regresar a la desagradable espesura del bosque?

Aunque la cólera ardía en su interior, distendió sus labios en una sonrisa.

—Sí, amigo —dijo—. Te agradezco mucho tu advertencia. Siempre he hecho caso de las advertencias…

Tiró de las riendas como si se dispusiera a dar media vueíta, y el enano las soltó. Inmediatamente, Roger de Briquetou se convirtió en una víbora en movimiento. Su espada llameó en su mano, descendió con un impulso salvaje, y la cabeza del enano voló literalmente de su cuerpo.

La cabeza rodó por el suelo, pero el decapitado cuerpo del enano permaneció un minuto entero erguido en medio del camino, mientras la sangre brotaba de su cuello como los chorros de agua de un surtidor. A pesar suyo, Roger de Briquetou notó que se erizaban los pelos de su nuca.

Finalmente, el cuerpo se tambaleó y se desplomó sobre el camino. Briquetou mantuvo su espada en alto hasta que la lluvia limpió la sangre. Luego la enfundó y guió a su caballo alrededor del decapitado cadáver. Pero antes de llegar al círculo de luz volvió a detenerse, intrigado y prudente.

No cabía duda de que en el interior del edificio estaba en curso alguna fiesta. El conde oyó música y carcajadas. Pero lo que le intrigaba era el edificio en sí. A juzgar por su aspecto, en otros tiempos había sido un castillo. Ahora se encontraba medio en ruinas. Las almenas se habían derrumbado, lo mismo que las dos alas. En la parte de la estructura que permanecía en pie, veíanse negras y vacías aberturas en forma de ventanas.

El conde de Autain terminó por encogerse de hombros. Probablemente se trataba del castillo de algún noble arruinado que había decidido retirarse a vivir al bosque de Malemort, y ahora amenizaba sus ocios con una francachela. Bueno, eso no era asunto suyo. Lo único que le interesaba era encontrar diversión y techo para aquella noche. Quizá, si le acogían adecuadamente, decidiera entregarle un puñado de oro al pobre diablo antes de marcharse.

Divisó un cobertizo medio derruido que podía servir de establo a su caballo. El techo, por lo menos, le protegería de la lluvia. Desmontando, condujo al animal hacia el cobertizo, ató las riendas alrededor de una estaca clavada en el suelo y se dirigió al castillo.

Ascendiendo los gastados escalones de piedra, golpeó la recia puerta de roble con un aldabón de hierro macizo forjado en forma de cabeza de gorgona.

En el interior, la música se interrumpió; cesaron también las risas y las voces. El conde esperó. De repente, la puerta se abrió de par en par.

Un enorme murciélago, con las alas medio extendidas, estaba de pie en el umbral.

Lanzando un juramento Briquetou saltó hacia atrás, echando mano a su espada. Luego se echó a reír.

—¡Por los demonios negros, amigo, me has asustado! ¡No sabía que os habíais disfrazado para la fiesta!

El murciélago se inclinó.

—Tenéis que perdonarme. Había olvidado el efecto de esos disfraces sobre un…, ¿visitante?

Unos ojillos negros y penetrantes acechaban a través de las dos pequeñas aberturas practicadas en la repulsiva máscara del murciélago.

Briquetou se inclinó a su vez burlonamente.

—Me he perdido en el bosque, Gran Murciélago —explicó—. He venido a pedir refugio.

Durante un largo rato, los ojillos negros permanecieron clavados en los suyos. Al final, una pregunta inexpresada pareció encontrar respuesta. El murciélago asintió.

—En tal caso, bienvenido seas, amigo. Serás uno de nosotros. Pero antes tienes que disfrazarte. Espera, por favor.

Dio media vuelta y desapareció en el interior.

Maldiciendo la demora, Briquetou se quedó en pie junto a la puerta, temblando de frío.

Al cabo de unos instantes reapareció el murciélago. Tendió a Briquetou una máscara de diablo.

—Ponte esto, amigo. ¡Luego podrás unirte a nuestra alegre compañía!

Después de ponerse la máscara, Briquetou siguió a su huésped a un enorme vestíbulo de tapizadas paredes, que resplandecía a la luz de las antorchas. La música volvió a sonar; las parejas reanudaron el baile; resonaron de nuevo las risas.

El Murciélago guió al conde hasta una mesa llena de bandejas de carne, quesos y fruta, y de grandes jarras de vino.

Señaló la mesa con un gesto de su mano.

—Querrás comer algo, naturalmente, antes de unirte a la danza…

Briquetou comió vorazmente, aunque la comida estaba poco condimentada para su gusto. De pronto, después de una cuarta copa de vino, avanzó hacia los que bailaban. El Murciélago, entretanto, había empezado a valsar con una Mujer Serpiente.

Briquetou contempló a los danzarines con aire divertido. Todos llevaban extraños vestidos, y todos se cubrían el rostro con una máscara. Un Mono bailaba con una muchacha Pavo Real. Un Arlequín valsaba con una Bruja. Un Encapuchado corveteaba desvergonzadamente con una Esclava Griega. En el extremo más apartado del vestíbulo, un enmascarado dominó permanecía sentado en una especie de trono, cerca de la plataforma de los músicos. Su papel intrigó a Briquetou, pero el conde de Autain no se encontraba de humor para descifrar acertijos. Un instante después arrancaba a la muchacha Pavo Real de los brazos del Mono y giraba con los demás danzarines.

El vals no tardó en dar paso a otros aires más vivos. El calor, el movimiento y el vino se le habían subido a la cabeza al conde de Autain. Abrazó brutalmente a su pareja: sus labios rojos eran una irresistible tentación. A pesar de la resistencia de la

muchacha, Briquetou aplastó aquellos labios con los suyos. Mientras la música aumentaba su endiablado ritmo, Briquetou se prometía a sí mismo que la muchacha sería suya antes de que transcurriera la noche.

Ella apenas hablaba, pero paulatinamente dejó de resistir. Si los otros danzarines habían observado el ardiente interés del conde por la muchacha Pavo Real, no lo demostraron. Briquetou empezó a impacientarse. ¿Es que no iban a terminar nunca la música y el baile?

Finalmente, el Murciélago avanzó hasta el centro de la estancia y alzó una mano. Los músicos dejaron de tocar; los danzarines se quedaron quietos.

—Amigos —dijo el Murciélago—, van a dar las doce. Cuando yo me despoje de mi máscara, todo el mundo se despojará de la suya.

Los ardientes ojos de Briquetou devoraban a la muchacha Pavo Real que estaba de pie a su lado. ¡Aquellos labios rojos prometían inolvidables placeres!

Con un repentino gesto de su brazo, el Murciélago se quitó la máscara.

—¡Fuera máscaras! ¡Fuera máscaras! —gritaron los demás.

Briquetou, temblando por la emoción que sentía, se arrancó su máscara de diablo. La muchacha Pavo Real, sin máscara ya, le contempló fijamente.

El conde retrocedió unos pasos, horrorizado.

Los rojos labios de la muchacha Pavo Real eran casi la única parte de su rostro que no estaba carcomida. El resto era un amasijo de carne putrefacta. Parecía el rostro de un cadáver en plena descomposición. En aquella espantosa cabeza de muerto, sólo los ojos y los labios conservaban una expresión de vida.

Con un terrible esfuerzo, Briquetou apartó sus ojos de aquel rostro. Pero en todas partes encontró el mismo espectáculo fantasmal. Los rostros de casi todos los danzarines estaban carcomidos por alguna horrible enfermedad. La cara del Murciélago era una ulcerada masa de horror. Y los había peores.

Briquetou sintió que la sangre se helaba en sus venas. Sus miembros quedaron paralizados. Sólo podía mover los ojos. Finalmente, su mirada cayó sobre la figura del Dominó, que durante toda la velada había permanecido sentado en su trono, cerca de la plataforma de los músicos.

El conde comprendió ahora que el Dominó no se hubiera movido en toda la noche. Le habían quitado también la máscara. Estaba muerto, atado a su trono.

El Murciélago carraspeó:

No hay que tomárselo así, amigo. Todos tenemos que llegar a esto… Aquí, cuando uno de nosotros muere, en vez de entristecernos celebramos una fiesta. Puesto que ya nos consideramos muertos, ¿por qué hemos de entristecernos más? ¿No es una excelente costumbre?

Briquetou se limitó a mirarle fijamente, incapaz de hablar.

Un murmullo se alzó entre la asamblea. Los negros ojillos del Murciélago examinaron atentamente a Briquetou.

¿Qué te pasa, amigo? ¿No eres uno de nosotros? ¿A qué hubieras venido aquí,

sino?

Finalmente, Briquetou comprendió la terrible verdad. Había caído en medio de una pandilla de leprosos, proscritos por la sociedad medieval, que habían buscado refugio en este castillo abandonado en las profundidades del bosque de Malemort. ¡Le habían acogido cordialmente porque creyeron que era uno de ellos!

Mientras la verdad se abría paso en su mente, los leprosos no apartaban la mirada de él. Captando su hostilidad, Briquetou empezó a retroceder.

De repente se abrió la puerta y un leproso entró precipitadamente en el vestíbulo, jadeando.

—¡Ha asesinado al Sapo! ¡Ha asesinado a nuestro buen Sapo! —exclamó aquel hombre, señalando acusadoramente con el dedo a Briquetou.

El conde recuperó el uso de la palabra.

—¡Sí! —gritó—. ¡He asesinado a vuestro estúpido Sapo! ¡Y voy a enviaros a todos al infierno antes de marcharme!

Su espada llameó en su mano.

Había esperado que salieran corriendo en todas direcciones, pero en vez de huir cargaron contra él, maldiciendo, aullando como bestias enloquecidas.

Demasiado tarde, Briquetou se dio cuenta de que había cometido un error fatal: aquellos seres no temían a la muerte.

Luchó salvajemente, manejando su espada con una furia mezclada de terror, pero no le sirvió de nada. Lentamente, la multitud de leprosos fue empujándole hacia atrás; la espada cayó de sus manos.

Continuó luchando, pero inútilmente. Agarrado por veinte manos, fuertes a pesar de la enfermedad, fue arrastrado hacia el interior del castillo a lo largo de un oscuro pasadizo.

Le bajaron casi en volandas por una húmeda escalera de piedra. Otro oscuro pasadizo, al final del cual se abría una celda oscura como la pez. Briquetou cayó sobre el resbaladizo suelo. Cuando logró incorporarse, la puerta se había cerrado: oyó el sonido de una llave al girar en la cerradura.

A la luz de las antorchas le contemplaron a través de los barrotes de la puerta. Aparecieron los negros y furiosos ojos del Murciélago.

—Quien abusa de nuestra hospitalidad debe atenerse a las consecuencias —dijo el Murciélago con voz ronca—. ¡Te quedarás aquí…, como nuestro huésped!

Durante largo rato Briquetou permaneció en silencio. De repente habló, en tono sumiso.

—¿Hasta cuándo, Gran Murciélago?

—Hasta que te sientes en el trono de nuestra fiesta…, disfrazado de Dominó —respondió el Murciélago.

El Mono introdujo su mano a través de los barrotes.

—¡No temas, oh, Diablo! ¡No te morirás de hambre! ¡Yo soy el cocinero! ¡Te alimentaremos bien, no te preocupes!

Y estalló en una risotada.

Cuando la luz de la antorcha cayó sobre la mano del Mono, Briquetou vio que la carne se había desprendido de ella hasta el punto de dejar al descubierto los huesos de los dedos.

Los leprosos se amontonaron delante de la puerta, gritando, aullando, burlándose de él.

Briquetou se sentó en un húmedo rincón de la celda y les contempló, sin decir nada.

Al final, también ellos se callaron. Por unos instantes reinó un impresionante silencio.

Y, entonces, Briquetou empezó a reír. Echó la cabeza hacia atrás, y los ecos de su risa resonaron en todo el oscuro pasadizo.

La suya era la risa escalofriante y estúpida de un loco.

EL HOMBRE QUE TEMÍA LAS MÁSCARAS

A Mr. Apondee le aterrorizaban las máscaras o caretas de cualquier clase El Carnaval era para él una fiesta estúpida de inconcebible horror. Hubiera preferido entrar en la jaula de un tigre que asistir a un baile de máscaras. Si veía una careta colgada inofensivamente en el escaparate de una tienda, se estremecía y se alejaba de allí a toda prisa. El recuerdo de aquella careta le perseguía durante toda la noche, poblando su sueño de horrendas pesadillas.

Las circunstancias que habían provocado el terror que a Mr. Apondee le inspiraban las máscaras eran algo nebulosas, ya que se remontaban a una época en que el interesado acababa de cumplir los tres años. Pero Mr. Apondee recordaba claramente los instantes de pánico que vivió en aquella ocasión, como si se hubieran fundido con su existencia de adulto.

Estaba sentado bajo la enorme lona de un circo con su padre. Era la primera vez que asistía a una función de circo; se hallaba muy excitado, tenso, un poco asustado. Se agarraba con fuerza a la mano de su padre. Súbitamente, todas las luces se apagaron. Se oyeron alaridos, gritos, rugidos, aullidos… La gente empezó a empujarse y a atropellarse, tratando de abrirse paso hacia las salidas.

En medio de aquella confusión, el niño se soltó de la mano de su padre. Se sintió arrastrado por una marea de vociferante humanidad. Cayó entre los asientos, gritando, y de repente, surgido de la oscuridad, apareció un rostro de pesadilla, luminoso, con un brillo verde plateado, la nariz enorme, los grandes labios blancos dibujando una sonrisa demencial. El rostro se inclinó sobre él, con sus diminutos ojos, su horrorosa boca y su brillo grasiento.

Los gritos del niño se convirtieron en aterradores aullidos No recordaba nada más.

Poco después, las luces volvieron a encenderse y el maquillado payaso del circo devolvió un chiquillo aterrado e histérico a su padre.

El niño gritó mientras salía del circo, gritó durante todo el camino de regreso a su casa, y gritó y lloró casi toda la noche, hasta que el agotamiento le hizo caer en un sueño hipnótico.

Los padres acabaron por olvidar el desdichado incidente del circo, pero el niño no lo olvidó nunca. En un rincón de su mente permanecía agazapada una espantosa máscara, invisible, esperando la oportunidad de surgir de la oscuridad y petrificarle de terror con su presencia.

El escaparate de una tienda de juguetes podía hacerle estremecer. Podía asustarse mortalmente al encontrarse ante un anunció de un espectáculo que exigía la caracterización de los actores. En cierta ocasión casi se desmayó en plena calle cuando un extraño enmascarado —«El Hombre de Marte», propaganda de una película— dobló una esquina y apareció delante de él.

El miedo le acompañó durante toda su infancia, a través de su adolescencia y en

su vida de adulto. Parecía impermeable a todos los argumentos esgrimidos por la razón. No había modo de combatirlo. Sus raíces habían penetrado hasta lo más profundo de su ser, y resistía a todos sus esfuerzos por arrancarlo de allí.

El miedo obsesivo llegó hasta tal punto que Mr. Apondee decidió consultar a un famoso psiquiatra.

El psiquiatra le escuchó pacientemente y luego le explicó en lenguaje corriente que aquella experiencia de su niñez había producido en su impresionable mente, desprovista de defensas, un impacto desproporcionado a su verdadera importancia. Señaló que el miedo a las máscaras era mucho más que un temor físico. Ciertamente, el niño había sido arrastrado por la enloquecida multitud, la cual le hizo caer entre los asientos…, probablemente con grave riesgo de su integridad física. Cuando las luces del circo se apagaron, el niño agarraba fuertemente la mano de su padre. El padre representaba seguridad, comodidad, protección, hogar. De repente, el niño quedó sumido en una impenetrable oscuridad, y de aquella oscuridad surgió más tarde un espantoso rostro, que se inclinó sobre él con intenciones que le parecieron diabólicas. De modo —explicó el psiquiatra— que en el subconsciente de Mr. Apondee la máscara —cualquier máscara— había llegado a simbolizar la pérdida de seguridad, de estabilidad y de protección. Simbolizaba todos los temores heredados y adquiridos que se agitaban en las profundidades psíquicas de Mr. Apondee.

Mr. Apondee escuchó y quedó impresionado. Se sintió mejor. Creyó que ahora que comprendía el origen de su terror a las máscaras se encontraba en mejores condiciones de luchar contra él.

Pero esto era sólo parcialmente cierto. Aunque la explicación contribuyó a aminorar el temor de Mr. Apondee, no eliminó del todo la idea fija. El miedo continuó latente en el ser psíquico de Mr. Apondee, y si bien no surgía ya a la superficie al menor asomo de provocación, continuaba inquietándole.

Poco después de cumplir los treinta años Mr. Apondee contrajo matrimonio; su vida de casado tenía ocasionales altibajos, pero no era mejor ni peor que la de la mayoría de los maridos. Apurando la cosa, podría decirse que era un poco mejor que la de la mayoría.

Probablemente, Mr. Apondee tenía un concepto más elevado de su propio matrimonio que su esposa. Mrs. Apondee se enfurecía con frecuencia por la falta de iniciativa de su marido, por su timidez y por su tendencia a la resignación.

Pero después de los primeros años rara vez se quejaba. No servía para nada, y, de todos modos, Mr. Apondee tenía otras cualidades encomiables. Su empleo era modesto, pero seguro. No bebía, no salía de noche, no gruñía a causa de las comidas…

En cuanto a Mr. Apondee se encontraba completamente satisfecho con su situación. Tenía una esposa fiel, un piso pequeño pero limpio, y un empleo estable, es decir, tres elementos importantes de «seguridad».

Nunca le contó a su esposa el temor que le inspiraban las máscaras. Estaba

convencido de que ella lo consideraría una estupidez, que incluso se burlaría de él. A fin de cuentas, se trataba de algo muy difícil de explicar, y Mr. Apondee no juzgó necesario provocar una posible discusión.

Si Mrs. Apondee hubiera estado enterada de aquel detalle, es más que probable que la reunión-sorpresa que le prepararon el día de su cumpleaños a Mr. Apondee no hubiese tenido el final que tuvo.

En realidad, la introducción de las máscaras fue puramente casual.

Las cinco parejas y Mrs. Apondee estaban apiñadas en el pequeño apartamiento de los Apondee una tarde de finales de octubre. En el saloncito, sobre una mesa, había un gran pastel adornado con velitas. Era el cumpleaños de Mr. Apondee y se proponían darle una sorpresa cuando regresara de su trabajo a las cinco y media.

Repentinamente, la joven Mrs. Tyler tuvo una idea. Dentro de unos días iba a celebrarse un baile de máscaras, y aquella misma tarde había estado comprando caretas para un grupo de amigos. Las tenía en el bolso. ¿Por qué no se ponían una careta antes de que llegara Mr. Apondee? Sería muy divertido; durante unos instantes, el dueño de la casa no sabría quiénes eran sus invitados, y esto significaría una sorpresa adicional.

Todos —incluida Mrs. Apondee— acogieron la idea con entusiasmo. El imaginativo Mr. Fentoby sugirió que podían mejorar la idea apagando todas las luces del apartamiento, excepto las del vestíbulo, encender las velas del pastel y colocarse a su alrededor con las caretas puestas. Cuando entrara Mr. Apondee, permanecerían silenciosos, y el dueño de la casa se encontraría delante de un grupo de máscaras flotando en el aire…

La sugerencia de Mr. Fentoby fue aceptada inmediatamente. A las cinco y cuarto se colocaron las grotescas caretas, apagaron todas las luces y se sentaron alrededor del pastel. Diez minutos más tarde encendieron las velas y esperaron, conteniendo la respiración, impacientes como chiquillos.

Los minutos fueron transcurriendo, y de repente oyeron el ruido de la puerta del ascensor al cerrarse en el rellano. Una llave hurgó en la cerradura. La puerta del apartamiento se abrió y volvió a cerrarse.

Mr. Apondee había llegado un poco tarde. El trabajo se había acumulado en la oficina y estaba más cansado que de costumbre.

Mientras colgaba el abrigo y el sombrero en el perchero del recibidor, suspiró de satisfacción. ¡Por fin estaba en casa!

Mr. Apondee abrió la puerta del saloncito…

En la oscuridad, once máscaras luminosas, horrendas, flotaron repentinamente delante de sus ojos. Eran once máscaras distintas, pero todas tenían el mismo brillo y la misma expresión malévola. Algunas mostraban narices enormes, otras, con unos grandes labios blancos, sonreían de un modo demencial; otras permitían divisar el maligno parpadeo de unos ojos diminutos…

Durante un terrible instante, Mr. Apondee se quedo helado y sin habla. Luego

empezó a gritar. Gritó y continuó gritando, y las exclamaciones de «¡Sorpresa!» murieron en once gargantas súbitamente agarrotadas.

Cayeron algunas de las velas, y algunas de las máscaras, pero demasiado tarde. Mr. Apondee se lanzó como un poseso a través de la oscura habitación. Se dirigió directamente hacia el único resplandor de luz natural que era visible: una ventana.

Se precipitó contra ella, rompiendo los cristales, y todavía estaba gritando cuando se estrelló contra la calzada de cemento, siete pisos más abajo.

LA CÁMARA DE LOS HORRORES

HABÍA decidido pasar el verano en Europa, dedicado a mi ocupación favorita: la investigación genealógica. Fui primero a Irlanda, deteniéndome en Kilkenny, donde descubrí una mina de leyendas y de hechos auténticos relativos a mis remotos antepasados irlandeses, los O'Braonains, señores de Ui Duach en el antiguo dominio de Ossory. Los Brennan (tal como se pronunció posteriormente el apellido) perdieron todas sus posesiones a consecuencia de la confiscación llevada a cabo en nombre de Inglaterra por Thomas Wentworth, conde de Strafford. El rapaz conde, me satisface poder decirlo, fue posteriormente decapitado en la Torre.

Desde Kilkenny me dirigí a Londres, y luego a Chesterfield, en busca de información acerca de mis antepasados maternos, los Holborn, Wilkerson, Searle, etc. Los datos eran bastante fragmentarios e incompletos, pero mis esfuerzos se vieron moderadamente recompensados y al final decidí ir más al norte y visitar los alrededores del castillo de Chilton, sede de Robert Chilton-Payne, el doceavo conde de Chilton. Mi parentesco con los Chilton-Payne era muy remoto, pero de todos modos representaba un débil lazo de unión con el pasado y pensé que sería divertido echarle una ojeada al castillo.

Al llegar a Wexwold, la pequeña aldea próxima al castillo, a última hora de la tarde, alquilé una habitación en la Posada del Ganso Rojo —la única que había—, deshice mis maletas y bajé para dar cuenta de una sencilla cena, consistente en un panecillo, queso y cerveza.

Cuando terminé este frugal aunque satisfactorio refrigerio, había oscurecido, y con la oscuridad llegaron el viento y la lluvia.

Me resigné a pasar la velada en la posada. Había cerveza suficiente, y no tenía prisa por ir a ninguna parte.

Después de escribir unas cuantas cartas, encargué una pinta de cerveza. La sala estaba casi desierta; el posadero un caballero gordinflón que siempre parecía a punto de quedarse dormido, era agradable pero taciturno, y al final me dediqué a pensar en la extraña y espantosa leyenda del castillo de Chilton.

La leyenda tenía diversas variantes, y no cabe duda de que la historia original había sufrido modificaciones a través de los siglos, pero el detalle base continuaba siendo el mismo: una cámara secreta en alguna parte del castillo. Se decía que la cámara en cuestión albergaba un terrible espectáculo que los Chilton-Payne estaban obligados a mantener oculto a los ojos del mundo.

Sólo tres personas tenían acceso a la cámara: el vigente conde de Chilton, el heredero masculino del conde y otra persona designada por el conde. Habitualmente, esa persona era el comisionado del castillo de Chilton. La habitación solamente se abría una vez cada generación: tres días después de que el heredero masculino alcanzaba su mayoría de edad era conducido a la cámara secreta por el conde y el comisionado. Luego, la cámara era sellada y no volvía a abrirse hasta que el heredero

conducía a ella a su propio hijo.

Según la leyenda, el heredero se convertía en una persona distinta al salir de la cámara. De un modo invariable, adquiría un aspecto sombrío y huidizo; y en su rostro se reflejaban la inseguridad y el temor. Uno de los primeros condes de Chilton enloqueció hasta el punto de arrojarse al vacío desde una de las almenas del castillo.

Durante siglos enteros se había especulado acerca del contenido de la cámara secreta. Una de las versiones describía la huida de los Gower, perseguidos por unos enemigos armados. Aunque las relaciones entre los Chilton-Payne y los Gower lo eran todo menos cordiales, en su desesperación los Gower llamaron a la puerta del castillo de Chilton pidiendo refugio. El conde se lo concedió, les condujo a una cámara secreta y les prometió que no les entregaría a sus perseguidores. El conde mantuvo su promesa; los enemigos de Tos Gower tuvieron que marcharse sin poder consumar sus propósitos asesinos. Sin embargo, el conde dejó a los Gower encerrados en aquella habitación para que murieran de hambre. La cámara no fue abierta hasta que hubieron transcurrido treinta años, cuando el hijo del conde rompió los sellos. A sus ojos se ofreció un espantoso espectáculo. Los Gower habían muerto de hambre lentamente, y al final, a juzgar por el aspecto de sus esqueletos, se habían entregado al canibalismo.

Otra versión de la leyenda señalaba que la habitación secreta había sido utilizada por los condes medievales como cámara de tortura. Se decía que los aparatos destinados al tormento se encontraban aún en la cámara, y que de ellos seguían colgando los restos de sus últimas víctimas, espantosamente retorcidos en su agonía.

Una tercera versión mencionaba a una de las antepasadas femeninas de los Chilton-Payne, lady Susan Glanville, la cual había hecho un pacto con el diablo. Fue condenada por brujería, pero consiguió escapar a la hoguera. La fecha y las circunstancias de su muerte eran desconocidas, pero se suponía que la cámara secreta estaba relacionada de algún modo con ella.

Mientras yo especulaba sobre aquellas distintas versiones de la horrible leyenda, la tormenta aumentó en intensidad. La lluvia repiqueteaba fuertemente contra las ventanas de la posada, y de cuando en cuando llegaba a mis oídos el lejano retumbar del trueno.

Contemplando los mojados cristales, me encogí de hombros y pedí otra pinta de cerveza.

En el momento en que me disponía a llevarme la jarra a los labios, la puerta de la posada se abrió de par en par y una ráfaga de aire frío mezclado con lluvia penetró en la sala. La puerta volvió a cerrarse y una alta figura, con el cuello del abrigo levantado hasta las orejas, avanzó hacia el mostrador. Quitándose la gorra, pidió que le sirvieran coñac.

No teniendo nada mejor que hacer, me dediqué a observarle. Parecía tener unos setenta años y haber pasado la mayor parte de su vida al aire libre, y su rostro, a pesar de las arrugas, denotaba firmeza y decisión. Su ceño estaba fruncido, como si

meditara en algún problema desagradable, pero sus fríos ojos azules me examinaron brevemente aunque con cierta deliberación.

No pude situarle en un ambiente determinado. Podía ser un granjero local, y sin embargo no creí que lo fuera. Le envolvía una especie de aureola de autoridad, y aunque sus ropas eran sencillas, me pareció que su calidad y su corte eran mejores que las de los campesinos de la región que hasta entonces había visto.

Un incidente vulgar nos hizo entrar en conversación. Un trueno más fuerte que los demás le impulsó a volverse hacia la ventana. Al hacerlo, rozó con el codo su húmeda gorra y ésta cayó al suelo. La recogí y se la entregué; me dio las gracias; y entonces intercambiamos algunas observaciones acerca del tiempo.

Tenía la intuitiva sensación de que, a pesar de que el desconocido era un individuo normalmente retraído, se encontraba ahora preocupado por algún grave problema, lo cual le hacía desear oír una voz humana. Aunque me daba cuenta de que mi intuición podía engañarme, empecé a hablar volublemente acerca de mi viaje, acerca de mis investigaciones genealógicas en Kilkenny, Londres y Chesterfield, y finalmente acerca de mi lejano parentesco con los Chilton-Payne y mi deseo de echarle una buena mirada al castillo de Chilton.

De pronto, descubrí que me estaba mirando con una expresión muy rara. Se produjo un embarazoso silencio. Carraspeé, preguntándome qué podía haber dicho para que aquellos fríos ojos azules me miraran con tanta fijeza.

Al final, el desconocido se dio cuenta de mi turbación.

—Perdone que le mire así —se disculpó—, pero ha dicho usted algo… —Vaciló —. ¿Tiene inconveniente en que nos sentemos?

Señalaba hacia una pequeña mesa situada en el extremo más alejado de la sala, medio envuelta en sombras.

Asentí, intrigado y curioso, y nos dirigimos hacia la mesa en cuestión.

Nos sentamos, y el desconocido permaneció unos instantes en silencio, con el ceño fruncido, como si no supiera cómo empezar. Finalmente, se presentó a sí mismo como William Cowath. Mencioné mi nombre y Mr. Cowath vaciló de nuevo. Por último bebió un sorbo de coñac y me miró fijamente.

—Soy el comisionado del castillo de Chilton —dijo.

Le contemplé con sorpresa y renovado interés.

—¡Qué agradable coincidencia! —exclamé—. Entonces, tal vez mañana pueda usted permitirme que le eche una mirada al castillo…

No parecía escucharme.

—Sí, sí, desde luego —murmuró con aire ausente.

Molesto por aquella actitud, permanecí silencioso.

Al cabo de un rato, Mr. Cowath empezó a hablar con inusitada rapidez.

—Hace una semana, Robert Chilton-Payne, doceavo conde de Chilton, fue enterrado en el panteón familiar. Frederick, su heredero, alcanzó la mayoría de edad hace tres días. ¡Y esta noche tiene que ser conducido a la cámara secreta!

Contemplé a mi interlocutor con una expresión de incredulidad. Por un instante pensé que había oído hablar de mi interés por el castillo de Chilton y estaba divirtiéndose a mi costa, tomándome por un crédulo turista.

Pero en sus ojos no había la más leve sombra de humor. Era evidente que estaba hablando muy en serio.

—¡Qué cosa más rara! —murmuré—. En el momento en que ha llegado usted, estaba pensando en las diversas leyendas relacionadas con la famosa cámara secreta.

Sus fríos ojos sostuvieron los míos.

—No hablo de leyendas —dijo—. Hablo de un hecho.

Un escalofrío de temor y de excitación recorrió mi cuerpo.

—¿Va usted a ir allí… esta noche?

Asintió.

—Esta noche. Yo, el joven conde… y otra persona.

Le miré, cada vez más intrigado.

—Normalmente, nos acompañaría el propio conde. Ésta es la costumbre. Pero está muerto. Poco antes de morir, me dio instrucciones para que escogiera a alguien que nos acompañara al joven conde y a mí. Esa persona tiene que ser varón… y con preferencia del linaje.

Bebí un buen sorbo de cerveza y no dije nada.

El comisionado continuó:

—Aparte del joven conde, en el castillo sólo habitan su anciana madre, lady Beatrice Chilton, y una tía enferma.

—¿En quién estaba pensando el conde? —inquirí cautelosamente.

El comisionado enarcó las cejas.

—En la región residen algunos primos lejanos. Supongo que pensaba que alguno de ellos asistiría al funeral. Pero no se presentó ninguno.

—También es desgracia —observé.

—Una verdadera desgracia. Y, en consecuencia, tengo que rogarle, en nombre del linaje, que esta noche nos acompañe al joven conde y a mí a la cámara secreta.

El asombro me dejó sin habla. En el exterior, los relámpagos zigzagueaban sin cesar y la lluvia seguía cayendo a raudales. Cuando las plumas de hielo dejaron de cosquillearme el estómago, conseguí articular una respuesta.

—Pero, yo…, es decir…, mi parentesco es remotísimo… En realidad, no puede decirse que pertenezca al linaje… Yo…

El comisionado se encogió de hombros.

—Lleva usted el nombre. Y posee al menos unas cuantas gotas de la sangre de los Payne. Dada la urgencia de las actuales circunstancias, es más que suficiente. Estoy convencido de que el conde Robert estaría de acuerdo conmigo, si pudiera hablar. ¿Vendrá usted?

No había modo de escapar a la intensidad, a la presión de aquellos fríos ojos azules. Parecían taladrar mi cerebro mientras trataba de idear nuevas excusas.

Finalmente —inevitablemente, me atrevo a decir—, accedí. Tenía la sensación de que el encuentro no había sido casual, que desde siempre había estado destinado a visitar la cámara secreta del castillo de Chilton.

Terminamos nuestras bebidas y yo subí a mi habitación en busca de algo con que protegerme de la lluvia. Cuando volví a bajar, envuelto en un recio impermeable, el posadero estaba roncando en su taburete a pesar de los furiosos estallidos del trueno que ahora eran casi incesantes. Confieso que le envidié mientras salía de la caldeada sala en compañía de William Cowath.

Una vez fuera, mi guía me informó que tendríamos que ir a pie hasta el castillo. Había bajado a pie a propósito, me explicó, a fin de disponer de más tiempo y soledad para meditar en el grave problema que tenía planteado.

La lluvia, el viento y el rugido del trueno hacían difícil la conversación. Eché a andar detrás del comisionado, el cual daba unas enormes zancadas y parecía conocer palmo a palmo el camino, a pesar de la oscuridad.

Anduvimos una corta distancia por la calle de la aldea y luego nos metimos en un camino lateral que no tardó en convertirse en un sendero, peligrosamente resbaladizo a causa de la lluvia.

Bruscamente, el sendero empezó a ascender; el camino se hizo más penoso. Resultaba indispensable concentrar toda la atención en los pies. Por fortuna, los relámpagos eran cada vez más frecuentes.

Me pareció que llevaba andando una hora —en realidad supongo que no eran más que unos minutos— cuando el comisionado se detuvo.

Me encontré de pie a su lado en una especie de llanura rocosa. El comisionado señaló hacia una sombra que se erguía delante de nosotros.

—El castillo de Chilton —dijo.

Durante unos instantes no vi absolutamente nada en la impenetrable oscuridad que nos rodeaba. Luego llameó un relámpago. A su claridad divisé un gran castillo normando, cuadrado, con cuatro torres rectangulares en las esquinas, taladrado por angostas aberturas en forma de ventanas que parecían acechantes y diabólicos ojos. La enorme construcción estaba medio cubierta por un manto de hiedra que parecía más negra que verde.

—¡Parece increíblemente antiguo! —comenté.

William Cowath asintió.

—Empezó a edificarlo Henry de Montargis, en 1122.

Y sin añadir nada más echó a andar hacia el castillo.

A medida que nos acercábamos a la muralla, la tormenta se hacía más intensa. El rumor del agua y el aullido del viento no permitían hablar. Inclinamos nuestras cabezas y seguimos adelante.

Cuando finalmente llegamos a la muralla, quedé sorprendido por su altura y su espesor. Era evidente que había sido construida para poder resistir a los mejores cañones de asedio.

Mientras cruzábamos un puente levadizo, miré hacia abajo y vi el negro cauce de un foso, pero la oscuridad no me permitió averiguar si llevaba agua o no. Un portón en forma de arco abierto en la muralla daba acceso al patio de armas. El patio estaba completamente vacío, a excepción de los riachuelos de agua que discurrían por él.

Cruzando el patio con rápidas zancadas, el comisionado me condujo a otro portón en forma de arco abierto en otra muralla. A la otra parte había un segundo patio, más pequeño, y más allá se alzaban las paredes del castillo propiamente dicho.

Tras cruzar un oscuro pasadizo, nos encontramos delante de una enorme puerta de madera de encina ennegrecida por el tiempo, reforzada con claveteadas planchas de hierro. El comisionado abrió esta puerta de par en par y ante nuestros ojos apareció el gran vestíbulo del castillo.

Cuatro largas mesas labradas a mano, con sus correspondientes bancos, ocupaban casi toda la longitud del vestíbulo. Unos candelabros de metal, oxidados por el paso de los años, sostenían las velas que iluminaban la estancia, clavados a las columnas de piedra labrada cuya función no era decorativa, sino la de aguantar el techo. Alineados a lo largo de las paredes veíanse escudos heráldicos, armaduras, alabardas, lanzas y banderas, los acumulados trofeos y premios de siglos sangrientos, cuando cada castillo era casi un reino en sí mismo. El espectáculo resultaba impresionante.

William Cowath agitó una mano.

—Los castellanos de Chilton vivieron de la espada durante muchos siglos.

Cruzó el gran vestíbulo y entró en otro pasadizo escasamente iluminado. Le seguí en silencio.

Mientras avanzábamos, me habló en voz baja.

—Frederick, el joven heredero, no tiene una naturaleza robusta. La muerte de su padre le afectó mucho… y siente un gran temor por la ceremonia que vamos a celebrar esta noche.

Deteniéndose ante una puerta con flores de lis grabadas en la madera y adornos de metal, el comisionado me dirigió una enigmática mirada y luego llamó con los nudillos.

Alguien preguntó quién llamaba, y el comisionado se identificó. Se oyó el ruido de un pesado cerrojo al descorrerse y la puerta se abrió.

Si los Chilton-Payne habían sido obstinados luchadores en su época, la sangre guerrera parecía haberse diluido considerablemente en las venas de Frederick, el joven heredero y ahora decimotercer conde de Chilton. Vi ante mí a un joven delgado, de tez pálida, cuyos ojos oscuros y hundidos tenían una expresión asustada. Iba vestido de un modo a la vez teatral y anacrónico: chaqueta y pantalones de terciopelo de color verde hoja, con encajes blancos en el cuello y en los puños.

Nos hizo seña de que pasáramos, como a regañadientes, y cerró la puerta. Las paredes de la pequeña habitación estaban enteramente cubiertas con tapices que reproducían escenas de caza o batallas medievales. Una corriente de aire procedente de una ventana o de otra abertura los hacía oscilar continuamente; parecían tener vida

propia. En un rincón había una antigua cama con dosel; en otro, un amplio escritorio con una lámpara de ágata.

Después de una breve presentación, la cual incluyó una explicación de los motivos de que yo me encontrara allí para acompañarles, el comisionado preguntó si Su Señoría estaba preparado para visitar la cámara.

El rostro del joven Frederick perdió todo vestigio de color; sin embargo, asintió y nos acompañó al pasadizo.

William Cowath iba delante; el conde le seguía; y yo cerraba la marcha.

Al llegar al final del pasadizo, el comisionado abrió la puerta de un cuarto lleno de telarañas. Allí recogió unas cuantas velas, escoplos, un pico y un mazo. Después de meterlo todo en un saco de cuero que se colgó al hombro, cogió una antorcha de tea que estaba en una de las estanterías del cuarto. La encendió y esperó hasta que prendió la llama. Satisfecho con esta iluminación, cerró el cuarto y nos hizo seña de que le siguiéramos.

Llegamos a una escalera de caracol con peldaños de piedra que descendía. Alzando su antorcha, el comisionado empezó a bajar. El conde y yo le imitamos en silencio.

La escalera tenía más de cincuenta peldaños. A medida que descendíamos, las piedras aparecían más húmedas y frías; también el aire se enfriaba más, y olía a moho y a humedad.

Al final de la escalera se abría un túnel, negro como la pez y silencioso.

El comisionado alzó su antorcha.

—El castillo de Chilton es normando, pero al parecer fue reedificado sobre unas ruinas sajonas. Se cree que los pasadizos que se encuentran en estas profundidades fueron construidos por los sajones. —Miró hacia el interior del túnel, con el ceño fruncido—. O por gente todavía más primitiva.

Vaciló unos instantes, y me pareció que estaba escuchando. Luego, dirigiéndonos una extraña mirada, se adentró en el túnel.

Eché a andar detrás del conde, estremeciéndome. El aire helado me traspasaba hasta la médula. Debajo de mis pies, las piedras estaban recubiertas de una capa de lodo y eran sumamente resbaladizas. Y no había más luz que la parpadeante claridad de la antorcha que el comisionado sostenía en alto.

Cuando llevábamos un rato andando, el comisionado se detuvo y de nuevo tuve la impresión de que estaba escuchando. Sin embargo, el silencio parecía absoluto y reemprendimos la marcha.

Al final del túnel encontramos otra escalera descendente. Ésta tenía solamente unos quince peldaños, y conducía a otro túnel que había sido excavado en la roca sobre la cual se asentaba el castillo. En las paredes había costras blanquecinas de salitre. El olor a moho era muy intenso. El aire helado estaba impregnado de un hedor fétido que me resultó especialmente repulsivo, aunque no pude darle nombre.

Finalmente, el comisionado se detuvo, alzó su antorcha y descargó de su hombro

el saco de cuero.

Vi que estábamos ante una pared levantada con alguna clase de piedra para la construcción. Aunque húmeda y manchada de salitre, era evidente que se trataba de un trabajo mucho más reciente que todo lo que habíamos encontrado hasta entonces.

William Cowath me entregó la antorcha.

—Sosténgala, por favor. Tengo velas, pero…

Dejando la frase sin terminar, sacó el pico e inició el asalto a la pared; la barrera era bastante sólida, pero en cuanto hubo abierto un agujero en ella utilizó el mazo y la tarea avanzó con más rapidez. Al cabo de un rato me ofrecí a manejar el mazo mientras él sostenía la antorcha, pero se limitó a sacudir la cabeza y continuó su trabajo de demolición.

En todo este tiempo el joven conde no había pronunciado una sola palabra. Al mirar su rostro pálido y tenso sentí lástima de él, a pesar de mi propia inquietud.

Bruscamente se produjo un silencio mientras el comisionado soltaba el mazo. Vi que quedaban más de dos pies de la parte inferior de la pared.

William Cowath se inclinó a examinarla.

—Hay suficiente espacio —comentó—. Creo que podremos pasar.

Volvió a cargarse el saco de cuero al hombro, tomó la antorcha de mi mano y se introdujo en la abertura. El conde y yo le seguimos.

Al entrar en la cámara, el fétido olor que había notado en el pasadizo nos rodeó como una nube. Empezamos a toser. El comisionado murmuró:

—No tardará en despejarse. Quédense cerca de la abertura.

Aunque el repulsivo hedor continuaba siendo intenso, al final pudimos respirar más libremente.

William Cowath alzó su antorcha y atisbo hacia las oscuras profundidades de la cámara. Lleno de temor, miré por encima de su hombro.

Al principio no oí ningún sonido y sólo pude ver paredes con costras de salitre y un húmedo suelo de piedra. Sin embargo, al cabo de unos instantes, en un apartado rincón, más allá de la vacilante claridad de la antorcha, vi dos diminutas manchas rojas. Traté de convencerme a mí mismo de que eran dos piedras preciosas, dos rubíes, brillando a la luz de la antorcha.

Pero supe inmediatamente —sentí inmediatamente— lo que eran: dos pupilas rojas que nos contemplaban con impresionante fijeza.

El comisionado habló en voz baja:

—Esperen aquí.

Avanzó hacia el rincón, se detuvo a medio camino y levantó la antorcha. Durante unos instantes permaneció silencioso. Finalmente emitió un largo y tembloroso suspiro.

Cuando habló de nuevo, su voz había cambiado. Era sólo un susurro sepulcral.

—Acérquense —nos dijo con aquella extraña y profunda voz.

Seguí al conde Frederick hasta que nos situamos uno a cada lado del

comisionado.

Cuando vi lo que había sobre el banco de piedra en aquel apartado rincón pensé que iba a desmayarme. Mi corazón dejó de latir durante unos interminables segundos. La sangre abandonó mis extremidades. Sentí deseos de gritar, pero mi garganta se negó a abrirse.

El ser que reposaba sobre aquel banco de piedra parecía un monstruo surgido del infierno. Las penetrantes y malignas pupilas rojas proclamaban que tenía una terrible vida, y sin embargo aquella vida se sustentaba a sí misma en un cuerpo renegrido y momificado que parecía un cadáver desenterrado. Aquella especie de cadáver tenía unos harapos mohosos pegados al cuerpo. Unos mechones de pelo blanco brotaban de su fantasmal y grisáceo cráneo. La abertura que ocupaba el lugar de la boca mostraba unas extrañas manchas.

Nos contemplaba con una maldad que desbordaba lo puramente humano. Resultaba imposible devolver la mirada a aquellas monstruosas pupilas rojas. Eran tan indescriptiblemente diabólicas, que se experimentaba la sensación de que la propia alma iba a consumirse en los fuegos de su malignidad.

Apartando la mirada, vi que el comisionado sostenía ahora al conde Frederick. El joven heredero se había desplomado sobre él. Miraba fijamente a la espantosa aparición con los ojos helados por el terror. A pesar de mi propia sensación de horror, le compadecí.

El comisionado volvió a suspirar y luego habló de nuevo en aquel tono sepulcral.

—Ante ustedes tienen a lady Susan Glanville —nos dijo—. Fue transportada a esta cámara y encadenada a la pared, en 1473.

Un estremecimiento de horror recorrió todo mi cuerpo; tuve la sensación de que nos encontrábamos en presencia de fuerzas malignas surgidas del Averno.

Al mirarlo, aquel espantoso ser me había parecido desprovisto de sexo, pero al sonido de su nombre la fantasmal mueca de una sonrisa contorsionó la fruncida boca manchada de rojo.

Por primera vez me di cuenta de que el monstruo estaba efectivamente encadenado a la pared. Los gruesos eslabones estaban tan ennegrecidos por el tiempo que me habían pasado inadvertidos.

El comisionado continuó, como si recitara una lección:

—Lady Glanville fue una antepasada materna de los Chilton-Payne. Tenía trato con el Diablo. Fue condenada como bruja, pero escapó a la hoguera. Finalmente, sus propios deudos la encerraron aquí y la encadenaron a la pared para que muriera de hambre.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió:

—Era demasiado tarde. Lady Glanville había hecho ya un pacto con los Poderes de las Tinieblas. Había sido una belleza. Odiaba a la muerte. Temía a la muerte. De modo que vendió su alma inmortal —y los cuerpos de su progenie— a cambio de la eterna vida terrenal.

La voz del comisionado llegaba a mis oídos como en una pesadilla; parecía proceder de una distancia infinita.

William Cowath continuó:

—Las consecuencias de romper el pacto son demasiado terribles para ser descritas. Ningún descendiente de lady Glanville se ha atrevido a hacerlo. Y así ha podido vivir durante casi quinientos años.

Creí que había terminado, pero me equivocaba. Mirando hacia arriba, alzó la antorcha hacia el techo de aquella cámara maldita.

—Esta cámara —dijo— se encuentra inmediatamente debajo de la cripta familiar. Cuando muere uno de los condes, el cadáver es depositado en la cripta. Pero, en cuanto se han marchado los sepultureros, el falso fondo de la cripta se desliza a un lado y el cadáver del conde cae en esta cámara.

Mirando hacia el techo, vi el rectángulo de la puerta de una trampilla.

La voz del comisionado se hizo casi inaudible.

—Una vez cada generación, lady Glanville se alimenta… con el cadáver del difunto conde. Es una cláusula de aquel espantoso pacto que no puede ser quebrantada.

Como si quisiera confirmar sus palabras, el comisionado inclinó su antorcha hasta que la llama iluminó el suelo a los pies del banco de piedra al cual estaba encadenado el vampírico monstruo.

Esparcidos por el suelo veíanse los huesos y el cráneo de un hombre adulto, manchados de sangre fresca. Y a cierta distancia había otros huesos humanos, amarillentos o carcomidos por el tiempo.

En aquel momento, el joven conde Frederick empezó a gritar. Sus histéricos alaridos llenaron la cámara. El comisionado le sacudió rudamente, pero el joven continuó gritando como un poseso.

Durante unos instantes, el monstruo tendido en el banco le contempló con sus espantosas pupilas rojas. Finalmente emitió un sonido, una especie de cloqueo que pretendía ser una risa.

De repente, y de un modo completamente imprevisto, el monstruo empezó a deslizarse sobre el banco y trató de avanzar hacia el joven conde. La cadena que lo sujetaba a la pared sólo le permitía avanzar un par de metros. Pero lo intentó una y otra vez, profiriendo una especie de aullidos que erizaron los cabellos de mi cabeza.

William Cowath enfocó su antorcha hacia el monstruo, pero éste continuó agitándose espantosamente. La cámara de pesadilla resonaba con los gritos del conde y los horribles aullidos de aquel ser infernal. Temí volverme loco si no escapaba inmediatamente de tan horrendo lugar.

Miré al comisionado y me di cuenta de que también él empezaba a experimentar los efectos de aquella indescriptible situación. Vi que sus ojos se posaban en la pared a la cual estaban fijadas las cadenas que sujetaban al monstruo.

Intuí lo que estaba pensando. ¿Resistirían las cadenas, después de tantos siglos de

herrumbre y humedad?

En un repentino impulso, sacó de uno de sus bolsillos algo que brilló a la luz de la antorcha. Era un crucifijo de plata. Avanzando unos pasos, colocó el crucifijo ante el retorcido rostro del monstruo que en otra época había sido la hermosa lady Susan Glanville.

El monstruo retrocedió profiriendo un grito de agonía que ahogó los alaridos del conde. Se derrumbó sobre el banco, bruscamente silencioso e inmóvil; los latidos de su repulsiva boca y el fuego del odio que ardía en sus rojas pupilas eran las únicas pruebas de que continuaba viviendo.

William Cowath se dirigió a él:

—¡Ser infernal! ¡Si bajas de ese banco antes de que salgamos de esta cámara y volvamos a sellarla, juro que te colgaré esta cruz al cuello!

Las pupilas rojas contemplaron al comisionado con una expresión de odio abismal imposible de describir. Despedían fuego, realmente. Y, sin embargo, leí en ellas algo más: miedo.

De pronto me di cuenta de que el silencio había descendido sobre aquella cámara de horrores. Duró únicamente unos instantes. El conde había cesado de gritar, pero ahora hacía algo peor: se estaba riendo.

Era sólo una risita, pero resultaba más horrible que todos sus gritos.

El comisionado se volvió, señalándome con un gesto la pared parcialmente derruida. Cruzando la habitación, salí al pasadizo. Detrás de mí, el comisionado sostenía al joven conde, que arrastraba los pies como un anciano, sin dejar de reír para sí mismo.

Luego se produjo lo que me pareció un interminable intervalo, durante el cual el comisionado fue en busca de un saco de cemento y de un cubo de agua que previamente había dejado en alguna parte del túnel. Trabajando a la luz de la antorcha, preparó el cemento y procedió a sellar la cámara, utilizando las mismas piedras que había quitado.

Mientras el comisionado trabajaba, el joven conde permanecía sentado en el túnel, completamente inmóvil, riéndose en voz baja.

En el interior de la cámara reinaba el silencio. Una vez, solamente, oí las cadenas del monstruo chocar contra la piedra.

Finalmente, el comisionado terminó su tarea y nos condujo de nuevo a través de aquellos pasadizos manchados de salitre y las húmedas escaleras. El conde apenas podía subirlas; el comisionado le arrastraba penosamente de peldaño en peldaño.

Cuando llegamos a la habitación de los tapices el conde se sentó en su cama y se quedó mirando fijamente el suelo, sin cesar de reír. En contra de lo que afirman los que se las dan de entendidos, observé que su pelo negro se había convertido en gris. Después de convencerle para que se bebiera un vaso de líquido que sin duda contenía una fuerte dosis de sedante, el comisionado consiguió que el conde se tendiera en la cama.

William Cowath me acompañó a otro dormitorio. Deseaba marcharme inmediatamente de aquel castillo infernal, pero Ja lluvia seguía arreciando y no estaba seguro de poder encontrar el camino de regreso a la aldea sin un guía.

El comisionado sacudió la cabeza tristemente.

—Temo que Su Señoría esté condenado a una muerte temprana. Nunca fue demasiado fuerte, y los acontecimientos de esta noche pueden haber trastornado su mente…, pueden haberle debilitado más allá de toda esperanza de recuperación.

Expresé mi simpatía y mi horror. Los fríos ojos azules del comisionado se clavaron en los míos.

—Es posible —dijo— que, en caso de que se produzca la muerte del joven conde, usted mismo pueda ser considerado… —Vaciló—. Pueda ser considerado —concluyó finalmente— como uno de los que se encuentran en la línea de sucesión.

No quise oír nada más. Le di las buenas noches, cerré la puerta del dormitorio y traté —inútilmente— de dormir, aunque sólo fueran unos minutos.

Pero el sueño no llegó. Tuve febriles visiones de aquel monstruo de pupilas rojas escapando de sus cadenas, abriéndose paso a través de la pared y trepando por aquellas heladas y resbaladizas escaleras…

Antes de que amaneciera abrí silenciosamente la puerta del dormitorio y me deslicé como un ladrón a través de los fríos pasadizos y el gran vestíbulo desierto del castillo. Crucé los dos patios y el puente levadizo tendido sobre el negro foso, y eché a correr en dirección a la aldea.

Mucho antes del mediodía estaba en camino hacia Londres. La suerte me favoreció: al día siguiente salía uno de los buques que efectúan la travesía del Atlántico.

Nunca volveré a Inglaterra. Me he propuesto mantenerme siempre a un océano de distancia, como mínimo, del castillo de Chilton y de su permanente ocupante.

LOS INQUILINOS

AQUEL mes de enero, Madge y yo necesitábamos desesperadamente encontrar piso. Dos días antes de que nos desahuciaran —por ocupación de la vivienda por el propietario—, alguien nos habló de la casa en las afueras de Clarisville.

Nos dirigimos inmediatamente hacia allí, hicimos algunas pesquisas y localizamos a la dueña de la casa, una tal Mrs. Dallis, la cual accedió a enseñarnos la finca.

La casa era un edificio de aspecto corriente, de dos pisos, situada al final de una calle tranquila. Necesitaba unas capas de pintura, un empapelado nuevo y varios cristales en las ventanas. Un peldaño del porche crujía sospechosamente, y el terreno que rodeaba la casa tenía que ser allanado. Asimismo, debíamos firmar un contrato por dos años.

La alquilamos, desde luego. Era mucho mejor que una tienda de campaña en el jardín de la casa de un amigo.

Cuando mencionamos la amenaza de desahucio que pendía sobre nuestras cabezas, Mrs. Dallis nos permitió trasladarnos en seguida. De modo que teníamos los muebles en la casa antes de haber firmado el contrato.

Unos días después nos dirigimos a casa de Mrs. Dallis para estampar nuestras firmas. Nos invitó a pasar y se mostró muy cordial, pero tras los preliminares habituales se produjo una breve pausa y Mrs. Dallis dijo:

—Hay un detalle…

Nuestros corazones se saltaron un latido. Desde el primer momento, mientras nos alegrábamos de nuestra buena suerte, Madge y yo nos habíamos preguntado si no habría alguna triquiñuela oculta en el asunto.

Después de mencionar el «detalle», Mrs. Dallis se movió con cierto nerviosismo en su silla. Para Madge y para mí, que estábamos ya sobre ascuas, aquel nerviosismo no resultó tranquilizador, ni mucho menos.

Finalmente, nuestra nueva casera habló.

—Bueno —dijo—, no quiero ocultarles nada. Hace unos años, la casa que ustedes han alquilado estuvo ocupada por una tal Mrs. Molleman. Era una mujer un poco… extravagante. Las opiniones acerca de ella eran contradictorias. Algunos decían que se trataba de una inofensiva anciana con las naturales rarezas provocadas por su vida solitaria. Otros la pintaban como una mujer vengativa, incluso cruel. Por ejemplo, tenía en la casa más de una docena de gatos y perros. Corrían rumores de que no trataba bien a los animales. Por lo que yo sé, los rumores eran completamente infundados.

Mrs. Dallis nos miró fijamente para comprobar el efecto que sus revelaciones nos estaban causando.

—Una noche —continuó—, los vecinos que vivían al otro extremo de la calle oyeron una terrible conmoción procedente de la casa de Mrs. Molleman. Los perros

ladraban y aullaban furiosamente, en tanto que los gatos no cesaban de maullar. Los vecinos decidieron ir a ver lo que pasaba, pero los animales enmudecieron de repente, de modo que volvieron a acostarse.

»Sin embargo, dos días después, al comprobar que de la casa no había surgido ningún sonido más, avisaron a la policía. Cuando los agentes forzaron la puerta, se encontraron ante un espectáculo horripilante. La docena aproximada de gatos y perros, degollados, estaban tendidos en charcos de su propia sangre. Había al menos uno de ellos en cada habitación de la casa. Mrs. Molleman estaba en el desván: se había ahorcado, colgándose de una viga. La casa estaba revuelta de arriba abajo. Daba la impresión de que los animales habían enloquecido al olor de la sangre después de que Mrs. Molleman degolló a un par de ellos. Al parecer, había tenido que darles caza por toda la vivienda. Había manchas de sangre por todas partes.

Mrs. Dallis suspiró profundamente.

—Se dijo que Mrs. Molleman se había suicidado porque padecía una enfermedad incurable. Algunos de los vecinos opinaron que había matado a los animales para dar satisfacción a sus malos instintos, pero no falta quien cree que lo hizo para que las bestezuelas no pasaran hambre ni fueran objeto de malos tratos cuando ella faltara.

Mrs. Dallis se echó hacia atrás en su asiento y nos miró; al parecer, sus espantosas revelaciones habían terminado.

Madge, sorprendentemente, fue la primera en hablar.

—Es una historia terrible, desde luego —admitió, frunciendo el ceño—, pero no creo que tenga nada que ver con la firma del contrato. Ni Jim ni yo somos supersticiosos.

Mrs. Dallis asintió.

—Me parece muy bien —dijo—. Yo tampoco lo soy. Sin embargo, el 20 de octubre de cada año —el aniversario de aquella horrible noche— han venido observándose ciertas… ejem… manifestaciones. Por lo tanto, el contrato que van a firmar estipula que desde las seis de la tarde a las seis de la mañana de cada 20 de octubre, cerrarán ustedes la casa y permanecerán fuera.

Madge y yo nos miramos. Era una cláusula muy rara, desde luego, pero a fin de cuentas pasar una noche al año fuera de casa no representaba un gran inconveniente.

Convinimos en respetar la cláusula y firmamos el contrato. Al salir de la casa de Mrs. Dallis, Madge y yo discutimos el asunto. Llegamos a la conclusión de que las «manifestaciones» sólo existían en la imaginación de nuestra casera. Octubre estaba muy lejos… y ahora teníamos una casa.

Aquel año fue muy próspero y feliz para nosotros y los meses pasaron volando. Madge y yo estábamos demasiado atareados para preocuparnos por los fantasmas de ancianas o de animales. Nunca nos tropezamos con ninguno en la casa, y aunque a veces recordábamos la cláusula del 20 de octubre y bromeábamos acerca de ella, estábamos tan ocupados con otros asuntos que casi habíamos olvidado la fecha cuando finalmente llegó. Sin embargo, Mrs. Dallis había previsto aquella posibilidad:

a las cinco de la tarde del 20 de octubre nos llamó por teléfono para asegurarse de que íbamos a abandonar la casa a las seis.

Nos quedaba menos de una hora para recoger los objetos indispensables para pasar la noche fuera de casa. En realidad, faltaba medio minuto para las seis cuando salimos, después de cerrar cuidadosamente todas las puertas y ventanas.

Convertimos el asunto en una pequeña fiesta. Cenamos en un buen restaurante, fuimos al teatro y dormimos en un hotel.

A la mañana siguiente, Madge me aseguró que no sentía ninguna clase de temor ante la idea de regresar a casa, y que sería una tontería por mi parte levantarme más temprano a fin de poder echarle un vistazo a nuestro hogar antes de dirigirme a la oficina.

Le dije que iría directamente a la oficina desde el hotel, dejándole la tarea de entendérselas con los fantasmas que pudiera haber en la casa.

Sin embargo, cuando salí a la calle era más temprano de lo que creía; y un oscuro impulso me convenció para que me dirigiera hacia las afueras, a fin de echarle un vistazo a nuestro hogar antes de ir a mi trabajo.

Siempre he agradecido el misterioso impulso que me decidió a cambiar de idea aquella mañana.

Cuando abrí la puerta y entré en la casa, todo parecía estar en orden. Las ventanas y la puerta trasera continuaban cerradas y no faltaba nada. Recorrí la casa desde la bodega al desván sin encontrar ninguna anormalidad.

Finalmente, sintiéndome algo avergonzado, me senté en una de las butacas del saloncito para descansar un momento antes de marcharme a la oficina.

Mientras estaba allí sentado, divisé un pequeño objeto que asomaba por detrás del diván en el lado opuesto de la habitación. No podía distinguir lo que era; la curiosidad me impulsó a levantarme y echar una mirada detrás del diván.

Al inclinarme a mirar, la sangre se heló en mis venas. En el suelo, oculto por el mueble, había un montón de pieles en medio de un charco de sangre: nuestro gato, *Jinko, degollado*. Lo que yo había visto asomando por detrás del diván era la punta de su rabo.

La noche anterior, en nuestra prisa por marcharnos, nos habíamos olvidado de *Jinko*. No le habíamos visto en la casa, y creo que lo mismo Madge que yo supusimos, subconscientemente, que estaba fuera cuando cerramos la puerta.

Limpié cuidadosamente el suelo, enterré al animalito en un rincón del patio trasero, me serví una generosa ración de whisky y me marché a la oficina. Durante el día llamé por teléfono a Madge varias veces para asegurarme de que no había novedad.

Desde luego, Madge se mostró algo suspicaz cuando vio que *Jinko* no aparecía por la casa. Pero no era la primera vez que nuestro gato salía de parranda, y finalmente la convencí de que el animal estaría vagabundeando o habría sufrido un accidente.

El verano siguiente, ahorré unos cuantos días de vacaciones; Madge y yo pasamos toda la semana del 20 de octubre en Maine. En diciembre pagué el primer plazo de una casa nueva. Nos trasladamos a ella poco antes de las Navidades… y uno de los regalos que recibió Madge fue un hermoso gatito persa.

Me había estado importunando durante meses para que le comprara uno, pero hasta entonces no me decidí a complacerla.

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DOCTOR HANRAY

Conrad Richter

DE haber sabido lo que iba a suceder, no hubiera venido», se dijo a sí mismo. Estaba de regreso en su valle natal. Había hecho un viaje de más de mil millas para contemplar de nuevo aquel triángulo de río y montañas azules que encerraba las fértiles tierras de labor. Aquí había nacido y se había criado. Conocía campos y bosques como la palma de su mano. Y sabía que, si existía alguna posibilidad de que se encontrara de nuevo a sí mismo, tenía que ser aquí.

Y, sin embargo, ahora que había llegado, el lugar no significaba nada para él. Parecía estar muerto, como todos los otros lugares en los cuales había estado desde que se le habían presentado aquellos ataques. Entonces, era cierto, se dijo a sí mismo. Lo suyo era grave; distinto, quizá, pero tan fatal como las quemaduras de radiación atómica que al principio había sospechado. Pero ni los médicos ni él mismo habían sido capaces de descubrir qué era exactamente.

Condujo lentamente hasta llegar al enorme cartelón que anunciaba: ROSE VALLEY. ZONA MILITAR. EJÉRCITO DE LOS EE.UU. PROHIBIDA LA ENTRADA. Delante de él, a derecha e izquierda, pudo ver la alta valla de acero rematada con alambre espinoso. Al llegar a la garita situada en la parte central del camino, obedeció al letrero que ordenaba: ¡STOP!

—Desearía entrar en la Capilla de Piedra —dijo.

—¿Para qué? —quiso saber el centinela.

—Sólo para echar una mirada. Me crié allí.

—No puede usted hacerlo. Es demasiado tarde. Además, no está permitida la entrada a los paisanos. Ésta es una zona militar. Muy secreta y altamente peligrosa.

—Lo sé —dijo el hombre del automóvil. Luego, al cabo de unos instantes—: Creo que tengo derecho a visitar las tumbas de mis padres.

—Tendrá usted que identificarse. —El centinela entró en la caseta y volvió a salir con un legajo de manoseados papeles, evidentemente una relación de los muertos que estaban enterrados en el valle—. ¿Qué nombre es?

—Mi padre se llamaba John Hanray, doctor John Hanray. Yo me llamo Peter Hanray. Aquí está mi documentación.

El centinela le miró fijamente. Su atezado rostro enrojeció. Sus angulosas facciones experimentaron una repentina transformación. Cuando habló, en su voz había una nota de respeto.

—Lamento no haberle reconocido, doctor Hanray. Ahora veo que es usted, por las fotografías de los periódicos. Comunicaré por teléfono al coronel Hollenbeck que está usted aquí… Lo encontrará en su oficina. Está en el Edificio A.

—No he venido a ver al coronel Hollenbeck —declaró Hanray tranquilamente—. Sólo deseo entrar y echar una mirada.

El centinela carraspeó.

—Sí, señor. Hablaré con el coronel, señor. —Entró apresuradamente en la caseta, y el visitante pudo oír algunas frases sueltas—: Sí, señor…, el mismo, señor…, el que fabricó la bomba A… Desea entrar… No, solo, completamente solo… Sí, señor, se lo

diré.

El centinela reapareció.

—El coronel va a bajar —anunció con aire satisfecho, como si se tratara de una victoria en la que él había participado, y empezó a hablar animadamente del valle, como si su trabajo en la zona les hubiera convertido en paisanos.

Delante de un lejano edificio, se levantó repentinamente una nube de polvo. Unos instantes después, un automóvil militar de color oliváceo cruzó la valla. El coronel Hollenbeck se apeó del vehículo.

—Lamento haberle hecho esperar, doctor Hanray —dijo, estrechando la mano del visitante—. Si nos hubiera comunicado usted que iba a venir, lo hubiéramos tenido todo preparado. De todos modos, si puede usted concederme irnos minutos, le acompañaré con mucho gusto.

—Gracias —dijo el científico fríamente—, pero mi visita no tiene carácter oficial. Es estrictamente personal. En estos momentos no estoy trabajando. En realidad, llevo una larga temporada de descanso. Tal vez sepa usted que me crié aquí, en la Capilla de Piedra. Me gustaría visitar las tumbas de mis padres y echar una mirada. Una cosa íntima. Estoy convencido de que lo comprende usted.

—Desde luego. —El rostro del coronel se nubló ligeramente—. Si es eso lo que desea, haré que mi chófer le acompañe.

—Si no le importa, me gustaría ir solo.

El rostro del coronel terminó de nublarse.

—Lo comprendo, señor. Desgraciadamente, las normas son muy estrictas, como usted sabe. Los visitantes tienen que ir acompañados de un guía, incluso los más distinguidos. Alguno de ellos podría perderse. Incluso hombres que han pasado en el valle la mayor parte de su vida regresan para trabajar aquí y quedan asombrados. Todas las cosas han sido cambiadas. Aunque estoy convencido de que si llamo por teléfono a Washington…

—No vale la pena —dijo el físico en tono cansado—. Aceptaré el guía. Pero adviértale que permanezca tan alejado de mí como le sea posible. Dé no ser así, prefiero no entrar. Cuando yo me detenga, tiene que pararse detrás de mí y aguardar. Espero que disponga usted de un hombre paciente. Puedo quedarme mirando, durante largo rato, algo que para él resulte absurdo:

Bueno, se dijo a sí mismo, mientras conducía a través de la valla de acero, el valle había cambiado, desde luego. Tal como el coronel le había advertido, apenas sabía dónde se encontraba. La hilera de edificios del Ejército, la ausencia de detalles del terreno familiares le tenían desconcertado. ¿Qué clase de granero habían levantado aquí, en este montón de piedras, y dónde estaba la casa? Todavía podían verse unas cuantas de las casas antiguas, pero aquella caja de tablas sin pintar no podía ser la casa de Foster, donde él había pasado tan buenos ratos.

Se detuvo, haciendo una seña al «jeep» que le seguía para que se colocara a su altura.

—Estoy tratando de descubrir dónde estoy. ¿Dónde está el camino que se utilizaba para bajar a Penny Hill?

—¡Oh! No existe ya ningún camino. El gobierno ordenó su desaparición.

Hanray experimentó una sensación de pesar y de desconcierto. Le tenía cariño a aquel camino de Penny Hill que había recorrido tantas veces cuando era un niño.

—Bueno —dijo—, tal vez pueda usted decirme quién vivía en esa casa.

Pero el guía no lo sabía.

—Quienquiera que fuese —añadió—, pataleó antes de marcharse.

—¿Por qué pataleó?

—Por todo y por nada. Primero dijo que no disponía de tiempo suficiente.

—¿Cuánto tiempo se les concede?

—La norma es la misma para todo el mundo. Tres días para obtener el dinero del gobierno y trasladarse. Pero los ocupantes de esa casa no quedaron satisfechos. Regresaron más tarde y trataron de comprar algunas de las cosas que habían vendido con la casa. Sus bañeras, sus fregaderas, sus hórreos y sus cobertizos. Alegaron que la casa que habían comprado no disponía de todo aquello, y que no podían permitirse el lujo de comprarlo nuevo.

—Bueno, el gobierno no necesitaba sus bañeras viejas.

—No, tenían que quemar la madera vieja y tirar las fregaderas y las bañeras al montón de la chatarra. El coronel dijo que costaría de veinticinco a cincuenta dólares de instancias el sacar de aquí cada bañera y cada fregadera. Y, además, se tardarían semanas en obtener la autorización. El coronel les dijo que lo olvidaran. Eran cosas de la guerra.

El científico enarcó las cejas.

—También aquí —murmuró para sí. Algunos de los vecinos se pusieron realmente pesados continuó explicando el hombre—. Se pegaron a sus casas y costó mucho trabajo despegarlos de ellas. La última fue una vieja. Se detuvo en la verja con todos sus cacharros y le contó al centinela todos sus pesares, diciéndole que su padre y su abuelo habían cultivado aquellas tierras antes que ella, y mucho antes aún las habían cultivado sus antepasados. El centinela escuchó hasta que se cansó. «Bueno, ahora sabrán ustedes lo que sentían los indios cuando ustedes les echaron», dijo.

El hombre uniformado del «jeep» se echó a reír, pero el físico no se rió.

—Temo que aquella anciana no había echado a ningún indio de aquí —dijo, en voz muy baja.

—Bueno, tal vez no. Pero teníamos que empezar a proporcionarles cosas a los hombres que luchaban en el frente. Como su bomba «A», por ejemplo. No era el momento de andarse con sentimentalismos.

El científico no hizo ningún comentario.

El hombre del «jeep» continuó, en tono de admiración:

—Creo que aquella bomba fue la mayor invención de todos los tiempos. Imagínese, destruir una ciudad entera y un centenar de millares de aquellas ratas de

un solo golpe… Pero he oído decir que no es nada comparado con lo que usted puede hacer ahora.

Con los labios muy apretados, Hanray pisó el acelerador y continuó avanzando lentamente.

Bueno, se dijo a sí mismo al cabo de un rato, por lo menos no habían destruido el camino que conducía a la granja de los Jarrett. Tenía que ser el que ahora estaba cruzando, aunque parecía mucho más corto y angosto que antes. ¡Cuántas veces había recorrido aquel camino con una de las chicas de Jarret a la salida de la iglesia o después de un ensayo del coro! Pero, ¿dónde estaban los árboles de Jarrett en los cuales se habían escondido una noche los hijos del pastor, para asustarle?

Se iba mucho más aprisa en un automóvil que en un *buggy*, desde luego. Esto era ya la iglesia de piedra, o Deckertown, como algunos lo llamaban, con la mitad de las casas desaparecidas y el resto convertido en cajas sin ventanas. La tienda de Tillbury se había volatizado, lo mismo que la herrería de Hulsizer y el establo rojo. Y ahora, repentinamente, al llegar a la curva donde el camino se bifurcaba en dos, uno en dirección a Maple Hill, y otro en dirección a Alvira, Hanray vio la antigua iglesia de piedra delante de él, con las puertas, las ventanas y la torre del campanario cegadas con tablas.

Detrás de la iglesia se encontraba la casa de su padre. Se apeó del automóvil y avanzó lentamente. La vista del lugar le impresionó un poco. ¿Podía ser éste su hogar juvenil, cuya idílica imagen había conservado en la mente durante todos aquellos años? La pintura había desaparecido, los porches se caían a pedazos, la talanquera se había desvanecido, los grandes arces habían sido cortados. No era más que una caja desnuda, una choza de dos pisos desprovista de todo vestigio de adorno y de comodidad. Las puertas y ventanas que él conocía tan bien habían sido cerradas con recias tablas de madera. Desde el lugar donde solía robarle las manzanas a Baldwin, pudo ver ahora el complejo industrial de los explosivos XYT, y, más allá, la hilera de chimeneas y de cubas de altos hornos irguiéndose contra el cielo otoñal.

No pudo soportar aquel espectáculo durante mucho tiempo, y se dirigió al cementerio. Únicamente aquí las cosas continuaban igual; unas cuantas tumbas más, quizá, pero todo lo demás estaba tal como lo recordaba. Había oído hablar de lo bien que el Ejército cuidaba de los muertos que habían quedado en la zona. Las tumbas tenían incluso mejor aspecto que antes, el césped estaba bien cortado, la negra verja de hierro aparecía intacta, las blancas lápidas limpiadas recientemente, Leyó de nuevo la inscripción grabada sobre la lápida de su padre: MÉDICO LEAL, arriba en letras mayúsculas, y más abajo, en cursiva, *Pasó por la vida haciendo el bien*. Aquello había sido cosa de su madre. Como joven científico, le había disgustado verlo cuando llegó a su casa después de la muerte de su padre. Pero ahora, las sencillas palabras le llenaron de emoción y de una extraña envidia. En cierta ocasión había pensado, se dijo a sí mismo, que se había distanciado demasiado de su padre, pero ahora se daba cuenta de que fue la vida de su padre la que se había distanciado

de la suya. De pie junto a las tumbas de sus padres dándole la espalda a las casas y a la iglesia semiderruidas, a los feos edificios militares e industriales, casi pudo creer que todo era un sueño. El viento soplaba desde la South Mountain, como siempre. Las cornejas graznaban sobre los antiguos campos sin cultivar de Penny Hill, cuya enorme y redondeada cabeza aparecía dorada por el sol poniente.

Era como si los vestigios de la apacible existencia que había conocido de muchacho continuaran allí, y se encontró a sí mismo buscándolos, cruzando la verja de hierro, pasando a través de la pequeña arboleda de los Kelly y trepando las empinadas laderas de Penny Hill.

De repente, se detuvo. En una pequeña hondonada, había dado con los restos del antiguo camino de Penny Hill. Más atrás y más adelante había sido completamente destruido Pero aquí, y por un breve trecho, se extendía inalterado e in alterable, con la misma corteza amarillenta, las mismas vallas estropeadas por el tiempo y la misma hierba reseca. Incluso olía como antes. Desde que se había marchado de aquí, Hanray había recorrido todo el país y la mayor parte del mundo, además. No había encontrado ningún lugar que oliera como Rose Valley. Los tres cerezos negros, más viejos y más recios, seguían irguiéndose junto a la valla, y Hanray se alegró de poder apoyarse en uno de ellos para descansar de la penosa ascensión.

Cuanto más tiempo llevaba allí, en el suave atardecer, más vivida era la sensación de que no se había marchado nunca. Aquí, nada había cambiado. Casi podía creer que continuaba siendo un chiquillo y que, detrás de él, el valle permanecía intacto e inmutable. Este había sido su camino favorito al regresar de la escuela. Había pasado tantas veces por este lugar, que imaginó que el suelo debía conservar la impronta de sus pies. En esta época del año, al atardecer, regresaba de la escuela por este camino lentamente, con los libros debajo del brazo, saboreando el paisaje y el olor a vida. Ahora, forzando la vista a través de la creciente oscuridad, casi pudo sentirse como un chiquillo avanzando por el camino, guiado por la iluminada ventana de su casa.

Sus nervios experimentaron una sacudida. ¿Era pura imaginación, o veía realmente acercarse algo? Sí, estaba avanzando por el camino. Ahora podía ver claramente la borrosa figura de un muchacho que llevaba pantalones cortos y una cartera de escolar debajo del brazo. Tenía que estar realmente enfermo, se dijo a sí mismo, ya que ni más adelante ni más atrás había ningún camino por el cual pudiera haber llegado el muchacho o por el cual pudiera continuar avanzando. Además, en la época actual los muchachos de su edad no llevaban pantalones cortos. Sin embargo, Hanray podía oír claramente el sonido de los pasos del muchacho. Se dijo a sí mismo que tenía que ser un muchacho real, alguien que vivía en el valle, que conocía este atajo y que tenía autorizado el paso por los centinelas. Luego, cuando el muchacho llegó a su altura, reconoció el familiar jersey ribeteado en rojo que había sido suyo. Recordaba incluso el olor a tinte que llenaba su olfato cada vez que se lo ponía.

Al ver a un desconocido, el muchacho se apartó al otro lado del camino.

Háblale…, háblale antes de que desaparezca, se dijo el hombre a sí mismo.

Pero, cuando lo hizo, su voz sonó ronca y extraña.

—¿Vives por aquí, muchacho? —respondió el chiquillo, deteniéndose, pero sin acercarse a su interlocutor.

¿Hay algún médico por estos alrededores?

—Hay dos en el pueblo, y uno en la iglesia de piedra.

¿Sabes cómo se llama el médico que vive en la iglesia de piedra?

—Hanray… Doctor John Hanray.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Peter Hanray —respondió el muchacho, y empezó a alejarse.

—¡Espera, iré contigo! —dijo el hombre, en cuanto fue capaz de hablar.

Formaban una extraña pareja caminando en la semioscuridad del atardecer, el muchacho delante, apresurándose, el hombre siguiéndole pesadamente detrás. Hanray esperaba ver desaparecer el camino de un momento a otro, y que se hicieran visibles las frías luces eléctricas de los barracones del Ejército y de los edificios del complejo XYT. Pero alrededor de ellos no había más que la difusa claridad del crepúsculo en un campo sin postes ni estructuras metálicas. Divisó el débil resplandor de una lámpara de petróleo cuando pasaron por delante del granero rojo de los Bomboy, así como en la casa de los Peysher y en la cabaña de troncos de Hauser. En la casa amarilla de los Shaffer y en la sin pintar de los Klines, los chiquillos jugaban y gritaban en el patio. Aquí, el camino de Penny Hill se unía al otro camino, como antaño, mientras más adelante la arboleda de los Jarrett se extendía oscura y misteriosa como siempre. Mientras descendían por el camino que conducía a la aldea, Hanray pudo percibir el aroma del humo de los fuegos de leña, de las patatas asadas y del tocino curado. La herrería de Hulsizer estaba todavía abierta. En la oscuridad brillaba una llama rojiza que permitía divisar la forma oscura de un caballo esperando pacientemente.

Y ahora el científico notó que su respiración se hacía más agitada, ya que estaban llegando a la blanca empalizada que rodeaba la casa de su padre. Una de las ventanas estaba iluminada. Era la ventana de la cocina, y Hanray se sintió acometido por el repentino temor de que las dos personas a las cuales deseaba ver no estuvieran allí.

El muchacho corrió delante de él, cruzó la verja y subió los escalones del porche. Abrió la puerta, y el hombre que iba detrás de él vio la cocina tal como siempre la había recordado, con el cubo de agua sobre el pedestal, la estufa de leña humeando con ollas y cacerolas, y junto a ella su madre, más real de lo que la había imaginado, con un vestido y un delantal que eran uña y carne de la juventud de Hanray. Deseó echar a correr hacia ella, pero la sonrisa y la ansiosa mirada de su madre fueron exclusivamente para el muchacho.

—Estaba en Penny Hill —dijo el muchacho—. Quiere ver a papá.

Su madre dejó de sonreír, y su rostro adquirió la gravedad que mostraba al mundo exterior.

—¿Quiere usted pasar? —le invitó cortésmente, como si se dirigiera a un

desconocido.

Apenas pudo dominar su emoción mientras penetraba en aquella habitación que le era perfectamente conocida. La mesa estaba puesta como lo había estado siempre cuando regresaba de la escuela; los platos que había olvidado hacía mucho tiempo, adornados con flores de color de rosa, el plato de cristal azul de la mantequilla y los plateados cubiertos. Pudo oler también el aroma de las judías estofadas, mezclado con la fragancia resinosa de la estufa.

Se dio cuenta de que su madre le examinaba con disimulada curiosidad. Por unos instantes, su corazón dejó de latir, creyendo que le había reconocido. Pero continuó hablándole como a un visitante.

—¿Quiere usted pasar al despacho de mi marido? O, si lo prefiere, puede esperar en el saloncito. Peter encenderá la lámpara. El doctor no puede tardar.

Hanray no se atrevió a hablar. Se dejó conducir al saloncito. Aquí podría recobrarse, se dijo a sí mismo, en cuanto le dejaran solo. Conocía todos aquellos muebles humildes y gastados mucho mejor que cualquiera de los que llenaban su lujoso hogar de Midwest. Las borlas verdes seguían colgando del tapete de la mesa; el sofá colocado junto a la puerta, las flores azules del empapelado y las manchas en la alfombra. Sus abuelos Ainsley en la pared, y unas cuantas fotografías sobre el órgano y la mesa, pero ninguna de su padre, de su madre o suya. Hubiera sido imperdonable vanidad u orgullo colocar un retrato de la familia inmediata en el propio saloncito. Lo único que ahora faltaba, además de su padre, era «Doxy», el lanudo perro pastor.

Se sentó, muy rígido. Las ruedas de un *buggy* rechinaron alrededor de la casa, y poco después oyó los inconfundibles pasos de su padre. Unos instantes más y entró en el saloncito un hombre vestido como un campesino, con una barba de color castaño y un maletín en la mano. Parecía cansado. Seguramente había pasado en vela la noche anterior, atendiendo a algún paciente que vivía en la montaña. El verle hizo experimentar de nuevo a Hanray la sensación que le había inspirado su padre cuando era un chiquillo, una especie de vergüenza de que no fuera rico y famoso como el doctor Grove o el doctor Hereward, que vivían en el pueblo; de que ejerciera la medicina casi gratuitamente; y, especialmente, de que nunca se revistiera de la dignidad profesional de que se revestían los médicos del pueblo. Ellos eran hombres de ciencia y estaban por encima de cosas tan inferiores como la humildad y la religión. Su padre, en cambio, acudía a la iglesia como cualquier campesino ignorante, e incluso actuaba como superintendente de la escuela dominical cuando podía, acogiendo a los desconocidos con la afabilidad y la simpatía de un Pastor. Ésta era una de las cosas que a Hanray le habían dolido cuando era un chiquillo: que su padre se mostrara tan afectuoso con un desconocido como con su propia familia. Pero hoy, ahora que él mismo era un desconocido, le inundó una indecible gratitud por la calurosa acogida de su padre y por los amables ojos castaños que escrutaron su rostro.

—¿Cómo está usted? —le saludó, estrechando su mano y mirándole del modo

que solía hacer cuando trataba de recordar un nombre—. Tengo la impresión de que le conozco, pero no puedo recordar su nombre. ¿Vive usted por estos alrededores?

—Había vivido —dijo el visitante.

—¿Hace mucho tiempo?

—Muchísimo.

—¿Ha venido usted de muy lejos, quizá?

—De muy lejos, en efecto.

—Hubiera llegado antes —se disculpó su padre—, pero he estado en casa de los Berry. Tal vez les recuerde usted. El anciano Mr. Berry está muy débil. Es muy poco lo que un médico puede hacer por él, excepto rezar.

A la mente del científico volvió el recuerdo de las plegarias de su padre, tan raras en un hombre dedicado a la medicina y a la ciencia; el recuerdo de su amistosa y esperanzada voz, una voz que ahora parecía muy cercana a Dios.

¡*Oh, padre*! —pensó—. *Si pudieras rezar por mí*….

Pero no dijo nada de eso, y se limitó a seguir a su padre al modesto despacho que servía de consulta y que olía a ácido fénico y a yodoformo.

Su padre cerró la puerta.

—Ahora, siéntese y cuénteme qué le sucede —dijo amablemente.

El científico pensó que daría cualquier cosa por ponerse en las suaves y hábiles manos de su padre. Pero lo que tenía que decir era otra cosa.

—He venido a verle a propósito de su hijo.

—¡A propósito de Peter!

Su padre estaba sorprendido.

—A propósito de él y de su futuro. Tengo entendido que tiene ya catorce años y que piensa ingresar en la universidad para estudiar Física y Química. He venido a verle a usted para que trate de hacerle cambiar de idea. Lo que tiene que hacer es prepararse para una vida como la de usted.

Vio que su padre le estaba mirando fijamente.

—Ignoro cómo ha podido enterarse de todo eso, ni quién ha podido decírselo. Puedo hablar con Peter otra vez, pero mucho me temo que sea inútil. No creo haber sido lo que se dice un ejemplo para él. Dice que ha visto demasiada medicina desde dentro. No quiere morir de hambre, ni tener que tratar con la muerte y con los moribundos.

El científico se estremeció.

Su padre continuó:

—Peter está más interesado en la ciencia. Siempre habla de las enormes posibilidades de hacer bien a la humanidad que tienen los científicos. Dice que sólo quiere hacer el bien en el mundo.

El científico se estremeció de nuevo. Se inclinó hacia adelante, con expresión desesperada.

—¡Tiene usted que hacerle cambiar de idea! —suplicó—. Hacerle comprender las

grandes posibilidades de hacer el bien que ofrece la medicina, cuando se practica como la practica usted.

—¿Como la practico yo? —dijo su padre en tono sorprendido.

Alzó la mirada.

Su esposa estaba de pie junto a la puerta.

—La cena está lista, John. Será mejor que comas algo antes de que lleguen más pacientes. Podemos ofrecerle muy poca cosa, pero si el caballero se digna sentarse a nuestra mesa, compartiremos con él nuestra modesta cena. ¿Te has fijado, John? Se parece a alguien a quien conocemos. —Se volvió hacia Hanray—: ¿Está usted emparentado, por casualidad, con los Ainsley?

—Lo estoy —respondió Hanray—. Pero, por favor, no me pregunten por el grado de parentesco.

—Lo sabía —dijo su madre—. Me recuerda mucho a mi tío Harry.

Mientras se dirigían a la cocina, su padre se volvió hacia él.

—¿Por qué no habla usted con Peter? —inquirió—. Nosotros no somos más que sus padres, pero tal vez a usted le escucharía.

Pero al científico le intranquilizaba la idea de tener que enfrentarse de nuevo al muchacho. Peter estaba de pie junto a su silla, impaciente por sentarse. Acogió al invitado fríamente, apartando la mirada de él. Se sentaron a la mesa familiar. Su padre apoyó la frente en una mano, con el codo descansando sobre la mesa, dio la acostumbrada señal y empezó a rezar. Cuántas veces, pensó el científico, había oído aquellas familiares palabras: «El verano ha pasado, la recolección ha terminado y nosotros no estamos salvados…». Pero aquellas palabras no habían tenido nunca el significado nuevo y terrible que tenían hoy.

Durante la cena, Hanray no pudo evitar el dirigir frecuentes miradas al muchacho a través de la mesa. ¿Era posible que en alguna época hubiera sido tan delgado y tan pálido, que hubiera tenido unos ojos tan claros como el agua de un manantial? ¿Podía haber sido nunca tan joven, tan ingenuo y tan idealista? El rostro del muchacho era tan suave como el de una niña. En un momento determinado, cuando su madre necesitó una servilleta limpia, se levantó con evidente desgana, pero, una vez en pie, subió la escalera con tanta ligereza sobre sus larguiruchas piernas, que el visitante experimentó una repentina envidia, mezclada con desesperación, por el muchacho que en otra época había sido.

Trató inútilmente de ganárselo. Cuando él hablaba, el muchacho escuchaba de mala gana y, si se veía obligado a contestar, lo hacía con monosílabos, volviendo inmediatamente la cabeza. Era evidente, se dijo el hombre, que el muchacho no simpatizaba con él. Era famoso en todo el mundo, pero el muchacho le rechazaba. Había en él algo que no inspiraba confianza al muchacho. Sin embargo, sabía que era el único que podía devolverle la paz. En esto no había error. Durante toda la cena habló, argumentó y suplicó, hasta que notó que el sudor empapaba su rostro. Su padre y su madre habían empezado a mirarle de un modo muy raro. El muchacho resistió

tercamente, hasta que el hombre supo que estaba derrotado; que nunca podría disuadir al muchacho de su sueño.

Empezaba a perder toda esperanza cuando se oyó un ruido, como si alguien arañara la puerta. El muchacho fue a abrir y poco después entró en la cocina un lanudo perro pastor. Era «Doxy», el gruñón y viejo «Doxy». Brincó alegremente alrededor del muchacho y luego, olfateando el suelo, se dirigió directamente hacia el visitante, apoyó las patas delanteras en sus rodillas, ladró y le lamió la mano. Durante unos instantes, corrió del hombre al muchacho y del muchacho al hombre, olfateándoles ávidamente, como si algo le intrigara.

—¡Qué raro! —dijo su padre—. «Doxy» es un perro muy arisco. Sin embargo, está comportándose como si le conociera a usted.

—Y es evidente que simpatiza con usted —añadió su madre.

El científico vio que ahora, por primera vez, el muchacho le estaba contemplando atentamente, con una especie de respeto, como si su hostilidad se hubiera desvanecido y viera en él algo que no había visto antes. El hombre permaneció sentado, completamente inmóvil. Había recibido honores de una docena de personalidades, incluido el presidente de los Estados Unidos, pero nunca había experimentado el sentimiento de gratitud que le inundaba ahora. En su interior, algo inexplicable empezaba a fundirse, como en aquella ocasión, hacía muchísimo tiempo, en que después de haber ido a Fourth Gap se encontró de regreso en la bendita paz hogareña.

—Si no le importa —le dijo a su madre—, me gustaría quedarme aquí un rato esta noche.

Fue un error. Apenas había pronunciado aquellas palabras y le habían concedido la deseada autorización, cuando el perro empezó a gruñir. Su pelo se erizó. Luego sonó una llamada en la puerta. El muchacho fue a abrir.

—Es alguien que pregunta por usted —murmuró.

—¿El centinela? —preguntó el visitante, y el muchacho asintió.

El científico permaneció sentado, completamente inmóvil. La noticia le había impresionado un poco. Había llegado más pronto de lo que esperaba. Pero tenía que haber sabido que no podía quedarse para siempre en este bendito lugar.

—Tengo que marcharme —dijo, y se puso en pie.

Vio que sus padres parecían estar asustados. Besó a su temblorosa madre, y luego la barbuda mejilla de su padre, como solía hacer cuando era un niño. Finalmente, estrechó la fría mano del muchacho.

Llamaron de nuevo a la puerta, de un modo apremiante. El perro volvió a gruñir.

—¡Ya voy! —gritó el científico.

Luego se volvió hacia sus padres, hacia el muchacho.

—Adiós —dijo.

—Adiós —respondió su padre—. Rezaré por usted.

—Recuerde que es usted un Ainsley. Los dos rezaremos por usted —le dijo su

madre.

—Dios les bendiga —dijo el científico, y abrió la puerta.

Hasta que estuvo fuera de la casa, tanteando con el pie en busca del escalón, no recordó que allí no había escalones.

Al volver en sí descubrió que estaba tendido en el suelo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad que le rodeaba por todas partes, vio que los arces y la empalizada habían desaparecido.

Se incorporó trabajosamente. La casa estaba a oscuras, y la puerta cerrada, como si hubiera permanecido tapiada con tablas de madera durante mucho tiempo. Lo mismo que las ventanas. Y, sin embargo, el recuerdo de su padre y de su madre y de la lámpara de petróleo que había iluminado aquellas tinieblas era muy real y muy intenso.

—¡Papá! —gritó.

Sólo le respondió el silencio de una casa en ruinas. A lo lejos, pudo ver las frías luces eléctricas de los barracones militares y de los edificios del complejo XYT. Más cerca estaban el cementerio y el centinela, esperando. Bueno, se dijo a sí mismo, ahora se hallaba en mejores condiciones para enfrentarse con las cosas. Su padre y su madre le habían dicho que rezarían por él. Y el muchacho que había en su interior había hecho su primer gesto de paz al hombre en que se había convertido.

LOS OJOS DE LA MOMIA HIERBA GATERA

Robert Bloch

LOS OJOS DE LA MOMIA

EGIPTO me ha fascinado siempre; Egipto, tierra de antiguos y misteriosos secretos. Había leído historias de pirámides y reyes; había soñado en vastos imperios, tan muertos ahora como los ojos vacíos de la esfinge. Durante los últimos años había escrito acerca de Egipto, ya que sus fantásticas creencias y cultos lo convertían para mí en el paraíso de todas las extravagancias.

Y no es que yo creyera en las grotescas leyendas de las épocas antiguas; no concedía el menor crédito a la fe en dioses antropomorfos, con las cabezas y los atributos de animales. Sin embargo, detrás de los mitos de Bast, Anubis, Set y Thot, captaba las implicaciones alegóricas de verdades olvidadas. Las leyendas de hombres-animales son conocidas en el mundo entero, en la erudición racial de todos los climas. La leyenda del hombre-lobo, por ejemplo, es universal y no ha cambiado desde lás tímidas sugerencias de la época de Plinio. En consecuencia, y dado mi interés por lo sobrenatural, Egipto me proporcionaba una clave para el conocimiento de la antigüedad.

Pero en realidad no creía en la existencia de tales seres o animales en la época de esplendor de Egipto. Lo único que admitía, a lo sumo, era que tal vez las leyendas de aquella época procedían de otras épocas mucho más remotas, cuando la primitiva tierra podía albergar tales monstruosidades, producidas por las mutaciones de la evolución.

Luego, una noche de carnaval en Nueva Orleáns, descubrí una espantosa comprobación de mis teorías. Participé, en el hogar del excéntrico Henricus Vanning, en un extraña ceremonia sobre el cadáver de un sacerdote de Sebek, el dios con cabeza de cocodrilo. Weildan, el arqueólogo, había traído la momia desde Egipto, y la examinamos, a pesar de las advertencias que nos habían hecho. Confieso que aquel día había bebido un poco más de la cuenta, y aún ahora no estoy completamente seguro de lo que ocurrió, exactamente. Los acontecimientos se precipitaron como en una pesadilla. La momia llevaba una máscara de cocodrilo. Cuando salí corriendo de la casa, Vanning había muerto a manos del sacerdote…, o a garras del sacerdote, unas garras adheridas a la máscara (si es que era una máscara).

No puedo garantizar la autenticidad de los hechos; mejor dicho, no me atrevo. Conté la historia, y luego decidí abandonar para siempre el escribir acerca de Egipto y de sus antiguas tradiciones.

Me he atenido escrupulosamente a aquella decisión, hasta que esta noche una terrible experiencia me ha inducido a revelar lo que creo que debe de ser contado.

Ese es el motivo de este relato. Los hechos preliminares son simples; pero todos ellos parecen señalar que estoy unido a alguna espantosa cadena de experiencias relacionadas entre sí, elaboradas por un monstruoso dios egipcio del Destino. Como si los antiguos estuvieran enojados conmigo por mi curiosidad acerca de ellos, y

quisieran castigarla empujándome inexorablemente hacia un horrible final.

Así lo creo, ya que después de mi experiencia de Nueva Orleáns, después de mi regreso a casa decidido a abandonar para siempre las investigaciones en torno a la mitología egipcia, me vi atrapado de nuevo.

El profesor Weildan vino a visitarme. Weildan había pasado de contrabando la momia del sacerdote de Sebek que yo había visto en Nueva Orleáns; le había conocido aquella increíble noche en que un dios enojado, o su emisario, había descendido aparentemente a la tierra, para vengarse. El profesor estaba enterado de mi curiosidad, y me había hablado muy seriamente de los peligros que le acechan al que se dedica a escarbar en el pasado.

Era un hombre bajito, barbudo, con aspecto de gnomo. Confieso que su visita me desagradó, ya que su presencia me traía recuerdos de cosas que me había propuesto olvidar de un modo definitivo. Pero no podía negarme a recibirle. A pesar de mis tentativas por conducir la conversación a un terreno más amplio, insistió en hablar de nuestro primer encuentro. Me contó que a consecuencia de la muerte del recluso Vanning resultó disuclto el pequeño grupo de ocultistas que aquella noche había conocido alrededor de la momia.

Pero él, Weildan, no había renunciado a sus investigaciones acerca de la leyenda de Sebek. Este, me informo, era el motivo de su visita. Ninguno de sus antiguos asociados le ayudaría en el proyecto que tenía entre manos. Tal vez yo estuviera interesado.

Me negué en redondo a hacer algo que tuviera relación con la egiptología.

Weildan se echó a reír. Comprendía perfectamente mi actitud, dijo, pero tenía que permitirle que se explicara. Su actual proyecto no tenía nada que ver con la brujería ni con las artes mánticas. Se trataba, sencillamente, de una oportunidad para ajustar cuentas con los Poderes de las Tinieblas, si es que yo era tan ingenuo como para aplicarles ese nombre.

Se explicó. En resumen, quería que le acompañara a Egipto, a una expedición particular. No tenía que preocuparme por los gastos; necesitaba a un hombre joven como ayudante, y no podía confiar en ningún arqueólogo profesional, por motivos especiales.

En los últimos años, sus estudios se habían concentrado exclusivamente en las leyendas del Culto del Cocodrilo, y había dedicado todos sus esfuerzos a descubrir las tumbas secretas de los sacerdotes de Sebek. Ahora, por fuentes dignas de crédito, conocía el emplazamiento de una tumba subterránea en la cual reposaba la momia de un adorador de Sebek.

No iba a malgastar palabras dándome más detalles; lo esencial del asunto era que la momia podía ser extraída fácilmente de la tumba, sin necesidad de efectuar trabajos de excavación, y que no existía el menor peligro de maldiciones o de

venganzas. Por lo tanto podíamos ir hasta allí solos, en el mayor secreto. Y nuestra visita sería provechosa. No sólo se apoderaría de la momia sin ninguna intervención oficial, sino que, además, su fuente de información —la cual podía garantizar con su reputación personal— le había revelado que la momia estaba enterrada con un montón de joyas sagradas. Lo que me ofrecía, pues, era una oportunidad única, segura y secreta para hacerme rico.

Tengo que admitir que la perspectiva no me desagradó. A pesar de mis anteriores experiencias, estaba dispuesto a correr un riesgo a cambio de una adecuada compensación. Y, además, aunque estaba decidido a evitar toda relación con el misticismo, el asunto tenía un aspecto de aventura que me atraía.

Weildan explotó hábilmente mis sentimientos; ahora me doy cuenta. Habló conmigo por espacio de varias horas, y volvió al día siguiente, hasta que obtuvo mi asentimiento.

Embarcamos en el mes de marzo, y llegamos a El Cairo tres semanas más tarde, después de una breve escala en Londres. La excitación del viaje nubla los recuerdos de mis contactos personales con el profesor; sé que se mostró muy obsequioso y tranquilizador en todo momento, insistiendo en que nuestra pequeña expedición era completamente inofensiva. Disipó por completo mis escrúpulos acerca de la inmoralidad que representaba el saquear una tumba; cuidó de nuestros visados, e inventó no sé qué historia para que nos permitieran viajar al interior.

Desde El Cairo fuimos en tren hasta Karthum. Allí era donde el profesor Weildan proyectaba reunirse con su «fuente de información»: un guía nativo, que no era más que un espía al servicio del arqueólogo.

La revelación no me afectó tanto como podía haberme afectado en parajes más vulgares. La atmósfera del desierto parecía un fondo adecuado para la intriga y la conspiración, y por primera vez comprendí la psicología del vagabundo y del aventurero.

Resultó muy emocionante vagar por las retorcidas callejas del barrio árabe la noche en que visitamos la choza del espía. Weildan y yo entramos en un patio oscuro y silencioso, y fuimos introducidos en una lóbrega habitación por un beduino alto, de nariz de halcón. El hombre acogió calurosamente al profesor. Unos billetes cambiaron de dueño. Luego, el árabe y mi compañero se retiraron a una habitación interior. Oí el leve susurro de sus voces: la excitada de Weildan, en tono interrogante, mezclándose con el gutural inglés del indígena. Permanecí sentado en la oscuridad, esperando. Las voces subieron de tono, como si discutieran. Parecía como si Weildan tratara de aplacar o tranquilizar, en tanto que la voz del guía tenía una nota de advertencia y de temor.

Luego oí pasos. La puerta de la habitación interior se abrió, y apareció el indígena en el umbral. Su rostro tenía una expresión suplicante cuando me miró, y de sus

labios brotó un torrente de palabras incomprensibles, como si en sus excitados esfuerzos para advertirme hubiera recurrido inconscientemente a su idioma natal. Ya que me estaba advirtiendo contra algo, indudablemente.

La cosa duró unos segundos; luego, la mano de Weildan cayó sobre su hombro, obligándole a girar en redondo. La puerta volvió a cerrarse, y se oyó de nuevo la voz del árabe, subiendo de tono, hasta convertirse en un grito. Weildan gruñó algo ininteligible; a continuación se oyó el rumor de una pelea, un ahogado estampido, luego silencio.

Transcurrieron varios minutos antes de que la puerta se abriera y apareciera Weildan, secándose la frente. Sus ojos evitaron los míos.

—Ese tipo ha armado una trifulca por la recompensa —explicó, mirando al suelo —. Pero tengo la información. Quería más dinero. Y ha salido a pedírselo a usted. Me he visto obligado a disparar un tiro para asustarle; estos indígenas son muy excitables.

Cuando nos marchamos de allí no dije nada, ni hice ningún comentario ante la actitud apresurada y furtiva de Weildan mientras regresábamos a nuestro hotel a través de las oscuras callejas.

Asimismo, fingí estar distraído cuando mi compañero se secó las manos con su pañuelo y volvió a meterse éste apresuradamente en el bolsillo.

Pensé que podía resultarle embarazoso explicar la presencia de aquellas manchas rojas…

Debí sospechar entonces, debí abandonar el proyecto inmediatamente. Pero no podía saber, cuando a la mañana siguiente Weildan propuso que diéramos un paseo a caballo a través del desierto, que nuestro punto de destino era la tumba.

Los preparativos fueron de lo más inocente. Dos caballos, con un ligero almuerzo en las alforjas; una pequeña tienda «contra el calor del mediodía», dijo Weildan; y emprendimos la marcha, solos. Como si saliéramos de merienda al campo. Weildan no liquidó la cuenta del hotel ni dijo una palabra a nadie.

Salimos de la ciudad y cabalgamos por la llanura arenosa que se extendía bajo un cielo intensamente azul. Cabalgamos por espacio de una hora. Weildan parecía estar preocupado; no cesaba de escrutar el monótono horizonte, como si buscara algo; pero ni por un instante sospeché sus verdaderos propósitos.

Casi tropezamos con las piedras antes de que yo las viera; un gran montón de rocas blancas surgiendo del centro de una pequeña duna. Su forma parecía indicar que las rocas visibles formaban un fragmento infinitesimal de las piedras ocultas debajo de la arena; aunque ni en su tamaño ni en su forma había nada anormal. Surgían de la duna, semejantes a una docena de otros montones de rocas que habíamos visto antes.

Weildan sugirió que desmontáramos, plantáramos la pequeña tienda y

almorzáramos. Clavamos las estacas en el suelo arenoso, arrastramos unas cuantas piedras planas al interior de la tienda para que nos sirvieran de mesa y de asientos, y nos dispusimos a almorzar.

Entonces, mientras comíamos, Weildan hizo estallar la bomba. Las rocas situadas delante de nuestra tienda, dijo, ocultaban la entrada a la tumba. La arena, el viento y el polvo del desierto habían realizado su tarea a la perfección, ocultando el santuario a los intrusos. Su cómplice indígena, guiado por suposiciones y rumores, había descubierto el lugar de un modo que no había querido explicar.

Pero la tumba estaba allí. Ciertos manuscritos y pergaminos atestiguaban el hecho de que no estaba sujeta a vigilancia. Lo único que teníamos que hacer era apartar las piedras que bloqueaban la entrada y descender. Weildan volvió a subrayar el hecho de que yo no corría el menor peligro.

Me había cansado de representar el papel de tonto. Interrogué a Weildan estrechamente. ¿Por qué había de estar enterrado en un lugar tan solitario un sacerdote de Sebek?

Porque, afirmó Weildan, él y los suyos huían probablemente hacia el sur en el momento de producirse su muerte. Quizás había sido expulsado de su templo por un nuevo faraón; en aquella época, además, los sacerdotes eran también magos y brujos, y a menudo se veían perseguidos o expulsados de las ciudades por los enfurecidos ciudadanos. Al huir, había muerto y le habían enterrado allí.

Éste, explicó Weildan, era el motivo de la escasez de tales momias. Habitualmente, el corrompido culto de Sebek enterraba a sus sacerdotes bajo las bóvedas secretas de sus propios templos ciudadanos. Aquellos santuarios habían sido destruidos hacía muchísimo tiempo. Por lo tanto, sólo en circunstancias especiales como ésta, un sacerdote expulsado era enterrado secretamente en un lugar donde su momia difícilmente podía ser localizada.

—Pero, ¿y las joyas? —insistí

Los sacerdotes eran ricos. Un brujo fugitivo llevaría encima sus riquezas. Y al morir era enterrado con ellas, naturalmente. Era una peculiaridad de ciertos sacerdotes renegados la de ser momificados con los órganos vitales intactos, debido a que tenían alguna superstición acerca de la resurrección terrenal. Ese era el motivo de que sus momias resultaran tan difíciles de descubrir. Probablemente, la cámara mortuoria no era más que un agujero del tamaño de la caja que contenía la momia excavado en la pared de piedra. Podíamos entrar con toda tranquilidad. En el séquito de tales sacerdotes había siempre varios expertos artífices capaces de embalsamar adecuadamente el cadáver; hacer un buen trabajo sin extraer los órganos vitales exigía mucha habilidad, y los principios religiosos hacían indispensable aquella operación final. Por lo tanto, no teníamos por qué preocuparnos: encontraríamos a la momia en buenas condiciones.

Weildan se mostró muy locuaz. Demasiado locuaz. Me explicó la facilidad con que pasaríamos subrepticiamente la caja con la momia envuelta en la tela de nuestra

tienda de campaña; cómo se las arreglaría para sacar la momia y las joyas del país, con la ayuda de una empresa de exportación indígena.

Redujo a polvo cada una de las objeciones que formulé; y sabiendo que, al margen de su carácter personal como hombre, era un reputado arqueólogo, me vi obligado a admitir su autoridad en la materia.

Había un solo punto que me preocupaba vagamente: su accidental referencia a alguna superstición relativa a la resurrección terrenal. El entierro de una momia con los órganos intactos parecía una extravagancia. Sabiendo lo que sabía acerca de las actividades de los sacerdotes en relación con los ritos de nigromancia y brujería, quería evitar la más leve de las posibilidades de atraer la desgracia sobre mi cabeza.

Sin embargo, Weildan acabó por convencerme, y después de almorzar abandonamos la tienda. Las rocas que ocultaban la entrada de la tumba no nos causaron grandes dificultades. Habían sido colocadas hábilmente, de modo que parecía que formaban un solo cuerpo con las rocas del terreno, pero nosotros descubrimos las intersecciones. Tuvimos que apartar cuatro grandes piedras que formaban un bloque delante de una negra abertura que descendía hacia las entrañas de la tierra.

¡Habíamos encontrado la tumba!

A la vista de aquel oscuro agujero, recordé todo lo que sabía acerca del corrompido culto de Sebek, con su mescolanza de mito, fábula y espantosa realidad.

Pensé en los ritos subterráneos bajo templos que ahora se habían convertido en polvo; en la espantosa adoración de grandes ídolos de oro: ídolos con cuerpo de hombre y cabeza de cocodrilo. Recordé las historias sobre adoraciones paralelas, con una relación entre sí equivalente a la del satanismo respecto al cristianismo; sacerdotes que invocaban a dioses con cabeza de animal que más parecían demonios que deidades benéficas. Sebek era un dios dual, y sus sacerdotes le habían dado a beber sangre. En algunos templos había criptas, y en aquellas criptas se encontraban ídolos del dios en forma de cocodrilo de oro. El animal tenía unas mandíbulas provistas de colmillos, y en sus fauces eran introducidas muchachas vírgenes. A continuación las mandíbulas eran cerradas, y los colmillos de marfil llevaban a cabo el sacrificio, de modo que la sangre se deslizara por la garganta de oro y el dios quedara apaciguado. No era extraño que aquellos sacerdotes hubieran sido expulsados de sus templos y que aquellos santuarios del pecado hubieran sido destruidos.

Uno de aquellos sacerdotes había huido hasta aquí y había muerto. Ahora reposaba en su tumba, debajo de mis pies, protegido por la cólera de su antigua divinidad. La idea no resultaba tranquilizadora, ni mucho menos.

Tampoco resultaban tranquilizadoras las emanaciones que ahora surgían de la abertura en la roca. No era el vaho de la descomposición, sino el casi palpable olor de una increíble antigüedad. _

Weildan se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo, y yo le imité.

A continuación encendió su lámpara de bolsillo y penetró en la tumba. Su tranquilizadora sonrisa se desvaneció en la oscuridad a medida que descendía por el suelo de piedra que conducía al pasadizo interior.

Le seguí, dejando que abriera el camino. Si había alguna trampa, algún artificio para castigar a los intrusos, era justo que se cebara en Weildan, y no en mí. Además, de este modo podía mirar hacia atrás y ver el tranquilizador espacio de cielo azul recortado por la abertura rocosa.

Pero no por mucho tiempo. El pasadizo formaba una curva a medida que descendía. No tardamos en vernos rodeados de profundas sombras que se espesaban alrededor de la débil claridad proyectada por la linterna.

Weildan había acertado en su suposición; el lugar era simplemente una larga caverna rocosa que conducía a una cámara interior apresuradamente excavada. Allí encontramos las losas que cubrían el féretro. El rostro de Weildan tenía una expresión de triunfo cuando se volvió hacia mí gesticulando excitadamente.

Había sido fácil…, demasiado fácil, ahora me doy cuenta. Pero en aquel momento no sospechamos nada. Incluso yo estaba empezando a desechar mis recelos iniciales. Después de todo, el asunto resultaba de lo más vulgar; el único elemento enervante era la oscuridad…, pero en una galería excavada en la roca no cabía esperar otra cosa.

Finalmente, perdí todo temor. Weildan y yo apartamos las losas y contemplamos el bello féretro que había debajo. Lo sacamos y lo colocamos de pie contra la pared. El profesor se inclinó para examinar la abertura en la roca que había contenido el sarcófago. Estaba vacía.

—¡Qué raro! —murmuró—. ¡No hay ninguna joya! Deben de estar en el ataúd.

Colocamos la pesada caja de madera en el suelo. El profesor empezó a trabajar. Operaba lenta, cuidadosamente, rompiendo los sellos y el encerado exterior. El dibujo que adornaba el féretro era muy complicado, y estaba realizado a base de láminas de oro y plata. Había numerosas inscripciones y jeroglíficos, que el arqueólogo no se entretuvo en descifrar.

—Esto puede esperar —dijo—. Veamos primero lo que hay dentro.

Transcurrió algún tiempo antes de que consiguiera levantar la primera tapadera. Weildan trabajaba delicada y cuidadosamente. La linterna empezaba a perder su potencia: la pila se estaba consumiendo.

La segunda tapadera era un duplicado más pequeño de la primera, pero el rostro que aparecía dibujado en ella era más detallado. Parecía un intento de reproducir más concienzudamente los verdaderos rasgos del sacerdote momificado.

—La hicieron en el templo —explicó Weildan—. Se la llevaron en la huida.

Nos inclinamos sobre la tapadera, examinando aquel rostro a la mortecina claridad de la linterna. Bruscamente, y casi al mismo tiempo, hicimos un extraño descubrimiento. ¡El rostro carecía de ojos!

—Era ciego —comenté.

Weildan asintió, luego miró el rostro más de cerca.

—No —dijo—. El sacerdote no era ciego, si este retrato es exacto. ¡Le *arrancaron* los ojos!

Examiné las cuencas, que estaban vacías, confirmando aquella espantosa verdad. Weildan señaló excitadamente una hilera de figuras jeroglíficas que adornaban los lados del féretro. Mostraban al sacerdote en los estertores de la muerte. Dos esclavos armados con unas pinzas estaban inclinados sobre él.

Una segunda escena mostraba a los esclavos arrancando los ojos del muerto. En una tercera, los esclavos insertaban unos objetos brillantes en las cuencas ahora vacías. El resto de la serie eran escenas de las ceremonias fúnebres, con una espantosa figura con cabeza de cocodrilo en último término: el dios Sebek.

—Extraordinario —fue el comentario de Weildan—. ¿Comprende el significado de esos dibujos? Fueron hechos antes de la muerte del sacerdote. Demuestran que había decidido que le arrancaran los ojos antes de morir, y que en su lugar colocaran esos objetos brillantes. ¿Por qué se sometió voluntariamente a semejante tortura? ¿Qué son esas cosas brillantes?

—La respuesta debe de estar dentro —contesté.

Sin hacer más comentarios, Weildan reanudó su trabajo. Sacó la segunda tapadera. La linterna se estaba apagando.

En una oscuridad casi absoluta, el profesor se enfrentó con la tercera tapadera. Finalmente, consiguió levantarla.

El féretro quedó abierto.

A la mortecina claridad de la linterna, vimos la momia.

Una ola de vapor surgió del ataúd: un horrible olor a especias y a gases que traspasó los pañuelos anudados alrededor de la nariz y garganta. El poder de conservación de aquellas emanaciones gaseosas era evidentemente enorme, ya que la momia no estaba vendada ni amortajada. Ante nuestros ojos apareció un cadáver desnudo y moreno, en un sorprendente estado de conservación. Inmediatamente, concentramos nuestra atención en sus ojos…, o en el lugar donde habían estado.

Dos grandes discos amarillos ardían hacia nosotros a través de la oscuridad. No eran diamantes, ni zafiros, ni ópalos, ni ninguna piedra conocida; su enorme tamaño descartaba toda posibilidad de incluirlas en una categoría corriente. No estaban cortadas ni talladas, y sin embargo cegaban con su brillo: un centelleo que hería nuestras retinas como fuego.

Aquéllas eran las joyas que habíamos venido a buscar…, y valía la pena haberlo hecho. Me disponía a arrancarlas, pero la voz de Weildan me contuvo.

No lo haga —me advirtió—. Las sacaremos más tarde, sin dañar la momia.

Oí su voz como si llegara de muy lejos. No tuve conciencia de volver a incorporarme. En realidad, permanecí inclinado sobre aquellas centelleantes piedras. Contemplándolas fijamente.

Parecían estar creciendo hasta convertirse en dos lunas amarillas. El contemplarlas me fascinaba: todos mis sentidos parecían concentrados en su belleza. Y ellas, a su vez, concentraban su fuego sobre mí, bañando mi cerebro en un calor que me aturdía y me debilitaba insensiblemente. Mi cabeza ardía.

No podía apartar la mirada, aunque tampoco deseaba hacerlo. Aquellas gemas eran fascinantes.

Hasta mis oídos llegó débilmente la voz de Weildan. Me pareció notar que palmeaba mi hombro.

—¡No mire! —Su voz sonaba absurdamente excitada—. No son…, piedras naturales. Son un presente de los dioses…, por eso el sacerdote quiso que sustituyeran a sus ojos cuando muriera. Son hipnóticas…, aquella teoría de la resurrección…

Apenas me di cuenta de que rechazaba bruscamente al profesor. Pero aquellas piedras dominaban mis sentidos, obligándome a rendirme. ¿Hipnóticas? Desde luego que lo eran; podía sentir el cálido fuego amarillo inundando mi sangre, latiendo en mis sienes, deslizándose hacia mi cerebro. La linterna se había apagado definitivamente, lo sabía, y sin embargo la cámara estaba bañada en la radiante claridad amarilla que despedían aquellos deslumbrantes ojos. ¿Amarilla? No…, ahora era roja; una brillante luminosidad escarlata, en la cual leí un mensaje.

¡Las piedras estaban *pensando*! Poseían una mente, o, mejor dicho, una voluntad. Una voluntad que anulaba mis sentidos. Una voluntad que me hacía olvidar mi cuerpo y mi cerebro, en un esfuerzo para perderme a mí mismo en el éxtasis rojo de su ardiente belleza. Deseaba ahogarme en el fuego; en el fuego que me estaba conduciendo fuera dé mí mismo, hasta el punto que experimenté la sensación de precipitarme hacia las piedras…, de penetrar en ellas…, en otro cuerpo…

Y luego quedé libre. Libre, y ciego en la oscuridad. Con un repentino sobresalto, me di cuenta de que debía de haberme desmayado. Por lo menos me había caído, ya que ahora estaba tendido de espaldas contra el suelo de piedra de la caverna. ¿Contra el suelo de piedra? No…, contra un suelo de madera.

Era muy raro. Podía notar la madera al tacto. La momia reposaba sobre madera. No podía ver. La momia estaba ciega.

Noté el contacto de mi piel seca, escamosa, leprosamente desconchada.

Mi boca se abrió. Una voz —una voz que era la mía pero que no era la mía— gritó:

—¡Dios mío! ¡*Estoy dentro del cuerpo de la momia*!

Oí una exclamación y el ruido de un cuerpo chocando contra el suelo. Weildan.

Pero, ¿qué era aquel otro sonido crujiente? ¿*Quién tenía mi forma*?

Aquel maldito sacerdote, soportando la tortura para que sus cuencas pudieran contener las piedras hipnóticas, presentes de los dioses como prenda de resurrección eterna… enterrado con fácil acceso a la tumba… Las piedras me habían hipnotizado, habíamos cambiado de formas, y ahora *él andaba*.

El supremo éxtasis de horror fue lo único que me salvó. Me incorporé a ciegas sobre unos miembros marchitos, y unos brazos en descomposición ascendieron hasta mi frente, buscando lo que yo sabía que tenía que haber allí. Mis dedos muertos arrancaron las piedras de mis ojos.

Luego me desmayé.

El despertar fue espantoso, ya que yo ignoraba lo que iba a encontrar, temía adquirir conciencia de mí mismo…, de mi cuerpo. Pero mi alma se albergaba de nuevo en carne cálida, y mis ojos podían ver a través de la amarillenta oscuridad. La momia estaba tendida en su féretro, y resultaba espantoso contemplar las cuencas vacías; la cambiada posición de sus miembros era una horrible confirmación de lo sucedido.

Weildan estaba en el mismo lugar en que había caído, con el rostro amoratado por la muerte. La impresión había sido demasiado fuerte.

Junto a él estaban las fuentes de la luminosidad amarilla: la diabólica llama de las piedras gemelas.

Aquello fue lo que me salvó: el arrancar aquellos monstruosos instrumentos de transferencia de mis sienes. Sin la voluntad de la momia detrás de ellos, era evidente que no conservaban su permanente poder. Me estremecí al pensar en semejante transferencia al aire libre, donde el cuerpo de la momia se hubiera descompuesto rápidamente, sin ser capaz de arrancar las piedras. Entonces, el alma del sacerdote de Sebek, metida en mi cuerpo, hubiera regresado a la tierra, realizándose así la resurrección. Era una idea horrible.

Recogí apresuradamente las gemas y las envolví en mi pañuelo. Luego me marché de allí, dejando a Weildan y a la momia tal como estaban, y regresando a la superficie con la ayuda de la claridad proporcionada por unas cerillas.

Fue muy agradable contemplar el cielo nocturno de Egipto, ya que por entonces había oscurecido.

Cuando vi aquella *limpia* oscuridad, la pesadilla de mi reciente experiencia en la diabólica negrura de la tumba me sacudió de nuevo, y eché a correr como un loco a través de la arena hacia la pequeña tienda

En las alforjas había whisky; me serví una dosis generosa y di gracias al cielo por la lámpara de petróleo que acababa de encontrar. Luego colgué un espejo de la pared de la tienda y permanecí más de tres minutos contemplándome a mí mismo, asegurándome de mi propia identidad. Después saqué la máquina de escribir portátil y la coloqué sobre la mesa de piedra.

Sólo entonces me di cuenta de mi subconsciente propósito de manifestar la *verdad por escrito*. Durante algún tiempo luché conmigo mismo…, pero aquella noche no podía pensar en dormir, ni en regresar a través del desierto. Al final, recobré la serenidad.

Escribí el presente relato.

Ahora, ya he contado la historia. Mañana abandonaré Egipto para siempre…, abandonaré aquella tumba, después de cubrir la entrada de modo que nadie pueda penetrar nunca en aquella subterránea cámara de horror.

Mientras escribo, me siento agradecido a la luz que borra el recuerdo de la silenciosa oscuridad y del sonido sombrío. Agradecido, también, a la tranquilizadora imagen del espejo que desvanece la idea de aquellos terribles instantes en que las gemas que el sacerdote de Sebek tenía por ojos me contemplaron fijamente y yo *cambié*. ¡A Dios gracias, las arranqué a tiempo!

Tengo una teoría acerca de aquellas gemas: eran una trampa. Resultaba espantoso creer en la capacidad de hipnosis de un cerebro muerto hace tres mil años. Pero no cabe otra explicación. Cuando al sacerdote moribundo le arrancaban los ojos, para colocar en su lugar las piedras preciosas, su mente estaba concentrada en una sola idea: vivir, usurpar de nuevo la carne. Aquella idea, transmitida a las gemas, fue conservada por ellas a través de los siglos hasta que los ojos de un descubridor se posaran en su hipnótico brillo. Entonces, el sacerdote muerto asumió la forma del hombre, y la conciencia del hombre penetró en el cuerpo de la momia. ¡Y pensar que el hombre en cuestión era yo!

Las gemas están en mi poder; tengo que examinarlas. Quizá las autoridades arqueológicas de El Cairo puedan clasificarlas; en cualquiera de los casos, son bastante valiosas. Pero, Weildan está muerto; no debo hablar de la tumba… ¿Cómo puedo explicar el asunto? Las dos gemas son tan raras, que van a despertar la natural curiosidad. Hay algo extraordinario en ellas, aunque la suposición del pobre Weildan en el sentido de que eran un presente del dios Sebek es completamente absurda. Sin embargo, el cambio de color que se produce en ellas no es normal; como tampoco es normal el brillo hipnótico que poseen…

¡Acabo de efectuar un sorprendente descubrimiento! He sacado las gemas de mi pañuelo y las he mirado. ¡Parecen estar aún vivas!

Su brillo no ha cambiado…, su luminosidad es tan intensa aquí como lo era en la oscuridad de la tumba; como lo era en las cuencas vacías de la momia. Son amarillas, y al mirarlas percibo aquella misma presciencia de vida interior…

¿Amarillas? No…, ahora están enrojeciendo…, enrojeciendo. No debo mirarlas; me recuerdan demasiado aquella otra vez. Pero son, tienen que ser, hipnóticas.

Ahora, el rojo es vivísimo, y arde furiosamente. Al contemplarlas, me siento bañado en un fuego que no quema tanto como acaricia. Ahora ya no me importa; es una sensación agradable. No tengo por qué apartar la mirada.

No tengo por qué apartarla…, a menos que…

¿*Conservarán las gemas su poder incluso sin estar en las cuencas de los ojos de la momia*?

Vuelvo a sentirlo…, deben de conservarlo… No quiero volver al cuerpo de la momia…, ahora no podría arrancar las piedras y volver a adquirir mi propia forma…, al arrancarlas aprisioné la idea en las gemas.

Tengo que apartar la mirada. Puedo escribir, puedo pensar…, pero esos ojos delante de mí…, crecen y crecen hasta convertirse en lunas amarillas…, apartar la mirada.

¡No puedo! Más rojas…, más rojas…, tengo que luchar contra ellas, evitar que me dominen. Mi cabeza está ardiendo…, no experimento ninguna sensación…, tengo que luchar…, tengo que luchar…

Ahora puedo apartar la mirada. He vencido a las gemas. Me encuentro perfectamente.

Puedo apartar la mirada… pero no puedo ver. ¡Estoy ciego! Ciego…, las gemas no están ya en las cuencas…, la momia está ciega.

¿Qué es lo que me ha sucedido? Estoy sentado en la oscuridad, escribiendo a máquina a ciegas. ¡Ciego, como la momia! Tengo la sensación de que ha sucedido algo; una sensación muy rara. Mi cuerpo parece más ligero.

Ahora lo sé.

Estoy en el cuerpo de la momia. Lo sé. Las gemas…, la idea que conservaban…, *y ahora, algo está saliendo de aquella tumba abierta*.

Está andando hacia el mundo de los hombres. Lleva mi cuerpo, y buscará presas y sangre para ofrecerlas en acción de gracias por la resurrección.

Y yo estoy ciego. ¡Ciego… y *desmenuzándome*!

El aire…, ésta es la causa de la desintegración. Los órganos vitales intactos, dijo Weildan, pero yo no puedo respirar. No puedo ver. Tengo que escribir…, avisar. Quienquiera que vea esto debe enterarse de la verdad. Avisar.

El cuerpo se desintegra rápidamente. Ahora no puedo levantarme. Maldita magia egipcia ¡Aquellas gemas! Alguien tiene que matar a la cosa que salió de la tumba.

Los dedos…, apenas puedo golpear las teclas. Se niegan a funcionar. Se están desmenuzando. Despacio. Tengo que avisar. No puedo hacer retroceder el carro… ahora.

No puedo pulsar la tecla de las mayúsculas, los dedos se van desintegrando, desmenuzándose a causa del aire, los dedos tengo que avisar contra la magia de sebek los dedos apenas puedo escribir con los nudillos

Maldito sebek sebek sebek sebed sebe seb seb seb se s s sssssss s s s

HIERBA GATERA

I

RONNIE, de pie ante el espejo, se echó el pelo hacia atrás.

Estiró su jersey nuevo y abombó el pecho. ¡Estupendo! Tenía que cuidar su aspecto, ya que se acercaba el final de curso y la elección para presidente de la clase. Si conseguía que le nombraran presidente, el próximo curso sería pan comido para él. Pero tenía que cuidar los detalles…

—¡Ronnie! ¡Date prisa, o llegarás tarde!

Mamá salió de la cocina, con el desayuno de Ronnie. Éste se miró al espejo por última vez. Mamá se le acercó por detrás y le rodeó la cintura con los brazos.

—Estás muy guapo, querido. Ojalá pudiera verte tu padre…

Ronnie se soltó del abrazo maternal.

—Oye, mamá… —dijo.

—¿Sí?

—¿No podrías darme algún dinero? Tengo que comprar varias cosas.

—Bueno, creo que sí. Pero, procura hacerlo durar. Ya sabes que la escuela cuesta un montón de dinero.

—Algún día te lo devolveré.

Ronnie contempló a su madre mientras ésta hurgaba en el bolsillo de su delantal y sacaba un arrugado billete de un dólar.

—Gracias. Hasta luego.

Ronnie cogió su desayuno y echó a correr hacia la calle.

Se alejó de la casa, sonriendo y silbando, sabiendo que su madre le estaba contemplando desde la ventana. Siempre le estaba contemplando, y era un verdadero fastidio.

Luego volvió la esquina, se detuvo debajo de un árbol y encendió un cigarrillo. Reemprendió la marcha lentamente con el cigarrillo en los labios. Con el rabillo del ojo observaba la casa de los Ogden, al otro lado de la calle.

En aquel momento se abrió la puerta principal y salió Marvin Ogden. Marvin tenía quince años, uno más que Ronme, pero era más bajo y más delgado. Llevaba gafas y tartamudeaba cuando estaba excitado, pero era el alumno que pronunciaba el discurso de despedida de fin de curso.

Ronnie se acercó a él por detrás, andando rápidamente.

—¡Hola, mocoso!

Marvin se sobresaltó. Continuó andando, con la mirada clavada en el suelo.

—He dicho hola, mocoso. ¿Qué te pasa? ¿No conoces tu propio nombre?

—Hola…, Ronnie.

—¿Cómo se encuentra hoy el mocoso?

—Bueno, Ronnie, ¿por qué hablas de ese modo? Yo no te hablo nunca así.

Ronnie escupió en dirección a los zapatos de Marvin.

—Me gustaría que lo intentaras, cuatro ojos.

Marvin apresuró el paso, pero Ronnie se mantuvo a su altura.

No corras tanto, mocoso. Tengo que hablar contigo. ¿Con…migo, Ronnie? No quiero llegar tarde…

—Cierra el pico.

—Pero…

Escucha. ¿Cómo se te ocurrió apartar tus apuntes, en el examen de Historia de ayer?

—Ya sabes que no pueden copiarse las respuestas de los demás, Ronnie.

—¿Estás tratando de decirme lo que tengo que hacer mequetrefe?

—N-no. Lo hice para evitarte un disgusto. Si miss Sanders descubriera que copias las respuestas, no creo que te eligieran presidente de la clase. Si alguien se enterara…

Ronnie colocó su mano sobre el hombro de Marvin. Sonrió.

—Tú no vas a decírselo a miss Sanders, ¿verdad, mocoso? —murmuró.

—¡Desde luego que no! ¡Lo juro!

Ronnie continuó sonriendo. Hundió sus dedos en el hombro de Marvin. Con la otra mano, tiró los libros de Marvin al suelo. Cuando Marvin se inclinó a recogerlos, le dio un puntapié con todas sus fuerzas. Marvin cayó cuán largo era. Empezó a llorar. Ronnie le contempló mientras se levantaba.

—Eso es sólo una muestra de lo que haré contigo si te vas de la lengua —dijo, pisando los dedos de la mano izquierda de Marvin—. ¡Hasta luego!

El lloriqueo de Marvin se apagó en sus oídos cuando volvió la esquina, al final de la manzana. Mary June estaba esperándole debajo de los árboles. Se acercó a ella por detrás y la golpeó rudamente.

—¡Hola, chica! —dijo.

Mary June dio un salto, con los rizos brincando sobre sus hombros. Luego se volvió y reconoció a su agresor.

—¡Oh, Ronnie! No quiero que…

—Cállate. Tengo prisa. No puedo llegar tarde el día antes de la elección. ¿Has hablado con las chicas?

—Desde luego, Ronnie. Te dije que lo haría. Ellen y Vicky estuvieron anoche en mi casa y dijeron que votarían por ti. Todas las chicas van a votar por ti.

—Bueno, les conviene hacerlo.

Ronnie tiró la colilla de su cigarrillo contra uno de los rosales del jardín de los Elsner

—Ronnie…, ten cuidado… ¿Quieres provocar un incendio?

—Deja de fastidiarme —gruñó Ronnie.

—No trato de fastidiarte, Ronnie. Pero…

—¡Cierra el pico de una vez! ¡Me pones enfermo.

Apresuró el paso, y la muchacha se mordió el labio mientras trataba de mantenerse a su altura.

—¡Espérame, Ronnie!

—¡Espérame, Ronnie! —la remedó Ronnie burlonamente—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo a perderte?

—No es eso. Ya sabes que no es eso. No me gusta pasar por delante de la casa de Mrs. Mingle. Siempre me mira fijamente y me hace muecas.

—¡Es una vieja chiflada!

—A mí me da miedo, Ronnie. ¿A ti no?

—¿Miedo, aquel viejo murciélago? ¿Estás loca?

—No hables tan alto. Puede oírte.

—¿Y qué?

Ronnie avanzó jactanciosamente hacia la verja de hierro, más allá de la cual se encontraba la casita sombreada por los árboles. Miró con aire insolente a la muchacha, y ésta aparto los ojos del destartalado edificio. Ronnie acortó deliberadamente el paso mientras cruzaban por delante de la casita, con sus cerradas ventanas, su porche cerrado a las miradas indiscretas y su aire general de apartamiento del mundo.

Mrs. Mingle no estaba a la vista en aquel momento. Normalmente podía vérsela en el jardín invadido por las malas hierbas, al lado de la casita; una anciana menuda, delgada, inclinada sobre sus plantas, hablando incesantemente consigo misma o con el gato negro que la acompañaba siempre.

—¡La vieja cara de ciruela no está por aquí! —observó Ronnie, en voz alta—. Habrá salido de viaje, montada en su escoba.

—¡Ronnie! ¡Por favor!

—¿Qué pasa? —Ronnie tiró de los rizos a Mary June—. Las mujeres os asustáis de todo…

La mirada de Ronnie se deslizó de nuevo por la silenciosa casa, envuelta en sombras. Un trozo de aquellas sombras parecía moverse al lado de la vivienda. Al extremo del porche se destacó una forma negra. Ronnie reconoció al gato de Mrs. Mingle. Avanzaba lentamente hacia la verja.

Rápidamente, Ronnie se inclinó y cogió una piedra. Apuntó cuidadosamente y lanzó el proyectil.

El gato emitió un bufido y luego maulló de dolor, mientras la piedra chocaba contra sus costillas.

—¡Oh, Ronnie!

—¡Vamos, antes de que salga la vieja!

Echaron a correr, calle abajo. La campana de la escuela ahogó los maullidos del

gato.

—Ya hemos llegado —dijo Ronnie—. ¿Hiciste mis deberes? Bien. Dámelos.

Arrancó los papeles de la mano de Mary June y salió corriendo. La muchacha se quedo mirándole, con los ojos iluminados por una sonrisa de admiración.

Desde detrás de la verja el gato le miró, también, relamiéndose los hocicos.

II

Sucedió aquella tarde, después de la escuela. Ronnie, Joe Gordan y Seymour Higgins habían salido juntos, y Ronnie hablaba del equipo de base-ball que su madre había prometido comprarle aquel verano, si sus notas eran buenas. Desde luego, sus amigos podrían utilizar la máscara y el mitón… Con las elecciones a la vista, Ronnie tenía que mostrarse amable.

Sabía que si se quedaba mucho rato en el patio de la escuela, Mary June saldría y querría que la acompañara a casa. Estaba harto de ella. ¡Oh, sí! Era buena para hacerle los deberes y otras minucias por el estilo, pero sus compañeros se reirían de él si le veían con una muchacha.

¿Qué opinaban de ir a la calle donde estaba la piscina y darse una vuelta por allí? Podrían fumar…

Ronnie sabía que aquellos chicos no fumaban, pero el fumar le daba importancia a sus ojos y esto era lo que él quería. Le siguieron, calle abajo, taconeando sobre la acera. Hacían mucho ruido, porque todo estaba en silencio.

Lo único que Ronnie pudo oír fue el gato. Pasaban por delante de la casa de Mrs. Mingle y allí estaba el gato, en el jardín, rodando sobre su lomo y sobre su estómago, jugando con algo. Ronroneaba, maullaba y gruñía.

—¡Mirad! —exclamó Joe Gordan—. El gato parece que ha cazado algo.

—Un ratón —dijo Ronnie—. Esa casa está llena de ratones, de moscas y de bichos. Esta mañana le he dado bien al gato.

—¿De veras?

—Sí. Con una piedra. Así de grande.

Dibujó una sandía con las manos.

—¿No tuviste miedo de la vieja Mingle?

—¿Miedo? ¿De esa…?

—Hierba gatera —dijo Seymour Higgins—. Está jugando con una bola de hierba gatera. La vieja Mingle se la compra. Mi padre dice que se lo compra todo, comida especial y sardinas. Lo trata como a un hijo. ¿No habéis visto cuando andan juntos por la calle?

—Hierba gatera, ¿eh? —Joe fisgó a través de la verja—. Me preguntó por qué les gustará tanto. Los pone como locos, ¿verdad? Los gatos harían cualquier cosa por la hierba gatera.

El gato seguía jugando con la bola. Ronnie escupió despectivamente.

—Odio a los gatos. Alguien tendría que ahogar a ese maldito bicho.

—Será mejor que Mrs. Mingle no te oiga hablar de ese modo —dijo Seymour—. Te echaría el mal de ojo.

—¡Tontadas!

—Bueno, cuece hierbas y cosas, y mi madre dice…

—¡Tontadas!

—De acuerdo. Pero yo no iría dando vueltas alrededor de ella, ni de su gato.

—Ahora vais a ver.

Ronnie abrió el portillo de la verja. Avanzó hacia el gato negro, mientras sus compañeros se quedaban con la boca abierta.

El gato se agachó sobre la hierba gatera, y Ronnie vaciló un instante al ver el brillo de las uñas y el de los ojos color de ágata. Pero, sus compañeros le estaban mirando…

—¡Fuera! —gritó.

Avanzó, agitando los brazos. El gato retrocedió, andando de lado. Ronnie se agachó rápidamente y cogió la bola de hierba gatera.

—¿Lo veis? Ya la tengo, muchachos. Voy a…

—¡*Suelta eso*!

No había visto abrirse la puerta. No había visto salir a la vieja. Pero repentinamente estuvo allí. Apoyada en su bastón, con un vestido negro muy ajustado, apenas parecía mayor que el gato agachado junto a ella. Su pelo era gris, y arrugado y muerto, su rostro era gris y arrugado y muerto, pero sus ojos…

Eran unos ojos color de ágata, como los del gato negro. Llameaban. Y cuando habló, escupió como escupen los gatos.

—¡*Suelta eso, jovencito*!

Ronnie empezó a temblar. Fue sólo un escalofrío. Todo el mundo tiene un escalofrío, de cuando en cuando. Temblaba tanto, que no pudo evitar que la bola de hierba gatera cayera de su mano. Por puro accidente…

No estaba asustado. Tenía que demostrarles a sus compañeros que no estaba asustado de la vieja. Era difícil respirar, continuaba temblando, pero lo consiguió. Llenó sus pulmones de aire y abrió la boca.

—¡Vieja bruja! —aulló.

Los ojos color de ágata se ensancharon, hasta que su tamaño superó al de la propia vieja. Lo único que Ronnie podía ver eran los ojos. Ojos de bruja. Ahora que lo había dicho, sabía que era cierto. Bruja. Era una bruja.

—¡*Desvergonzado mocoso! ¡Haré que te corten tu mentirosa lengua*!

¡Cielos, hablaba en serio!

Ahora se estaba acercando, y el gato avanzaba a su lado, y luego la vieja levantó su bastón, para golpearle. La bruja iba a golpearle… ¡No! ¡Oh, mamá, no!

Ronnie echó a correr.

III

No pudo evitarlo. Sus compañeros también habían echado a correr. Antes que él, incluso. Tuvo que hacerlo, la vieja estaba loca, cualquiera podía verlo. Además, si se hubiera quedado, la vieja hubiese tratado de pegarle y, al defenderse, él podría haberla lastimado. De modo que echó a correr para evitarse complicaciones. Simplemente por eso.

Ronnie se lo repitió a sí mismo una y otra vez durante la cena. Pero al decírselo a sí mismo no solucionaba nada. Tenía que decírselo a los muchachos, y pronto. Tenía que explicárselo antes de la elección de mañana…

—¡Ronnie! ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No, mamá.

—Entonces, ¿por qué no contestas cuando te preguntan? No has pronunciado media docena de palabras desde que has llegado a casa. Y tienes toda la comida en el plato.

—No tengo hambre.

—¿Te ocurre algo, hijo mío?

—No. Déjame en paz.

—Es esa elección de mañana, ¿verdad?

—Déjame en paz. —Ronnie se levantó de la mesa—. Voy a salir.

—¡Ronnie!

—Tengo que ver a Joe. Es muy importante.

—Recuerda que a las nueve tienes que estar en casa.

—Sí. Desde luego.

Salió a la calle. La noche era fría. Demasiado viento para aquella época del año. Ronnie se estremeció ligeramente mientras andaba. Tal vez un cigarrillo…

Encendió un fósforo y una lluvia de chispas ascendió en espiral hacia el cielo. Ronnie apresuró el paso, dando nerviosas chupadas al cigarrillo. Tenía que ver a Joe y a los otros chicos y darles una explicación. Sí, ahora mismo. Si se lo contaban a alguien…

Estaba muy oscuro. La luz de la esquina no ardía, y los

Ogden no estaban en casa. Y la casita de Mrs. Mingle siempre estaba a oscuras.

Mrs. Mingle. Iba a pasar por delante de su casita. Sería mejor que cruzara la calle.

¿Qué le sucedía? ¿Se estaba volviendo un gallina? ¡Sentir miedo de aquella vieja, de aquella bruja! Abombó el pecho. Que intentara algo… Ella y su maldito gato. ¡Sabrían quién era Ronnie!

No cruzó la calle. Pasó por delante de la casita envuelta en sombras, silbando retadoramente, y subrayó su actitud de desafío disparando la colilla de su cigarrillo a través de la verja. Volaron unas chispas, para ser tragadas inmediatamente por la boca de la noche.

Ronnie se detuvo a mirar por encima de la verja. Todo estaba oscuro e inmóvil. No había nada que temer. Todo estaba oscuro…

Todo, excepto aquel brillante parpadeo. Junto al camino, debajo del porche. Ahora podía ver el porche, porque había una luz. No era una luz fija: oscilaba. Como un fuego. Un fuego…, donde había caído la colilla de su cigarrillo. ¡La casita empezaba a arder!

Ronnie se agarró a la verja. Sí, se estaba prendiendo fuego. Mrs. Mingle saldría, vendrían los bomberos, encontrarían la colilla y…

Ronnie echó a correr, calle abajo. El viento maullaba detrás de él, el viento que avivaba las llamas que incendiarían la casita…

Mamá estaba acostada. Ronnie entró en la casa cautelosamente y se deslizó escaleras arriba sin hacer ruido. Se desvistió a oscuras y se metió en la cama. Se tapó la cabeza con la sábana y se quedó muy quieto, temblando, sin atreverse a mirar a través de la ventana para ver el resplandor procedente del otro lado de la manzana. Sus dientes castañetearon. Sabía lo que iba a suceder dentro de unos instantes.

Luego oyó el silbido de las sirenas. Los bomberos. Alguien les había avisado. Ahora no tenía por qué preocuparse. ¿Por qué le asustaba aquel sonido? No era más que una sirena, y no los gritos de Mrs. Mingle. Mrs. Mingle estaba perfectamente. Él estaba perfectamente. Nadie sabía…

Ronnie se quedó dormido con el rumor del viento y el grito de las sirenas en sus oídos. Durmió profundamente, con una sola interrupción. Fue hacia la madrugada, cuando creyó oír un ruido en la ventana. Como si alguien la estuviera arañando. El viento, desde luego. El viento que sollozaba, y gemía, y maullaba debajo de la ventana, al amanecer. Aunque la imaginación de Ronnie, la conciencia de Ronnie, transformó aquellos sonidos en los maullidos de un gato…

IV

—¡Ronnie!

No era el viento, no era un gato. Su madre le estaba llamando.

—¡Ronnie! ¡Oh, Ronnie!

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos inmediatamente, cegado por el sol.

—¿Por qué no contestas?

Oyó refunfuñar a su madre, abajo. Luego volvió a llamarle.

—¡Ronnie!

—¡Ya voy, mamá!

Saltó de la cama y se vistió. Su madre estaba esperándole en la cocina.

—Esta noche has dormido como un tronco. ¿No has oído las sirenas?

Ronnie dejó caer una tostada.

—¿Qué sirenas?

—Las de los bomberos. Ha sido algo terrible. La casita de Mrs. Mingle ha quedado destruida por el fuego.

—¿Sí?

No se acordó de recoger la tostada.

—¡Pobre anciana! Imagínate…, atrapada allí…

Tenía que impedir que continuara. No podría soportar lo que iba a decir a continuación. Pero, ¿cómo podía impedirlo?

—Murió abrasada. Cuando llegaron los bomberos la casa ardía como una tea. Los Ogden vieron el fuego al regresar a su casa, y Mr. Ogden avisó a los bomberos, pero era demasiado tarde. Cuando pienso en aquella pobre anciana, tan…

Sin pronunciar una sola palabra, Ronnie se levantó de la mesa y salió de la cocina. No esperó su desayuno. No se entretuvo contemplándose al espejo. Salió a la calle, convencido de que si continuaba allí se echaría a gritar o a llorar.

Estaba esperándole en la acera, al lado de la puerta. Un bulto negro con unos ojos de ágata.

El gato.

El gato de Mrs. Mingle, esperando que saliera.

Ronnie respiró profundamente antes de abrir el portillo de la verja. El gato no hizo el menor sonido. Se limitó a volver la cabeza hacia él y le miró fijamente.

Ronnie se paró un momento, antes de cruzar la verja. En el suelo había un guijarro. Lo cogió y lo blandió en su mano.

—¡Fuera! —gritó.

El gato retrocedió. Ronnie cruzó el portillo. El gato echó a andar detrás de él. Ronnie dio media vuelta, blandiendo el guijarro.

—¡Fuera, he dicho!

El gato se quedó quieto.

¿Por qué no habría ardido también aquel maldito bicho en el incendio? ¿Qué estaba haciendo aquí?

Apretó fuertemente el guijarro entre sus dedos. Si aquel maldito gato intentaba algo…

Reemprendió la marcha, sin mirar atrás. ¿Qué le sucedía? Supongamos que el

gato le estuviera siguiendo. ¿Y qué? No podía hacerle ningún daño. Ni podía hacérselo la vieja Mingle. Estaba muerta. La bruja asquerosa. Decir que haría que le cortaran la lengua… Bueno, la vieja ya había recibido lo suyo. Lástima que el gato hubiese quedado con vida. Pero ya le daría lo suyo, también, si se ponía tonto.

Nadie iba a descubrir lo de aquel cigarrillo. Mrs. Mingle estaba muerta. De modo que no tenía por qué preocuparse.

La sombra le seguía, calle abajo.

—¡Fuera de aquí!

Ronnie dio media vuelta y disparó el guijarro contra el gato. El gato siseó. Ronnie oyó sisear al viento, oyó sisear la colilla de su cigarrillo, oyó sisear a Mrs. Mingle.

Echó a correr. El gato corrió detrás de él.

—¡Eh, Ronnie!

Marvin Ogden le estaba llamando. No podía detenerse ahora, ni siquiera para propinarle un pescozón a aquel mocoso. Continuó corriendo. El gato se mantuvo a la misma distancia, siempre detrás de él.

Luego le faltó el resuello, y acortó el paso. Muy a tiempo. Delante de él había un grupo de muchachos, de pie en la acera, frente a un montón de restos humeantes.

Estaban contemplando lo que había sido la casita de la vieja Mrs. Mingle.

Ronnie cerró los ojos y cruzó la calle. El gato le siguió.

Tenía que deshacerse de él antes de llegar a la escuela. ¿Qué diría la gente si le veían con el gato de la vieja? Quién sabe lo que podrían pensar… Tenía que deshacerse de él.

Ronnie echó a correr hacia la Sinclair Street. El gato le siguió. Al llegar a la esquina cogió una piedra y la lanzó contra el gato. El animal dio un salto de costado. Luego se sentó en la acera y contempló fijamente a Ronnie. No hizo más que eso: contemplarle.

Ronnie no pudo apartar sus ojos del gato. El animal le miraba con fijeza, del mismo modo que había mirado Mrs. Mingle. Pero Mrs. Mingle estaba muerta. Y esto no era más que un gato. Un gato del que tenía que deshacerse, y pronto.

Se acercaba el autobús. Ronnie encontró una moneda de diez centavos en su bolsillo y subió al vehículo. El gato no se movió. Ronnie se quedó en pie en la plataforma, mirando hacia atrás mientras el autobús reemprendía la marcha. El gato continuó sentado en la acera.

Dos paradas más lejos, Ronnie se apeó y cogió el autobús de la Hollis Avenue. Le llevó hasta la escuela, diez minutos tarde. Ronnie se apeó y cruzó la calle apresuradamente.

Una sombra cruzó la entrada del edificio.

Ronnie vio al gato. Estaba allí, esperándole.

Echó a correr.

Fue lo único que Ronnie recordaba del resto de la mañana. Correr. Correr, y el gato detrás de él. No pudo ir a la escuela, no pudo estar allí para la elección, no pudo

deshacerse del gato. Corrió.

De calle en calle, por toda la vecindad; deteniéndose a tirar piedras, maldiciendo, jadeando y sudando. Corriendo siempre, y siempre con el gato a sus alcances. Sin darse cuenta, se encontró delante de las ruinas de la casita de Mrs. Mingle, con sus restos calcinados y humeantes. El gato le había empujado hacia allí, quería que viera…

Ronnie empezó a llorar. Lloró mientras corría hacia su casa. El gato no producía el menor sonido. Se limitaba a seguirle. Bueno, ya le ajustaría las cuentas. Se lo diría a su madre. Su madre se encargaría de él. Su madre.

—¡Mamá! —aulló, mientras corría hacia la puerta.

Silencio. Su madre había salido. De compras.

Y el gato acababa de cruzar el portillo de la verja.

Ronnie cerró la puerta. Su madre tenía llave para abrir. Ahora está a salvo. A salvo en su casa. A salvo en la cama: deseaba irse a la cama, y taparse la cabeza con las mantas, hasta que llegara su madre y lo arreglara todo.

Alguien arañó la puerta.

—¡Mamá!

Su grito despertó los ecos de la casa vacía.

Echó a correr escaleras arriba. Todo quedó en silencio. Luego oyó girar el pomo de la puerta. Era la vieja Mingle, salida de la tumba. Era la bruja, que venía en su busca. Era…

—¡Mamá!

—¡Ronnie! ¿Qué sucede? ¿Qué estás haciendo en casa? ¿No has ido a la escuela?

Era su madre. Ronnie cerró la boca a tiempo. No podía contarle lo del gato. Ni ahora ni nunca. Saldrían a relucir otras cosas, y… Cuidado. Debía tener mucho cuidado con lo que decía.

—Me dolía el estómago —dijo—. Miss Sanders me dijo que viniera a casa y me acostara.

Su madre subió apresuradamente, le ayudó a desvestirse, dijo que avisaría al médico y le arropó cariñosamente. Y Ronnie pudo llorar, y su madre no supo que no lloraba porque le doliera el estómago. ¿Por qué tenía que saberlo? Ahora, todo había pasado.

Sí, ahora todo había pasado, y él estaba en la cama. A la hora del almuerzo, su madre le subió un poco de sopa. Ronnie deseaba preguntarle por el gato, pero no se atrevió. Además, ya no le oía arañar. Debió marcharse cuando su madre llegó a casa.

Ronnie permaneció tendido en la cama, dormitando, mientras las sombras de la tarde corrían en largas cintas negras a través del suelo de la habitación. Sonrió para sí. ¡Qué tonto había sido! Asustarse de un gato… Un gato que a lo mejor sólo existía en su imaginación. ¿Por qué no?

—¡Ronnie! ¿Estás bien? —preguntó su madre desde el pie de la escalera.

—Sí, mamá. Me encuentro mucho mejor.

Desde luego, se encontraba mucho mejor. Podía levantarse y bajar a cenar, si quería.

Empezó a apartar las mantas. La habitación estaba a oscuras. Era casi la hora de la cena…

En aquel momento, Ronnie oyó el sonido. Alguien que arañaba una puerta, que se deslizaba… ¿Abajo, en el vestíbulo? No. No podía ser en el vestíbulo. ¿Dónde, entonces?

La ventana. Estaba abierta. Y el sonido procedía de la ventana. Tenía que cerrarla inmediatamente. Se levantó de un salto, golpeándose la barbilla contra una silla mientras avanzaba en la oscuridad. Cerró la ventana.

Inmediatamente volvió a oír el sonido.

¡Y procedía *del interior de la habitación*!

Ronnie volvió a meterse en la cama de un salto, subiendo el embozo hasta su barbilla. Sus ojos intentaron taladrar la oscuridad.

¿Dónde estaba?

Sólo vio sombras. ¿Cuál de las sombras se movía?

¿Dónde estaba?

¿Por qué no maullaba, de modo que pudiera localizarlo?

¿Por qué no hacía algún ruido? Sí, ¿y por qué estaba aquí? ¿Por qué le seguía? ¿Qué trataba de hacerle?

Ronnie lo ignoraba. Lo único que sabía era que estaba en la cama, esperando, pensando en Mrs. Mingle y en su gato, y en que ella era una bruja y había muerto porque él la había asesinado. ¿La había asesinado, realmente? Las ideas de Ronnie se confundían, no podía recordar, ni siquiera sabía ya lo que era real y lo que no era real. No podía saber cuál de las sombras se movería a continuación.

Y luego lo supo.

La sombra redonda estaba moviéndose. La redonda bola negra avanzaba lentamente, pulgada a pulgada, a través de la habitación. La sombra que un momento antes permanecía agazapada al pie de la ventana.

Debía de ser el gato, desde luego, ya que las sombras no tienen zarpas que arañen el suelo al avanzar. Las sombras no saltan de repente, para quedarse colgadas de los barrotes de la cama y mirarle a uno con unos ojos amarillos y unos dientes amarillos…

Con aquella mirada fija que recordaba la mirada de Mrs. Mingle.

El gato era enorme. Sus ojos eran enormes. Y sus dientes eran enormes, también.

Ronnie abrió la boca para gritar.

Entonces la sombra voló por el aire, en dirección a su rostro, a su boca abierta. Las zarpas se aferraron a sus mejillas, manteniendo sus mandíbulas separadas, y la cabeza se introdujo en la boca…

En medio de su dolor, desde muy lejos, Ronnie oyó que alguien le llamaba.

—¡Ronnie! ¡Oh, Ronnie! ¿Qué es lo que te pasa?

Una especie de nube roja velaba sus ojos. Ronnie echó la cabeza hacia atrás y experimentó un vivísimo dolor. Repentinamente, la sombra se alejó y Ronnie se encontró sentado en la cama. Movía la boca, pero de ella no salía ningún sonido. No salía nada de ella, excepto aquella borboteante humedad rojiza.

Su madre insistió.

—¡Ronnie! ¿Por qué no contestas?

De las profundidades de la garganta de Ronnie surgió un sonido gutural, pero ninguna palabra. Nunca más surgirían palabras de ella.

—¡Ronnie! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato…?

LOS VERANEANTES

Shirley Jackson

LA casa de campo de los Allison, a siete millas de distancia del pueblo más cercano, se erguía airosamente sobre una colina; desde tres de sus lados se divisaba una extensión cubierta de hermosos árboles y de una vegetación que casi nunca, ni siquiera en pleno verano, aparecía agostada y seca. En el cuarto lado estaba el lago, que llegaba hasta el embarcadero de madera que los Allison no se molestaban ya en reparar y que se divisaba igualmente bien desde el porche delantero, el porche lateral o cualquier lugar de la rústica escalera que conducía desde el porche hasta el agua. Aunque los Allison estaban profundamente enamorados de su casita de verano, esperaban con ansia que llegara el buen tiempo y odiaban tener que marcharse en otoño, no se habían preocupado por introducir mejoras en ella, considerando que la casita en sí y el lago eran una mejora suficiente para el tiempo que les quedaba de vida. La casita no tenía calefacción, ni agua corriente, ni electricidad. Durante diecisiete veranos, Janet Allison había cocinado en una estufa de petróleo, calentando en ella toda el agua que necesitaba; Robert Allison, por su parte, había acarreado diariamente cubos de agua desde el pozo existente en el patio trasero, y había leído su periódico por las noches a la luz de una vela; y los dos, acostumbrados a la higiene de la ciudad, habían terminado por despreocuparse de un modo absoluto por algunos aspectos poco agradables, desde el punto de vista higiénico, de aquella existencia semisalvaje.

Los Allison no eran unas personas refinadas, desde luego. Mrs. Allison tenía cincuenta y ocho años, y Mr. Allison sesenta; habían visto crecer a sus hijos y huir de la casita de verano para instalarse con sus propias familias en alguna playa de moda; sus amigos estaban muertos o se sentían demasiado viejos para abandonar las confortables viviendas de sus nietos y sobrinos. En invierno, los Allison se decían el uno al otro que podían soportar su apartamiento de Nueva York con la esperanza de que llegara el verano; en verano se decían el uno al otro que valía la pena pasar el invierno con la esperanza de que llegara el buen tiempo.

Dado que eran lo bastante viejos como para no avergonzarse de tener unas costumbres regulares, los Allison se marchaban invariablemente de su casita de verano el martes siguiente al *Labour Day*[2], y se sentían invariablemente disgustados cuando los meses de septiembre y principios de octubre resultaban insufriblemente calurosos en la ciudad; cada año reconocían que no había nada que les obligara a regresar a Nueva York, pero les costó muchísimo superar su inercia tradicional y decidir quedarse en la casita de verano después del *Labour Day*.

—En realidad, no hay nada que nos obligue a regresar a la ciudad —le dijo Mrs. Allison a su marido gravemente, como si la idea acabara de ocurrírsele.

Y él replicó, como si hasta entonces no se le hubiera ocurrido la idea:

—Desde luego, podríamos disfrutar del campo una temporada más…

En consecuencia, con mucho placer y una leve sensación de aventuras, Mrs. Allison se dirigió al pueblo al día siguiente del *Labour Day* y les dijo a los indígenas con los cuales tenía tratos, con un divertido aire de conspiración, que ella y su marido

habían decidido quedarse a pasar otro mes en su casita de campo.

—Al fin y al cabo, nada nos reclama en la ciudad —le dijo a Mr. Babcock, el dueño de la tienda de comestibles—. Podemos disfrutar del campo unas semanas más.

—Hasta ahora, nadie se había quedado en el lago después del *Labour Day* —dijo el tendero. Estaba colocando las compras de Mrs. Allison en una gran caja de cartón, y se interrumpió un momento para mirar con aire reflexivo una paquete de pastas para té—. Nadie —añadió.

—¡Oh, la ciudad! —Mrs. Allison le hablaba siempre a míster Babcock de la ciudad como si Mr. Babcock estuviera soñando trasladarse allí—. Hace un calor horroroso…, no tiene usted idea del calor que hace en la ciudad. Cuando mi marido y yo nos marchamos de aquí siempre tenemos un gran disgusto.

—No les gusta marcharse —dijo Mr. Babcock. Una de las más enojosas costumbres indígenas de las que Mrs. Allison se había dado cuenta era la de repetir una afirmación vulgar, convirtiéndola en una afirmación todavía más vulgar—. A mí tampoco me gusta marcharme —dijo Mr. Babcock, tras una leve reflexión, y él y Mrs. Allison sonrieron—. Pero, hasta ahora, nunca oí decir que nadie se quedara en el lago después del *Labour Day*.

—Bueno, nosotros vamos a probarlo —dijo Mrs. Allison.

—Las cosas no se saben hasta que se prueban —replicó gravemente Mr. Babcock.

Físicamente, decidió Mrs. Allison, como hacía siempre que salía de la tienda de comestibles después de una de sus vagas conversaciones con Mr. Babcock, físicamente, Mr. Babcock podía servir de modelo para una estatua de Daniel Webster; pero, mentalmente…, era horrible pensar hasta qué punto había degenerado la raza yanqui de Nueva Inglaterra. Lo comentó con su marido, mientras subía al automóvil, y él dijo:

—Es el resultado de generaciones de reproducirse con padres de la misma raza. Eso, y la pobreza del suelo.

Dado que éste era su gran viaje al pueblo, el cual efectuaban solamente cada dos semanas para comprar cosas que no podían enviarles, pasaban allí todo el día, deteniéndose a comer un bocadillo en la tienda de los periódicos y los refrescos, y dejando los paquetes amontonados en la trasera del auto. A pesar de que Mrs. Allison podía hacer sus pedidos de comestibles por teléfono, prefería hacer sus compras personalmente, para ver lo que adquiría. En esta ocasión, además, Mrs. Allison estaba interesada en un juego de platos de cristal resistentes al fuego que había encontrado por casualidad en los grandes almacenes en miniatura del pueblo, un interés que sólo ella parecía tener, ya que la gente del campo, con su desconfianza instintiva hacia todo lo que no ofreciera un aspecto tan permanente como los árboles, las rocas y el cielo, apenas habían empezado a experimentar las baterías de cocina de aluminio en sustitución de las de barro cocido.

Mrs. Allison pidió que le envolvieran cuidadosamente los platos, de modo que

pudieran soportar el incómodo viaje por el camino rocoso que conducía a la casita de campo, y mientras Mr. Charley Walpole, que en unión de su hermano menor Albert regentaba la tienda (a la tienda se la conocía por el nombre de *Johnson's*, porque se encontraba en el lugar donde se había alzado la antigua cabaña de Johnson, que ardió cincuenta años antes de que naciera Charley Walpole), envolvía los platos en papel de periódico, Mrs. Allison dijo, en tono casual:

—Desde luego, *pude* haber esperado a comprar esos platos en Nueva York, pero este año no vamos a marcharnos tan pronto.

—He oído decir que van ustedes a quedarse —dijo míster Charley Walpole. Siguió envolviendo los platos, y no miró a Mrs. Allison mientras continuaba—: No sé que nadie se haya quedado en el lago después del *Labour Day*.

—Bueno, verá —dijo Mrs. Allison, como si el viejo Charley mereciera una explicación—, todos los años hemos regresado apresuradamente a Nueva York, como si nos estuvieran esperando allí, pero ahora nos hemos dado cuenta de que no teníamos necesidad de apresurarnos. Ya sabe usted lo que es la ciudad en otoño.

Y sonrió a Mr. Charley Walpole con cierto aire de complicidad.

Pausadamente, el tendero continuó envolviendo los platos. Lo hacía con una calma exasperante, y Mrs. Allison se esforzó por no revelar su impaciencia.

—Me alegro que hayamos decidido quedarnos más tiempo —dijo—. Tengo la sensación de que pertenecemos a este lugar.

Y, para demostrarlo, sonrió cordialmente a través de la tienda a una mujer con rostro familiar, que podía haber sido la mujer que les vendió las fresas a los Allison un año, o la mujer que ocasionalmente ayudaba a Mr. Babcock en su tienda y que probablemente era tía suya.

—Bueno —dijo Mr. Charley Walpole. Empujó el paquete a través del mostrador, para dar a entender que estaba terminado y que por una venta bien hecha, y un paquete bien envuelto, estaba dispuesto a aceptar cierta cantidad de dinero—. Bueno —repitió—. Hasta ahora, los veraneantes no se habían quedado nunca en el lago después del *Labour Day*.

Mrs. Allison le entregó un billete de un dólar y el tendero le devolvió el cambio, contando cuidadosamente los peniques.

—No se habían quedado nunca después del *Labour Day* —repitió, dirigiendo una inclinación de cabeza a Mrs. Allison y cruzando lentamente la tienda para atender a las dos mujeres que estaban examinando los vestidos de algodón.

Antes de cruzar la puerta, Mrs. Allison oyó que una de las mujeres decía:

—¿Por qué está marcado este vestido a un dólar y treinta y nueve centavos, y este otro a sólo noventa y ocho centavos?

—Son unas excelentes personas —le dijo Mrs. Allison a su marido cuando se reunió con él en la puerta de la tienda—. Tan sólidas, tan razonables y tan *honradas*…

—Resulta muy agradable saber que aún hay pueblos como éste —dijo Mr.

Allison.

—En Nueva York —dijo Mrs. Allison—, podía haber conseguido estos platos unos centavos más baratos, pero no hubiera habido nada personal en la transacción.

—¿Van a quedarse en el lago? —preguntó Mrs. Martin, en la tienda de los periódicos y refrescos—. He oído decir que van a quedarse.

—Hemos decidido aprovechar el buen tiempo que hace este año —dijo Mr. Allison.

Mrs. Martin era comparativamente una recién llegada al pueblo; había vivido en una casa de labor de los alrededores hasta que se casó con el dueño de la tienda, y continuaba regentándola después de la muerte de su marido. Servía refrescos embotellados, y preparaba bocadillos de huevos fritos con cebolla.

—No sé que nadie se haya quedado tanto tiempo antes de ahora —dijo Mrs. Martin—. Por lo menos, nadie se ha quedado después del *Labour Day*.

—Creí que se marchaban ustedes el *Labour Day* —les dijo más tarde Mr. Hall, su vecino más próximo, enfrente de la tienda de Mr. Babcock, donde los Allison se disponían a subir a su automóvil para regresar a casa—. Me sorprendió enterarme de que iban a quedarse.

—Nos ha parecido una lástima marcharnos tan pronto —dijo Mrs. Allison.

Mr. Hall vivía a tres millas de distancia de la casita de campo; suministraba huevos y mantequilla a los Allison, y ocasionalmente, desde la cumbre de su colina, los Allison podían ver las luces de la casa a primeras horas de la noche, antes de que los Hall se acostaran.

—Habitualmente, todos se marchan el *Labour Day* —dijo Mr. Hall.

El camino de regreso era largo y escabroso; empezaba a oscurecer, y Mr. Allison tenía que conducir con mucho cuidado sobre el sucio sendero que discurría junto al lago. Mrs. Allison iba reclinada contra el asiento, agradablemente relajada después de un día que parecía agitadísimo comparado con su existencia cotidiana; en su mente cosquilleaban de modo placentero los nuevos platos de cristal, y la media arroba de manzanas rojas, y el paquete de papeles pintados con los cuales iba a decorar los estantes de la cocina.

—¡Qué agradable resulta regresar a casa! —murmuró cuando llegaron a la vista de su casita, siluetada encima de ellos contra el cielo.

—Me alegro que decidiéramos quedarnos —asintió míster Allison.

Mrs. Allison pasó la mañana siguiente colocando los papeles pintados en los estantes de la cocina; decidió utilizar algunas de las manzanas rojas para confeccionar un pastel para la cena, y mientras el pastel estaba en el horno y míster Allison iba en busca del correo, se sentó en el pequeño trozo de césped que se extendía a uno de los lados de la casita y contempló las cambiantes luces sobre el lago, alternativamente gris y azul mientras las nubes avanzaban rápidamente a través del sol.

Mr. Allison regresó algo enojado; siempre le fastidiaba andar una milla hasta la estafeta de correos de la carretera general y volver con las manos vacías, a pesar de

que suponía que el paseo era beneficioso para su salud. Aquella mañana no había nada más que una circular de unos grandes almacenes de Nueva York, y su periódico neoyorquino, el cual llegaba erráticamente por correo de uno a cuatro días más tarde de lo debido, de modo que algunos días los Allison recibían tres periódicos, y frecuentemente ninguno. Mrs. Allison, aunque compartía con su marido la decepción de no recibir la carta que tanto esperaban, no tardó en consolarse con la circular de los grandes almacenes, y decidió mentalmente dejarse caer en ellos cuando finalmente regresaran a Nueva York y comprobar la oferta de las mantas de lana; en los tiempos actuales, resultaba difícil encontrar buenas mantas a un precio razonable. Pensó que tenía que guardar la circular para que no se le olvidara, pero al final renunció a entrar en la casa para dejarla en un lugar seguro y se dejó caer en la hierba al lado de su mecedora, con los ojos semicerrados.

—Parece que vamos a tener lluvia —dijo Mr. Allison, contemplando el cielo.

—Será buena para las cosechas —dijo Mrs. Allison lacónicamente, y los dos se echaron a reír.

El hombre del petróleo se presentó a la mañana siguiente, mientras Mr. Allison había ido en busca del correo; su provisión de petróleo empezaba a escasear, y Mrs. Allison acogió al hombre calurosamente; vendía petróleo y hielo, y durante el verano, recogía la basura de los veraneantes. Un basurero sólo era necesario para los descuidados habitantes de la ciudad; la gente del campo no tenía basura.

—Me alegro mucho de verle —dijo Mrs. Allison—. Nos estábamos quedando sin petróleo.

El hombre del petróleo, de cuyo nombre no había podido enterarse nunca Mrs. Allison, utilizaba una manguera de goma para llenar el bidón de cien litros de los Allison; pero hoy, en vez de dirigirse a la parte trasera de su camioneta y desenroscar la manguera, el hombre miró con aire de apuro a Mrs. Allison, sin parar el motor de la camioneta.

—Creí que iban ustedes a marcharse —dijo.

—Vamos a quedarnos otro mes —dijo Mrs. Allison alegremente—. Hace un tiempo tan agradable, que nos ha parecido…

—Eso es lo que me han dicho —dijo el hombre—. No puedo servirles petróleo.

—¿Qué quiere usted decir? —Mrs. Allison enarcó las cejas—. Nos ha servido usted de un modo regular…

—Después del *Labour Day* —dijo el hombre—, apenas me queda petróleo.

Mrs. Allison se recordó a sí misma, como hacía frecuentemente cuando estaba en desacuerdo con alguno de sus vecinos, que los modales ciudadanos no daban buen resultado con la gente del campo; no podía tratarse a un empleado del campo como a un obrero de la ciudad, y Mrs. Allison sonrió amablemente mientras decía:

—Pero, seguramente podrá proporcionarnos un poco más de petróleo, al menos mientras estemos aquí, ¿verdad?

—Verá —dijo el hombre. Repiqueteó exasperantemente con su dedo contra el

volante del vehículo mientras hablaba—. Verá —repitió lentamente—. Yo encargo el petróleo. Tienen que traérmelo desde cincuenta o cincuenta y cinco millas de distancia. Hago el pedido en junio, calculando lo que necesitaré para todo el verano. Luego hago otro pedido…, en noviembre. De modo que apenas me queda petróleo para mí.

Como si aquello dejara zanjada la cuestión, dejó de repiquetear y apretó sus manos sobre el volante, disponiéndose a marcharse.

—Pero, ¿no puede usted servirnos un poco? —insistió Mrs. Allison—. ¿No hay alguien más que pueda hacerlo?

—No creo que puedan conseguir petróleo en ninguna parte —dijo el hombre con aire meditativo—. Yo no puedo darles ni una gota. —Antes de que Mrs. Allison pudiera hablar, la camioneta empezó a moverse; luego se detuvo un momento y el conductor miró a Mrs. Allison a través de la ventanilla del vehículo—: ¿Hielo? —inquirió—. Puedo dejarle un poco de hielo.

Mrs. Allison sacudió la cabeza; no necesitaba hielo, y estaba furiosa. Dio unos cuantos pasos al lado de la camioneta, gritando:

—¿Tratará usted de conseguirnos algo de petróleo? ¿La semana próxima?

—No lo creo —dijo el hombre—. Después del *Labour Day*, es muy difícil.

La camioneta se alejó y Mrs. Allison, tratando de consolarse con la idea de que podría obtener algo de petróleo de Mr. Babcock, o, en el peor de los casos, de los Hall, la contempló con aire enojado.

—Espera que llegue el próximo verano —murmuró—. ¡Ya vendrás por aquí el próximo verano!

No había ninguna carta; sólo el periódico, que en los últimos días parecía llegar con rara puntualidad, y Mr. Allison estaba francamente contrariado cuando regresó. Cuando Mrs. Allison le contó lo del petróleo, Mr. Allison no se mostró especialmente impresionado.

—Probablemente lo guardan para subirle el precio durante el invierno —comentó —. ¿Qué les habrá sucedido a Anne y a Jerry?

Anne y Jerry eran su hija y su hijo, ambos casados, él en Chicago, ella en el lejano Oeste; sus acostumbradas cartas semanales se estaban retrasando; se estaban retrasando tanto, en realidad, que Mr. Allison tenía motivos para sentirse enojado.

—Saben perfectamente la ansiedad con que esperamos sus cartas —dijo—. ¡Los hijos! Todos son igual. Egoístas, desatentos…

—No te lo tomes así, querido —dijo Mrs. Allison en tono conciliador. El enojo hacia Anne y Jerry no suavizaría sus sentimientos hacia el hombre del petróleo. Al cabo de unos instantes añadió—: Voy a llamar a Mr. Babcock y a encargarle que nos envíe un poco de petróleo.

—Al menos una tarjeta postal —murmuró Mr. Allison.

Al igual que con la mayoría de los inconvenientes de la casita de campo, los Allison no se fijaban ya de un modo especial en el teléfono, limitándose a aceptar sus rarezas sin quejarse conscientemente. Era un teléfono de pared, de un modelo que todavía puede verse en algunas zonas apartadas; para establecer la comunicación con el encargado de la centralita, Mrs. Allison tenía que hacer girar la pequeña manivela situada a la derecha del aparato. Habitualmente, eran necesarias dos o tres tentativas para que el encargado de la centralita respondiera, y Mrs. Allison, cuando se veía obligada a hacer una llamada, se acercaba al teléfono con resignación y una especie de desesperada paciencia. De modo que aquella mañana hizo girar la manivela tres veces antes de que el encargado de la centralita respondiera, y luego tuvo que esperar que Mr. Babcock descolgara el receptor situado en un rincón de la tienda, detrás del mostrador de la carne.

—¿Diga? —inquirió la voz de Mr. Babcock, con una inflexión que parecía indicar las sospechas que le inspiraba alguien que trataba de comunicarse con él por medio de aquel diabólico aparato.

—¿Mr. Babcock? Aquí, Mrs. Allison. He pensado que podía hacerle mi pedido con un día de anticipación, porque quería estar segura y obtener algo de…

—¿Qué dice usted, Mrs. Allison?

Mrs. Allison levantó un poco la voz; vio que Mr. Allison, desde el césped, se volvía en su mecedora y la miraba con una expresión de comprensiva simpatía.

—Decía, Mr. Babcock, que he pensado que podía anticiparle mi pedido a fin de que me enviara usted…

—¿Mrs. Allison? —dijo Mr. Babcock—. Tendrá que pasar a recogerlo usted misma.

—¿A recogerlo yo misma?

En su sorpresa, Mrs. Allison dejó que su voz volviera a su tono normal, y Mr. Babcock gritó:

—¿Qué pasa, Mrs. Allison?

—Creí que usted me lo enviaría, como de costumbre —dijo Mrs. Allison.

—Verá, Mrs. Allison —dijo Mr. Babcock. Hubo una pausa, y mientras Mrs. Allison esperaba contempló la cabeza de su marido, que se recortaba contra el cielo —. Mrs. Allison —continuó finalmente Mr. Babcock—, en verano mi hijo me ayuda en la tienda, como usted ya sabe, pero ayer regresó a la escuela y no tengo a nadie para atender a los envíos. Sólo los hago en verano, ¿comprende?

—Creí que los hacía *siempre* —dijo Mrs. Allison.

—Únicamente hasta el *Labour Day*, Mrs. Allison —dijo Mr. Babcock en tono firme—. Usted no ha estado nunca aquí después del *Labour Day*, de modo que no podía saberlo, desde luego.

Mrs. Allison se contuvo, repitiéndose, una y otra vez, que no pueden utilizarse los

mismos modales con la gente del campo que con la de la ciudad, y que el enfurecerse no le serviría de nada.

—¿Está usted *seguro*? —preguntó finalmente—. ¿No podría enviarnos un último pedido hoy, Mr. Babcock?

—Imposible, Mrs. Allison —respondió Mr. Babcock—. No puedo emplear a alguien para un envío a un solo cliente del lago. Compréndalo.

—¿Qué me dice de Mr. Hall? —preguntó repentinamente Mrs. Allison—. Vive a tres millas de distancia de nuestra casa… Mr. Hall podría recogerlo cuando vaya al pueblo, y…

—¿Hall? —inquirió Mr. Babcock—. ¿John Hall? Se han marchado a visitar a unos parientes.

—Pero, los Hall nos sirven los huevos y la mantequilla… —dijo Mrs. Allison, anonadada.

—Se marcharon ayer —dijo Mr. Babcock—. Probablemente no creyeron que se quedaran ustedes ahí.

—Pero, yo le dije a Mr. Hall… —empezó a decir Mrs. Allison, pero se interrumpió—. Mañana enviaré a Mr. Allison a recoger algunas cosas —añadió.

—Le atenderé con mucho gusto —dijo Mr. Babcock.

Después de colgar el receptor, Mrs. Allison fue a sentarse de nuevo en la mecedora contigua a la de su marido.

—Mr. Babcock no va a enviarnos nada —dijo—. Tendrás que ir tú mañana. Sólo tenemos el petróleo suficiente hasta que tú regreses.

—Debió avisarnos antes —dijo Mr. Allison.

No era posible permanecer preocupados durante el resto del día; el campo no había ofrecido nunca un aspecto más atractivo, y el lago se movía plácidamente debajo de ellos, entre los árboles, con la casi increíble suavidad de un cuadro veraniego. Mrs. Allison suspiró profundamente, en el placer de poseer para ellos aquella vista del lago, con las lejanas y verdes colinas más allá y el susurro amable de la brisa a través de los árboles.

El tiempo continuó siendo bueno; a la mañana siguiente, Mr. Allison, con una lista encabezada por la palabra «Petróleo», se encaminó hacia el garaje, mientras Mrs. Allison empezaba a preparar otro de sus pasteles. Estaba mondando las manzanas cuando Mr. Allison se presentó inesperadamente en la cocina.

—El condenado auto no quiere ponerse en marcha —anunció, en el tono preocupado de un hombre que depende de su automóvil tanto como de su brazo derecho.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mrs. Allison, con el cuchillo en una mano y una manzana en la otra—. El jueves funcionaba perfectamente.

—Bueno —dijo Mr. Allison entre dientes—, eso era el jueves. Pero hoy estamos

a viernes y no funciona.

—¿No puedes arreglarlo? —inquirió Mrs. Allison.

—No —respondió Mr. Allison—, no puedo arreglarlo. Tendré que avisar a alguien, supongo.

—¿A quién? —preguntó Mrs. Allison.

—Al hombre de la estación de servicio. —Mr. Allison se encaminó hacia el teléfono—. El pasado verano, cuando se estropeó, lo arregló él.

Con cierta aprensión, Mrs. Allison continuó mondando las manzanas, sin pensar en lo que estaba haciendo. Mr. Allison, por su parte, hizo girar la manivela del teléfono, esperó, dio el número al encargado de la centralita, volvió a esperar, dio el número de nuevo y finalmente soltó el receptor.

—No contesta —anunció, regresando a la cocina.

—Probablemente ha salido un momento —dijo nerviosamente Mrs. Allison; ignoraba el motivo de que se sintiera tan nerviosa, a menos que fuera por la posibilidad de que su marido perdiera los estribos—. Supongo que estará allí solo, de modo que si sale un momento no quedará nadie para contestar al teléfono.

—Sí, eso debe ser —dijo Mr. Allison con punzante ironía.

Se dejó caer en una de las sillas de la cocina y contempló a su esposa mientras mondaba las manzanas. Al cabo de un rato, Mrs. Allison dijo:

—¿Por qué no vas a buscar el correo y luego vuelves a llamarle?

Mr. Allison meditó unos instantes y luego dijo:

—Creo que será lo mejor. —Se puso en pie trabajosamente y cuando llegó a la puerta de la cocina se volvió y dijo—: Pero, si no hay ninguna carta…

Y se marchó, dejando un horrible silencio detrás de él.

Mrs. Allison continuó con su pastel. Por dos veces se acercó a la ventana para contemplar el cielo y comprobar si estaba nublado. La cocina parecía inesperadamente oscura, y la propia Mrs. Allison se sentía en el estado de tensión que precede a una tormenta, pero las dos veces vio que el cielo estaba despejado y claro, sonriendo con indiferencia a la casita de verano de los Allison así como al resto del mundo. Cuando Mrs. Allison, con su pastel listo para el horno, se acercó por tercera vez a mirar hacia el exterior, vio a su marido que ascendía por el sendero; tenía un aspecto más alegre, y al ver a su esposa agitó una carta en el aire.

—¡Es de Jerry! —gritó, cuando estuvo lo bastante cerca para que ella pudiera oírle—. ¡Al fin…, una carta!

Mrs. Allison se dio cuenta, con cierta preocupación, de que su marido no era ya capaz de subir el ligero repecho que conducía hasta la casa sin respirar penosamente; pero inmediatamente Mr. Allison cruzó el umbral, esgrimiendo la carta.

—No he querido abrirla hasta llegar aquí —dijo.

Mrs. Allison examinó con una avidez que la sorprendió a ella misma la familiar escritura de su hijo; no podía imaginar por qué la excitaba tanto aquella carta, a no ser porque era la primera que recibían después de mucho tiempo; sería una carta

agradable, respetuosa, contando lo que hacían Alice y los niños, informando de los progresos en su trabajo, comentando el tiempo que hacía en Chicago, para terminar con cariñosos saludos de parte de todos; Mr. y Mrs. Allison hubieran podido recitar, sin el menor esfuerzo, una carta típica de cualquiera de sus dos hijos.

Mr. Allison abrió el sobre lentamente, y luego extendió la carta sobre la mesa de la cocina para que su esposa pudiera leerla al mismo tiempo que lo hacía él.

Queridos mamá y papá —empezaba, con la familiar caligrafía de Jerry, algo infantil—. Me alegro de que esta carta os llegue al lago como de costumbre, siempre hemos pensado que regresabais a la ciudad demasiado pronto, y que debíais de quedaros más tiempo en el campo. Alice dice que ya no sois tan jóvenes como antes, y que ya no tenéis nada que os reclame en la ciudad, de modo que lo mejor es que os divirtáis mientras podéis hacerlo. Dado que los dos os encontráis bien ahí, ha sido una buena idea quedaros.

Con cierta sensación de intranquilidad, Mrs. Allison miró de soslayo a su marido; éste leía con profunda atención, y Mrs. Allison cogió el sobre vacío, sin saber exactamente por qué. La dirección, escrita por el propio Jerry, era la de siempre, y el matasellos era el de Chicago. Desde luego que era el de Chicago, pensó Mrs. Allison rápidamente. ¿Por qué iban a echarla al correo en otra parte? Cuando volvió de nuevo su atención a la carta, su marido había vuelto la página y Mrs. Allison leyó con él:

… y, desde luego, si cogen ahora el sarampión, etc., más tarde se encontrarán mejor. Alice está bien, lo mismo que yo. Últimamente hemos jugado mucho al bridge con los Carruthers, una pareja encantadora, de nuestra misma edad, aproximadamente. El que ha muerto ha sido el viejo Dickson, de nuestra oficina de Chicago. Solía preguntar mucho por papá. Procurad pasarlo lo mejor posible en el lago, y no tengáis prisa en regresar. Cariñosos saludos de todos nosotros. Jerry.

—¡Qué raro! —comentó Mrs. Allison—. No parece una carta de Jerry. Jerry no escribe nunca algo como…

—¿Cómo qué? —preguntó Mr. Allison—. Nunca escribe algo, ¿cómo qué?

Mrs. Allison dio vueltas a la carta entre sus dedos, con las cejas fruncidas. Era imposible encontrar ninguna frase, ninguna palabra, incluso, que no pareciera de Jerry. Tal vez se debía únicamente a que la carta se había retrasado tanto, o a la anormal cantidad de huellas de dedos que había en el sobre.

—No lo sé —respondió finalmente Mrs. Allison.

—Voy a llamar de nuevo a la estación de servicio —anunció Mr. Allison.

Mrs. Allison leyó la carta dos veces más, tratando de encontrar una frase que resultara anormal. Luego regresó Mr. Allison y dijo, en voz baja:

—El teléfono no funciona.

—¿Qué? —inquirió Mrs. Allison, dejando caer la carta.

—Él teléfono no funciona —repitió Mr. Allison.

El resto del día transcurrió rápidamente; después de un almuerzo a base de galletas y leche, los Allison fueron a sentarse sobre el césped, pero la tarde se acortó inesperadamente a causa de unas nubes tormentosas, hasta el punto de que a las cuatro había oscurecido. La tormenta, sin embargo, parecía retrasarse, como si quisiera saborear por anticipado el placer de descargar su furia sobre la casita y el lago; de cuando en cuando relampagueaba, pero no cayó una sola gota de lluvia. Por la noche, Mr. y Mrs. Allison, sentados muy juntos en el interior de su casita, pusieron en marcha la radio de pilas que se habían traído de Nueva York. No había ninguna lámpara encendida, y la única claridad procedía de los relámpagos del exterior y del pequeño recuadro iluminado en la parte delantera del aparato de radio.

La frágil estructura de la casita no era lo bastante recia como para contener en su interior los ruidos de la ciudad, la música y las voces de la radio, y los Allison podían oír todos aquellos sonidos esparciéndose a través del lago, los saxófonos de la orquesta de Nueva York sollozando sobre el agua, la voz de la vocalista desvaneciéndose inexorablemente en el límpido aire campestre. Incluso el locutor, anunciando con entusiasmo las cualidades de unas determinadas hojas de afeitar, no era más que una voz inhumana surgiendo de la casita de campo de los Allison y regresando a ella, como si el lago y las colinas y los árboles la rechazaran por indeseable.

De pronto, Mrs. Allison se volvió hacia su marido y sonrió débilmente.

—Me pregunto si se supone que vamos a…, a *hacer* algo —dijo.

—No —respondió Mr. Allison—. Creo que no. Sólo esperar.

Mrs. Allison suspiró, y su marido añadió rápidamente:

El automóvil ha sido estropeado a propósito. Incluso yo he podido darme cuenta.

Mrs. Allison vaciló unos instantes y luego murmuró:

—Supongo que los hilos del teléfono han sido cortados.

—Eso creo —dijo Mr. Allison.

Al cabo de un rato, la música de baile cesó y los Allison escucharon atentamente un boletín de noticias. La voz del locutor les habló de un matrimonio que iba a celebrarse en Hollywood, les informó de los resultados de los partidos de *base-ball*, y del probable aumento que sufrirían los precios durante la próxima semana. Les habló, en la casita de verano, como si todavía merecieran oír noticias de un mundo con él cual sólo estaban unidos ahora a través de las pilas de la radio, que por cierto empezaban ya a gastarse.

Mrs. Allison se acercó a la ventana y miró a la lisa superficie del lago, a la negra masa de los árboles y a la tormenta a punto de descargar, y dijo en tono casual:

—Ahora comprendo lo de la carta de Jerry.

—Lo supe anoche, cuando vi apagarse la luz en casa de los Hall —dijo Mr.

Allison.

El viento, soplando repentinamente sobre el lago, remoloneó alrededor de la casita de verano y chocó contra las ventanas. Involuntariamente, Mr. y Mrs. Allison se acercaron más el uno al otro, y, al primer estallido del trueno, Mr. Allison alargó el brazo y cogió la mano de su esposa. Y luego, mientras en el exterior llameaban los relámpagos, y el aparato de radio enmudecía, los dos ancianos se abrazaron en su casita de verano y esperaron.

LA BODA DE LA BRUJA

Roy Hutchins

CONTRARIAMENTE a lo que suele creerse, en Vermont no tenemos más brujas que en cualquier otra parte. Lo que ocurre es que estas colinas de granito producen hombres fornidos y mujeres resueltas, además de guapas, y tal vez nuestras brujas hagan su trabajo mejor que la mayoría de las de su clase. Tomemos a la joven Wanda Wilkins, por ejemplo. Cuando se le metió la idea en la cabeza, casi arruinó a todos los granjeros de la comarca. Había pocos lugares que tuvieran una bruja tan poderosa, y Hunger Hill estaba orgulloso de Wanda…, hasta que se volvió contra nosotros.

La joven Wanda heredó el cargo de su madre y el pueblo la aceptó sin la menor objeción. Había estado preparándose desde que era una niña, y nadie más calificada que ella para ocupar la vacante. La esposa de George Millar podía enranciar la mantequilla y hacer volar la ropa tendida de modo que cayera en el barro, pero no era capaz de curar una vaca enferma o preparar un filtro amoroso, como Wanda.

Cuando la joven Wanda cumplió veintiséis años, las mujeres del pueblo habían llegado a la conclusión de que nunca se casaría y sus lenguas empezaron a agitarse como el rabo de una vaca. Si Wanda pasaba por la calle en compañía de Phil Sterling o de algún otro mozo, no tardaba en propalarse el rumor de que Wanda lo tenía embrujado y probablemente se lo llevaba a su casa con propósitos poco honestos.

El hecho es que Wanda no estaba interesada por ninguno de los jóvenes del pueblo, aunque sabía que la más leve insinuación por su parte sería aceptada con entusiasmo por cualquiera de los mozos disponibles. Daba por descontado que algún día encontraría la clase de hombre que deseaba, y se casaría con él, pero de momento no veía a ninguno que fuera de su agrado.

Entretanto, Wanda estaba más que ocupada estudiando los aspectos más delicados de su arte, preparando pócimas y brebajes de todas clases. Sabía lo que se murmuraba de ella, pero no le importaba. Una bruja, le había dicho su madre, es siempre objeto de murmuraciones; pero no debe hacer caso de ellas, ya que esos chismorreos mantienen ocupado el cerebro de la gente y evitan que piensen en cosas más peligrosas, tales como la clase de pócima que la solterona del pueblo ha comprado, y con quién piensa utilizarla.

Una bruja era una especie de médico, le había dicho su madre. Se hace depositaria de toda clase de secretos, y sólo su ética profesional impide que en el pueblo se arme un zafarrancho.

De modo que la joven Wanda procuró mejorar sus aptitudes e hizo oídos sordos a las habladurías de la gente. Si se presentaba un forastero reclamando sus servicios, Wanda alegaba que le dolía el estómago. Y dejó de asistir a la Saturnalia mensual porque cada vez le resultaba más difícil permanecer en ella como un interesado espectador.

Una noche de verano, Wanda estaba removiendo una cocción de Agua de

Afrodita, de la cual existía una gran demanda, cuando se dio cuenta de que llevaba dos semanas sin realizar su visita de inspección por el pueblo. Había estado domando a un irascible diablillo, y la tarea no le dejó tiempo para nada más.

Enojada consigo misma por haber descuidado sus obligaciones, Wanda pronunció las palabras mágicas y voló desde su granja hasta el pueblo. La noche era tranquila y una suave brisa jugueteó con sus cabellos mientras volaba.

La mayoría de las casas del pueblo estaban a oscuras —eran más de las once—, y Wanda escogió el hogar de George Millar porque la esposa de George solía contarle a su marido los últimos chismorreos cuando se acostaban. De modo que Wanda murmuró otra frase mágica y se deslizó como un jirón de niebla a través del ojo de la cerradura.

Una vez dentro, se dirigió directamente al dormitorio, pero al llegar delante de la puerta de la cocina se detuvo, sorprendida, porque acababa de oír una risita que no era de la esposa del dueño de la casa. Wanda supuso que la esposa de George se encontraba allí, ya que ella y Mrs. Hartley eran amigas íntimas.

Las dos mujeres estaban tomando café y quejándose placenteramente de la osadía de Phil Sterling, cuando Wanda atisbo por un agujero de la puerta. Continuaron aludiendo a las costumbres más o menos desordenadas de otras personas, pero nada de lo que decían era nuevo para Wanda, la cual estaba a punto de retirarse cuando Mrs. Hartley nombró a Henry Cogwell.

—Es demasiado guapo para su propio bien —dijo Mrs. Millar, y Wanda se quedó quieta en su observatorio.

¿Quién diablos era Henry Cogwell?

—Y muy listo, también —convino Mrs. Hartley.

Mrs. Millar frunció desdeñosamente los labios.

—Si es tan listo, ¿por qué ha abandonado un buen empleo en la ciudad para regresar a la granja de su abuelo?

—Se lo he preguntado. Y me ha dicho que no le gusta vivir en la ciudad.

—Lo más probable es que se encuentra con alguna complicación —dijo Mrs. Millar en tono pensativo.

Mrs. Hartley contempló con avidez a su compañera.

—¿Qué clase de complicación? —inquirió.

—Con su aspecto, ya habrá alguna mujer que se la busque —respondió Mrs. Millar.

—Bueno —dijo Mrs. Hartley—, le ofrecí mi ayuda para limpiar la casa de su abuelo, puesto que no hay ninguna mujer en ella…

Mrs. Millar miró a su amiga con aire de complicidad.

—¿Y qué dijo?

—Que me lo agradecía mucho, pero que no deseaba causar molestias a nadie —

suspiró Mrs. Hartley.

Wanda también suspiró, aunque de alivio. El tal Henry debía ser el nieto del viejo Winston Cogwell, y al parecer había regresado a la abandonada granja, que se encontraba a poca distancia del hogar de la propia Wanda. Había hecho bien en venir al pueblo esta noche. Bueno, tendría que añadir un pelo de la cabeza de Henry a su colección. De no hacerlo así no podría utilizar sus artes para o en él, y Wanda era una bruja concienzuda.

Sí, Henry debía de ser un buen mozo. Esto explicaba la gran cantidad de pócimas que había despachado la semana anterior. Si se las habían suministrado todas, el pobre no bajaría de las nubes en quince días…

Wanda pensó en volar directamente hasta la granja de Henry aquella misma noche, pero luego recordó que el joven era nuevo en el pueblo y que podía resultar contraproducente darle un susto de muerte.

A pesar de todo no pudo resistir a la tentación de volar por encima de la granja de Cogwell mientras regresaba a su hogar. Se consoló diciéndose que se presentaría allí, *en persona*, a primera hora del día siguiente.

El día amaneció claro y fresco, con algunos jirones de niebla en los lugares bajos. Wanda se lavó la cara con agua del arroyo —no necesitaba maquillaje— y recorrió la media milla que la separaba de la granja del joven Henry. Llegó en el preciso instante en que el nieto de Winston Cogwell salía del granero, donde había estado trabajando.

Al ver a Wanda, el joven se detuvo, sin disimular su admiración. En cuanto a Wanda, no sabía si contemplar su flexible estatura, como el tronco de un álamo temblón, o los cuadrados hombros, o la tímida y amable sonrisa.

Al cabo de unos instantes, el joven Henry pareció superar la impresión que acababa de recibir y murmuró:

—Hola.

Y Wanda veló pudorosamente sus ojos con sus largas pestañas —ya que era una mujer al mismo tiempo que una bruja— y respondió:

—Hola.

Luego permanecieron callados durante otro par de minutos.

Finalmente, Henry tragó saliva y mencionó su nombre como si no estuviera completamente seguro de que era el suyo. Añadió, sin que se lo preguntaran, que había venido a pasar el resto de su vida en la granja de su abuelo.

—Eso he oído decir —admitió Wanda—. Me he dejado caer por aquí por si había algo que yo pudiera hacer para ayudarle. Soy Wanda Wilkins, la bruja.

El joven Henry había abierto la boca para decir cuán amable era de su parte, pero en vez de pronunciar aquellas palabras emitió un sonido gargarizante y murmuró:

—¿Cómo dice?

—Soy la bruja de Hunger Hill —explicó Wanda, excitándose un poco.

Henry enarcó las cejas y, de repente, se echó a reír.

—Perdone, de momento no había comprendido la broma…

Wanda notó que su pie empezaba a golpear el suelo, *tap, tap, tap,* por su propio impulso. Experimentaba la misma sensación que experimentó cuando el diablillo al que había estado domando últimamente la desafiaba.

—Una muchacha como usted, cabalgando en una escoba… —continuó Henry, sin dejar de reír.

—¡Un momento! —dijo Wanda, y su tono era tan ominoso que el joven se interrumpió bruscamente—. Su incredulidad está justificada, hasta cierto punto, puesto que ha crecido en la ciudad y no ha gozado de las ventajas de una buena educación. Pero si piensa quedarse a vivir en Vermont, necesitará una mente abierta y rápida, si no quiere morirse de hambre. Tiene que empezar por creer lo que le digo, ya que sin mí Hunger Hill caería en manos del diablo mañana mismo.

El joven Henry la miró fijamente. Luego sacudió la cabeza.

—Si se tratara de una vieja arrugada, podría comprenderlo. Pero, una joven tan encantadora como usted… Es *imposible*.

De no haberse sentido tan lastimada en su orgullo profesional, Wanda hubiera captado el cumplido y actuado de un modo distinto. Pero Henry Cogwell acababa de herirla con la peor de las actitudes: la incredulidad.

Wanda golpeó el suelo con el pie y en aquel mismo instante se levantó un furioso viento que derribó a Henry, en tanto que ella continuaba en pie, sin que el vendaval pareciera afectarla lo más mínimo. Henry la miró, horrorizado, mientras Wanda tendía una mano hacia los cables conductores de electricidad: de los alambres surgieron unos relámpagos que zigzaguearon hasta las puntas de sus dedos.

En tanto que el trueno sacudía la tierra, Wanda hizo un gesto y centenares de cuervos revolotearon por encima de la granja, en círculos cada vez más estrechos, graznando hasta que las temblorosas manos de Henry ascendieron hasta su cabeza y el dolor retorció sus facciones.

Wanda chasqueó los dedos y los cuervos se desvanecieron. El aire volvió a quedar inmóvil.

—Soy una bruja, y de las buenas —dijo Wanda—. Ahora tiene que admitirlo.

Henry se puso trabajosamente en pie, con la expresión de un hombre que acaba de asomarse al infierno.

—Lo admito —murmuró—. Es algo que no figura en los libros de física, pero lo admito. Nadie puede ser *tan* bueno en hipnotismo. Pero…, ¿cómo lo hace?

Wanda miró al joven Henry Cogwell y su corazón volvió a ablandarse. Le gustó ver cómo se encaraba con ella, a pesar de lo impresionado que estaba por su magia.

—Esa es una buena actitud científica —dijo Wanda—. Pero temo que me llevaría años enteros explicárselo. El consumo de electricidad figurará en su próximo recibo,

aunque he empapado con ella sus terrenos septentrionales, dejando una capa de nitrógeno en el suelo, de modo que no será un gasto inútil.

Henry volvió a sacudir la cabeza, y Wanda se ablandó un poco más. Su corazón era gelatina pura.

—No debí ser tan dura con usted —dijo Wanda en tono contrito—. Tal vez haya algo que pueda hacer en su favor. ¿Tiene algún animal enfermo? ¿Necesita algún hechizo? ¿Le gustaría casarse conmigo?

—¡No! —exclamó Henry—. Bueno…, quiero decir que se lo agradezco mucho —añadió apresuradamente.

—¿Por qué no? —preguntó Wanda—. No soy fea, y puedo ayudarle mucho. Sé hacer magia negra y magia blanca, y podría hacer prosperar su granja, lo mismo que mamá hizo por papá. Además, yo también tengo una granja, y podríamos unirlas. Mis parientes harían todo el trabajo, y nosotros sacaríamos los seiscientos dólares que tengo en el banco y haríamos un viaje de luna de miel.

El joven Henry tragó saliva un par de veces.

—Es usted muy buena —dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras—. Pero no tengo el propósito de casarme, todavía.

—¡Oh! —dijo Wanda.

Se produjo un breve e incómodo silencio.

—Lo siento mucho —dijo Wanda.

—Olvídelo —murmuró Henry, sin mirarla.

Wanda trató desesperadamente de pensar en algo que decir, pero lo único que llegó a su mente fue un antiguo hechizo y no creyó que Henry se encontrara en condiciones de apreciar el hecho de que sus árboles frutales florecieran de repente.

—Bueno —murmuró Wanda, en tono desanimado—, será mejor que me marche. He dejado unas lagartijas hirviendo en el fuego.

Henry tragó saliva.

—Vuelva por aquí…, pronto —dijo.

—¡Oh! Gracias, no dejaré de hacerlo —exclamó Wanda, notando que renacía su optimismo.

De pronto, recordó que había venido con un objetivo concreto.

—Le importaría que deslizara mis dedos a través de su pelo —inquirió—. Tiene usted un pelo muy bonito —se apresuró a añadir, diplomáticamente.

—N-no, supongo que no —respondió Henry, con el aire de un capitán que acaba de decidir hundirse con su barco.

Wanda se puso de puntillas y pasó su mano a través de los oscuros rizos de Henry, asegurándose un par de hermosas muestras. Descubrió que gozaba con aquella sensación, y repitió el gesto varias veces. En cuanto a Henry su expresión se hizo beatífica e incluso se inclinó un poco para que Wanda no tuviera dificultades en llegar hasta su cabeza.

Sorprendida, Wanda se dio cuenta de que aquella especie de caricia embrujaba a

Henry con la misma eficacia que cualquier hechizo susurrado en una noche sin luna.

Experimentó un terrible deseo de continuar hasta que el joven la tomara en sus brazos y le murmurara al oído las cosas que ella deseaba oír. Pero su honestidad profesional no le permitía utilizar unas artes que no fueran las debidas, y, además, se daba cuenta de que todo aquello no significaría nada a menos que el verdadero yo de Henry deseara hacerlo. De modo que con evidente pesar, Wanda apartó su mano de la cabeza del joven y dijo:

—Bueno, adiós.

Mientras se alejaba, se volvió a mirar a Henry. El joven la estaba contemplando como si le asombrara que se marchara andando, en vez de desaparecer.

En su casa de nuevo, Wanda introdujo los cabellos que le había cogido a Henry en una jarra especial, con su nombre Luego preparo un cocimiento de hierbas, murmurando y girando tres veces sobre las puntas de los pies. Recitó hechizos y conjuro a las fuerzas sin nombre de la oscuridad eterna, encargando a cada una de ellas una misión, y a pesar de que gruñeron espantosamente, tal era el poder de Wanda que ninguna pudo negarse a su voluntad.

Los lugareños que llamaron a su puerta aquel día oyeron extraños ruidos en el interior de la casa, y el gato que era pariente especial de Wanda enarcó el lomo con los pelos erizados al verlos, de modo que decidieron que lo mejor sería volver en otro momento. Durante once largas horas, Wanda trabajó sin descanso. Hizo magia negra y magia blanca, y, cuando hubo terminado, Henry Cogwell estaba protegido como ningún nombre lo estuvo hasta entonces. Ningún mal podía rozarle siquiera y ningún bien podía pasar de largo junto a él, y cualquiera que le deseara algún daño conocería todos los horrores del infierno.

Cuando hubo cubierto todas las posibilidades que se le ocurrieron, Wanda guardó sus trebejos y se dejó caer en su cama.

Aquella noche durmió incluso durante la hora de las brujas, y Dyne Holloway perdió un lechón por culpa de un duende vagabundo. A la mañana siguiente, muy enojado, Dyne quiso saber dónde estaba la protección por la cual estaba pagando, pero Wanda le tranquilizó con la promesa de que su mejor vaca daría a luz un hermoso novillo a principios de otoño.

Unos días después, la gente empezó a notar que en Hunger Hill sucedían cosas muy raras. El jueves siguiente, por la noche, las damas del pueblo celebraron su acostumbrada reunión nocturna en el Grange Hall, y casi todo el mundo acudió a ella, incluido Henry Cogwell, el cual había recibido once invitaciones distintas. Por una rara coincidencia, Wanda había recibido once pedidos de pócimas durante los días precedentes, de modo que no le fue difícil suponer lo que había sucedido.

Todo el mundo se desvivía por atender al joven Henry, ya que se trataba de la primera reunión pública a la que asistía, y Sober Calkins, el teniente de alcalde,

pronunció un pequeño discurso dando la bienvenida a Henry y felicitándole por su decisión de regresar al hogar de sus mayores.

Henry contestó con unas cuantas palabras, modestas y apropiadas, agradeciendo la bienvenida e invitando a todo el mundo a visitarle en su casa. Esperaba que fueran pacientes con él, dijo, ya que tenía mucho que aprender acerca de las costumbres de Vermont y especialmente acerca del cultivo de la tierra: lo único que sabía era lo que había aprendido en la escuela de agricultura, y tenía la impresión de que no iba a servirle de mucho.

Esto impresionó muy favorablemente a los hombres, del mismo modo que el gallardo aspecto de Henry había impresionado ya a las mujeres, y le abrió de par en par las puertas de la vida social de Hunger Hill.

En cuanto hubo terminado, miss Amelia, la maestra de escuela, se apresuró a acercarse a él con una taza de café, frustrando las intenciones de otras tres damas. Miss Amelia era bajita y regordeta, y Wanda había tenido una leve sospecha cuando le entregó la doble dosis de Agua de Afrodita que miss Amelia acababa de verter en el café destinado a Henry.

Pero Henry se bebió el café, charlando con miss Amelia y otras personas como si tal cosa, y luego se bebió otra taza, que le entregó miss Potter, y otra taza de alguien más, y otra taza de alguien más…

Henry Cogwell ingirió el Agua de Afrodita suficiente para hacer claudicar a un hombre de nueve pies de estatura, pero continuó mostrándose agradable, amistoso e imparcial con todas las damas.

Wanda suspiró, aliviada.

Permaneció en un discreto segundo plano hasta que todas las pócimas que recordaba haber vendido le fueron suministradas a Henry en una u otra forma, cosa que no tardó en producirse. Y entonces avanzó ostensiblemente hacia el grupo que rodeaba al joven.

Al ver a Wanda, Henry palideció. Luego miró a su alrededor con una expresión de animal acosado que busca una salida. Finalmente, su rostro reflejó el convencimiento de que no podía escapar, y se dispuso a enfrentarse con los acontecimientos con la cabeza erguida y envuelta en una especie de aureola.

Wanda se estremeció agradablemente al contemplarle, y deseó de nuevo no haber sido tan dura con él, pero había algunas cosas sobre las cuales no tenía ninguna influencia, a pesar de todos sus poderes.

Henry se las arregló para sacar de alguna parte una tímida sonrisa, y el corazón de Wanda volvió a derretirse.

—Buenas noches, miss Wilkins —murmuró Henry.

—¡Oh! Puede usted llamarme Wanda —replicó ella.

—Y usted puede llamarme…, ejem…, puede llamarme Henry.

Y como los ojos de Wanda no veían otra cosa más que a Henry, no se dio cuenta de las miradas que intercambiaban los otros.

El grupo se disolvió dejando solos a Wanda y a Henry, pero ella continuó sin enterarse.

Henry dijo «¡Wanda!» con voz estrangulada, y su nombre, pronunciado por los labios del joven, se hundió suavemente en los oídos de Wanda, como un guijarro en un pozo.

Wanda dijo «¡Henry!», saboreando las sílabas en voz alta, y Henry la miró como un ciego al que repentinamente le ha sido concedido el don de la vista. Se miraron fijamente uno a otro durante un interminable espacio de tiempo.

Entretanto, por todo el Grange Hall había corrido como la pólvora el rumor de que Wanda bebía los vientos por Henry Cogwell. Algunos de los hombres más jóvenes quedaron dolidos de que Wanda no les hubiera escogido a ellos, y algunos de los más viejos intercambiaron guiños y envidiaron a Henry su joven y hermosa bruja. Entre las mujeres, la noticia provocó el natural cotorreo; diez de ellas rechinaron los dientes, y una masculló una palabra impropia de una señorita. Algunas se alegraron sinceramente por Wanda, pero las demás reaccionaron como seres humanos: con un sentimiento de envidia.

Pero Wanda charlaba con Henry, sonriente y feliz, sin darse cuenta de las miradas de curiosidad y de las once envenenadas miradas. Había comprado un ejemplar de la revista *Big City*, leyéndoselo de cubierta a cubierta para tener algo de que hablar cuando se encontrara con Henry. En aquel momento estaba recitando de memoria la cartelera de espectáculos, aunque es más que dudoso que ninguno de los dos supiera lo que ella estaba diciendo. Alguien puso un disco en el gramófono.

—Teatro Astoria —decía Wanda en tono animado—. Del 21 al 28 de agosto, un divertido programa de variedades… ¡Oh! ¡Ha empezado el baile! ¿Vamos a bailar, Henry?

Henry sacudió la cabeza.

—No sé bailar.

—¡Yo le enseñaré! ¡Es *muy* fácil!

Efectivamente, Wanda le instruyó en el secreto de los pasos más sencillos, y Henry resultó un aventajado discípulo. Luego, la música avivó su ritmo y la voz del vocalista gritó: «¡Balanceen a su pareja!».

Y Henry tomó a Wanda en sus brazos y la balanceó de un lado para otro, y a Wanda le brillaban los ojos al verse manejada con tanta facilidad por aquellos dos fuertes brazos. Los ojos de Henry reían en los suyos a menos de un pie de distancia, como si el joven hubiera olvidado que Wanda era una bruja…, cosa que ella sí había olvidado, desde luego.

Alguien gritó junto a ellos:

—¡Eh, Henry! ¡Hay que cambiar de pareja!

De modo que Wanda tuvo que resignarse a que bailara con las demás. Trató de no manifestar su decepción, pero de cuando en cuando fruncía el ceño, especialmente si

Henry reía y balanceaba a otra pareja.

La velada fue un éxito sin precedentes para el joven Henry. Las mujeres se lo disputaban y los hombres palmeaban amistosamente a su espalda. Habían dado las once cuando Henry se acercó de nuevo a Wanda.

—¿Puedo acompañarla a su casa? —preguntó, con la más luminosa de sus sonrisas.

—¡Oh, sí! —exclamó Wanda ávidamente—. Gracias —se apresuró a añadir—. Voy en busca de mi abrigo.

De modo que trepó al viejo automóvil de Henry, sintiéndose como una reina en la fecha de la coronación, y todo el mundo les deseó las buenas noches desde la puerta del antiguo Grange Hall.

Henry conducía lentamente, y los baches del West Road se notaban más que al ir de prisa, pero Wanda no se dio cuenta. Reclinada en el asiento, al lado de Henry, imaginaba que estaban casados y regresaban a casa en amistoso silencio.

Wanda se estremeció de placer.

Al cabo de un rato, Henry volvió la cabeza y dijo:

—¿En qué está pensando?

—Pensaba que estábamos casados —respondió Wanda con absoluta sinceridad.

Henry no pudo disimular un gesto de intranquilidad.

—Me gusta usted, Wanda —dijo—. Nunca había creído en brujas, pero usted me hizo cambiar de opinión, aunque tuviera que darme un susto de muerte para conseguirlo. Pero, por mucho que la quisiera, me sería imposible casarme con una bruja.

—¿Por qué? —preguntó Wanda—. ¿Por qué?

—¿No se da cuenta? Sería como casarme con una mujer rica, e incluso peor, porque nunca estaría seguro de lo que gano por mí mismo y de lo que me caería llovido del…, bueno, de donde sea. No podría mirar a la gente cara a cara, sabiendo lo que murmuraban a espaldas mías. No, no sería digno de un Cogwell.

Wanda se sintió orgullosa de Henry por aquellas palabras, aunque la parte de ella que era mujer le decía que era una estupidez. En aquellas palabras corteses, pero decididas, vio la muerte de sus sueños, y una lágrima se deslizó de sus párpados mientras Henry detenía el automóvil delante de su casa.

Henry pareció muy sorprendido al ver aquella lágrima.

—¡Está usted llorando! —dijo—. Por favor, Wanda, no llore.

De modo que, como es natural, Wanda dio rienda suelta a su llanto, y Henry la tomó en sus brazos para consolarla, cosa que requirió una satisfactoria cantidad de tiempo.

—¡Oh, Henry! —sollozó finalmente Wanda—. No quiero ser una bruja. ¡Sólo quiero ser una mujer, para ti!

—¡Ojalá pudieras! —murmuró tristemente Henry—. ¡Ojalá pudieras!

Cuando Wanda entró en su casa era cerca de medianoche, y ahora no perdió el

tiempo. Murmuró unas palabras muy especiales, conjurando a cierto personaje. Le planteó directamente la cuestión.

Al oír tan descabellada petición, el Personaje dejó de sonreír.

—No seas ridícula —gruñó—. La que ha sido bruja, será siempre bruja. No puedes olvidar tus poderes ni dejar de utilizarlos, del mismo modo que yo no puedo olvidar ni dejar de utilizar los míos…, y ya sabes que lo haría de muy buena gana. ¿Cómo se te ha ocurrido una idea tan absurda?

Wanda se lo dijo.

—Si realmente deseas casarte con ese imbécil, ¿por qué no le hechizas? Puedes atarlo de pies y manos. Si continúa resistiéndose, puedo prestarte a un par de mis demonios. Vendrá corriendo hacia ti.

—¡Oh! No puedo hacer eso —dijo Wanda.

—¿Por qué diablos no puedes hacerlo? —inquirió el Personaje, sorprendido.

—Sería jugar sucio.

El Personaje sonrió con ironía.

—Una de esas brujas éticas, ¿eh? Bueno, en tal caso, fríete en el jugo de tu propio deseo, paloma mía. No hay nada que yo pueda hacer por ti.

Wanda se sentó y pensó durante largo rato. Si no podía dejar de ser una bruja, debía superar la aversión de Henry a casarse con una de ellas. Le hubiera gustado conocer más a fondo a los hombres, pero había estado demasiado ocupada estudiando brujería.

Wanda chasqueó sus dedos, con súbita inspiración. El gato sentado en su regazo saltó al suelo. Wanda lo apartó con el pie y buscó algo en un viejo volumen. Al cabo de unos instantes tenía ante ella otra aparición, esta vez femenina.

—¡Caramba, qué frío hace aquí! —exclamó la aparición.

—Es usted *madame* de Pompadour, ¿verdad? —inquirió Wanda, en tono de satisfacción—. Necesito un consejo.

—¿Algún hombre de por medio? —preguntó la Pompadour, mostrándose interesada—. Has tocado la tecla exacta, *cherie*.

Wanda le habló de Henry, y la amante del rey suspiró.

—¡Daría cualquier cosa por ponerle las manos encima a un hombre vivo! Desde luego, eres muy ignorante en lo que respecta a los hombres, *cherie*. Lo único que tienes que hacer es conseguir que él crea que le eres indispensable, sea verdad o no.

—Pero ¿*cómo*? —preguntó Wanda.

—¡Qué ingenua eres! Eso es algo que yo no puedo decirte. Depende de tu hombre. Con algunos, resulta tan fácil como meterse en la cama. Con otros, hay que demostrarles que el camino hacia la riqueza o el poder pasa a través de ti. —La cortesana volvió a suspirar—: Si me pones un poco de carne encima, me gustaría mucho ayudarte con ese tal Henry.

—Gracias, pero ya me ha ayudado usted bastante —dijo Wanda, devolviendo a la Pompadour con un gesto a la nada.

A continuación, Wanda se sentó de nuevo y pensó con más intensidad incluso que antes. Se le ocurrían montones de aspectos en los cuales era indispensable a Henry. Lo malo es que la mayoría de ellos requerían cierto tiempo para ser demostrados, y Wanda no estaba de humor para esperar.

Al final, decidió llevar a cabo una demostración muy elemental, de modo que Henry no pudiera dejar de darse cuenta de lo necesaria que ella era.

Wanda se acostó con una sonrisa en los labios.

A la mañana siguiente, cuando se dirigió a la granja del viejo Cogwell, estaba lloviendo a cántaros, como si alguien hubiera alzado una gran laguna y estuviera vaciándola de golpe. Unas cuantas personas vieron las nubes negras sobre la granja de Henry —ya que en el resto de Vermont brillaba el sol— y sonrieron para sí mismas.

Henry había terminado sus tareas cuando llegó Wanda.

Le encontró de pie en el porche, mirando en dirección a su maizal con aire preocupado. Wanda experimentó una sensación de culpabilidad y casi se arrepintió de lo que se había propuesto hacer.

Pero inmediatamente se dijo que era por el bien de Henry, y esto fortaleció su decisión.

—¡Buenos días! —exclamó Wanda con fingida alegría.

Henry la miró con aire abstraído y preguntó:

—¿Siempre llueve así en Vermont?

—A veces —respondió Wanda—. No me extrañaría que hoy apretara de firme.

Al oír esto, Henry palideció.

—Si no para de llover, estoy perdido. Lo primero que hice cuando llegué aquí fue plantar maíz. Apenas están brotando los tallos, y la lluvia ha arrancado ya unos cuantos. Si continúa cayendo agua, perderé toda la cosecha y ya es demasiado tarde para volver a plantar maíz.

Wanda extendió la mano, con la palma hacia arriba, y el aire se hizo más frío. La mano de Wanda se llenó de diminutas piedras blancas. ¡Granizo! La expresión del rostro de Henry se convirtió en desesperada.

—Permíteme ayudarte, Henry —dijo Wanda—. Puedo proteger tu cosecha. Lo hago para la mayoría de los granjeros, ¿sabes?

—¿De veras? —preguntó Henry, sorprendido.

—¿Cómo crees que me gano la vida? Ellos compran mis servicios como una especie de seguro: tanto al mes por cada clase de protección.

Henry la miró, y por un instante pareció que iba a ceder; las esperanzas de Wanda se remontaron, como una niña en un columpio.

—Tú no tendrías que pagar, Henry. Me…, me gustaría protegerte gratis.

Pero la mandíbula de Henry se endureció y el joven sacudió la cabeza con aire decidido.

—Ya te dije lo qué opinaba acerca de eso, Wanda. Si me hundo o si salgo a flote, quiero que sea por mis propios méritos.

Wanda le miró con el ceño fruncido.

—¡Vete al cuerno, tú y tu independencia, Henry Cogwell! —exclamó, y la lluvia cesó y Wanda se marchó a su casa refunfuñando en voz baja.

Poco después de llegar a su casa se le ocurrió la gran idea. En el buzón había una revista de temas agrícolas, y Wanda se fijó en un artículo acerca de la oferta y la demanda. ¿Qué pasaría si Henry era el único en condiciones de ofrecer algo de lo cual existiera una gran demanda? Bueno, haría un gran negocio, y tal vez ése fuera el medio de probarle que Wanda le era indispensable, tal como había dicho *madame* de Pompadour.

Wanda no era amiga de perder el tiempo en especulaciones, de modo que se dirigió inmediatamente a la otra habitación y puso manos a la obra. Hizo magia negra y magia blanca, y hubiera hecho magia roja y magia verde, caso de haber existido.

En todo Hunger Hill y en varias millas a la redonda, las vacas enfermaron, los cerdos adelgazaron, las cosechas dejaron de crecer y se agostaron, e incluso las gallinas interrumpieron la puesta de huevos. La ley de la oferta y la demanda iba a ser objeto de una demostración de tipo práctico, y era mucho más poderosa que cualquiera de las leyes aprobadas nunca en Washington.

Los desolados granjeros sintieron encogerse sus corazones ante aquel desastre. ¿Qué comerían el próximo invierno, si no se ponía rápido remedio a la situación? Los graneros y los silos estaban vacíos, y los hombres empezaron a reunirse en grupos silenciosos en la calle principal del pueblo.

Y en todas las mentes había una misma pregunta, expresada o sin expresar: «¿Qué podemos hacer en lo que respecta a Wanda?».

En toda la comarca, los únicos animales que seguían engordando, sin verse afectados por el desastre, eran los de Henry Cogwell. Henry apenas iba al pueblo, ya que estaba en plena siega del heno, a cuatro toneladas por acre, y tenía que dedicar todo su tiempo y todas sus energías a aquella tarea. Sus vacas Jersey producían ocho jarros de leche diarios, en vez de los habituales seis. Le sorprendió muchísimo comprobar que la leche había aumentado repentinamente de precio.

Mrs. Tatterfield, dueña de la mayor tienda del pueblo, se presentó un día en su granja para comprar huevos, y Henry se quedó sin habla cuando vio que se los pagaba a un dólar la docena.

La mujer se dio cuenta de la sorpresa de Henry y quiso aclararle la cuestión.

—Cuando las cosas escasean, los precios suben —dijo.

—Sí, pero…, ¡un dólar la docena!

—Las suyas son las únicas gallinas que ponen, y la gente quiere huevos. Ni siquiera Wanda Wilkins los tiene.

Lo cual era tanto como decir que el sol no calentaba, o que el Ejército no tenía soldados, aunque Henry no se dio cuenta. Y era completamente cierto: Wanda no había librado del desastre ni a su propia granja, ya que estaba decidida a eliminar toda competencia a Henry.

Henry trabajaba como un caballo de tiro para llenar su granero de heno antes de que llegara la época de almacenar el maíz en el silo, pero se tomó unos minutos de descanso cuando Wanda fue a visitarle.

Sostuvieron una agradable conversación, pero Wanda no pudo soportar el espectáculo del musculoso torso de Henry empapado en sudor y sucio de polvillo de heno.

—Trabajas demasiado, Henry. Mis parientes podrían ayudarte a segar el heno —ofreció—. Son buenos obreros, y terminarían la tarea en un santiamén.

Henry la miró con el ceño fruncido.

—Ya conoces mi opinión acerca de eso, Wanda —replicó.

Y Wanda dijo «Sí, Henry» con tanta suavidad que Henry la miró de soslayo, intrigado; pero el aspecto de Wanda era tan suave como sus palabras.

Cuando llegó el cheque con el que le pagaban la leche, quince días más tarde, el precio había vuelto a aumentar. Todo el mundo conocía el precio, pero Henry fue el único que recibió un cheque, ya que era el único granjero que había enviado leche.

Una comisión de granjeros acudió a visitar a Wanda, la cual les recibió cordialmente.

—Vuestros animales no sufren y no morirán —les dijo—. En estos momentos estáis sufriendo una pequeña pérdida, pero es algo necesario para lo que tengo que hacer, y os compensaré con creces. Tendréis el mejor otoño y el mejor invierno que habéis conocido, os doy mi palabra, pero no tratéis de interponeros en mi camino si no queréis que vuestras peores pesadillas se conviertan en realidad.

Los granjeros se marcharon, cabizbajos, pero a esa clase de hombres les resulta imposible permanecer cruzados de brazos mientras sus animales empeoran y sus cosechas se agostan.

Al cabo de dos días, otra comisión acudió a visitar a Henry Cogwell.

—Hemos venido a pedirte que te cases con Wanda Wilkins —dijo Dyne Holloway, en nombre de sus compañeros.

Henry enarcó las cejas, ya que se había criado en la ciudad, es cierto, pero había nacido en Vermont y llevaba en la sangre la creencia de que cada hombre debe cuidar de sus propios asuntos. Así lo manifestó, y dio un paso al frente dispuesto a demostrarlo con algo más que con palabras.

—No pretendemos inmiscuirnos en tus asuntos —se apresuró a explicar Dyne—. No estaríamos aquí si la ruina no amenazara a nuestros hogares. Una ruina provocada por Wanda, y tú eres el único que puede poner remedio a la situación.

—Un momento —dijo Henry—. ¿*Qué* es lo que está haciendo Wanda?

De modo que Dyne le explicó lo que sucedía, y cada uno de los granjeros se extendió en detalles acerca de sus dificultades particulares. Cuando terminaron, Henry Cogwell se había convertido en un joven profundamente preocupado.

—Wanda ha perdido la «chaveta» —dijo Dyne, sacudiendo la cabeza—. No se da cuenta de lo que está haciendo, pero si no se pone remedio a la cosa, en Hunger Hill correrá la sangre.

Henry se irguió con la expresión de un hombre que se obliga a sí mismo a una desagradable decisión.

—Déjenlo en mis manos —dijo—. Yo lo arreglaré.

Al verle llegar, Wanda se apresuró a abrir la puerta, a fin de evitar que Henry se marchara sin llamar. Pero Henry entró con paso decidido, muy serio, y el corazón de Wanda dio un pequeño vuelco en su pecho al observar aquella seriedad en el rostro de su vecino.

—Hola, Henry —murmuró, con un hilo de voz.

Henry pasó por su lado sin pronunciar palabra, entró en la amplia cocina y una vez allí se volvió hacia Wanda, que le había seguido.

—Esto tiene que acabar —anunció Henry.

—De acuerdo —dijo Wanda alegremente—. Estamos hechos el uno para el otro, y es una tontería que sigamos luchando.

—¡No me refiero a eso!

—¡Oh, querido! —dijo Wanda—. Ya he metido otra vez la pata.

—¡Has metido la pata y el corvejón! —replicó Henry en tono duro—. ¿Qué te has propuesto? ¿Arruinar a todos los granjeros de estos alrededores? ¿Crees que me estás haciendo un favor…, después de lo que te dije?

—Ella me aconsejó que te proporcionara riquezas y poder, para convertirme en indispensable para ti —protestó Wanda—. ¡Oh, Henry! ¡Yo…, yo quiero ser indispensable para ti!

—¿Y crees que me satisface aceptar dinero o poder a costa de mis vecinos? Eres una mocosa irresponsable…

Los ojos de Wanda brillaron peligrosamente, pero Henry estaba demasiado furioso para darse cuenta.

—Nadie sufrirá ningún daño por esto —le interrumpió Wanda—. En cuanto estés dispuesto a casarte conmigo, volveré a dejar las cosas tal como estaban, mejorándolas, incluso.

—Ya te dije una vez, Wanda, que no quiero casarme contigo.

Pero Wanda no hubiera sido tan buena bruja como era de no haber conocido la debilidad que anida en el interior de los seres humanos. Plegó los brazos y se quedó mirando a Henry, con una fría sonrisa en los labios.

—No opino como tú, Henry. Puesto que soy una mocosa irresponsable, puedo tener la suficiente falta de escrúpulos para prolongar el actual estado de cosas hasta que accedas a casarte conmigo.

Henry la miró, horrorizado.

—¡No te atreverás!

—Desde luego que me atreveré —replicó Wanda.

Sus miradas chocaron como dagas de acero. Luego, Wanda notó una expresión muy rara en los ojos de Henry y retrocedió un poco. Pero Henry sonrió de un modo terrible, extendió sus largos brazos y agarró a Wanda. A continuación se sentó en una silla y tendió a Wanda sobre sus rodillas, boca abajo.

—Esto va a hacernos mucho bien a los dos —dijo Henry, y aplicó la palma de su mano—. Así es como se trata a las mocosas que admiten que son irresponsables.

Wanda empezó a aullar. Sus parientes llegaron corriendo de todas direcciones, pero vacilaron, sin atreverse a intervenir, y Wanda recordó que Henry seguía bajo la protección de sus conjuros. Nada podía hacerle daño. Los conjuros eran tan poderosos, que ni siquiera la propia Wanda podía hacer nada para modificar su situación.

La palma de la mano de Henry continuó descendiendo.

Wanda experimentaba unos agudísimos dolores, como si tuviera un millón de alfileres en la parte trasera de sus pantalones. Se agitó, se retorció y pateó, tratando de eludir la implacable mano de Henry, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Súbitamente, la mano de Henry se inmovilizó en el aire, y un instante después Wanda se encontraba en sus brazos, apretándose contra él.

—¡Wanda! —susurró Henry en su oído—. Eres la bruja más maravillosa de todas las brujas.

Al principio, Wanda no se atrevió a dar crédito a sus oídos. Pero Henry continuó susurrándole ternezas, hasta que todas sus dudas se desvanecieron

—Pero tienes que prometerme que no harás más brujerías —terminó diciendo Henry.

—¿Quieres que deje a todos nuestros vecinos con sus actuales apuros? —preguntó Wanda.

Henry dio un respingo.

—¡No! ¡Desde luego que no! Vuelve a dejar las cosas como estaban, y después nada de brujerías.

—Pero ellos dependen de mí, Henry, ¿no te das cuenta? ¿Sabes por qué este pueblo fue bautizado con el nombre de Hunger Hill?

—No. ¿Por qué?

—Porque fue el emporio del hambre[3] hasta que una remotísima antepasada mía llegó aquí y empezó a vender sus servicios. Y si yo abandono mi trabajo volverá a reinar el hambre.

Henry meditó unos instantes.

—Bueno, siendo así, puedes continuar ayudándoles.

—¡Oh, querido! Con el dinero que gane podremos hacer grandes cosas.

—Nada de dinero —dijo Henry en tono firme.

Wanda le miró con aire desolado.

—¿Nada de dinero, Henry?

—Ni un centavo. Quiero mantener a mi propia esposa, ya lo sabes.

—Nada de dinero, Henry —asintió Wanda cariñosamente.

—Y sólo para nuestros vecinos —añadió Henry, muy serio—. Para mí no quiero nada. Si no puedo salir adelante sin la ayuda de la magia, es que no merezco salir adelante.

—Lo que tú digas, Henry —murmuró Wanda.

—¿Prometido, Wanda? ¿No harás ninguna brujería en mi favor?

—Prometido, Henry —dijo Wanda—. Y, ahora, ¿qué estabas diciendo acerca de mis ojos?

Aquella misma tarde, después de que Wanda hubo escuchado todas las ternezas que deseaba oír de labios de Henry, restableció la normalidad en la comarca. Diez días más tarde, los granjeros habían prosperado lo suficiente como para ofrecerle una fiesta nupcial que Hunger Hill no olvidaría nunca. Incluso Rufe Crawford, el más avaro de todos los habitantes del pueblo, estuvo de acuerdo en contribuir a los gastos.

—Tal como yo veo las cosas —dijo—, este dinero representa una excelente inversión. Le ofrecemos a Wanda una espléndida fiesta nupcial, y ella seguirá protegiéndonos sin cobrar un centavo.

Como ya he dicho, Hunger Hill se siente muy orgulloso de tener una bruja de la categoría de Wanda Cogwell. Es bruja y mujer al mismo tiempo. Hace magia negra y magia blanca, y está terriblemente enamorada de su marido. De modo que si Henry es un poco más rico que el resto de nosotros, ¿quién va a quejarse por ello?

Pero lo que Wanda no le explicó a su marido —y ninguno de nosotros se atrevería a intentarlo siquiera— es que hizo todos los conjuros necesarios para favorecerle mucho antes de casarse con él. No hay en el libro un solo hechizo que pudiera añadir, en el caso de que deseara romper su promesa, lo cual no se le ha ocurrido siquiera. A Wanda Cogwell la hace feliz ver que su marido se siente tan independiente.

«ARREGLARLO TODO BIEN» LAS ARAÑAS ROJAS

José Mª Aroca

«ARREGLARLO TODO BIEN»

MIGIO no había tenido nunca a una muchacha en sus brazos. No estaba asustado. Lo había estado cuando la entró en su casa —una modesta casita de planta baja— y, después de cerrar la puerta con el pie, había oído gotear la sangre de su empapada falda. Y antes, en la calle, cuando había pensado que la muchacha estaba muerta.

La había entrado en su casa y, al ver toda aquella sangre, miró a uno y otro lado, con expresión indecisa, y acabó dejando a la muchacha en el suelo. Trató de pensar, hasta que las sienes le dolieron a causa del desacostumbrado ejercicio. Pero sólo consiguió elaborar una idea: *No manchar de sangre el cubrecama*.

Miró la bombilla que colgaba del techo y permaneció unos instantes inmóvil, parpadeando y respirando agitadamente; de pronto, se precipitó hacia la ventana para bajar la persiana y defenderla de la curiosidad de los posibles transeúntes.

Vio sus manos que se alargaban hacia la ventana e interrumpió su gesto: estaban rojas y mancharían lo que tocara. Con un gruñido, se acercó al interruptor de la luz, viendo la mancha roja que había dejado en él y sabiendo, mientras lo accionaba, que estaba dejando otra.

A continuación, se dirigió hacia el fregadero, que se encontraba en un ángulo de la única habitación, y se lavó las manos, una y otra vez, mirando a cada instante por encima del hombro el cuerpo de la muchacha y el dedo de sangre que se arrastraba por el suelo, avanzando hacia él.

Ahora había recobrado el aliento y anduvo cuidadosamente hasta la ventana. Bajó la persiana, comprobando que no quedaba ninguna rendija. En la oscuridad, con las manos extendidas, se dirigió a la pared opuesta y volvió a encender la luz.

El dedo de sangre seguía avanzando. Migio cogió una bayeta de debajo del fregadero y la dejó caer delante del dedo, que interrumpió inmediatamente su avance. Luego se acercó a la cama, sacó la colcha y la colgó sobre la cabecera de latón. Del cajón de la mesa sacó un mantel de plástico y lo extendió sobre la cama. Volvió a mirar a su alrededor, con la expresión desconcertada que le era habitual, la boca entreabierta y el labio inferior ligeramente caído.

Arreglarlo todo bien —se dijo a sí mismo. Y se repitió, obstinadamente—: *Arreglarlo todo bien.*

Respiró ruidosamente y cogió los libros que había en el estante superior de la alacena: un tomo de revistas antiguas encuadernadas, media docena de novelones de principios de siglo y un voluminoso catálogo de bisutería, más moderno. Apartó la cama de la pared y colocó los libros, uno a uno, debajo de dos de las patas, de modo que la cama quedara ligeramente levantada por la parte de arriba y uno de los lados.

Después cogió una manta, la enrolló y la deslizó debajo del plástico, para que formara una especie de valla en la parte más alta. Se dirigió de nuevo al fregadero y

escogió el mayor de los potes de aluminio: lo dejó en el suelo, en el extremo más bajo de la cama, y tiró de la esquina del mantel hasta que quedó encima del pote

Ahora, sangra, le dijo silenciosamente a la muchacha, satisfecho de sí mismo.

Se inclinó sobre ella y gruñó, cogiéndola por debajo de los sobacos. La cabeza de la muchacha cayó hacia atrás, como si no tuviera huesos en el cuello. Migio la arrastró hasta la cama, contemplando aprensivamente el ancho surco rojo que la falda dejaba en el suelo.

El levantarla para depositarla en la cama le costó un inesperado esfuerzo. Sólo entonces se dio cuenta de lo cansado que estaba. La dejó caer torpemente, en su afán por soltarla con cuidado sin desarrugar el mantel. Cuando se incorporó, los brazos le pesaban como plomo y su respiración se había hecho jadeante.

Por debajo de la falda de la muchacha empezó a deslizarse la sangre. Tal como Migio había previsto, descendió hasta la esquina más baja y empezó a gotear dentro del pote.

Tanta sangre dentro de una persona —se maravilló Migio—. ¿*Cómo detenerla si no quiere detenerse*?

Miró hacia la puerta cerrada, hacia la ventana, hacia el reloj. Escuchó. La lluvia caía ahora con más fuerza, repiqueteando en el tejado de la casita. Era el único ruido que se oía. La casa estaba dormida, y la calle muerta. Estaba solo con su problema.

Se frotó los labios con la mano, e inmediatamente la apartó al notar el sabor de la sangre. Tosió, corrió hacia el fregadero, escupió, y se lavó la boca y las manos.

Tenía que hacer algo, llamar…

¿Llamar? ¿Adónde? ¿Al hospital? ¿Decir al hospital que avisaran a la policía? Para eso, ya podía llamar directamente a la policía. *Estúpido*. ¿Qué podía decirles? ¿Que era su hermana y que la había atropellado un automóvil? ¿Acaso iban a creerle? ¿Decirles la verdad, que había visto cómo la tiraban de un automóvil que llevaba los faros apagados, que la había recogido y que sólo se había dado cuenta de lo mucho que sangraba cuando la había entrado ya en su casa? ¿Le creerían, acaso? *Estúpido*. Le estaba bien empleado, por meterse donde no le llamaban.

Pensó que podía volver a sacarla y dejarla en la calle. *Sí, y alguien te verá, estúpido*.

Mientras trataba de encontrar una solución al problema, cogió la bayeta que estaba en el suelo, empapada de sangre, y la llevó al fregadero, escurriéndola una y otra vez después de dejarla un rato debajo del agua corriente.

Estúpido, llama a alguien y pide ayuda.

¿A quién podía llamar?

Pensó en los almacenes donde por espacio de dieciocho años había fregado los suelos y sacudido las alfombras durante la noche. En la vecindad, donde conocía al tendero y al dueño de la carnicería. Todo estaba cerrado, dormido. Además, ¿en quién podía confiar?

¡Dios mío! ¿En cuarenta años no has conseguido tener un solo amigo?

Al repiqueteo de la lluvia se había unido ahora el goteo de la sangre en el pote. Un goteo ininterrumpido. Migio comprendió vagamente que la sangría no iba a detenerse por sí misma. Con un gruñido, volvió a acercarse a la cama.

No está muerta, dijo en voz alta, y el sonido de su propia voz le asusto. Apoyó la mano en el pecho de la muchacha, pero la retiró en seguida al ver que su blusa estaba desgarrada y que salía sangre también de allí.

Migio tragó saliva con un gran esfuerzo. Tenía que desnudarla. La falda se cerraba con una cremallera, que al principio se negaba a correr. Pero finalmente consiguió abrirla y tiró de la falda hacia abajo, con una interminable serie de sacudidas.

Los pantaloncitos eran de nylon y estaban empapados de sangre y tan cortados por su lado izquierdo, que al tirar Migio se quedó con ellos entre los dedos. La blusa se abrochaba por delante y no representó ningún problema; debajo de la blusa había un sostén cortado limpiamente en dos por la parte delantera.

A continuación, Migió encendió el fogón de petróleo y puso a calentar una olla de agua. Buscó una esponja, y cuando el agua estuvo caliente la puso en una palangana y se acercó de nuevo a la cama. Frotó el cuerpo con la esponja, empapada en agua caliente; era un cuerpo firme al tacto, pero muy delgado, con sus acusados costillares y los salientes huesos de las caderas. Debajo del seno izquierdo había un largo corte; parecía muy profundo, pero apenas sangraba. El otro corte, en cambio, situado en la ingle, soltaba borbotones de sangre, uno detrás de otro, a intervalos casi regulares. Migio había visto brotar la sangre de una herida, cuando Gálvez se cortó un dedo mientras arreglaba el montacargas del almacén, pero en aquella ocasión la sangre había salido a chorro, proyectada a medio metro de distancia. Tal vez la de esta herida había salido con la misma fuerza, pensó Migio súbitamente, pero ahora estaba acabándose. Sí, iba a acabarse, y Migio se encontraría con un cadáver en su cama. ¿Qué iba a decirle a la policía?

Lavó la esponja en el agua y frotó suavemente la herida. Antes de que pudiera llenarse otra vez de sangre apartó los lados del corte y miró dentro. Pudo ver claramente la arteria femoral, que parecía un trozo de fideo rojo y estaba cortada casi de parte a parte. Luego no vio nada, porque la herida volvió a llenarse de sangre.

Migio corrió hacia su caja de herramientas y la abrió. Hacía algunos años, había aprendido a confeccionar unas finas cadenas de alambre plateado, y solía pasar sus horas libres haciendo eslabón tras eslabón, y soldando cada uno de ellos en el interior del otro con una lamparilla de alcohol y un diminuto soldador.

Cogió las pinzas, pero las soltó y se decidió por el pequeño sujetador de muelle que utilizaba para sostener el eslabón mientras trabajaba en él. Corrió hacia el fregadero, lavó el sujetador y regresó a la cama. Pasó de nuevo la esponja por el pequeño lago de sangre, se inclinó rápidamente y colocó las diminutas mandíbulas del sujetador sobre la arteria, cerca del corte. Inmediatamente brotó otro borbotón de sangre.

Pasó de nuevo la esponja, y en un rapto de inspiración soltó el sujetador para colocarlo al otro lado del corte.

Los ojos le dolían y las sienes le latían tumultuosamente. *Arreglarlo todo bien*. Se dirigió al fregadero, y rebuscó en el botiquín colgado encima de él. Esparadrapo, un paquete de gasas… Tal vez no serían bastante grandes, pero podían unirse los trozos con esparadrapo. Un tubo de Sulpha-mi-zol… podía servir para el caso, como sirvió cuando Migio se hizo un corte en la mano y se le infectó. También servía para los forúnculos.

Llenó una cacerola de agua y la puso a hervir. Coser, si. Encontró agujas, hilo blanco, y lo sumergió todo en el agua. Limpió otra vez la herida femoral y la contempló pensativamente hasta que la sangre cubrió lentamente la arteria.

Migio no estaba seguro, pero tenía una vaga idea de algo acerca de los torniquetes. Tenían que ser abiertos de cuando en cuando, o se presentaban dificultades. ¿Ocurriría lo mismo con una arteria? Sería mejor coserla; sólo estaba desgarrada, no cortada… De modo que introdujo en la cacerola la pinzas, unos pequeños alicates y, tras pensarlo bien, una docena de diminutos broches de su caja de bisutería.

Mientras esperaba que hirviera el agua, examinó de nuevo las heridas. Se mordió el labio, con el ceño fruncido, y luego cogió una aguja muy fina, la sostuvo con unas pinzas en la llama del fogón hasta que estuvo roja, y con otras pinzas la dobló ligeramente en semicírculo y la dejó caer en el agua. A continuación cortó unos trocitos de la esponja y los introdujo también en la cacerola.

Cuando el agua empezó a hervir, Migio colocó una servilleta limpia sobre una silla y la arrimó a la cama. Sacó la cacerola del fuego y, sosteniéndola con una mano, se dedicó a pescar con unas pinzas largas los utensilios que había en su interior, depositándolos cuidadosamente sobre la servilleta.

Esto no es un hospital —pensó—, *pero yo arreglarlo todo bien.*

¡Hospital! Sí, en las películas…

Del cajón de una cómoda sacó un pañuelo limpio y trató de cubrirse con él la boca y la nariz, como en las películas. Pero su nudoso rostro y su cabeza cuadrada eran demasiado grandes para un solo pañuelo. Necesitó tres para que la cosa quedara bien.

Y finalmente se arrodilló junto a la cama.

Empezó por extender sobre la servilleta un poco de sulphamizol; con las pinzas, cogió dos trocitos de esponja y los pasó por la pomada hasta que quedaron empapados de ella. Lavó la herida femoral y aplicó un trocito de esponja a cada lado del corte, dejando la arteria a la vista, en el fondo. Utilizando las pinzas y los alicates, enhebró la aguja curvada con un trozo de hilo blanco.

A continuación dio cuatro diminutas puntadas en la arteria, anudando cada una de ellas con exquisito cuidado, de modo que el hilo no cortara el tejido pero mantuviera unidos los bordes. Luego se sentó sobre sus talones para descansar, con los hombros

doloridos por la tensión y los ojos nublados. Al cabo de un rato, llenándose previamente los pulmones de aire, sacó el sujetador.

La sangre llenó la herida y empapó las esponjas. Pero surgió lentamente, sin espurrear. Migió frunció el ceño. Y ahora, ¿qué? Tras una leve vacilación, lavó la herida una vez más y llenó rápidamente la incisión de pomada, la cubrió con un trozo de gasa y lo sujetó con dos tiras de esparadrapo.

Se secó la frente, primero con un hombro, luego con el otro, y clavó los ojos en la pared opuesta, como solía hacer cuando trabajaba en sus pequeñas cadenas plateadas. Cuando la niebla se disipó, Migio volvió su atención a la larga herida del pecho.

Migio no sabía cómo coser una herida de aquel tamaño, pero sabía cocinar y había rellenado más de un pollo. Mordiéndose la lengua, clavó el primero de los broches en la carne, en ángulo recto con el corte, apretándolo a través de la herida y clavándolo en el otro lado.

Clavó el segundo broche a un par de centímetros de distancia, lo mismo que el tercero. El cuarto chocó contra algo duro en el interior de la herida; Migio se sobresaltó y se mordió la lengua dolorosamente. Quitó el broche a medio clavar y tanteó cuidadosamente con sus pinzas.

Sí, allí había algo duro. Hundió más las pinzas, dominó un estremecimiento y miró el rostro de la muchacha. Las pinzas se cerraron sobre algo duro, resbaladizo y obstinado. Migio lo movió suavemente a uno y otro lado. Lentamente, muy lentamente, apareció la punta de un objeto metálico.

La sangre empezó a fluir libremente antes de que el objeto hubiera salido del todo, pero Migio no se detuvo hasta que estuvo fuera. La luz brilló sobre la punta rota de un cuchillo. La dejó caer sobre la servilleta, pensando en lo que hubiera dicho la policía si les hubiera contado aquel cuento del accidente de automóvil.

A continuación restañó la sangre y continuó clavando los broches, hasta que hubo una decena de ellos a lo largo de la herida.

Ya estaba. Migió se puso en pie, sintiéndose mortalmente cansado. Le dolían todos los huesos, y tenía el cuerpo empapado en sudor. Pero en su cerebro seguía martilleando aquella frase obsesionante: *Arreglarlo todo bien… Arreglarlo todo bien*… Con paso inseguro, se dirigió al fregadero. Después de lavarse las manos y los antebrazos, se quitó los pañuelos anudados al cuello y se lavó la cara. Luego cogió lo que quedaba de su esponja y la cacerola de agua caliente y regresó a la cama.

Fue una tarea interminable. Lavó a la muchacha de la cabeza a los pies, haciendo frecuentes viajes en busca de agua limpia, lavó y secó su pelo, y descubrió un feo chichón y una contusión sangrienta en la parte posterior de su cabeza. Apartó el pelo a los lados y aplicó un paño mojado a la contusión, la cual dejó de sangrar, aunque quedó un chichón del tamaño de un huevo de paloma.

Cuando el pelo de la muchacha estaba húmedo enredado, era solamente una mata oscura, pero una vez limpio y peinado, despedía reflejos azulados. Migio la tapó con el cubrecama, y durante un largo rato permaneció inclinado sobre ella, invadido por

una extraña sensación, casi dolorosa, que le atraía y le repelía al mismo tiempo: una sensación que tal vez no volvería a experimentar nunca más.

La luz del día se insinuaba tímidamente contra la ventana cerrada. Migio, conteniendo la respiración, cerró los ojos y escuchó intensamente, deseando saber si la muchacha estaba viva. No se atrevía a acercarse más, por miedo a descubrir que se había marchado…, para siempre. ¡Oh, no!

Pero, pasó un camión, y una mujer llamó a un chiquillo, y alguien rió; de modo que Migio se arrodilló junto a la cama y, muy lentamente, acercó su mano a la garganta de la muchacha. Estaba fría —¡pero no helada!— y tan quieta como un globo deshinchado.

Luego, los pelos del dorso de la mano de Migio se movieron de un modo casi imperceptible, agitados por la leve brisa de la respiración de la muchacha. Migio notó que sus ojos se humedecían, y todo su cansancio desapareció como por arte de magia; experimentó la imperiosa necesidad de hacer algo: un plato de sopa, comprar alguna medicina, limpiar la casa, correr a la tienda… Y, por encima de todo, sintió el deseo de gritar a pleno pulmón, una y otra vez, para convencerse a sí mismo, que la muchacha estaba viva… VIVA.

Y en medio de aquella explosión de deseos, se deslizó suavemente hasta el suelo y se quedó profundamente dormido.

Migio gruñó, abrió los ojos e inmediatamente supo dónde estaba y qué había sucedido. Algo le hizo levantar la mirada. La muchacha tenía los ojos abiertos y le estaba mirando. Su rostro y sus ojos carecían de expresión. Migio vio que se cerraban lentamente y que volvían a abrirse con la misma lentitud, opacos y desinteresados.

—Muy bien, muy bien —dijo Migio roncamente—. Yo arreglarlo todo.

La muchacha continuó mirándole, simplemente. Migió agitó violentamente la cabeza, murmurando un torrente de palabras de estímulo y de esperanza, que en sus torpes labios no fueron más que una serie de ininteligibles gruñidos. Anonadado, como siempre, por su propia incapacidad para hablar, Migio suspiró y se puso a trabajar.

Quitó la gasa de la herida de la ingle y tiró ligeramente del borde de uno de los trozos de esponja. Cuando creyó que estaba a punto de salir, tiró con más fuerza.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, con voz apenas audible. Volvió lentamente la cabeza hacia la izquierda—. ¡Oh! —Volvió de nuevo la cabeza y se sumió en la inconsciencia.

Migio fue en busca de un paño empapado en agua fría y lo apretó contra la frente de la muchacha, la cual suspiró. Cuando Migio apartó el paño, ella estaba mirándole de nuevo, con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? —le preguntó Migio. Y luego, convirtiendo la pregunta en afirmación—: Estás bien.

La muchacha frunció levemente las cejas y sus ojos volvieron a cerrarse. Migió tocó sus mejillas con el dorso de la mano.

—Muy caliente —murmuró.

Apagó la luz, y en la semioscuridad se cambió de ropa. Del fondo de un cajón sacó una arrugada libreta de escolar, y de ella un trozo de papel con un número de teléfono, escrito a lápiz con unos guarismos enormes.

—Ya vuelvo —murmuró Migio.

La muchacha no dijo nada.

Migio salió, cerrando la puerta detrás de él.

Trabajosamente, llamó a la oficina de los almacenes desde la tienda de comestibles, consultando el papel para cada uno de los números y sosteniendo el disco contra el tope durante tres o cuatro segundos, para asegurarse de que quedaba marcado. Le respondió la voz del jefe principal, el señor Lagos, con el cual Migio no había hablado en una docena de años.

Cuando el señor Lagos hubo emitido por tercera vez su impaciente «¡Diga!», Migio consiguió balbucir:

—Enfermo… Yo enfermo…

Oyó que el teléfono decía: «¿Qué estupidez es ésta…?», y a continuación la risa del señor Germán, y: «Yo contestaré. Debe ser ese orangután de Migio».

Y directamente en su oído:

—¿Sí?

—Esta noche enfermo —gritó Migio.

—¿Qué es lo que te pasa?

Migio tragó saliva.

—No puedo trabajar —gritó.

—Te estás haciendo viejo —dijo el señor Germán. Migio oyó que el señor Lagos se reía. El señor Germán preguntó—: ¿Cuántas noches libres has tenido en los últimos quince años?

Migio meditó unos instantes.

—¡No! —rugió—. ¡Nada!

Y no eran quince años, sino dieciocho.

—Es verdad —dijo el señor Germán, dirigiéndose al señor Lagos, sin cubrir el receptor—. En quince años no ha hecho fiesta ni una sola noche.

—¿Acaso le necesitamos? —inquirió el señor Lagos—. Dele todas las noches de fiesta que quiera.

—Nos saldría demasiado caro —dijo el señor Germán—. Bueno, Migio, puedes hacer fiesta. Pero no te lo tomes por costumbre.

Al otro lado del hilo se oyó un chasquido: habían colgado el teléfono. Migio continuó con el receptor pegado al oído, hasta convencerse de que la conversación había terminado. Luego colgó el aparato. En la tienda, todo el mundo le estaba mirando. Bueno, siempre lo hacían. A Migio no le importaba.

Lo único que le importaba era lo que la voz del señor Lagos repetía en su cerebro, una y otra vez: «¿*Acaso le necesitamos*?».

Migio se dirigió a la farmacia y compró esparadrapo, gasa, pomada, y tres bolsas para hielo. Y, después de pensarlo un poco, un tubo de aspirinas, porque en cierta ocasión alguien le había dicho… En el supermercado compró lo suficiente para alimentar a una familia de nueve miembros durante nueve días. Y, a pesar de la carga, le quedó todavía un brazo recio y un ancho hombro para una barra de hielo de doce kilos.

Encontró a la muchacha ardiendo. Su respiración era como el vuelo de una gaviota sobre el mar: un leve aleteo, un leve aleteo, y una larga espera, planeando.

Migio rompió un trozo de hielo, lo envolvió en una toalla y la sacudió furiosamente contra el fregadero. Introdujo el hielo troceado en una de las bolsas y la aplicó a la cabeza de la muchacha.

La muchacha suspiró, pero no abrió los ojos. Migio llenó las otras dos bolsas y colocó una sobre el pecho y otra sobre la ingle de la muchacha. Luego se retorció las manos, sin saber qué hacer, hasta que se le ocurrió una idea: *Tiene que comer, después de haber perdido tanta sangre*.

De modo que se puso a cocinar, volviéndose a cada instante a contemplar a la muchacha. Hizo patatas guisadas con carne y media docena de huevos fritos, y abundante café. Abrió un pote de leche, por si la muchacha prefería tomar el café con leche.

La muchacha no comió un solo bocado, ni bebió un solo sorbo. Permaneció tendida, completamente inmóvil, y sólo de cuando en cuando dejaba que su cabeza cayera a un lado, de modo que Migio tenía que recoger la bolsa de hielo y volver a colocarla.

El segundo día, no comió nada ni bebió nada, y su fiebre era increíble. Durante la noche, acostado en el suelo junto a la cama, Migio despertó una vez con la sensación de que alguien sollozaba en la habitación, pero quizá lo había soñado.

El tercer día, Migió cortó el trozo de carne más tierno de un filete y lo colocó entre los labios de la muchacha. Un cuarto de hora después le abrió la boca para poner otro trozo, pero el primero todavía estaba allí. Lo mismo ocurrió con la aspirina: unas diminutas migajas blancas sobre una lengua seca.

Migio trató de pensar lo que sucedería si llamaba a un médico, y el médico insistía en que había que llevar a la muchacha a un hospital. Diría: «Necesita tratamiento, muchacho, no te necesita a ti».

Y Migio no soportaba la idea de oír de nuevo aquellas palabras.

La primera vez que las oyó tenía ocho años. Estaba en la escuela, y había guardado un chocolatín para una de sus compañeras de clase, aquella María Dolores de pelo negro y ojos grandes, que parecía una muñeca, tan linda, tan limpia… No se

había atrevido a dárselo directamente, y lo había dejado encima de su pupitre, al otro lado del pasillo. Y cuando María Dolores llegó y vio el chocolatín, lo tiró sobre el pupitre de Migio, diciendo en voz alta: «No necesito tus chocolatines, *ni te necesito a ti*. Eres tonto y feo».

Volvió a oírlas a los once años. Era un muchacho robusto y tímido, y estaba de pie ante la puerta de la cocina, tratando de decirle a su madre lo que había decidido. Pero, como siempre, las palabras no eran en sus labios más que una serie de gruñidos. Su madre había desviado por unos instantes su atención de la botella de vino y le había dicho: «No estés ahí como un pasmarote, gruñendo como un cerdo… ¡Habla de una vez! ¿Qué estás tratando de decir? ¿Que vas a marcharte?».

Migio había asentido. Era muy fácil: sólo había que mover la cabeza de arriba abajo. Y su madre había dicho: «Bueno, márchate, *no te necesito para nada*».

Y otra vez, cuando tenía dieciséis años, y era un joven fornido que aparentaba muchos más, y había oído decir que había guerra y que la patria necesitaba a sus hijos. Y se había presentado en el cuartel de la Guardia Civil, y el sargento le había preguntado: «¿Qué diablos quieres?». Y Migio había tartamudeado: «Guerra…, yo ir…». Y el sargento le había mirado de arriba abajo, y de repente se había echado a reír: una risa que a Magio le taladró el corazón, porque adivinó lo que iba a decir el sargento a continuación. Y lo había dicho: «España *no te necesita a ti*…».

Eso era lo que diría el médico: «Ella no te necesita: tiene que ir al hospital».

No te necesita.…

Los labios de la muchacha se movieron ligeramente y un sonido sibilante brotó de su garganta. Migió intuyó, sin saber cómo, lo que significaba aquel sonido, y fue en busca de agua, que vertió lentamente en la boca de la muchacha.

La muchacha sorbió con avidez, tratando de levantar la cabeza. Migió la ayudó con una mano, sosteniéndola por la nuca. Al cabo de unos instantes, la muchacha volvió a dejar caer la cabeza hacia atrás, y sonrió débilmente. Luego alzó la mirada hasta el rostro de Migio, y, a pesar de que su sonrisa desapareció, Migio se sintió mucho mejor.

Más tarde, Migio le llevó una taza de caldo. Esta vez, la muchacha sonrió débilmente, brevemente, pero mirándole a la cara, y se bebió la mitad del caldo. Inmediatamente se quedó dormida.

A partir de entonces, la muchacha durmió mucho y empezó a tomar cosas ligeras. También empezó a observar a Migio mientras se movía por la habitación; a veces, cuando él creía que estaba dormida, miraba hacia la cama y se encontraba con sus ojos. Durante los dos días siguientes, lo que más miraba la muchacha eran las manos de Migio. Unas manos que lo hacían todo: lavar, fregar, cocinar, coser, planchar… Unas manos que no habían aprendido nunca sus límites, porque Migio no había pensado nunca en limitarlas. Lo único que a Migio le importaba de su persona eran

sus manos, y puesto que lo hacían todo, podían hacer cualquier cosa.

Pero cuando Migio le cambiaba la ropa o la lavaba, la muchacha no miraba sus manos: permanecía tendida, completamente inmóvil, y contemplando su rostro.

Al principio, la muchacha estaba muy débil y sólo podía mover la cabeza. Migio se alegraba de ello, ya que sus heridas cicatrizaban estupendamente. Cuando le quitó los broches de la herida del pecho debió dolerle, pero ella no se quejó; se limitó a fruncir diez veces las cejas, una por cada broche.

—Duele —gruñó Migio.

Débilmente, la muchacha asintió. Fue la primera comunicación entre ellos, aparte de aquel mudo intercambio de miradas. La muchacha sonrió también, mientras asentía, y Migio se volvió de espaldas, se frotó los ojos con los nudillos y se sintió absurdamente feliz.

La sexta noche volvió al trabajo. Durante todo el día procuró mantener despierta la atención de la muchacha, a fin de evitar que se durmiera, y no se marchó hasta convencerse de que estaba profundamente dormida. La dejó encerrada y se marchó a trabajar, dispuesto a hacer la tarea de tres hombres.

Pasaron los días. Migio regresaba del trabajo al amanecer, y durante un par de horas dormía como un leño, sobre un par de mantas, en el suelo, junto a la cama. Pero al menor movimiento de la muchacha se ponía en pie de un salto y se inclinaba sobre ella, interrogándola con la mirada, tratando frenéticamente de adivinar lo que podía necesitar, lo que podía hacer por ella.

A la hora del desayuno le servía leche caliente, con un huevo batido, y luego le lavaba el cuerpo, y le cambiaba la ropa, y la peinaba, y cuando había terminado con ella, limpiaba la habitación, fregaba el suelo, lavaba la ropa y los platos, y cocinaba.

Por la tarde salía de compras, sin entretenerse, ansioso de regresar a casa para mostrarle a la muchacha lo que había planeado para su cena. Y durante todos aquellos días, que luego se convirtieron en semanas, Migio resplandecía literalmente de felicidad, con un resplandor que se debilitaba un poco cuando estaba lejos de ella, para revivir gloriosamente en su presencia.

Una tarde de la segunda semana Migio encontró a la muchacha llorando, mirando fijamente el pequeño aparato de radio con los ojos llenos de lágrimas. Migió gruñó unas palabras ininteligibles y corrió en busca de una toalla para secar las mejillas de la muchacha, con una expresión atormentada en su rostro bestial. La muchacha palmeó su mano débilmente, haciendo una serie de gestos que acabaron de desconcertar a Migio.

—¿Duele? —inquirió, atribuyendo las lágrimas de la muchacha al dolor que le producían sus heridas.

Ella sacudió la cabeza. Movió los labios, se llevó un dedo a la boca y empezó a llorar de nuevo.

—¡Oh! Hambre… Yo arreglarlo en seguida.

Pero la muchacha le cogió por la muñeca, sacudiendo la cabeza y llorando. Migio

se sentó en el borde de la cama, más perplejo que nunca. Ella volvió a mover los labios y a llevarse un dedo a la boca, sacudiendo la cabeza.

Finalmente, una idea empezó a abrirse paso en el cerebro de Migio.

—¡No puedes hablar! —dijo.

—¡*Sí, sí*! —asintió ella con la cabeza.

Migio la contempló durante un largo rato. La muchacha le devolvió la mirada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Migio se inclinó hacia ella y murmuró:

—¿Qué quieres hablar? Yo arreglarlo todo bien. Tú no hablar. —Acarició sus mejillas cariñosamente y repitió—: Yo arreglarlo todo bien.

Era la quinta semana y estaba lloviendo. Migio regresaba de su trabajo, al amanecer, a través de las oscuras y relucientes calles. Para llegar a su casa tenía que cruzar un trozo de carretera solitaria y mal iluminada. Aquella noche también estaba lloviendo; el automóvil pasó velozmente, y un cuerpo salió despedido de él, y Migio tuvo que correr y correr, con el cuerpo de la muchacha en brazos, para evitar que muriera.

Había conseguido evitarlo. Y con ello, había encontrado un motivo para vivir, y para vivir del modo que él deseaba, siendo útil a alguien, siendo *necesario* a alguien. Y Migio no quería que su vida actual experimentase el más ligero cambio.

Pero el cambio se había producido, y Migio lo supo antes de entrar en su casa; la ventana que daba a la calle tenía un brillo anaranjado que no procedía del reflejo del solitario farol. Tal vez la muchacha estaba leyendo alguna de aquellas novelas que Migio había heredado con la vivienda, o se había levantado a mirar la hora… La muchacha estaba casi repuesta; sus heridas, milagrosamente, habían cicatrizado por completo; pasaba largas horas sentada en la cama, o recorriendo la habitación a pequeños pasos. Pero esto no podía modificar la situación; no *podía* modificarla.

Migio abrió la puerta.

Inmediatamente abrió la boca, como si acabaran de golpearle en pleno estómago. La cama estaba hecha, y la muchacha no estaba acostada: estaba en el otro extremo de la habitación, junto al fregadero. Migio la miró, intrigado. La muchacha se acercó a él, con una expresión en el rostro que Migio no había visto hasta entonces. El gruñido de bienvenida se apagó en sus labios. La contempló en silencio mientras pasaba por su lado y cerraba la puerta. Luego le cogió de la mano y le obligó a sentarse en una silla, delante de la mesa.

Ella continuó en pie. Tenía un aire decidido, de confianza en sí misma. Era una persona que había meditado largamente y había llegado a una decisión irrevocable. Migio quedó completamente desconcertado por aquella nueva actitud. Tenía que pensar…, pero la muchacha no le dio tiempo para pensar. Apoyó las dos manos en la mesa, le miró rectamente a los ojos y dijo:

—Puedo hablar. ¡Ya puedo hablar!

Migio se la quedó mirando con la boca abierta.

—Hace varios días que lo sé —continuó diciendo la muchacha—, pero he estado practicando en secreto hasta estar completamente segura. Estoy bien del todo. Lo has arreglado todo maravillosamente.

Y se echó a reír.

Al oír aquella risa, al ver el orgullo y la alegría en su rostro, Migio gruñó, admirado:

—¡Ah!

De nuevo sonó la risa de la muchacha.

—¡Ya puedo marcharme! ¡Ya puedo marcharme! —exclamó.

Dio una vuelta sobre sí misma, ligera como un pájaro, y la luz arrancó unos brillantes reflejos azules a sus largos cabellos.

Migio frunció las cejas. El gesto aumentó, si cabe, la fealdad de su rostro.

—¿Marcharte? —balbució, finalmente.

La muchacha recobró de golpe su seriedad, como arrepentida de su jubiloso arrebato.

—¡Oh! —murmuró—. No me mires así, como si acabara de clavarte un cuchillo. Sabes perfectamente que no puedo quedarme aquí, viviendo a tu costa, para *siempre*.

—No, no marcharte —gruñó Migio, en tono angustiado.

—Mira —dijo la muchacha, hablando sencilla y lentamente, como si se dirigiera a un chiquillo—. Ya estoy perfectamente. Ya puedo hablar. No estaría bien que continuara aquí, sin hacer nada… ¡Un momento! —exclamó rápidamente, antes de que Migio pudiera formar una palabra—. No quiero decir que no esté agradecida. Has sido…, has sido…, no encuentro palabras para expresar lo que has sido para mí. Nadie me había tratado como tú, nunca. Cuando tenía trece años me encontré en la calle, sola, y he hecho todo lo malo que puede hacer una mujer. Y me han tratado siempre como a una perdida. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Migio sacudió obstinadamente la cabeza.

—No, no marcharte —repitió.

—Trata de comprenderlo —continuó la muchacha, humedeciéndose los labios—. No puedo seguir abusando de tu bondad. No puedo seguir aceptando lo que me das. Si pudiera devolvértelo de algún modo, no importa cuál, lo haría. Pero ya sabes que no puedo… —En su voz había un acento de amargura—: A ti, nadie puede pagarte nada. No necesitas nada ni a nadie. Todo te lo haces tú, con tus propias manos. Si hubiera algo que desearas de mí… Pero, no, tú lo arreglas todo bien.

—No, tú no marcharte —insistió Migio.

—Tengo que hacerlo —dijo la muchacha, sonriendo. Luego, la sonrisa desapareció—. ¿Sabes por qué me tiraron de aquel automóvil, dándome por muerta? Porque trabajaba con una banda de ladrones y los denuncié a la policía, para quedarme con lo robado. ¿Comprendes ahora?

Migio la miraba con una expresión estúpida. No comprendía una palabra de cada

diez. Rumiaba lo que sería su vida sin ella, lo que había sido siempre: inutilidad y soledad. Le anonadaba la terrible verdad de la habitación que era su hogar, con sus muebles míseros, media docena de novelas que no podía leer, y sin nadie que le necesitara. *No te necesito*. La muchachita de cabellos negros y ojos grandes, su madre, el sargento de la Guardia Civil, el señor Germán…, y ahora *ella*.

No te necesito…

La muchacha juzgó equivocadamente su expresión.

—No me mires así. No volveré a hacerlo. Lo hacía, porque me gustaba ver sufrir a la gente. No sabía que había personas buenas, como tú. Siempre creí que estas cosas sólo sucedían en las películas, pero no en la vida real. ¡Por favor, no me mires así!

Migio tenía los ojos llenos de lágrimas y movía su enorme cabeza de un lado a otro. Súbitamente, la muchacha se arrodilló delante de él y le cogió las manos.

—Escucha, tienes que comprender. Quería marcharme mientras estabas trabajando, pero me he quedado sólo para hacer que lo comprendas. Después de todo lo que has hecho… Ahora me encuentro perfectamente. Y no puedo quedarme encerrada en una habitación para siempre. Si pudiera, buscaría trabajo cerca de aquí y viviría contigo, te lo juro. Pero mi vida no valdrá una perra gorda si me quedo en esta ciudad. ¿Viste lo que me hicieron aquellos hombres? No me mataron, porque se rompió la punta del cuchillo. La impresión me dejó sin habla, y creo que la he recuperado por verdadero milagro. Ahora se asegurarían de mi muerte. Tengo que marcharme de aquí, y marcharme de la ciudad. Pero te escribiré, palabra. No te olvidaré nunca. ¿Cómo podría olvidarme de ti?

Migio había comprendido que la muchacha quería abandonarle; y había comprendido que quería marcharse de la ciudad. Nada más.

—Tú no marcharte —balbució—. Tú necesitar a Migio.

—Tú no me necesitas a mí —dijo la muchacha cariñosamente—, y yo no te necesito a ti. ¿No puedes comprenderlo?

Sí, aquélla era la tercera cosa que había comprendido.

Se puso en pie lentamente, notando cómo las manos de la muchacha se deslizaban de las suyas, y de sus rodillas al suelo, mientras se apartaba de ella.

Con paso firme, cruzó la habitación y se acercó a la alacena. Detrás de él oyó los rápidos pasos de la muchacha. Cuando se volvió, empuñaba un cuchillo. Pero la muchacha no llegó a verlo. Tenía los ojos velados por las lágrimas, y cuando Migio abrió los brazos, corrió a refugiarse en ellos.

La mano derecha de Migio descendió, hundiendo el cuchillo en la espalda de la muchacha.

Sosteniéndola por los sobacos, la depositó suavemente en el suelo y permaneció un largo rato inclinado sobre ella, llorando silenciosamente.

Luego se apartó de su lado y llenó la cacerola de agua, poniéndola al fuego. Cogió las pinzas, agujas, hilo, unos cuantos broches, un sujetador de muelle y unos trocitos de esponja, y lo introdujo todo en la cacerola. Del cajón de la mesa sacó el

mantel de plástico y empezó a extenderlo sobre la cama.

—Yo arreglarlo todo bien —murmuró, mientras trabajaba—. Yo arreglarlo todo bien.

LAS ARAÑAS ROJAS

LLEVO veinte años en esta silla de ruedas. Los médicos dijeron que no podría servirme nunca más de mis pobres piernas, y no se equivocaron. Pero no me quejo. Estoy vivo, y esto es lo que importa. Cuando se ha contemplado cara a cara a la más horrible de las formas que puede adoptar la muerte, la vida, aunque sea una vida de inválido, es una bendición.

Sin embargo, cada noche, cuando todo queda tranquilo y silencioso, oigo de nuevo el horroroso chasquido de las patas de las arañas sobre el suelo de cemento, y oigo también los desgarradores gritos de mis compañeras de trabajo. Y grito con ellas…

En enero de 1939 cumplí los 16 años. Y en aquel mismo mes, mi padre dijo que nos marchábamos a Francia, porque se acercaban los «fascistas». En aquella época yo no sabía nada de política, pero la idea de abandonar Barcelona, de dejar atrás el hambre espantosa de los últimos meses, me llenó de entusiasmo. Francia se me aparecía como la Jauja de un cuento que había leído en mi niñez: montañas de pan blanco, dorado y crujiente, y ríos de leche y miel; campos inmensos de patatas y bosques de árboles frutales, llenos de olorosas manzanas y rubios melocotones. Pero la realidad fue muy distinta a mis sueños de muchacho hambriento.

Las dificultades empezaron antes de llegar a la frontera. Mi padre tenía un amigo, chófer de un camión, y habían quedado de acuerdo en marcharse juntos. Mi madre empaquetó un colchón, un poco de ropa y algunos cacharros, muy pocos. Recuerdo que antes de marcharnos acarició la vieja mesa del comedor, llorando. Salimos de noche. Mi padre me ayudó a subir a la caja del camión y me envolvió en una manta. Al cabo de cinco minutos estaba profundamente dormido.

Cuando me desperté, amanecía. El camión se había detenido. Estábamos en una carretera, en pleno campo, y oí que mi padre y su amigo discutían violentamente con otros hombres. Traté de levantarme, pero mi madre, sentada a mi lado, apoyó una mano en mi pecho y se llevó un dedo a los labios, recomendándome silencio. Finalmente, noté que abrían la portezuela trasera del camión y oí una voz que decía: «¡Bajen todos!». Obedecimos. Éramos ocho. Cinco mujeres, dos hombres y yo. Mi padre viajaba en la cabina, con el chófer. Cuando nos hubimos apeado, dos soldados subieron al camión y tiraron a la carretera todos los enseres que contenía. Luego, un grupo de soldados montó en el camión, y poco después nos poníamos en marcha, a pie, dejando tirados en la cuneta los restos del naufragio de nuestro hogar.

El camino hasta la frontera fue largo y penoso. Y una noche, poco antes de pisar tierra francesa, perdí a mis padres. La riada de fugitivos era inmensa, y yo estaba agotado. Lo cierto es que me quedé dormido junto a la carretera, debajo de un árbol,

y que cuando me desperté, helado de frío, me encontré solo. A partir de aquel momento mis recuerdos son muy confusos. Me uní a otros grupos de fugitivos, crucé la frontera sin saber cómo, y una mañana me encontré ante una casa de campo, aislada, devorado por el hambre y rendido de fatiga. Junto a la casa se alineaban unos largos cobertizos, en forma de barracón. Cuando me acerqué a la casa, un perro empezó a ladrar furiosamente. Me detuve, muerto de miedo. Poco después salió una mujer del interior de la casa. Tenía un rostro amable y hablaba casi igual que yo. Inmediatamente se hizo cargo de mi situación: Me presentó a su marido, el cual dijo que después de desayunar me acompañaría al pueblo cercano para entregarme a las autoridades.

Creo que lo que le hizo cambiar de idea fue el hambre voraz que manifesté cuando nos sentamos a la mesa. La mujer no cesaba de exclamar: «*¡Povre nin! ¡Povre nin!*», mientras yo les contaba mis vicisitudes. Luego se dirigió a su marido, hablando con mucha vehemencia y con tanta rapidez que sólo pude captar algunas palabras sueltas, especialmente «*champignons*».

Resumiendo: la casa de M. Louret era una granja dedicada al cultivo de champiñones, y me invitaron a quedarme a trabajar allí, a cambio de la comida y de un modesto jornal. Más tarde, cuando la situación se normalizara un poco, harían las oportunas gestiones para localizar a mis padres.

Así fue como empecé a trabajar como recolector de champiñones.

Los cultivos se encontraban en los cobertizos que se alineaban junto a la casa y que tanto me habían llamado la atención al verlos por primera vez. En cada cobertizo había hileras e hileras de cajas de madera, unas encima de otras, llenas de tierra en la cual se criaban los sabrosos hongos.

Era un trabajo bastante fácil, y lo realizaban mujeres. Seis, en total. Había llegado a la casa en domingo, lo cual explica que no hubiera notado ninguna actividad. Al día siguiente me uní a las obreras, y no tardé en familiarizarme con la tarea. Lo que continuaba asombrándome, un mes después de mi llegada, era la rapidez con que crecían los champiñones: por la noche dejábamos prácticamente limpias de hongos las cajas, y a la mañana siguiente volvían a estar llenas. Era realmente fantástico.

Nuestras herramientas consistían en un cuchillo, un capazo de esparto y un cubo. Con el cuchillo cortábamos las raíces, llenas de tierra, que iban a parar al cubo; los champiñones iban a parar al capazo.

Había tres cobertizos, que se cerraban con una puerta muy pesada —esto es muy importante en mi relato—, ya que el lugar destinado al cultivo de champiñones requiere calor y humedad. El interior estaba siempre a oscuras —no había ninguna ventana—, y el procedimiento que seguíamos era el siguiente: entrábamos en el cobertizo, nos dirigíamos a nuestra hilera de cajas y dejábamos las herramientas en el suelo; el último en entrar se encargaba de encender las luces. Inmediatamente, la gran puerta corredera se cerraba detrás de nosotros.

Otra de las cosas que requiere el cultivo de champiñones es una gran limpieza, ya

que existen varios morbos que pueden introducirse fácilmente en el cobertizo, y una vez dentro, se extienden con la rapidez del fuego y destruyen toda una cosecha. De modo que M. Louret nos advertía una y otra vez para que tuviéramos en cuenta las precauciones especiales que había que adoptar para mantener los cobertizos libres de cualquier plaga.

Uno de los bichos que suele encontrarse en aquella clase de cobertizos es la araña roja. Se trata de una araña diminuta, que se introduce en las cajas y en un par de días cubre por completo los hongos. No perjudican en nada a los champiñones, y pueden separarse fácilmente de ellos, pero si un recogedor deja que una de las arañas entre en contacto con su piel, se pasa varias horas rascándose como un loco. No son peligrosas, pero resultan desagradablemente molestas.

Llevaba un mes en la granja, como ya he dicho, cuando en uno de los cobertizos descubrimos la presencia de la araña roja. M. Louret aprovechó la ocasión para probar un nuevo insecticida, y lo espolvoreó abundantemente en todas las cajas de aquel cobertizo. Los cultivadorés de champiñones siempre están ensayando nuevos productos para combatir las plagas de sus cultivos.

Al día siguiente, a la hora de empezar el trabajo, fui el último en entrar en el cobertizo y, en consecuencia, me tocó encender las luces. Luego me dirigí a mi hilera y me dispuse a comenzar mi tarea.

Apenas había dejado el cubo y el capazo en el suelo, cuando oí que Odette, una de las muchachas, exclamaba: «¡Eh, chicas! ¡Mirad lo que hay en mis cajas! ¡Champiñones rojos!».

Mis compañeras y yo nos echamos a reír, creyendo que Odette nos estaba gastando una broma. Pero, al levantar la mirada, vimos que en la caja superior de la hilera de Odette había, efectivamente, champiñones rojos. ¡Champiñones color de sangre!

Nos acercamos, llenos de curiosidad, para contemplar más de cerca el extraño fenómeno, y Odette alargó una mano para coger uno de los champiñones rojos. Inmediatamente lanzó un grito.

¡Dios mío! ¡Fue algo espantoso, terrible! No eran champiñones. ¡Eran arañas! Enormes arañas rojas. Las había a docenas, grandes como ratas, y Odette había sido mordida por una de ellas.

Mientras contemplábamos, horrorizados, demasiado asustados para movernos, cómo la mano de Odette se convertía rápidamente en una hinchada masa rojiza nuestra desdichada compañera nos miraba con sus ojos llenos de terror. De pronto, lanzó otro grito. «No puedo moverme —gimió—. Estoy paralizada». Y se desplomó, incapaz de mover un solo músculo.

Echamos a correr hacia ella, con las manos extendidas para ayudarla a levantarse, y en aquel momento el ejército de arañas rojas se puso en movimiento. Empezaron a dejarse caer de las cajas, a docenas. Nos detuvimos, atacados por un pánico indescriptible. La sangre pareció licuarse en mis venas, y mis piernas se vieron

acometidas por un intenso temblor. Luego, en nuestro ciego terror, dejamos a Odette tendida allí y echamos a correr hacia la puerta, para salir del cobertizo, para huir de aquellos horribles animales, de aquellas monstruosas arañas.

Entonces me llegó a mí la vez de gritar: delante de la puerta, como si estuvieran de guardia, había dos de los repugnantes bichos. Estábamos cogidos en una trampa: como ya he dicho, sólo había aquella puerta, y ninguna ventana. Me sentí débil, mareado, y volví la cabeza para mirar a Odette. No pude verla: lo único que vi fue una masa de arañas rojas que estaban… ¡Dios mío! ¡No! ¡No! Estaban…, ¡sorbiendo su sangre! ¡Las arañas eran vampiros! No pude soportar el horroroso espectáculo y me cubrí los ojos con las manos.

Al final, las arañas se apartaron del cadáver de Odette y nos contemplaron con sus relucientes ojillos. Sus mandíbulas chorreaban sangre y sus cuerpos estaban horriblemente hinchados. Luego echaron a andar hacia nosotros. Una de las mujeres, Madeleine, lanzó un gemido y se desmayó.

Me incliné y la agarré por debajo de los brazos, tratando de arrastrarla, pero Madeleine era una mujer muy gorda y ni siquiera pude moverla. Grité: «¡Ayudadme, muchachas! ¡Ayudadme, por el amor de Dios!». Las cuatro muchachas se acercaron, dispuestas a ayudarme, pero en el instante en que se inclinaban sobre su compañera las arañas apresuraron el paso, haciendo chasquear sus piernas sobre el suelo de cemento mientras avanzaban. Dejamos caer a Madeleine y echamos a correr hacia el único lugar que considerábamos relativamente seguro: la pared del lado opuesto a la hilera de Odette. Nos agrupamos allí, cuatro mujeres y un chiquillo, gritando, llorando y gimiendo, tratando de no mirar el cuerpo de Madeleine, recubierto de aquellos horribles animales que sorbían lentamente su sangre.

No podíamos hacer nada, absolutamente nada, excepto golpear la pared con nuestros puños. Tal vez M. Louret o su esposa estaban fuera de la casa y oirían nuestros gritos, si gritábamos con la suficiente fuerza.

Era una posibilidad muy remota, pero golpeamos la pared y gritamos hasta que nuestros puños quedaron desollados y ensangrentados, y nuestras voces enronquecieron. Una de las muchachas se desmayó y la arrastramos detrás de nosotros hasta que recobró el conocimiento y pudo sostenerse en pie.

De pronto, vi que una de las arañas avanzaba hacia nosotros y, en mi desesperación, alargué la mano hacia la caja más próxima, cogí un puñado de tierra y de champiñones y lo lancé contra el horrible bicho. No le acerté, pero se detuvo unos instantes, con la cabeza muy erguida sobre su repugnante cuerpo y las dos patas delanteras levantadas y entrechocando en el aire. Luego reanudó su lento avance hacia nosotros.

Las muchachas, siguiendo mi ejemplo, cogieron puñados de tierra, y una de ellas acertó de lleno en aquel hinchado cuerpo. Pareció estallar, y el animal se desintegró en una masa de sangre y viscosidad.

Luego vi con horror que el resto de las arañas habían abandonado lo que había

sido Madeleine unos momentos antes, y estaban avanzando hacia nosotros, trepando por encima de las cajas para alcanzarnos. Conseguimos matar a varias de ellas arrojándoles nuestros improvisados proyectiles de tierra, pero el resto continuó su implacable avance.

En aquel momento, se me ocurrió una idea. ¡La manguera de riego! Si conseguía llegar hasta la manguera de riego y abrir el grifo, la fuerza del agua echaría hacia atrás a las arañas y podríamos llegar hasta la puerta.

Sin dejar de lanzar mis proyectiles de tierra, les dije a las cuatro muchachas lo que intentaba hacer, y ellas me prometieron que tratarían de contener a las arañas el tiempo suficiente para que yo pudiera llegar a la pared opuesta. Con renovado vigor y esperanza, dispararon puñados de tierra como locas para retener la atención de las arañas y apartarlas de mí.

Corrí tan de prisa como pude, resbalando en los viscosos charcos de sangre, hasta llegar al grifo. ¡Lo había conseguido! Desenrollé la manguera con toda la rapidez que me permitieron mis temblorosos dedos y traté de abrir el grifo. Pero en aquel preciso instante mis dedos parecieron agarrotarse y me fue imposible hacer la menor fuerza con ellos.

Las dos arañas que estaban de guardia delante de la puerta echaron a andar hacia mí. Sus horribles cuerpos parecían casi transparentes a la desnuda luz de las numerosas bombillas.

Sollozando, y sudando, y rezando, luché contra mi creciente debilidad hasta que finalmente el grifo se abrió. Repentinamente, la manguera pareció adquirir vida y un chorro de agua alcanzó de lleno a las dos arañas que estaban casi encima de mí.

El agua las echó hacia atrás, proyectándolas contra la pesada puerta de hierro. Al chocar contra ella, sus cuerpos estallaron y el agua se tiñó de rojo. Luego volví la manguera hacia los animales que habían trepado a las cajas, y una cascada de champiñones y tierra cayó al suelo, arrastrando a muchas de las arañas.

En mi avidez por proyectar el chorro de agua contra los malditos bichos, no me di cuenta de que la manguera estaba enrollada alrededor de mis pies. Cuando traté de avanzar, tropecé y caí pesadamente dando contra una de las hileras de cajas.

El golpe hizo caer uno de los soportes, y la hilera de cajas se derrumbó, atrapándome las piernas. Experimenté un dolor indescriptible, agónico. Mis piernas habían quedado aplastadas por varios quintales de tierra, y la madera de las astilladas cajas se hundía cruelmente en mi carne. La cabeza me dolía como si estuvieran golpeándomela con un centenar de martillos.

Apretando fuertemente los dientes, traté de alcanzar la manguera, que en el momento de mi caída se había deslizado de entre mis manos. Pero no pude alcanzarla, y el chorro de agua me daba ahora de lleno.

Mientras estaba allí, enloquecido por el intenso dolor que sentía en las piernas y en la cabeza, oí que mis compañeras empezaban a gritar de nuevo. Los gritos se convirtieron en alaridos, y luego en una especie de gorgoteos. Al cabo de unos

instantes, el cobertizo se llenó de un ominoso silencio.

Supe que todo había terminado. ¡Las arañas habían dado cuenta de todas mis compañeras!

En aquel momento, la pesada puerta se abrió y aparecieron M. Louret y su esposa: habían oído aquellos últimos y desesperados alaridos. Pero, era demasiado tarde. Habían llegado demasiado tarde. El único que quedaba con vida era yo.

M. Louret se dio cuenta inmediatamente de lo que había sucedido. Empuñó la manguera y proyectó el chorro de agua contra las arañas, ahítas de sangre, mientras su esposa corría hacia la casa para telefonear al pueblo, pidiendo ayuda. En aquel preciso instante perdí el conocimiento; un misericordioso olvido cayó sobre mí, y no supe nada más hasta que me desperté en una cama de un hospital.

Cuando estuve lo bastante recuperado como para recibir visitas, me enteré del final de la trágica historia. Los hombres que acudieron a la llamada de *madame* Louret acabaron con las horribles arañas y trabajaron frenéticamente para sacarme de debajo de las cajas. M. Louret hizo quemar el cobertizo que había sido escenario de aquellos horrores, y poco tiempo después renunció definitivamente al cultivo de champiñones.

Al parecer, el responsable de la fantástica mutación fue el nuevo insecticida que M. Louret había espolvoreado en las cajas el día anterior. Su acción se vio favorecida por la cálida humedad del cobertizo.

Los médicos dijeron que no podría servirme nunca más de mis pobres piernas. Pero no me quejo. Sólo en una ocasión perdí los estribos, hasta el punto de que Elena creyó que me había vuelto loco.

Elena es mi esposa. Y el día a que me refiero me había preparado para comer, carne con… ¡champiñones!

PESADILLA EN AMARILLO»

Fredric Brown

DESPERTÓ cuando sonó el despertador, pero continuó tendido en la cama después de pararlo, dando un repaso final a los planes que había elaborado para el desfalco durante el día y para el asesinato por la noche.

Todos los detalles, incluso los más insignificantes, habían sido tenidos en cuenta, pero éste era el repaso final. A las ocho y cuarenta y seis minutos de la noche sería libre, en todos los sentidos. Había escogido aquel momento porque a las ocho y cuarenta y seis minutos, exactamente, haría cuarenta años que había nacido. Su madre había sido muy aficionada a la astrología, y éste era el motivo de que el momento exacto de su nacimiento hubiera quedado impreso en él con tanta exactitud. Él no era supersticioso, pero su sentido del humor se había excitado agradablemente ante la idea de empezar una nueva vida a los cuarenta años, calculados al minuto.

De todos modos, disponía de muy poco tiempo. En su calidad de procurador especializado en administrar fincas, había manejado mucho dinero ajeno…, y parte de aquel dinero se le había pegado a las manos. Hacía cosa de un año había tomado «prestados» cinco mil dólares para invertirlos en algo que le pareció un medio rápido y seguro de doblar o de triplicar la suma, pero lo perdió todo. Entonces tomó «prestado» más dinero para rehacerse de la pérdida. Y así sucesivamente, hasta que el descubierto alcanzó la cifra de treinta mil dólares. El desfalco no tardaría en descubrirse: dentro de unos meses, a lo sumo, y en tan poco tiempo no cabía pensar en la posibilidad de poner las cuentas al día. De modo que de dedicó a reunir todo el efectivo que le fue posible sin despertar sospechas, reteniendo algunas liquidaciones, y aquella misma tarde dispondría de más de cien mil dólares, lo suficiente para pasar sin agobios el resto de su vida.

Estaba convencido de que no le descubrirían. Había planeado al detalle su viaje, su punto de destino, su nueva identidad, todo a prueba de imprudencias. El plan representaba meses enteros de meditación y de trabajo.

Su decisión de matar a su esposa había sido relativamente una idea de última hora. El motivo era sencillo: la odiaba. Pero únicamente después de haber decidido que en ningún caso se pudriría en la cárcel, que si le atrapaban se suicidaría, se le ocurrió que, puesto que iba a morir de todos modos si le cogían, no perdería nada dejando a una esposa muerta detrás de él, en vez de dejarla con vida.

Apenas había podido contener la risa ante lo adecuado del regalo de cumpleaños que su esposa le había hecho (el día anterior, anticipándolo en una fecha). El regalo era una maleta nueva. También le sugirió que podían celebrar el cumpleaños yendo a cenar a algún restaurante. La pobre estaba muy lejos de sospechar que la verdadera celebración tendría lugar después de la cena. Se proponía llevarla a casa antes de las ocho y cuarenta y seis minutos y satisfacer su sentido de la tempestividad de las cosas convirtiéndose en viudo en aquel momento preciso. El matarla ofrecía «también una ventaja de orden práctico. Si la dejaba viva, pero durmiendo, a la mañana siguiente se daría cuenta de su desaparición, sospecharía lo ocurrido y avisaría a la policía. En cambio, si la dejaba muerta, lo más probable sería que no encontraran su cadáver

hasta que hubieran transcurrido dos o tres días, lo cual le dejaría un margen más amplio para la huida.

En la oficina, todo marchó sobre ruedas. A las siete, hora en que tenía que reunirse con su esposa, todo estaba preparado. Pero, una vez en el restaurante, su esposa se entretuvo más de la cuenta escogiendo la cena y los vinos, y él empezó a preocuparse temiendo que no llegarían a casa antes de las ocho y cuarenta y seis minutos. Era algo ridículo, lo sabía, pero el recobrar su libertad a aquella hora, y no un minuto antes ni un minuto después, se había convertido en algo muy importante para él.

De haber esperado a encontrarse dentro de la casa, se hubiera retrasado medio minuto. Pero la oscuridad del porche delantero le ofrecía una impunidad casi absoluta, tan absoluta como podía ofrecérsela el interior de la casa. De modo que cuando su esposa se quedó en pie delante de la puerta, esperando que él abriera, descargó un solo golpe con el rompecabezas. La sostuvo por los hombros antes de que cayera al suelo, y consiguió mantenerla en pie con un brazo mientras abría, entrarla en la casa y volver a cerrar la puerta desde dentro.

A continuación pulsó el interruptor y una luz amarilla iluminó la habitación. Y, antes de que pudiera darse cuenta de que su esposa estaba muerta y de que él la sostenía en pie, los amigos reunidos allí para celebrar el cumpleaños gritaron a la vez:

—¡*Sorpresa*!

EL ÍDOLO DE LAS MOSCAS[4]»

Jane Rice

PRUITT vio una mosca encima de la mesa. Se quedó muy quieto, contemplándola. La mosca se limpiaba las alas con movimientos repetidos de sus patas. Parecía, pensó Pruitt, el Lisiado Harry…, el marido de la cocinera. Pruitt odiaba a Lisiado Harry. Le odiaba casi tanto como a tía Mona. Pero a la que más odiaba era a miss Bittner.

Volvió la cabeza y sacó la lengua a espaldas de miss Bittner. Odiaba su modo de pasar el borrador por la pizarra, formando grandes y lentos círculos. Odiaba sus prominentes paletillas. Odiaba el modo que tenía de peinarse, con dos grandes rodetes encima de las orejas, para ocultar el pequeño botón que llevaba metido en un oído. El botón y el delgado hilo negro que descendía hacia la espalda de su vestido por debajo del almidonado cuello.

A Pruitt le gustaban el botón y el cordón. Le gustaban, porque miss Bittner los odiaba. Fingía que no le importaba ser sorda. Pero le importaba. Y fingía que simpatizaba con Pruitt. Pero no simpatizaba con él.

Pruitt la ponía nerviosa. Era muy fácil. Lo único que tenía que hacer era abrir mucho los ojos y mirarla fijamente, sin pestañear. Era deliciosamente sencillo. Demasiado sencillo. Ya no resultaba divertido. Pruitt se alegraba de haber descubierto lo de las moscas.

Miss Bittner soltó el borrador, sacudió la tiza de sus manos y se volvió hacia Pruitt. Pruitt abrió los ojos de par en par y miró fijamente a miss Bittner, sin pestañear.

Miss Bittner carraspeó nerviosamente.

—Esto es todo, Pruitt. Mañana empezaremos con los derivados.

—Sí, miss Bittner —dijo Pruitt en voz alta, formando meticulosamente las palabras con sus labios.

Miss Bittner enrojeció. Estiró el cuello de su vestido.

—Tu tía ha dicho que podíaj nadar un rato.

—Sí, miss Bittner.

—Buenas tardes, Pruitt. Tomaremos el té a las cinco.

—Sí, miss Bittner. Buenas tardes, miss Bittner.

Pruitt inclinó su mirada hasta un punto situado a tres pulgadas más abajo de las rodillas de miss Bittner. Dejó que una leve expresión de dominada sorpresa arrugcira su frente.

Involuntariamente, miss Bittner miró hacia abajo. Rápido como una centella, Pruitt barrió la mesa con la mano y atrapó la mosca. Cuando miss Bittner volvió a levantar la cabeza, Pruitt la estaba mirando amablemente.

Pruitt se puso en pie.

—Encima de la nevera del porche de atrás hay limonada. ¿Cojo un poco?

—*Puedo* coger un poco, Pruitt.

—¿*Puedo* coger un poco?

—Sí, Pruitt, puedes tomarla.

Pruitt cruzó la habitación en dirección a la puerta.

—Pruitt…

Pruitt se detuvo, giró lentamente sobre sus talones y miró sin pestañear a su institutriz.

—¿Sí, miss Bittner?

—Permíteme recordarte que no debes dar portazos. Ya sabes que a tu lía le molesta mucho.

Miss Bittner retorció sus pálidos labios en una mueca que quería ser, sin conseguirlo, la sonrisa de un amistoso conspirador.

Pruitt la miró fijamente.

—Sí, miss Bittner.

—Muy bien —dijo Clara Bittner con falsa jovialidad.

—¿Nada más, miss Bittner?

—Nada más, Pruitt.

Pruitt, sin dejar de mirar fijamente a su desdichada institutriz, contó hasta doce antes de dar media vuelta y salir de la habitación.

Clara Bittner contempló el vacío umbral durante un largo rato y luego se estremeció. Si le hubieran preguntado por los motivos de aquel estremecimiento, no hubiera podido dar una respuesta satisfactoria. Probablemente hubiera dicho, con un vago gesto conciliatorio: «No lo sé. Tal vez por lo difícil que resulta que un niño se encariñe con su profesora». Y, sin duda, hubiera añadido en tono animado: «La psicología de la cosa, ya saben».

Miss Bittner era una apasionada partidaria de la psicología. Había asistido a un cursillo de verano —hacía diez años—, en el cual había alcanzado, como le gustaba repetir, las notas más altas. Nunca se le ocurrió pensar que aquello se debió a su capacidad para recordar de memoria párrafos enteros, sin haber digerido las ideas contenidas en ellos.

Miss Bittner desanudó uno de sus zapatos Oxford y suspiró, aliviada. A continuación se sentó, muy erguida, se llevó una mano a la espalda y palpó con la punta de los dedos el oculto cordón negro que descendía desde su nuca. Miss Bittner volvió a suspirar. Un zumbido procedente de una de las ventanas reclamó su atención.

Se dirigió a un armarito en el cual había una pala matamoscas de alambre. Empuñándola belicosamente, se acercó a la ventana, levantó el brazo, cerró los ojos y golpeó. La mosca, mortalmente herida, cayó sobre el antepecho de la ventana, tendida sobre sus alas, retorcidas las patas…

Miss Bittner abrió la ventana y con la punta de la pala empujó delicadamente el cadáver al exterior.

«*¡Uf!*», dijo miss Bittner. Si le hubiesen pedido una explicación de aquel «*¡Uf!*», no hubiera podido encontrar una respuesta satisfactoria. Las moscas le producían una rara impresión. La afectaban como podía haberla afectado una serpiente de cascabel. No era porque portasen microbios, ni porque sus ojos fueran de un color anaranjado

rojizo y, según había oído decir, reflejaran todas las cosas a modo de prismas; no era por su asquerosa costumbre de regurgitar una gotita de su último alimento antes de empezar con uno nuevo; no era por sus peludas patas ni por su escudriñadora trompetilla. Era…, bueno, era por los animales en sí. Posiblemente, miss Bittner hubiera dicho, sonriendo afectadamente para poner de manifiesto que en realidad no quería decir aquello: «Tengo moscofobia».

Lo cierto era que la tenía. Las moscas le inspiraban miedo. Un miedo mortal. Del mismo modo que otras personas temen los espacios cerrados, o la altura, miss Bittner temía a las moscas. Absurdamente, infantilmente, pero las temía.

Devolvió la pala de alambre al armarito y fue a lavarse escrupulosamente las manos. Resultaba muy raro, pensó, la gran cantidad de moscas que había encontrado últimamente. Casi parecía como si alguien se divirtiera colocando un canal de moscas en su camino. Sonrió para sí misma ante aquella absurda idea y se secó las manos. Ahora tomaría un poco de aquella limonada. Se alegraba de que Pruitt la hubiera mencionado. Si no lo hubiera hecho, ella no hubiese sabido que estaba allí. Y a miss Bittner le gustaba mucho la limonada.

Pruitt se detuvo en el rellano de la escalera. Movió las mandíbulas convulsivamente, frunció la boca, se inclinó por encima de la bruñida barandilla y escupió. El globo de saliva se alargó en forma de pera y se aplastó contra el suelo con un húmedo chasquido.

Pruitt bajó la escalera. Podía oír a la mosca agitándose furiosamente en su cálida y húmeda prisión. Pruitt acercó la cerrada mano a su boca y sopló en el túnel formado por su pulgar y su índice. La mosca se pegó a la palma de su mano.

Cuando llegó abajo, Pruitt se detuvo el tiempo suficiente para estrujar las diminutas bolas verdes de los extremos del helecho plantado en una artística maceta de bronce.

Luego cruzó el vestíbulo en dirección a la cocina.

—Dame un vaso de agua —le dijo a la mujer de amplio seno que estaba sentada en un taburete cascando nueces y colocándolas en un tarro de cristal.

La mujer se puso pesadamente en pie.

—No te haría daño pedirlo «por favor» —dijo.

—A ti no tengo que pedirte las cosas por favor. Eres una criada.

La cocinera se llevó las manos a las caderas.

—Lo que tú necesitas es una tunda —dijo—. Una buena tunda.

Por toda respuesta, Pruitt cogió la bolsa de papel en la cual la mujer introducía las cáscaras de las nueces, y la vació deliberadamente en el tarro que contenía las nueces mondadas.

La mujer alargó inútilmente la mano hacia él, intentando cogerlo. Su rostro enrojeció. Luego levantó el brazo en un gesto amenazador.

Pruitt se plantó descaradamente delante de ella y dijo, en voz baja:

—Si me tocas, gritaré. Y ya sabes lo que hará mi tía.

La mujer mantuvo la mano levantada unos segundos, y luego la dejó caer contra su costado.

—¡Eres un desvergonzado! —siseó—. ¡Un mocoso repugnante y desvergonzado!

—Dame un vaso.

La mujer se acercó al armario de la cocina, sacó un vaso y se lo entregó al muchacho, con evidente mala gana.

—No quiero ése —dijo Pruitt—. Quiero aquél.

Señaló un vaso, idéntico, que estaba en el más alto de los estantes.

En silencio, la mujer acercó una silla al armario. En silencio, se subió a ella. En silencio, bajó el vaso señalado.

Pruitt lo aceptó.

—Voy a decirle a tía Mona que te quitas los zapatos.

La mujer se bajó de la silla, la apartó a un lado y regresó a sus nueces.

—Harry es un asqueroso —dijo Pruitt.

La mujer empezó a sacar las cáscaras de las nueces del tarro de cristal.

—Huele mal.

La mujer continuó sacando las cáscaras de las nueces del tarro de cristal.

—Lo mismo que tú.

La mujer continuó sacando las cáscaras de las nueces del tarro de cristal.

El muchacho cogió el vaso y se dirigió al porche trasero. Cuando no le replicaban, se fastidiaba la diversión. La cocinera era una estúpida. Pero no se quejaría. Tía Mona les dejaba vivir en la casa por lástima. Harry era un lisiado y no podía ganarse la vida. La cocinera no se *atrevería* a quejarse.

Pruitt cogió el jarro de limonada y llenó el vaso. Se bebió la mitad y dejó caer el resto al suelo. Cuando se secara, la tierra quedaría dulce y pegajosa. Montones de moscas.

Pruitt abrió cautelosamente su mano y atrapó diestramente a su cautiva con el pulgar y el índice de la otra mano. La mosca se agitó furiosamente. Pruitt arrancó una de sus alas y dejó caer al mutilado insecto en la limonada. La mosca se agitó inútilmente, se quedó quieta, volvió a agitarse y se quedó quieta…, a la deriva sobre la superficie del líquido, con su única ala levantada como una vela.

Pruitt la empujó hacia abajo con el dedo.

—Yo te bautizo con el nombre de miss Bittner —dijo.

Sacó el dedo del jarro y la mosca ascendió a la superficie…, con un trozo de pulpa de limón en la espalda. Volvió a agitarse, débilmente, y se quedó quieta.

Pruitt abrió la puerta del porche hasta que los muelles rechinaron en señal de protesta. Luego la soltó de golpe y echó a correr. La puerta se cerró ruidosamente detrás de él. *Esto* sería el final de la siesta de tía Mona.

Pruitt se agachó. La sombra de una nube flotaba sobre la hierba. Una mariposa se

columpiaba, insegura, sobre una hoja cerosa. Una cigarra entonaba su monótono canto en lo alto de un árbol. Pruitt contempló las excitadas maniobras de los habitantes de un hormiguero.

Se oyó un arrastrar de pasos en una de las habitaciones del piso. Alguien abrió una persiana. Pruitt sonrió perversamente, con una sonrisa que abrió su boca de oreja a oreja. La cocinera subía dos tramos de escalera, resoplando, «porque era muy bondadosa», decía tía Mona. «Porque era una imbécil», decía Pruitt. ¿Por qué no dejaba que «miss Mona» llenara su propia bolsa de hielo? Bueno, ahora disponía de tiempo para ir a la cocina y volver a mezclar las cáscaras con las nueces mondadas… Pero, no, podía tropezarse con miss Bittner maldiciendo la limonada. Y, al verle, miss Bittner podía entrar en sospechas acerca de la mosca. Además, no podía entretenerse en minucias. Tenía asuntos que atender. Asuntos serios.

Se puso en pie, se desperezó, aplastó el hormiguero con el tacón y se alejó en dirección a la caseta de baños.

Se detuvo dos veces para tirarle una piedra a un pájaro, y en otra ocasión se quedó inmóvil como una estatua al percibir un movimiento en el sendero, delante de él. Sus ojos se posaron sobre un sapo agazapado en el polvo, sus abultados costados hinchándose y deshinchándose, hinchándose y deshinchándose, hinchándose y deshinchándose, como diminutos fuelles. Cautelosamente, Pruitt rompió una rama. Hinchándose y deshinchándose, hinchándose y deshinchándose. Los músculos de las patas tensos, mientras el sapo se disponía a dar otro salto. Pruitt saltó como una pantera, empuñando la rama. El sapo profirió un chillido de agonía.

Pruitt se incorporó y contempló al sapo con aire divertido. La rama se había clavado en el centro de su espalda. Los costados del animal seguían hinchándose y deshinchándose. Hinchándose… y deshinchándose, hinchándose… y deshinchándose. El animal trató de saltar, dejando un oscuro reguero detrás de él. Volvió a intentarlo. La rama continuó clavada a su espalda. El tercer salto fue más corto. Apenas su propia longitud. Pruitt lo refregó contra la hierba con su zapato. Hinchándose… y… deshinchándose, hinchándose… y deshinchándose, hinchándose… y… deshinchándose, hinchándose…

Pruitt continuó su camino.

El lisiado que remendaba sus redes de pescar junto al embarcadero oyó el sonido de los pasos que se acercaban. Con toda la prisa que le permitía su lesionada espina dorsal, el hombre se puso en pie.

Pruitt oyó a su vez aquel sonido y apresuró el paso.

—Hola —dijo en tono inocente.

El hombre sacudió la cabeza.

—Hola, Mr. Pruitt.

—¿Remendando sus redes?

—Sí, Mr. Pruitt.

El hombre se pasó la lengua por los labios y sus ojos giraron nerviosamente a derecha y a izquierda, como si buscara el modo de escapar.

—Está bien —dijo Pruitt—. Lo malo es que las redes dejan escamas de pescado en todas partes —añadió con una amable sonrisa—. Y a mí no me gustan las escamas.

La nuez de Adán del hombre subió y bajó mientras tragaba tres veces saliva en rápida sucesión. Se frotó las manos en los pantalones.

—He dicho que *no me gustan* las escamas de pescado.

—Sí, Mr. Pruitt. Yo…

—Creo que lo mejor será que me ocupe de que no hayan más escamas de pescado.

—Mr. Pruitt, por favor, no… —empezó a suplicar el hombre, al ver que el muchacho cogía una punta de la red.

—No habrán más escamas de pescado. Nunca más —dijo Pruitt.

—No la rompa, por favor —suplicó el hombre.

—No voy a romperla —dijo Pruitt—. Ni pensarlo. —Sonrió—: Si la rompiera, volverías a remendarla y habrían más escamas de pescado, y a mí *no me gustan* las escamas de pescado. —Arrastro la red hasta el borde del embarcadero—: De modo que voy a tirarla al agua, y así no habrán más escamas de pescado.

El lisiado abrió los ojos con una expresión de incredulidad.

—Mr. Pruitt… —empezó a decir.

—Así —dijo Pruitt.

La red se hundió lentamente en el agua.

Profiriendo un grito inarticulado, el lisiado se arrastró hacia el embarcadero en un vano intento de recuperar la red.

—Ahora no habrán más escamas de pescado —dijo Pruitt—. Nunca más.

Harry se incorporó trabajosamente sobre sus rodillas. Estaba muy pálido. Por unos instantes miró fijamente a su verdugo. Luego consiguió ponerse en pie y se alejó, cojeando, sin pronunciar una sola palabra.

Pruitt contempló al lisiado con la mirada de un experto.

—Harry es un jorobado. Harry es un jorobado.

El hombre continuó alejándose, cojeando, hasta que una depresión del terreno le ocultó a la vista.

Pruitt empujó la puerta de la caseta de baños y entró. Cerró la puerta detrás de él y echó el cerrojo. Esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad, y entonces se acercó a un catre pegado a la pared, buscó debajo de él y sacó dos cajas. Se sentó en el catre y abrió las cajas.

De la primera sacó un trozo de añacal, cuatro estaquillas y seis velas medio

consumidas. Colocó el añacal encima de las estaquillas y dispuso las velas en semicírculo. Examinó el resultado con aire de aprobación.

De la segunda caja sacó un grotesco objeto confeccionado con alquitrán de hulla. Era una especie de cuerpo alargado que se sostenía sobre unas patas delgadísimas, con dos trozos de celofán pegados a los costados y una manchita roja a cada lado de la cabeza.

Un observador casual hubiera visto en aquella escultura los esfuerzos de un chiquillo por reproducir las características de la mosca común. El observador casual —si se hubiera sentido inclinado a continuar en sus observaciones— hubiera visto también que Pruitt estaba «en trance». Incluso podría haber exclamado en voz alta: «Este chiquillo parece encontrarse en un estado febril, y no deberían permitirle jugar con cerillas».

Pero en aquel momento no había allí ningún observador casual. Únicamente Pruitt, absorto en su tarea de encender las velas. Había colocado la imagen de la mosca en el centro del añacal.

Se sentó con las piernas cruzadas, la barbilla inclinada, los brazos plegados. Se balanceó hacia adelante y hacia atrás. Empezó a cantar. A través de la nariz. Un sonsonete. De cuando en cuando hacía girar los ojos en sus cuencas, pero sólo de cuando en cuando. Había descubierto que si lo hacía con demasiada frecuencia se mareaba.

—¡Oh, ídolo de las Moscas! —entonó Pruitt—. Janimajnimo. —Se rascó pensativamente la cadera—: Janibimajnimo —mejoró la invocación—. Haz que la limonada se seque en el porche trasero y haz que miss Bittner encuentre la mosca *después* de haber bebido, y haz que la cocinera baje al sótano a buscar un tarro de mermelada y tropiece con la cuerda que he colocado entre los postes, y haz que mi tía se trague un trozo de cáscara de nuez y tosa como un demonio. —Pruitt meditó unos instantes—. Demonio —añadió—. ¡Demonio, demonio, demonio, demonio, DEMONIO!

Meditó un poco más.

—Creo que esto es todo —dijo finalmente—, excepto que tienes que llenar mi cazamoscas si tenemos pastel de grosella para el té. ¡Janibimajnimo, ídolo de las Moscas! ¡Eres libre para MARCHARTE!

Pruitt fijó su mirada en un punto indeterminado y la mantuvo allí largo rato. Inmóvil, sin apenas respirar, con los labios entreabiertos, parecía una pequeña esfinge en pantalón corto.

Aquello era lo que Pruitt llamaba «el-tiempo-sin-pensar». Sin que su voluntad participara en el proceso, se formaban en su mente unas extrañas ideas. Unas ideas huidizas, provistas de alas, que no se dejaban atrapar. Pero algún día cogería una antes de que se ocultara en la cámara secreta por la cual desaparecían, y entonces *sabría*. La atraparía en la red de su mente, del mismo modo que la red de Harry atrapaba los peces, sin que pudieran escaparse, de ella a pesar de todos sus esfuerzos.

En cierta ocasión estuvo a punió de atrapar una. Había estado a punto de *saber*, pero en aquel momento se había presentado miss Bittner con unos emparedados y la idea había huido a su escondrijo, al lugar donde Ellas vivían.

Si miss Bittner no hubiera llegado… Pruitt había vomitado sobre sus medias. Ahora llegaba una de Ellas…, aprisa, llegaba muy aprisa, demasiado aprisa para que pudiera atraparla. Y cuando desapareció llegó otra, y otra, sin que ninguna de Ellas se introdujera en su red. La próxima no se escaparía. No se escaparía…

—¡Pruitt! ¡Pruitt!

Las ideas cesaron de revolotear a su alrededor.

—¡Pruitt! ¿Dónde estás? ¡Pruitt!

El muchacho parpadeó.

—¡Pruitt! ¡Pruitt!

Su boca se distorsionó como la de un animal rabioso. El pomo de la puerta giró.

—¡Pruitt! ¿Estás ahí?

—Sí, miss Bittner.

Las palabras eran espesas y carnosas en su boca. Podía morder una de ellas, pensó Pruitt, y partirla en dos, y masticarla y escupirla luego.

—Abre la puerta.

—Sí, miss Bittner.

Pruitt apagó las velas y escondió sus tesoros debajo del catre. Pensándolo mejor, volvió a meter la mano debajo del catre, sacó la imagen de la mosca y la ocultó debajo de su camisa.

—¿No me has oído, Pruitt? ¡Abre la puerta!

—Ya voy, ya voy —dijo Pruitt.

Se puso en pie, se dirigió hacia la puerta, descorrió el cerrojo y se quedó en pie, parpadeando a la brillante luz del día, delante de miss Bittner.

—¿Qué *diablos* estabas haciendo ahí dentro?

—Me había quedado dormido.

Miss Bittner miró hacia el interior de la caseta con aire inquisitivo. Olfateó el aire suspicazmente.

—Pruitt —dijo—, ¿has estado fumando?

—No, miss Bittner.

—No hay que mentir nunca, Pruitt. Es mejor decir la verdad y aceptar las consecuencias.

—No he estado fumando.

Pruitt notó una sensación de malestar en la boca del estómago. Se estaba mareando. Como la última vez. Miss Bittner se convirtió en una imagen borrosa. Su estómago dio una violenta sacudida. Pruitt miró las medias de miss Bittner. Estaban sucias. Espantosamente sucias. Miss Bittner las miró, también.

—Vete corriendo a casa, Pruitt —dijo amablemente—. Yo iré en seguida.

—Sí, miss Bittner.

—Date prisa.

Pruitt echó a andar lánguidamente por el sendero, consciente de que los ojos de miss Bittner le estaban taladrando. Cuando llegó a la revuelta, se detuvo y se deslizó cautelosamente entre los arbustos. Regresó a la caseta de baños, adoptando las precauciones de un piel roja para evitar que las ramas crujieran.

Miss Bittner estaba sentada en el peldaño de madera de la caseta, quitándose las medias. Luego se acercó al embarcadero, hundió las piernas en el agua y volvió a sacarlas, para secárselas con un pañuelo. Pruitt pudo ver un juanete ovalado en la parte exterior del pulgar. Miss Bittner introdujo sus huesudos pies en los zapatos semiortopédicos que calzaba —modelo patentado—, se levantó se sacudió el vestido y desapareció en el interior de la caseta.

Pruitt se acercó un poco más.

Miss Bittner se asomó al umbral y examinó algo que sostenía en sus manos. Parecía intrigada. Desde su escondrijo, Pruitt alcanzó a ver las cuatro velas.

«Te odio —susurró Pruitt malignamente—, te odio, *te odio*. —Con infinita ternura, sacó la imagen de alquitrán de debajo de su camisa. La apoyó contra su mejilla—: Rompe lo que lleva en la oreja —murmuró—. Rómpelo en pedazos para que se quede sorda. Rómpelo, rómpelo, janibimajnimo, rómpelo».

Retrocedió cautelosamente hasta el sendero.

Se encaminó hacia la casa, deteniéndose una sola vez para partir en dos una lagartija y colgarla de una zarza, donde el mutilado animal realizó una increíble serie de movimientos convulsivos con la mitad inferior de su cuerpo.

Mona Eagleston salió de su dormitorio y cerró suavemente la puerta detrás de ella. En Mona todo era suave, desde sus cabellos grises a las zapatillas que cubrían sus pies, ridículamente diminutos. Parecía una cierva. Una cierva envejecida de ojos líquidos que, a pesar de los años, no había perdido su expresión expectante.

Se adivinaba instintivamente que Mona Eagleston era un alma delicada y sensible. Si, de cuando en cuando, al mirar a su sobrino, una expresión de perplejidad ensombrecía su rostro, no era más que una nube pasajera. Los niños eran fundamentalmente buenos. Si a veces no lo parecían, era sencillamente porque los adultos no comprendían sus reacciones. Pruitt, por ejemplo, no hacía ciertas cosas a propósito. No podía saber… Bueno, el cerrar las puertas de golpe, por ejemplo: Pruitt no podía saber que aquel ruido estallaba como un barreno en una cabeza enferma de jaqueca. ¿Cómo podía saberlo, el pobre corderillo huérfano? El pobre y querido corderillo huérfano…

Si no tuviera que servirle el té, pensó Mona Eagleston. Si pudiera quedarse tendida en la cama, muy quieta, con una compresa fría en la cabeza y las persianas echadas… ¡Cuán egoísta era! Los niños adoraban la hora del té. Eran momentos destinados a grabarse en su memoria de un modo indeleble. Como lazos de seda de

vivos colores embelleciendo el conjunto. Una madeja de dorados y brillantes momentos, con los rayos del sol poniente manchando las ventanas y reflejándose en la porcelana del servicio de té. El sabor del jamón, las oscuras migajas en la bandeja de las pastas, las tacitas —frágiles como cáscaras de huevo— con asas como anillos de boda. Detalles maravillosos para un chiquillo, que los absorbía del mismo modo que las esponjas absorben el agua, y que, del mismo modo que las esponjas, podían exprimir aquellos recuerdos cuando se convertían en adultos. Como hacía ella, a veces. ¡Cuán egoísta era al pretender regatear uno de aquellos deliciosos momentos a Pruitt, al querido Pruitt, al hijo de su hermano muerto!

Descendió la escalera, apoyándose en la barandilla con una mano pálida. Se dio cuenta de que el helecho se estaba muriendo. Siempre había tenido mucha suerte con los helechos, excepto últimamente. Lo mismo le ocurría con sus pececitos dorados. Habían muerto. Lo mismo que las tortugas de Pruitt. Las había comprado ella en el pueblo. Tan bonitas, con sus duros caparazones esmaltados… Habían muerto. Bueno, no tenía que pensar en la muerte. El médico le había dicho que era malo para ella.

Cruzó el vestíbulo principal y entró en el salón.

—¡Querido Pruitt! —le dijo al muchacho que hacía oscilar sus piernas desde el borde de una silla decorada con brocado.

Le besó. Había intentado besar su mejilla atezada por el sol pero el chiquillo se había movido repentinamente y su beso había encontrado una fría oreja. Los niños no se estaban nunca quietos…

—¿Has pasado un buen día?

—Sí, tía.

—¿Y usted, miss Bittner? ¿Ha pasado un buen día? ¿Cómo han ido las conjugaciones esta mañana? ¿Qué tal anda nuestro jovencito…? Pero, ¿qué le pasa, querida?

—Se le ha roto el cacharro de la oreja —dijo Pruitt—. ¿No es cierto, miss Bittner? —añadió, volviéndose hacia la institutriz y silabeando exageradamente las palabras.

Miss Bittner enrojeció. Habló en el tono anormalmente alto de los sordos.

—Se me cayó mi oído auxiliar —explicó—. En la caseta de baños. Hasta que me lo arreglen, tendrán que ser pacientes conmigo.

—Una verdadera lástima —dijo Mona Eagleston—. Pero, supongo que podrán arreglarlo en el pueblo. Harry lo llevará allí mañana.

Miss Bittner siguió los movimientos de los labios de Mona Eagleston casi desesperadamente.

—No —dijo—, no fue Harry. Fui yo. Se me cayó al suelo. Una torpeza mía, desde luego.

—Y se ha bebido una limonada que tenía una mosca dentro —dijo Pruitt—. ¿No es cierto, miss Bittner? Digo que se ha bebido una limonada que tenía una mosca dentro, ¿verdad?

Miss Bittner asintió cortésmente. Sus ojos estaban clavados en la boca de Pruitt.

—Sí, se ha partido la rosca del centro —dijo.

Mona Eagleston se dispuso a servir el té. Tenía que advertir a la cocinera, más tarde, que tapara la jarra de la limonada. Haciendo niños de por medio, había que tener mucho cuidado. Eran propensos a toda clase de enfermedades, y las moscas portaban muchos gérmenes. Si Pruitt caía enfermo a causa de su falta de previsión, no se lo perdonaría nunca. Nunca.

—¿Puedo comer un poco de mermelada? —preguntó Pruitt.

—Tenemos un pastel de grosella y nueces, querido. ¿Crees que necesitamos mermelada?

—La mermelada me gusta muchísimo, tía. Y a miss Bittner también. ¿No es cierto, miss Bittner?

Miss Bittner sonrió estoicamente y aceptó su taza con un murmullo ininteligible que esperó sirviera de adecuada respuesta a lo que Pruitt le estaba preguntando.

—Muy bien, querido.

Mona Eagleston hizo sonar una campanilla.

—Yo pasaré el pastel, tía.

—Gracias, Pruitt. Eres muy servicial.

El muchacho cogió la bandeja y se acercó a miss Bittner. Una expresión de agudo sufrimiento ensombreció el rostro de la institutriz: Pruitt acababa de pisarla.

—Sírvase un poco de pastel —dijo amablemente Pruitt.

—No ha sido nada —respondió miss Bittner, pensando que el muchacho se había disculpado por el pisotón y felicitándose a sí misma por el hecho de no haberse quejado en voz alta. Si Pruitt hubiera *sabido* que tenía un juanete, no habría escogido con más exactitud el lugar donde debía pisarla.

Miss Bittner miró el pastel de grosella. Después del episodio de la limonada, experimentó la sensación de que no iba a poder comer nunca más. Pero el pastel tenía un aspecto tentador… ¡Santo cielo! ¡Cómo le dolía el juanete!

La cocinera entró en el salón.

—¿Llamaba usted, miss Mona?

—Sí, Berta. ¿Quieres traerle un poco de mermelada a Pruitt, por favor?

Berta dirigió una venenosa mirada a Pruitt.

—No tenemos mermelada, miss Mona. Si quiere, puedo traer un poco de jamón.

El rostro de Pruitt adquirió un aire desolado.

—Me gusta *tanto* la mermelada, tía… —Y luego, como si acabara de recordarlo —: ¿No hay unos tarros en el sótano?

Mona Eagleston miró a la cocinera con expresión casi suplicante.

—¿Te molestaría mucho, Berta? Ya sabes, cómo son los chiquillos.

—Sí, miss Mona, sé cómo son los chiquillos —replicó la cocinera en tono

inexpresivo.

—Gracias, Berta. Súbela de piña.

—Sí, miss Mona.

La cocinera se marchó.

—Hoy estaba andando descalza por la cocina —dijo Pruitt.

Su tía sacudió la cabeza tristemente.

—No sé qué hacer —le dijo a miss Bittner—. No me gusta mostrarme severa, pero desde que se clavó aquel cristal en el pie… —Miró rápidamente a su sobrino—: Sí, ya sé que no lo pusiste allí a propósito, querido, pero…, bueno, ¿un poco más de pastel, miss Bittner?

—Dice mi tía que si quiere usted un poco más de pastel, miss Bittner —repitió Pruitt, sonriendo.

Miss Bittner no pareció oírle, lo cual resultaba comprensible, dada su sordera, ni prestarle atención. Estaba sumida en una especie de trance y contemplaba su plato con una expresión de indecible horror. Se puso en pie.

—No…, no me encuentro bien —dijo—. Creo…, creo que será mejor que me tienda un rato…

Pruitt se levantó y cogió el plato de miss Bittner. Mona Eagleston murmuró, compungida:

—Si hay algo que yo pueda hacer…

Empezó a levantarse, pero miss Bittner agitó una mano.

—No es nada, gracias —dijo, en tono ronco—. Creo…, creo que el pastel no…, no me ha sentado bien. No se molesten por mí.

Se tapó la boca con la servilleta y salió apresuradamente del salón.

—Voy a ver lo que… —empezó a decir tía Mona, en tono preocupado.

—¡Oh! No echemos a perder la hora del té —la interrumpió Pruitt apresuradamente—. Mira. Tenemos pan de nueces. Parece muy bueno.

—Pero…

—¡Por favor, tía Mona!

—Muy bien, Pruitt. —Mona cogió una rebanada de pan de nueces—. ¿Tanto significa para ti la hora del té? Lo mismo me sucedía a mí cuando era niña.

—Sí, tía.

Contempló cómo su tía partía un trozo de pan, lo untaba de mantequilla y se lo ponía en la boca.

—Yo vivía para la hora del té. Era algo…

Mona Eagleston se llevó una mano a la garganta. Empezó a toser. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró desesperadamente a su alrededor en busca de agua. Trató de decir «agua», pero no consiguió pronunciar la palabra. Si Pruitt…, pero no era más que un chiquillo. ¿Cómo podía saber lo que había que hacer en caso de un ataque de tos? ¡Pobre Pruitt! Parecía tan…, tan excitado. Sólo se le ocurrió ofrecerle una taza de té hirviente. A falta de agua… Mona Eagleston bebió un gran sorbo del abrasador

líquido. Su menudo cuerpo se convulsionó en un paroxismo de tos. ¡Santo cielo! Había puesto equivocadamente sal, en vez de azúcar, en el té.

—Una cáscara… de… nuez —consiguió articular, poniéndose en pie—. Vuelvo… en… seguida.

Tosiendo violentamente, se marchó también del salón.

Desde alguna parte debajo de los pies de Pruitt, en las entrañas de la casa, llegó un débil y lejano estrépito.

Pruitt recogió las moscas del pastel de miss Bittner. De las cinco que había puesto, ahora sólo había cuatro y media. Se las metió en el bolsillo. Podían servirle para otra ocasión.

Oyó unos gritos histéricos, muy apagados, pidiendo socorro. La cocinera, desde luego.

—¡Janibimajnimo! —invocó Pruitt—. ¡Oh ídolo de las Moscas! Me has servido fielmente, sí, sí, doble sí, cuarenta y cinco, treinta y dos.

Pruitt se obsequió a sí mismo con una cucharada grande de azúcar.

El cielo rosado estaba lleno de grajos. Volaban en bandadas, agitando sus alas negras y graznándose cosas al oído.

Si tuviera una escopeta de aire comprimido… Pediría una en su cumpleaños. Primero pediría un montón de cosas imposibles, y luego diría, con aire desolado: «Bueno, me conformo, pero, ¿no podría tener al menos una escopeta de aire comprimido?». Y su tía caería en la trampa. Era tan estúpida como había sido su madre. Más estúpida. Su madre había sido «sencillamente» estúpida, lo cual resultaba bastante desagradable: siempre con sus cuentos de hadas y su pegajoso interés por que se sentara en su regazo. Su tía, además de estúpida, estaba enferma, y esto empeoraba las cosas. Con su aire de…

Oyó pasos que se acercaban y compuso un gesto compungido.

Aquí llegaba Harry con el automóvil. Debía de ir en busca del médico. Pruitt se preguntó si la cocinera se habría roto *realmente* una pierna. La joroba de Harry le daba un aspecto raro, como si llevara una almohada detrás de la espalda.

—No debemos permitir que Pruitt se entere de lo de la cuerda —oyó que decía su tía—. Le impresionaría mucho enterarse de que ha sido la causa del accidente.

La cocinera replicó algo ininteligible.

—¿A propósito? —exclamó su tía, asombrada—. Vamos, Berta, estoy avergonzada de ti. No es más que un chiquillo.

Pruitt frunció los labios. Si la cocinera contaba lo de las cáscaras, se las vería con él. Pero la cocinera no habló de las cáscaras. Estaba demasiado ocupada apretando los dientes contra el insoportable dolor que sentía en la espalda.

Pruitt salió al vestíbulo.

—¿Puedo ayudar en algo? —inquirió, simulando una gran preocupación.

Tía Mona acarició su mejilla.

—Gracias, querido, no es necesario.

Miss Bittner le dirigió una amable sonrisa.

—Puedes cuidar de mí mientras estén fuera —dijo—. Cenaremos en el jardín. ¿No será divertido?

—Sí, miss Bittner. *Asquerosamente* divertido.

Contempló a las dos mujeres ayudando a su lastimada compañera a bajar los peldaños del porche, con la colaboración de Harry. Lanzó un beso con la punta de los dedos a su tía cuando el automóvil se puso en marcha, y luego se cogió del brazo de miss Bittner. La miró con expresión seráfica.

—Eres una puerca —le dijo, con una adorable sonrisa—. Te tengo atravesada, ¿sabes?

Miss Bittner sonrió, complacida. Pruitt no solía mostrarse tan cariñoso con ella.

—Lo siento, Pruitt, pero ya sabes que no puedo oír casi nada. ¿Quieres que te lea algo?

Pruitt sacudió la cabeza.

—Me voy a jugar —dijo en voz alta. Y luego, mascullando las palabras—: Eres una vieja hiena.

—¿A jugar! —inquirió miss Bittner.

Pruitt asintió.

—De acuerdo, querido. Pero no te alejes mucho. Pronto será la hora de cenar.

—Sí, miss Bittner. —Se alejó corriendo—: Adiós —gritó—, bruja asquerosa, adiós.

—Adiós —dijo miss Bittner, sonriendo.

Pruitt colocó el alcañal sobre las estaquillas, y las velas encima, en semicírculo. Una de ellas se negó a permanecer en posición vertical. Estaba partida por la mitad.

Pruitt la examinó furiosamente. ¡Vaya un modo de tratar lo que era de otro! ¡La muy imbécil! Pero, ya se ocuparía de ella… Rebuscó debajo de su camisa y sacó la imagen de alquitrán de hulla. La colocó en el centro del alcañal.

Se sentó en el suelo, y empezó a mecerse hacia adelante y hacia atrás. La luz de las velas extendía su sombra detrás de él como una capa negra.

—¡Janibimajnimo! ¡Oh Ídolo de las Moscas! Escúchame, escúchame, escúchame, acércate y escúchame. Miss Bittner ha roto una de tus velas. Envíame montones de moscas, montones y montones de moscas, millones, trillones, cuatrillones de moscas. Quintillones de moscas. Haz que no sean de ningún color, para que pueda mezclarlas en la sopa y en las cosas sin que se vean. Envíame moscas blancas que no zumben y tengan antenas. Escúchame, escúchame, escúchame. ¡Oh, Ídolo de las Moscas, acércate y escúchame!

Pruitt permaneció unos instantes en silencio, meditando. De pronto, su rostro se iluminó: acababa de ocurrírsele una brillante idea.

—Y haz que una de esas cosas que vuelan se quede quieta, a fin de que pueda

cogerla y pueda *saber*. Creo que esto es todo. ¡Janibimajnimo, Ídolo de las Moscas, eres libre para MARCHARTE!

Tal como había hecho a primera hora de la tarde, Pruitt se quedó muy quieto, sumido en una especie de trance. Sus ojos estaban fijos en un punto indeterminado de la caseta.

No parecía estar excitado. Parecía un chiquillo entregado de lleno a un misterioso e innocuo juego infantil. Pero estaba excitado. La excitación corría a través de sus venas y zumbaba en sus oídos. Tenía las palmas de las manos tan húmedas como seco el interior de la boca.

Experimentaba la misma sensación que experimentó cuando supo que su padre y su madre iban a morir. Lo había sabido con una extraña lucidez…, de pie a la blanca luz del sol de las Bermudas, agitando la mano para despedirse de ellos. Había visto la pluma del sombrero de su madre, el vestido de organdí, el puntiagudo bigote de su padre y sus delgadas manos de artista empuñando las riendas. Había visto los relucientes arreos, el nervioso temblor de la cabeza del caballo, su impaciente pataleo. A su padre le gustaban los caballos con genio. Aquél se llamaba «Ginger». Había visto el parasol en la parte superior del carruaje, y el perno en una de las ruedas traseras: el perno que él había desenroscado con paciente perseverancia utilizando el destornillador de su caja de herramientas de juguete. Les había visto alejarse, cruzar las verjas de hierro. Se había preguntado si volcarían al doblar la curva, y qué clase de ruido harían. Habían volcado, pero él no oyó ningún ruido. En aquel momento estaba en el interior de la casa, comiéndose la capa de azúcar del pastel.

Pero *había* sabido que iban a morir. Del mismo modo que ahora sabía, tenía la *certeza*, de que iba a atrapar una de aquellas ideas con alas.

Lo sabía. Lo sabía. Lo sabía. Lo sabía con cada uno de los nervios en tensión de su cuerpo.

Ya llegaban. Revoloteando, como siempre. Nunca habían sido tantas. Deslizantes como anguilas, con ojos fosforescentes y embrionarios brazos. Contorsionándose. Revoloteando. Revoloteando. Sin dejarse atrapar. Susurrándole cosas. Cosas absurdas, que esponjaban su corazón y corrían como jugo a lo largo de las grietas de su cráneo.

Y, de pronto…

—Pruitt. Pruitt.

Las palabras eran gotas de miel.

—Pruitt. Pruitt.

Palabras como néctar exprimido de maravillosas flores. Una de las sombras voladoras esperaba. No había huido, asustada, como sus compañeras.

—Pruitt. Pruitt.

La voz procedía del exterior de sí mismo. Desde muy lejos, desde alguna increíble profundidad como el lugar de su mente donde Ellas tenían un nido. Una voz profunda. Cálida y profunda.

Con un enorme esfuerzo, Pruitt parpadeó.

—Mírame.

La voz era dulce y apremiante al mismo tiempo.

Pruitt volvió a parpadear, esta vez con inmenso asombro: delante de él había un hombre.

Un hombre alto, de rostro autoritario, envuelto de pies a cabeza en una capa negra. Una capa que a la parpadeante luz de los velas tenía la misma forma que la sombra de Pruitt. Encima de la capa, el rostro del hombre era una máscara sonriente, y a través de la boca, las fosas nasales y los ojos brillaba una luz rojiza y transparente.

—Pruitt. Mira, Pruitt.

Los pliegues de la capa se levantaron y cayeron como si un brazo invisible hubiera hecho un gesto. Pruitt siguió aquel gesto como hipnotizado. Su cuello giró en redondo, lentamente, lentamente, hasta que su mirada tropezó con una lluvia de insectos. Una cortina viviente de insectos. Una silenciosa cascada de moscas incoloras, de alas sedosas y cuerpos alargados.

—Moscas, Pruitt. Millones de moscas.

Pruitt volvió a girar el cuello hasta que su mirada se encontró de nuevo con el desconocido.

—¿Quién…, eres?

Las palabras eran espesas y dulces sobre la lengua de Pruitt, como otras palabras que recordaba vagamente haber pronunciado hacía millares de años en algún otro plano del universo.

—Me llamo Asmodeo, Pruitt. Asmodeo. Un nombre muy bello. ¿No es cierto?

—Sí.

—Dilo, Pruitt.

—Asmodeo.

—Otra vez.

—Asmodeo.

—Otra vez, Pruitt.

—Asmodeo.

—¿Qué es lo que ves en mi capa?

—Una idea fugaz.

—¿Y qué está haciendo?

—Me está susurrando algo.

—¿Por qué?

—Porque tu capa tiene el poder de la oscuridad y yo no puedo entrar hasta…

—¿Hasta qué, Pruitt?

—Hasta que mire en tus ojos y vea…

—¿Qué es lo que tienes que ver, Pruitt?

—Lo que hay escrito en ellos.

—¿Y qué es lo que hay escrito en ellos? Mira mis ojos, Pruitt. Míralos bien. ¿Qué hay escrito en ellos?

—Hay escrito lo que yo deseo saber. Hay escrito…

—¿Qué es lo que hay escrito, Pruitt?

—Hay escrito lo ilimitado, lo eterno, lo perdudable, lo que es y fue ordenado que debía ser, más allá del tiempo, para… para…

—¿Para quiénes, Pruitt?

El chiquillo apartó los ojos.

—No —dijo—. ¡No, no, no, no, no, no! —Se cubrió el rostro con las manos, presa de indescriptible terror—. ¡No, no, no, no, no, no, no, no, no, no!

—Sí, Pruitt. ¿Para quiénes?

El chiquillo se arrastró hasta la puerta de la caseta y se puso en pie. Echó a correr por el sendero, insensible a las moscas que llevaba pegadas a sus ropas y a sus cabellos, que rozaban su carne como dedos fantasmales y crujían bajo sus pies mientras corría…

—¡Miss Bittner! ¡Socorro! ¡Miss Bittner! ¡Tía! ¡Harry! ¡Socorro!

En la curva le esperaba la figura que había dejado atrás, en la caseta.

—¿Para quiénes, Pruitt?

—¡No, no, no!

—¿Para quiénes, Pruitt?

—¡No! ¡Oh, *no*!

—¿Para quiénes, Pruitt?

—¡Para los CONDENADOS! —gritó el chiquillo, y siguió corriendo, con las moscas pegadas a su piel.

Detrás de él, el hombre empezó a cantar. Un canto estridente, burlón, monótono. Y la tierra, y los árboles y el cielo se llenaron de moscas. Y en el agua, hasta donde alcanzaba la vista, había innumerables islotes de moscas, moscas…

De la garganta de Pruitt surgió una risa histérica, incontenible. Tan incontenible como el impulso que condujo a sus piernas hacia el embarcadero…

Un petirrojo —con una mosca en el pico— contempló las ondas en el agua, cada vez más amplias. Una lagartija se encaramó al cono de un hormiguero, en compañía de un sapo, en tanto que una tortuga se hundía en el agua para curiosear alrededor de un cuerpo atrapado en una red de pescar que descansaba en el arenoso fondo del embarcadero.

Miss Bittner hojeaba ociosamente un libro de texto. Una reliquia de tiempos pasados, de páginas amarillentas.

—Belcebú —leyó miss Bittner distraídamente—, deriva del hebreo. Bel significa ídolo; cebú significa moscas. Sinónimos menos conocidos: Apolión, Abadón,

Asmodeo…

Miss Bittner cerró el libro, bostezó y se preguntó dónde estaría Pruitt.

Se acercó a la ventana pero inmediatamente retrocedió, espantada. Había una nube de moscas sobre el agua. Nunca había visto tantas moscas juntas, excepto, quizá…, sí, excepto el año anterior, cuando fue con los Braithwate a Michigan. Se había producido una invasión de moscas de tal magnitud, que hubo que sacarlas a paletadas de las calles. A paletadas. Miss Bittner había estado enferma tres días, a consecuencia de la impresión.

Confiaba en que Pruitt no se impresionaría demasiado. Con su propio pánico, miss Bittner se sentía incapaz de prestarle ayuda.

¡Querido Pruitt! Se había mostrado tan encantador con ella…

¡Querido Pruitt!

FIN DE SEMANA EN CWN TATWS[5]»

ROBERT GRAVES

NO sacaría a la luz la historia —a fin de cuentas no tiene nada de extraordinario, excepto el final— si no fuera ya del dominio público en una forma tergiversada. Lo que me ocurrió prefiero contarlo a mi manera, o no contarlo. El caso es que aquella muchacha me impresionó a la primera mirada. Además de simpática, su belleza era de primera calidad.

A pesar de lo absurdo de mi aspecto en aquel preciso instante.

Y, probablemente, si hubiese tenido una pata de madera, un ojo de cristal y un solo diente… Y no es que yo estuviera particularmente interesado en los dientes en aquel momento, ni en una situación que me permitiera susurrar más que un débil «¡Uf!», o elaborar una sonrisa de bienvenida. Pero, ¡cuán considerado fue por su parte atenderme a mí antes de tomar cualquier medida relacionada con el pesado objeto que tenía en mi regazo! A la mayoría de las muchachas les hubiera entrado un ataque de histerismo. Pero daba la casualidad de que *ella* era una muchacha práctica; ni siquiera se entretuvo en llamar al 999. Vio con medio ojo aquello… Pero, procedamos con orden. Además de parecer un tonto, yo era un tonto: me entró dolor de muelas un sábado por la tarde, en un lugar como Cwn Tatws. Como yo me dije continuamente a mí mismo durante todo aquel fin de semana perdido.

Lo malo era que me encontraba completamente solo: nadie que pudiera preocuparse, nadie que pudiera enviar en busca mía, nadie en el distrito que me conociera. Había llegado a Cwn Tatws con la intención de pescar, que es a la única cosa a que alguien puede ir allí, a menos que se le ocurra llamarse Harry Harry, o Owens Owens, o Evans Evans, o Reece Reece, o… Cosa que a mí nunca se me ha ocurrido. Las muelas ya me habían molestado ligeramente el viernes por la noche, poco después de haber firmado en el libro de registro del Dolwriddiog Arms; pero decidí diagnosticar neuralgia y me tomé un par de aspirinas. El sábado me levanté temprano para marchar al lago, donde me habían asegurado que abundaban los ejemplares de dos y tres libras. Me llevé el tubo de aspirinas y un horrible almuerzo frío.

No, ser aficionado a la pesca no significa necesariamente que a uno le guste Hemingway; después de todo, existió un tal Izaak Walton, a quien yo tampoco había leído.

A media tarde, la muela despertó repentinamente y empezó a dar saltos como un… Me habían picado un par de ejemplares de tamaño apreciable, aunque no tan grandes como me habían dicho; los dos se soltaron del anzuelo cuando estaba a punto de sacarlos del agua. Mi error consistió en esperar la tercera oportunidad. Esto, y olvidar que era sábado por la tarde. Unicamente al regresar a Cwn Tatws, un pueblo que tiene cinco tabernas (alguna mala, alguna peor), un cuartelillo de policía, una oficina de correos, una sucursal de banco, etcétera, —un pueblo grande, tratándose de aquel distrito—, decidí hacerle una visita al dentista local, Mr. Griffith Griffiths, cuya placa de latón había visto junto al «Capel Beulah 1861».

No es lo que ustedes piensan. Mr. Griffith Griffiths estaba en casa, era un hombre

muy cordial, y trabajaba los sábados por la tarde y por la noche debido a que era el día en que todo el mundo… Pero unos días antes había resbalado en una roca húmeda en su afán por capturar un pez de buen tamaño, y al caer se había lastimado el codo izquierdo Mala suerte la mía: Mr. Griffith Griffiths era zurdo.

—Permítame echarle una mirada —dijo. Y lo hizo. No existe la menor esperanza de salvar a esa pobre muela. Yo se la arrancaría inmediatamente. Por desgracia, es una de las últimas muelas…

¿Qué podía hacer X a continuación? Mr. Griffiths ya le había dicho que estaría fuera de combate durante un mes, por lo menos. Desde luego, X podía alquilar un automóvil y recorrer treinta millas de camino montañoso hasta Denbigh, donde tal vez mañana…

Apremié y supliqué.

—¿No hay nadie en este pueblo de cinco tabernas capaz de…? ¿Un herrero, por ejemplo? ¿O un barbero? ¿Por qué no el veterinario? ¿Asesorado por usted?

—Bueno, en realidad, teniendo en cuenta la urgencia del caso, quizá, como usted dice, Mr. Rowland Rowlands, el veterinario, accedería a hacerle a usted lo que le hace a las ovejas.

Desgraciadamente, Mr. Rowlands se había marchado a Denbigh en el último autobús, a visitar a no sé quién.

Mr. Griffith Griffiths se rascó su obstinada barbilla (con la mano derecha, naturalmente). Ahora no podía dejarme en la estacada.

Dijo:

—Bien, bien, vamos a ver… Me pregunto si el viejo míster Van der Pant querría por casualidad representar el papel de buen Samaritano. Es inglés, también, y fue un notable cirujano dentista en Cwn Tatws, hace unos quince años; le compré este consultorio, precisamente. Es un caballero muy simpático, aunque lleva una vida de reclusión y no habla ni una palabra de galés.

El no hablar galés no me pareció una desventaja especial en aquellas circunstancias, y me dirigí apresuradamente al Rhododendron Cottage, el cual, como su nombre indica, se encontraba al final de una avenida de rododendros. Para entonces, mi muela estaba…

Se equivocan ustedes otra vez. Encontré a Mr. Van der Pant en casa, y no se había roto ningún brazo. Pero tardó diez minutos en contestar a mi llamada, y luego salió por casualidad, ya que era demasiado sordo para oírla.

Corramos un tupido velo sobre los preliminares: finalmente, conseguí que me comprendiera y consintió en…

La habitación era… Macabra, ¿no es cierto? «Permitida la entrada únicamente a los adultos». Por su aspecto, había permanecido cerrada desde siempre. Telarañas con lianas tropicales. Sillón de dentista hundido en polvo. Persianas rotas. Sin calefacción. Olor a ratones. Presencia de ratones. Instrumental oxidado. Pegotes de yeso caídos del techo. Paredes descascarilladas. Fascinante, en cierto sentido.

Le ayudé a enroscar una bombilla, y dije:

—¡No, por favor, no se moleste en encender la luz!

—Sí, tenemos que sacarla —murmuró—. Lo malo es que se trata de una de las últimas muelas. Y lo peor es que no tengo ningún anestésico.

Afortunadamente, descubrió que las tenazas habían sido guardadas con una delgada capa de aceite, que podía ser quitada fácilmente con… Contempló las tenazas con una expresión afectuosa. Podían ser utilizadas.

Fueron utilizadas.

Para entonces, la muela posterior… ¿O acaso me repito a mí mismo? Verdaderamente, estábamos de desgracia, se quejó Mr. Van der Pant. Aquellas tenazas no eran la herramienta que tenía que haber escogido. Mr. Griffith Griffiths le había comprado su mejor par juntamente con el consultorio. Sin embargo, haría todo lo que pudiera. ¿Me importaría que introdujera un pequeño aparato para mantener mis mandíbulas separadas, de modo que pudiera trabajar más fácilmente? Se estaba haciendo viejo, dijo, y su habilidad no era ya la de antes.

Y, por favor, ¿me importaría quedarme quieto? Sí, sí, era lamentable. Me había hecho un corte en la comisura de la boca, se daba cuenta, pero la culpa era mía, por haberme movido en aquel preciso instante.

Corramos otro tupido velo sobre los tres minutos siguientes.

A continuación, Mr. Van der Pant temió que no llegábamos a ninguna parte. ¡Aquellas tenazas!

La muela estaba careada y Mr. Van der Pant había arrancado la corona. Ahora tendría que hurgar más profundamente, en la encía. Posiblemente, me dolería un poco. Y, por favor, ¿me importaría quedarme quieto esta vez? Sólo experimentaría un momentáneo dolor, y luego… Tal vez sería preferible que le permitiera atarme al sillón. Su corazón no funcionaba demasiado bien, y mis continuos esfuerzos…

¡Pobre viejo!

—Puede usted atarme como al peor de los malhechores, mientras me saque esta maldita muela —dije.

No me oyó, desde luego, pero intuyó mi asentimiento, y se marchó en busca de metros y metros de cordón eléctrico.

Me ató concienzudamente: al estilo marinero.

—¿Ha sido usted dentista en algún acorazado? —le pregunté.

Pero se limitó a sonreír como sonríen los sordos. Eran ahora las seis y media de la tarde del sábado, y, por una extraña casualidad, Mr. Van der Pant había empezado a hablarme de un famoso asesino —un tal Crippen, anterior a mi época— que fue compañero suyo de estudios de cirugía dental, cuando… Sus últimas palabras fueron:

—También tuve el privilegio de atender en cierta ocasión a su esposa y víctima, miss Belle Elmora, una actriz, como usted recordará. Se había roto un diente mientras mordía una…

No terminó la frase.

De modo que, como ya he dicho, ella se presentó, providencialmente, alrededor de las once y cuarto de la mañana del lunes. Era la nieta de Mr. Van der Pant y había venido a visitar a su abuelo por pura casualidad. Una muchacha encantadora, no me cansaré de repetirlo.

Me encontró sentado en aquella lúgubre habitación, en aquel sillón polvoriento, con un dentista muerto a través de mis rodillas, mis mandíbulas abiertas de par en par por un pequeño aparato, mis brazos, piernas y tronco fuertemente atados con metros y metros de cordón eléctrico; para no mencionar, desde luego…

Sí, quiero contarlo a mi manera, aunque no tiene nada de extraordinario. Podía haberle sucedido a cualquier otro estúpido.

¡Pero el final! Fue realmente…

EL VIENTO[6]»

Ray Bradbury

A las seis y media de la tarde sonó el teléfono. Era el mes de diciembre, y había oscurecido ya cuando Thompson descolgó el receptor.

—¿Sí?

—¡Hola, Herb!

—¡Oh! ¿Eres tú, Allin?

—¿Está tu esposa en casa, Herb?

—Desde luego. ¿Por qué?

—Mala suerte…

—¿Qué pasa? —inquirió ansiosamente Herb Thompson—. ¿Ocurre algo?

—Me gustaría que vinieras esta noche.

—Vamos a tener compañía.

—Me gustaría que vinieras a pasar la noche aquí. ¿Cuándo va a marcharse tu esposa?

—La semana próxima —dijo Thompson—. Pasará unos ocho días en Ohio. Su madre está enferma. Entonces podré ir a tu casa.

—Me gustaría que pudieras venir esta noche.

—Ojalá pudiera. Pero, con compañía o sin ella, mi esposa me mataría.

—Me gustaría que pudieras venir.

—¿Qué sucede? ¿Otra vez el viento?

—¡Oh, no! No.

—¿Se trata del viento? —insistió Thompson.

Al otro extremo del hilo, la voz vaciló.

—Sí. Sí, se trata del viento.

—Hace una noche muy clara y apenas sopla viento…

—El suficiente. Llega hasta la ventana y agita un poco las cortinillas. Para mí es suficiente.

—Mira, ¿por qué no vienes tú a pasar la noche aquí? —dijo Herb Thompson, mirando el iluminado vestíbulo a su alrededor.

—¡Oh, no! Es demasiado tarde para eso. Podría cogerme en el camino. Tu casa está demasiado lejos y no me atrevería. Gracias, de todos modos. Hay treinta millas, pero te lo agradezco.

—Tómate una píldora para dormir.

—He estado más de una hora mirando a través de la ventana, Herb. Lo he visto avanzar, procedente del oeste. Por aquella parte hay algunas nubes, y he visto una de ellas que se apartaba de las otras. Es un viento que viene hacia aquí, lo sé.

—Bueno, haz lo que te he dicho: tómate una píldora para dormir. Y llámame en cualquier momento que desees hacerlo. Aunque sea muy tarde, no importa.

—¿En cualquier momento? —preguntó la voz al otro extremo del hilo.

—Desde luego.

—Lo haré, pero me gustaría que pudieras venir. Aunque no quisiera que sufrieras ningún daño. Eres mi mejor amigo, y no lo quisiera por nada del mundo. Tal vez sea

mejor que me enfrente solo con esto. Siento haberte molestado.

—¡Ni hablar! ¿Para qué son los amigos? Te diré lo que has de hacer: siéntate cómodamente y escribe algo —dijo Herb Thompson, cambiando de posición y apoyando todo el peso de su cuerpo sobre el pie izquierdo—. Olvídate del Himalaya y del Valle de los Vientos y de tu preocupación por las tormentas y los huracanes. Escribe un capítulo de tu próximo libro de viajes.

—No es mala idea. Tal vez lo haga, no lo sé. Tal vez lo haga. No es mala idea. Muchas gracias, y perdona que te haya molestado, Herb.

—No digas tonterías… Bueno, voy a colgar. Mi esposa me está llamando para la cena.

Herb Thompson colgó el receptor.

Se dirigió al comedor, se sentó a la mesa y su esposa se sentó al otro lado, enfrente de él.

—¿Era Allin? —preguntó Mrs. Thompson. Herb asintió—. Él y sus vientos que soplan hacia arriba, y sus vientos que soplan hacia abajo, y sus vientos fríos, y sus vientos cálidos… —añadió Mrs. Thompson, empujando hacia su marido un plato lleno de comida.

—Durante la guerra pasó una temporada en el Himalaya —dijo Herb Thompson.

—No creerás lo que cuenta acerca de aquel valle, ¿verdad?

—No me parece tan inverosímil.

—¡Tonterías! ¿Por qué tendrán que trepar los hombres a las montañas y asustarse a sí mismos?

—Estaba nevando —dijo Herb Thompson.

—¿De veras?

—Y llovía y soplaba el viento al mismo tiempo, en aquel valle. Allin me lo ha contado una docena de veces. No parece una fantasía. Subió hasta muy arriba. Y el valle hacía un ruido.

—Apuesto a que lo hacía —dijo Mrs. Thompson irónicamente.

—Como si soplaran muchos vientos en vez de uno solo. Vientos procedentes de todo el mundo —Herb Thompson tomó un bocado—. Eso dice Allin.

—En primer lugar, no tenía que haber ido allí —dijo Mrs. Thompson—. Hay lugares en los que no pueden meterse las narices. Los vientos se ponen furiosos por la intrusión, y luego le persiguen a uno.

—No me gusta que te lo tomes a broma. Allin es mi mejor amigo —dijo secamente Herb.

—¡Es tan absurdo!

—Sin embargo, le han ocurrido cosas muy raras desde entonces. Aquella tormenta en Bombay, y el huracán en las islas del Pacífico, y aquella vez, en Cornwall…

—No siento la menor simpatía por un hombre que anda continuamente entre tormentas y huracanes, y luego adquiere un complejo de persecución a causa de ello.

El teléfono volvió a sonar.

—No contestes —dijo Mrs. Thompson.

—Tal vez sea algo importante

—Es ese pelmazo de Allin.

El timbre del teléfono sonó nueve veces y los Thompson permanecieron sentados, sin contestar. Finalmente, el timbre dejó de sonar.

Los Thompson terminaron de cenar. En la cocina, las cortinillas se agitaban suavemente a impulsos de una leve brisa que penetraba por una ventana ligeramente abierta.

Volvió a sonar el teléfono.

—No puedo dejar que suene toda la noche —dijo Herb Thompson, descolgando el receptor—. ¡Hola, Allin!

—¡Herb! ¡Está aquí! ¡Está aquí!

—Tranquilízate, Allin. ¿Qué sucede?

—Estaba de pie ante la puerta abierta, esperándolo. Lo he visto avanzar por la carretera, sacudiendo todos los árboles, uno a uno, hasta que sacudió los árboles que hay delante de mi casa, y cuando avanzaba hacia mí le he cerrado la puerta en pleno rostro.

Thompson no dijo nada. No se le ocurría nada que decir, y su esposa estaba contemplándole desde la puerta del recibidor.

—Muy interesante —murmuró por último.

—Está rodeando la casa, Herb. Ahora no puedo salir, no puedo hacer nada. Pero le he engañado, ¿sabes? Le he dejado creer que ya me tenía, y en el momento en que iba a cogerme, le he cerrado la puerta en las narices. Estaba preparado para ello, me he estado preparando desde hace muchas semanas.

—¿De veras? Cuéntamelo todo, Allin.

Herb Thompson notó que su nuca empezaba a sudar. Su esposa seguía contemplándole.

—La cosa empezó hace seis semanas…

—Comprendo, Allin. Continúa…

—Creí que lo había derrotado. Creí que había renunciado a seguirme y a tratar de cogerme. Pero lo único que hacía era esperar. Hace seis semanas, oí al viento riendo y susurrando alrededor de las esquinas de mi casa. Estuvo cosa de una hora, y no sopló con mucha fuerza. Luego se marchó.

Thompson movió afirmativamente la cabeza. Su esposa seguía mirándole.

—Me alegro mucho, me alegro mucho.

—Anoche regresó. Golpeó las persianas y sopló a través de la chimenea. Vino cinco noches seguidas, cada vez un poco más fuerte. Cuando abrí la puerta de la calle se lanzó contra mí y trató de arrastrarme, pero no tenía la fuerza suficiente. Esta noche la tiene.

—Me alegro de que te sientas mejor —dijo Thompson.

—¿Qué es lo que dices? ¡No me siento mejor! ¿Acaso tu mujer nos está escuchando?

—Sí.

—¡Oh! Comprendo… Sé que todo esto te parecerán tonterías…

—En absoluto. Continúa.

La esposa de Thompson se metió en la cocina. Herb suspiró, aliviado. Se sentó en una banqueta, junto al teléfono.

—Continúa, Allin. Cuéntamelo todo, dormirás mejor.

—Ahora está alrededor de la casa, sacudiendo los árboles, metiendo las narices en todas partes…

—¡Qué raro! Aquí no sopla nada de viento, Allin.

—Desde luego que no. No es a ti a quien busca. El que le interesa soy yo.

—Supongo que habrá alguna explicación…

—Es un asesino, Herb, el peor asesino que ha pisado la tierra. Un monstruoso sabueso tratando de olfatearme, de localizarme. Empuja su enorme nariz contra la casa, y cuando me localiza en el comedor dirige su presión hacia allí, y cuando estoy en la cocina trata de entrar en ella. Intenta meterse por las ventanas, pero las he reforzado todas, lo mismo que las cerraduras y los cerrojos de las puertas. Esta casa es muy fuerte. Es una casa antigua, de la época en que se construían unos edificios más sólidos que los actuales. Ahora mismo tengo todas las luces encendidas. La casa está brillantemente iluminada. Y el viento me sigue de habitación en habitación, mirando a través de todas las ventanas… ¡Oh!

—¿Qué sucede?

—Ahora mismo acaba de arrancar una persiana…

—¿Por qué no vienes a pasar la noche aquí, Allin?

—No puedo. No puedo salir de casa. No puedo hacer nada. Conozco a ese viento: es muy fuerte y muy listo. Hace un momento he intentado encender un cigarrillo, y un pequeño soplo me ha apagado el fósforo. Al viento le gusta hacer travesuras, le gusta acosarme. No tiene prisa, dispone de toda la noche. Ahora mismo… ¡Dios mío! Uno de mis antiguos libros de viajes, en la mesa de la biblioteca… Me gustaría que pudieras verlo. Una leve brisa que ha penetrado por Dios sabe qué agujero ha abierto el libro y está… volviendo las páginas una a una. Me gustaría que pudieras verlo. Allí está mi prólogo. ¿Recuerdas mi prólogo al libro sobre el Tíbet, Herb?

—Sí.

—Es un libro dedicado a los que perdieron el juego de los elementos, escrito por alguien que lo presenció, pero que siempre consiguió escapar.

—Sí, lo recuerdo.

—¡Las luces se han apagado!

A través del teléfono se oyó un extraño ruido.

—Los postes de la energía eléctrica acaban de caer. ¿Estás ahí Herb?

—Sí, te oigo.

—El viento se ha enfurecido al ver tantas luces en la casa y ha derribado los postes de la energía eléctrica. Lo más probable es que ahora derribe los del teléfono. ¡Oh! Es una verdadera batalla, el viento y yo… Espera un momento.

—¿Allin?

Silencio. Herb apretó el receptor contra su oído. Su esposa se asomó a la puerta de la cocina. Herb Thompson esperó.

—¿Allin?

—Ya estoy aquí —dijo la voz, al otro extremo del hilo—. Pasaba una corriente de aire por debajo de la puerta, y he tapado el resquicio con una arpillera para que no me helara las piernas. Después de todo, me alegro de que no hayas venido, Herb. No quiero verte metido en este jaleo. Ahora acaba de romper una de las ventanas del salón y sopla dentro de la casa, tirando los cuadros de las paredes. ¿Lo oyes?

Herb Thompson escuchó. A través del hilo oyó una especie de silbidos muy raros.

—¿Lo oyes? —volvió a preguntar Allin.

Herb Thompson tragó saliva con dificultad.

—Lo oigo.

—Quiere cogerme vivo, Herb. No se atreve a derribar la casa. Si la casa se hundiera, me aplastaría. Y quiere cogerme vivo para deshacerme, fibra a fibra. Quiere lo que hay dentro de mí. Mi mente, mi cerebro. Quiere mi energía vital, mi fuerza psíquica, mi ego. Quiere inteligencia.

—Mi esposa me está llamando, Allin. Tengo que ir a secar los cubiertos.

—Es una enorme nube de vapores, vientos procedentes de todo el mundo. El mismo viento que azotó las Celebes, hace un año, el mismo pampero que asesinó en la Argentina, el tifón que asoló las Hawai, y el huracán que arrasó la costa de África a principios de este año. Es parte de todas aquellas tormentas a las que escapé. Me ha seguido desde el Himalaya, porque no quiere que sepa lo que sé de él, lo que sé del Valle de los Vientos, donde se reúnen todos para planear sus terribles incursiones. Sé dónde nacen, dónde se alimentan, dónde mueren parcialmente… Por eso me odia, porque he escrito libros contra él, explicando lo que hay que hacer para derrotarle. Quiere incorporarme a su enorme cuerpo, asimilar mi inteligencia. ¡Quiere tenerme de su parte!

—Tengo que colgar, Allin. Mi esposa…

—¿Qué? —Una pausa, el soplo del viento en el teléfono, muy lejos—. ¿Qué estabas diciendo?

—Vuelve a llamarme dentro de una hora, Allin.

Herb Thompson colgó el receptor.

Se dirigió a la cocina y empezó a secar los cubiertos. Su esposa le miró y él miró los cubiertos, mientras los frotaba con un paño.

—¿Qué tiempo hace esta noche? —preguntó.

—Agradable. No hace mucho frío. Ni hay nubes —respondió Mrs. Thompson—. ¿Por qué?

—Por nada.

El teléfono sonó tres veces durante la hora siguiente. A las ocho llegaron Stoddard y su esposa. Se sentaron en el saloncito hasta las ocho y media, charlando, y luego se trasladaron al comedor y empezaron a jugar al remigio.

Herb Thompson barajó las cartas una y otra vez, y fue sirviéndolas una a una. Luego encendió un cigarro, y ordenó sus cartas, y en un momento determinado irguió la cabeza y se quedó escuchando. Su esposa le miró fijamente, y Herb Thompson volvió a inclinar la cabeza y se descartó de un trío de cincos.

Las dos parejas continuaron jugando, hablando en voz baja, con ocasionales estallidos de risa, y el reloj del vestíbulo dio las nueve.

—Aquí estamos —dijo Herb Thompson, contemplando su cigarro con expresión pensativa—. La vida es una cosa muy rara.

—¿Eh? —dijo Mrs. Stoddard.

—Nada, excepto que aquí estamos, viviendo nuestras vidas, y en otros lugares sobre la tierra miles de millones de personas viven sus vidas.

—Eso suena como una perogrullada.

—Pero es verdad. La vida —Herb Thompson se llevó el cigarro a los labios— es algo solitario. Incluso entre las personas casadas. A veces se tiene a una persona en los brazos y uno se siente a un millón de quilómetros de distancia de ella.

—Gracias, Herb —dijo Mrs. Thompson.

—No he querido decir eso —explicó Thompson, lentamente; no se sentía culpable, y no se apresuró a disculparse—. Me refiero a que todos nosotros creemos lo que creemos y vivimos nuestras propias vidas, en tanto que otras personas viven unas existencias completamente distintas. Ahora mismo estamos sentados en esta habitación, mientras un millar de personas se están muriendo. Algunas de cáncer, otras de pulmonía, otras de tuberculosis. Supongo que en este preciso instante alguien está muriendo a consecuencia de un accidente de automóvil.

—No creo que ésta sea una conversación demasiado estimulante —dijo Mrs. Thompson.

—Quiero decir que todos nosotros vivimos y no pensamos en cómo piensan o viven sus vidas, o mueren otras personas. Esperamos hasta que nos llega la muerte. Lo que quiero decir es que estamos aquí sentados tranquilamente, mientras a treinta millas de distancia, en una casa antigua, completamente rodeada por la noche y por Dios sabe qué, uno de los mejores hombres que han existido nunca está…

—¡Herb!

Thompson masticó su cigarro y miró sus cartas, sin verlas.

—Lo siento —murmuró—. ¿Me toca a mí?

—Te toca a ti.

El juego continuó con un zumbido de cartas, murmullos, conversaciones, risas. Herb Thompson se hundió más profundamente en su butaca. Estaba muy pálido.

Sonó el teléfono. Thompson se levantó de un salto y fue a atender a la llamada.

—¿Herb? He estado llamando y llamando…

—No podía contestar. Mi esposa no me lo permitía.

—¿Cómo está tu casa, Herb?

—¿A qué te refieres?

—¿Ha venido esa gente?

—Sí, desde luego…

—¿Estáis hablando y riendo y jugando a cartas?

—Sí. ¿Qué tiene eso que ver…?

—¿Estás fumándote tu cigarro de diez centavos?

—Me lo estoy fumando, sí, pero…

—Estupendo —dijo la voz al otro extremo del hilo con una nota de envidia—. Tiene que ser estupendo. Me gustaría estar ahí. Me gustaría no saber las cosas que sé. Me gustaría… un montón de cosas.

—¿Te encuentras bien?

—Por ahora, sí. Estoy encerrado en la cocina. La pared delantera de la casa acaba de derrumbarse. Pero ya he planeado mi retirada. Cuando ceda la puerta de la cocina, bajaré a la bodega. Con un poco de suerte, puedo resistir allí hasta mañana. Tendrá que derribar toda la casa para cogerme, y el suelo de la bodega es muy sólido. Me llevaré un pico y puedo cavar… más hondo…

A través del teléfono se oía un murmullo de voces.

—¿Qué es eso? —preguntó Herb Thompson, estremeciéndose.

—¿Te refieres a las voces? Son las de diez mil personas asesinadas por un tifón, las de siete mil muertas por un huracán, las de tres mil enterradas por un ciclón. ¿Te estoy aburriendo? Es una larga lista. Eso es el viento: un montón de espíritus, un montón de personas muertas. El viento las mató y tomó sus inteligencias, sus espíritus, para darse inteligencia a sí mismo. Ha tomado todas sus voces y las ha convertido en una sola voz. Interesante, ¿verdad? Todos aquellos millones de personas asesinadas en los pasados siglos, retorcidas y torturadas y trasladadas de continente a continente en las espaldas y los vientres de monzones y huracanes. En momentos como éste me siento muy poético…

A través del teléfono se oyeron voces, gritos y lamentos.

—Te estamos esperando, Herb —dijo Mrs. Thompson desde el comedor.

—Así es como el viento adquiere más inteligencia cada año, asimilando la de sus víctimas.

—Te estamos esperando, Herb —insistió Mrs. Thompson.

—Espera un momento, ¿quieres? —casi gritó Herb. Y acercando de nuevo su boca al micrófono—: Allin, si necesitas ayuda iré inmediatamente a tu casa.

—Ni pensarlo. Será una lucha muy desagradable y no quiero que te veas mezclado en ella. Bueno, voy a colgar. La puerta de la cocina no parece muy fuerte, y tengo que bajar a la bodega.

—¿Volverás a llamarme, más tarde?

—Tal vez, si tengo suerte. Pero lo dudo. Conseguí escapar en las Celebes, pero creo que ahora me tiene cogido. Espero no haberte molestado demasiado, Herb.

—¿Cómo se te ocurre pensarlo siquiera? Vuelve a llamarme.

—Lo intentaré.

Herb Thompson regresó al comedor. Su esposa le miró.

—¿Cómo se encuentra tu amigo Allin? —preguntó—. ¿Está sobrio?

—Allin no ha probado una gota de alcohol en su vida —replicó secamente Thompson—. Tenía que haber ido allí.

—Ha estado llamándote todas las noches durante seis semanas, y has estado allí por lo menos diez noches, haciéndole compañía, sin que ocurriera nada.

—Necesita ayuda.

—Estuviste en su casa hace dos noches. No puedes pasarte la vida corriendo detrás de él.

Continuaron jugando. A las diez y media, Mrs. Thompson sirvió café. Herb bebió el suyo lentamente, sin apartar la mirada del teléfono.

«Me pregunto si estará ya en la bodega», pensó.

Herb Thompson se puso en pie y se acercó al teléfono. Descolgó el receptor y pidió una conferencia.

—Lo siento —dijo la telefonista—. La línea está interrumpida. Han caído unos postes en ese distrito… Cuando estén reparadas, le avisaremos.

—¡Entonces, han caído los postes del teléfono! —exclamó Thompson, soltando el receptor de golpe. Se dirigió corriendo hacia el vestíbulo, descolgó su abrigo y su sombrero—. Disculpadme —gritó—. Me perdonáis, ¿verdad? Lo siento —añadió, mientras su esposa y sus asombrados amigos le contemplaban, con las tazas del café en la mano—. ¡Tengo que ir allí inmediatamente!

Se oyó un leve ruido en la puerta.

Las cuatro personas que se encontraban en el interior de la casa contuvieron la respiración.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó finalmente Mrs. Thompson.

El ruido se repitió.

Thompson se detuvo junto a la puerta, escuchando.

En el exterior resonó una especie de reprimida carcajada.

—¡Vaya! —exclamó Thompson, agradablemente sorprendido y aliviado—. Reconocería esa risa en cualquier parte. Es Allin. Se ha decidido a venir, después de todo… Probablemente ha traído a algunos amigos. Parece que hay un grupo de gente ahí fuera…

Abrió la puerta,

El porche estaba vacío.

Thompson no demostró la menor sorpresa. Se echó a reír.

—Bueno, Allin, déjate de trucos… No vamos a jugar al escondite a estas horas. —Encendió la luz del porche—. ¿Dónde estás, Allin?

Una ligera brisa rozó su rostro.

Thompson esperó unos instantes, repentinamente helado hasta la médula. Avanzó un par de pasos y miró a su alrededor con aire desconcertado.

Una ráfaga de viento alborotó sus cabellos. Le pareció oír de nuevo la risa que antes había creído reconocer. El viento se alejó y el porche volvió a quedar silencioso.

El viento se alejó, murmurando tristemente entre las ramas de los árboles. Se alejó en dirección al mar, a las Celebes, a la Costa del Marfil, a Sumatra y al cabo de Hornos, a Cornwall y a las Filipinas.

Thompson permaneció unos instantes en el porche, completamente inmóvil. Luego entró en su casa, cerró la puerta y se apoyó contra ella, con los ojos cerrados.

—¿Ocurre algo? —preguntó su esposa.

Notas

[1] Esta moralidad se ha de entender de los malos padres, y del mismo modo las siguientes. <<

[2] El *Labour Day* o Fiesta del Trabajo, se celebra en Estados Unidos el 1 de septiembre (N. del T.) <<

[3] El pueblo tenía el nombre de *Hunger Hill*: Colina del Hambre. (N. del T.) <<

[4] Publicado por deferencia de *Conde Nast Publications Inc.*… copyright © 1942 by Jane Rice. <<

[5] De la obra *Collected Short Stories*, por concesión de *International Authors*, N.Y. <<

[6] Copyright 1943 Ray Bradbury. <<